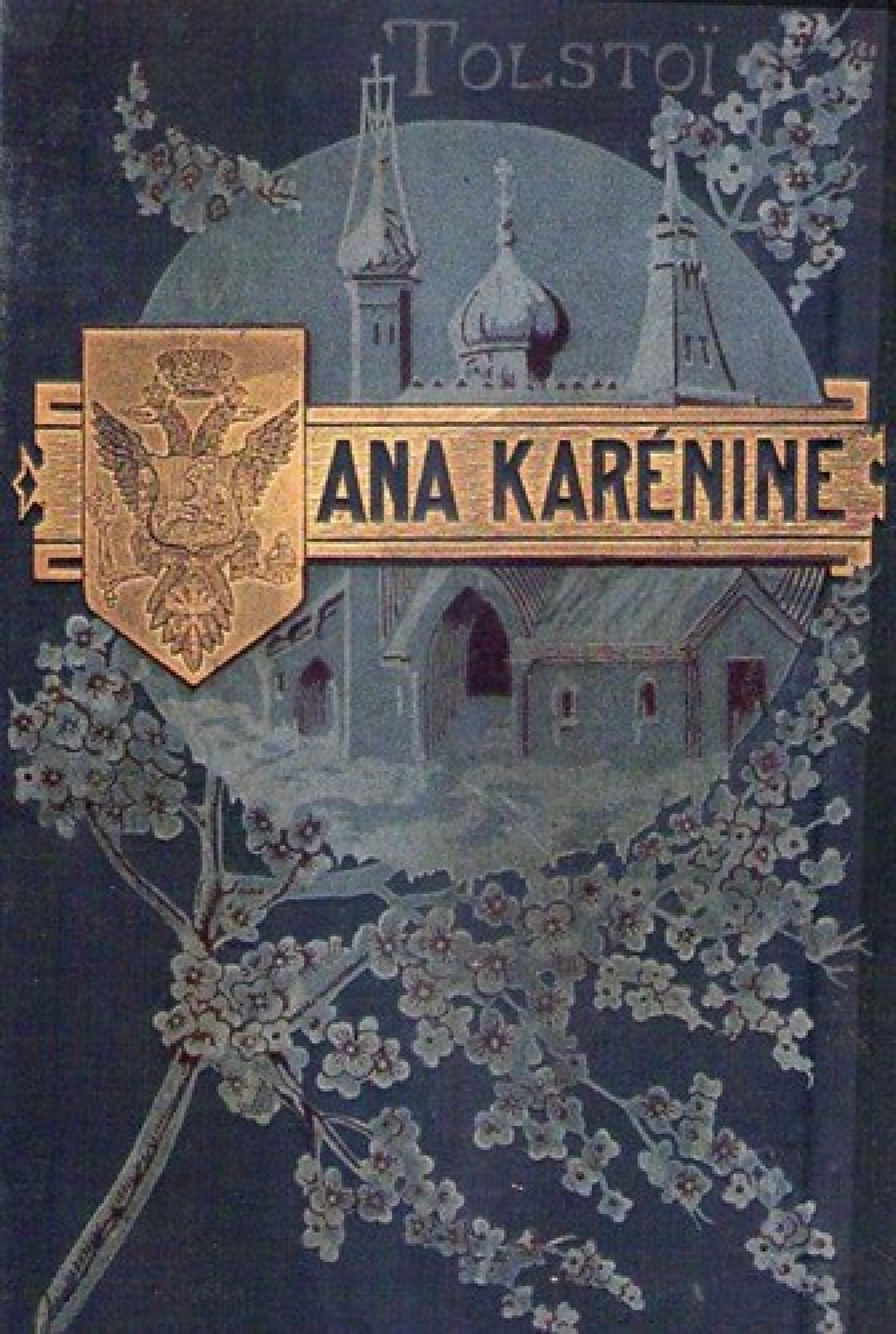


TOLSTOÏ
ANA KARÉNINE

ANA KARENINE



CONDE LEÓN TOLSTOÏ

ANA KARENINE

NOVELA RUSA

Traducción de Enrique L. de Verneuil

ILUSTRACIÓN DE

ISIDRO GIL

TOMO II

BARCELONA

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

DANIEL CORTEZO y C.ª - Calle de Pallars (Salón de S. Juan)

1888



Establecimiento tipográfico-editorial de Daniel Cortezo y C.ª



«Me he reservado la venganza,»
dice el Señor.

I

Los Karenine continuaron viviendo bajo el mismo techo y viéndose cada día, pero mostrándose del todo extraños uno para otro. Alexandrovitch se imponía como un deber evitar los comentarios de los criados al presentarse con su esposa, pero rara vez comía en casa. En cuanto á Wronsky, no se le veía nunca: Ana iba á verle fuera, y su esposo lo sabía.

Todos tres se resentían de una situación que hubiera sido intolerable si cada uno de ellos no la hubiese juzgado transitoria. Alexandrovitch esperaba que aquella pasión se extinguiera, como todo en este mundo, antes que su honor se manchara ostensiblemente; Ana, causa de todo el mal, y sobre quien pesaban las consecuencias de una manera más dolorosa, no aceptaba su posición sino en la seguridad de que

tendría un próximo desenlace; y en cuanto á Wronsky, había acabado por creer como ella.

Hacia mediados del invierno, el conde hubo de pasar una semana enojosa, pues se encargó de acompañar á un príncipe extranjero para que viese todo cuanto San Petersburgo encerraba de notable, debiendo este honor á su distinción y á su conocimiento de las lenguas extranjeras. El príncipe quería hallarse en estado de contestar á cuantas preguntas se le dirigieran al regresar de su viaje, y aprovecharse de todos los placeres esencialmente rusos. Era preciso, por lo tanto, enseñarle por la mañana y divertirle por la tarde. Ahora bien, nuestro personaje gozaba de una salud excepcional, y gracias á minuciosos cuidados higiénicos de su persona, había llegado á soportar fatigas extraordinarias, quedándose tan fresco como una calabaza verde y brillante. Había viajado mucho, y consideraba la facilidad de las comunicaciones modernas como una ventaja preciosa para poder divertirse de diversas maneras. En España había dado serenatas, tocando el laúd y cortejando á las damas; en Suiza había cazado la gamuza; en Inglaterra se entretuvo en saltar los vallados como un jockey, haciendo una vez la apuesta de matar doscientos faisanes; en Turquía penetró en un harem; en las Indias se paseó en elefantes, y ahora quería conocer los placeres de Rusia.

Wronsky, en su calidad de maestro de ceremonias, organizó, no sin dificultad, el programa de las diversiones: el príncipe comenzó por probar las blinis (1); asistió á las carreras de andarines, á la caza del oso, á las expediciones en trineo, y á las reuniones íntimas en que se arrojaban al techo bandejas cargadas de vajilla. El príncipe se familiarizaba con estos diferentes placeres sin dificultad alguna, y extrañábase, después de haber tenido á una bohemia sentada en sus rodillas y de romper cuanto se le venía á la mano, que el brío ruso no pasara de aquí. Á decir verdad, las actrices francesas, las bailarinas y el champaña fué lo que más le divirtió.

El conde conocía á los príncipes en general; pero bien fuese porque había cambiado en los últimos tiempos, ó porque

(1) Tortas de trigo negro, que sólo se comen durante el carnaval.

la intimidad de aquel á quien debía divertir fuese particularmente penosa, la semana le pareció cruel; experimentó la impresión de un hombre encargado de cuidar de un loco peligroso, que temiera á su enfermo, y también perder su propia razón. Á pesar de su reserva oficial, sonrojábase de cólera más de una vez al escuchar las reflexiones del príncipe sobre las mujeres rusas que se dignaba estudiar. Lo que más irritaba á Wronsky en aquel personaje era reconocer en él como un reflejo de su propia individualidad, y este espejo no tenía nada de lisonjero: la imagen que veía era la de un hombre de buena salud, muy remilgado, necio, satisfecho de su persona, de trato siempre igual con sus superiores, sencillo y bonachón con sus iguales, fríamente benévolo con sus inferiores, y conservando siempre la desenvoltura y modales de un caballero. Wronsky se reconocía en esto, pero como su categoría era inferior á la del príncipe, la expresión desdeñosa de éste le exasperaba. «¡Qué personaje!—se decía. —¿Será posible que yo me asemeje á él?» Al fin de la semana experimentó un gran alivio al despedirse de aquel espejo incómodo en la estación del camino de hierro, donde el príncipe, que iba á Moscou, le dió las más expresivas gracias. Regresaban de una cacería al oso, y la noche se había pasado dando ejemplos de la audacia rusa.

II

Al volver á su casa, Wronsky encontró un billete de Ana, concebido en estos términos: «Estoy indispuesta y soy desgraciada; no puedo salir, ni tampoco pasar más tiempo sin verte. Ven esta noche; Alexandrovitch estará en el Consejo de siete á diez.»

Esta invitación, hecha á pesar de la prohibición terminante del marido, le pareció extraña, pero resolvió al fin ir á ver á su amante.

Desde principios del invierno, Wronsky era coronel, y después de abandonar el regimiento quiso vivir solo. Cuando hubo acabado de almorzar, recostóse en el canapé, y el recuerdo de las escenas de la víspera se relacionó de una ma-

nera singular en su espíritu con el de Ana y el de un campesino que acertó á encontrar en la cacería; al fin se durmió y al despertar vió que ya era de noche, por lo cual encendió una bujía, dominado por una impresión de terror que no podía explicarse. «¿Qué me ha sucedido?—se preguntó.—¿Qué he visto yo de terrible en sueños? Sí, sí, el campesino, un hombrecillo sucio y de espesa barba, tenía inclinado el cuerpo hacía no sé qué, pronunciando en francés palabras extrañas. No he soñado otra cosa, ni me explico mi espanto.» No obstante, al acordarse del campesino y de sus palabras incomprensibles, estremecióse de pies á cabeza. «¡Qué locura!—pensó.» Y sacando su reloj para mirar la hora vió que eran las ocho y y media; llamó á su criado, vistióse rápidamente, salió, y olvidando completamente su sueño, no se cuidó de su retraso.

Al acercarse á casa de Karenine, miró de nuevo su reloj: eran las nueve menos diez. Á la puerta vió un cupé de dos caballos grises, y reconoció que era el coche de Ana.» Sin duda quiere ir á verme—se dijo;—más vale así, porque aborrezco esta casa; pero no quiero que se crea que me oculto.» Y con la sangre fría de un hombre acostumbrado desde la infancia á no inquietarse por nada, saltó de su trineo é introdújose en el zaguán. La puerta se abrió y el conserje hizo avanzar el coche. Por poco observador que fuese Wronsky, la expresión de asombro de aquel último llamó su atención, pero siguió avanzando, y fué á tropezar casi con Alexandrovitch. La luz de un mechero de gas que había á la entrada del vestíbulo iluminó de lleno su rostro pálido, de expresión fatigada; llevaba sombrero negro, y su corbata blanca resaltaba bajo el cuello de pieles. La mirada lúgubre del señor de Karenine se fijó en Wronsky; éste saludó, y Alexandrovitch, oprimiendo los labios, acercó la mano á su sombrero y siguió adelante. Wronsky le vió subir al coche sin volver la cabeza, tomar por la portezuela el abrigo y los gemelos que le daba el portero y desaparecer.

«¡ Qué situación !—pensó Wronsky, entrando en la antecámara con los ojos brillantes de cólera :—si quisiera al menos defender su honor, podría obrar, traducir mis sentimientos de un modo cualquiera ; pero esa debilidad, esa cobardía... Parece que vengo á engañarle, y yo no quiero esto.»

Desde la explicación que tuvo con Ana en el jardín Wrede, las ideas de Wronsky habían cambiado mucho; renunciando á sueños de ambición incompatibles con su posición irregular, y no creyendo ya en la posibilidad de un rompimiento, habíase dejado dominar por las debilidades de su amante y por los sentimientos que ésta le inspiraba. En cuanto á la señora de Karenine, después de entregarse, nada esperaba del porvenir, como no fuese por parte de Wronsky. Al franquear la antecámara, el conde oyó pasos que se alejaban, y comprendió que Ana volvía al salón, después de estar acechando el momento de su llegada.

—No—exclamó al verla entrar—esto no puede seguir así.

Y al oir su propia voz, llenáronse sus ojos de lágrimas.

—¿Qué ocurre, amiga mía?

—Que estoy esperando hace ya dos horas, pero no, no quiero disputar; si no has venido, será porque algo te lo impedía. ¡No te reñiré más!

Y apoyando ambas manos en sus hombros, fijó en él una mirada profunda y cariñosa, casi interrogadora; mirábale como para desquitarse del tiempo que había pasado sin verle, comparando, como siempre, la impresión del momento con los recuerdos que de él conservaba, y reconociendo, como siempre, que la imaginación predominaba sobre la realidad.

III

—¿Acabas de encontrarle?—dijo Ana, cuando estuvieron sentados junto á la mesa del salón;—ese es el castigo por haber venido tan tarde.

—¿Y cómo ha sido así? ¿No debía ir al consejo?

—Ha ido; pero ha vuelto para marcharse otra vez. Esto no es nada; no hablemos de ello. Dime dónde has estado con el príncipe.

Ana sabía los menores detalles de la vida de Wronsky.

El conde quiso contestar que, no habiendo dormido toda la noche, le sorprendió al fin sueño sentado; mas al ver aquel rostro que expresaba la ternura y la dicha, parecióle la con-

fesión penosa, y excusóse diciendo que le había sido forzoso presentar su informe después de la marcha del príncipe.

—¿Con que se ha marchado por fin?

—Sí, á Dios gracias; no te puedes figurar hasta qué punto me ha sido insoportable esta semana.

—¿Por qué? ¿no has observado el género de vida que acostumbráis vosotros los jóvenes?—replicó Ana frunciendo el entrecejo, y cogiendo la labor que estaba sobre la mesa, sin mirar á Wronsky.

—He renunciado á esa vida hace largo tiempo—repuso, tratando de adivinar la causa de la súbita transformación de aquel bello semblante.—Confieso—añadió sonriendo, como para dejar ver sus blancos dientes—que me ha sido altamente desagradable volver á ver ese género de vida como en un espejo.

Ana contestó con una mirada poco benévola, conservando su labor en la mano sin trabajar.

—Elisa ha venido á verme esta mañana...—dijo;—aún visita la casa, á pesar de la condesa Lydia... y me ha referido los detalles de vuestras noches atenienses. ¡Qué horror!

—Quería decir...

—¡Qué odiosos sois todos los hombres! ¿Cómo podéis suponer que una mujer olvida—añadió, animándose cada vez más, y descubriendo así la causa de su irritación.—Y sobre todo una mujer, que como yo, no puede saber de tu vida sino aquello que tengas á bien decirle. ¿Cómo averiguaría yo si no es verdad?

—¡Ya no crees en mí, Ana! ¿Te he ocultado yo jamás alguna cosa?

—Tienes razón, pero si supieras cuánto sufro!—añadió, tratando de desechar sus temores celosos.—Ah, no, te creo, te creo. ¿Qué ibas á decirme?

Wronsky no pudo recordarlo. Los arranques de celos de Ana comenzaban á ser frecuentes, y por mucho que hiciese para disimular, aquellas escenas, aunque pruebas de amor, enfriaban su cariño. Muchas veces se había repetido que la felicidad no existía para él sino en aquel amor; y ahora, comprendiendo que era apasionadamente amado, tanto como puede serlo un hombre á quien una mujer lo sacrifica todo, parecíale la dicha más lejana de él que al salir de Moscou.

—Vaya, veamos lo que tenías que decir sobre el príncipe—repuso Ana;—ya he expulsado al demonio (así llamaban ellos á sus mutuos accesos de celos); habías comenzado á referir alguna cosa. ¿Por qué te ha sido enojosa su permanencia aquí?

—Ha sido insoportable—replicó Wronsky, tratando de reanudar el hilo de su pensamiento.—El príncipe no gana mucho con que se le vea de cerca; no podía compararle sino á esos animales bien alimentados que merecen premio en las exposiciones—añadió con cierta expresión de enojo que pareció interesar á Ana.

—Sin embargo—dijo ésta—es un hombre instruído, que ha viajado mucho.

—Pues diríase que no lo es sino para tener el derecho de despreciar la instrucción, como lo desprecia todo, excepto los placeres materiales.

—Pero, ¿no os agradan á todos esos placeres?—dijo Ana con una mirada triste, que llamó más aún la atención de su amante.

—¿Por qué lo defiendes así?—preguntó Wronsky sonriendo.

—Yo no le defiendo, pues á mí me es demasiado indiferente; pero no puedo menos de creer que si esa existencia te hubiera desagradado tanto, habrías podido dispensarte de ir á admirar esa Teresa en traje de Eva.

—¡Ya vuelve el diablo!—dijo Wronsky atrayendo hacia sí una de las manos de Ana para besarla.

—¡No puedo remediarlo! No podrías imaginarte lo que he sufrido esperándote. No creo ser celosa en el fondo; cuando estás aquí, te creo, pero si te hallas lejos, observando esa vida incomprensible para mí...

Ana se alejó un poco de Wronsky y comenzó á trabajar febrilmente, formando con su ganchillo mallas de lana blanca, que abrillantaba el reflejo de la luz.

—Cuéntame cómo has encontrado á mi esposo—dijo de repente con voz forzada.

—Hemos tropezado casi en la puerta.

—¿Y te ha saludado así?

Al decir esto prolongó su rostro, cerró los ojos á medias y cambió de tal modo la expresión de su fisonomía, que Wrons-

ky no pudo menos de reconocer al señor de Karenine. Esto le hizo sonreir, y Ana dejó escapar una de esas carcajadas argentinas que constituían uno de sus encantos.

—No le entiendo—dijo Wronsky;—yo hubiera comprendido que después de vuestra explicación en el campo, hubiese roto contigo, provocándome á un duelo, y no sé cómo puede soportar esta crítica situación. Bien se ve que sufre.

—¡Sufrir él!—replicó Ana con irónica sonrisa.—Es demasiado feliz.

—Pues, ¿por qué nos atormentamos cuando todo se podría arreglar?

—Esto no le conviene. ¡Oh! Yo conozco ese carácter, compuesto de mentiras. Á menos de ser insensible, ¿quién podría vivir con una mujer culpable, como él vive conmigo, y hablarla como él me habla, tuteándome?

É imitó la manera de hablar de su esposo.

—Te digo que no es un hombre—añadió—es una muñeca. Si yo estuviera en su lugar, hace ya mucho tiempo que habría hecho pedazos á una mujer como yo, en vez de decirla: «Tú, mi querida Ana.» Vamos, eso no es un hombre; es una máquina ministerial; no comprende que ya no es nada para mí, que está de sobra. No, no hablemos de él.

—Eres injusta, amiga mía—dijo Wronsky, procurando calmarla;—pero dejémosle, y hablemos sólo de ti, de tu salud. ¿Qué dice el doctor?

Ana miraba á su amante con burlona alegría, y hubiera querido seguir poniendo á su esposo en ridículo, pero Wronsky añadió:

—Me has dicho que estabas indispuesta; sin duda consiste en tu estado. ¿Cuándo será el término?

La sonrisa burlona desapareció de los labios de Ana, sustituyéndola una expresión de tristeza.

—Muy pronto, muy pronto—contestó.—Tú dices que nuestra posición es terrible y que debemos salir de ella. ¡Si tú supieras lo que daría por poder amarte libremente! No te cansaré más con mis celos, pero muy pronto cambiará todo, y no como nosotros pensamos.

Ana se enternecía, y como sus lágrimas le impidiesen continuar, apoyó en el brazo de Wronsky su blanca mano, cuyas sortijas brillaban á la luz de la lámpara.

—No comprendo—repuso Wronsky, aunque comprendía demasiado bien.

—Tú me preguntas que cuándo será: yo te digo que muy pronto, y que no sobreviviré... lo sé, lo sé con seguridad; voy á morir, y me alegro mucho de que así podáis quedar los dos libres de mí.

Las lágrimas de Ana deslizábanse por sus mejillas, mientras que Wronsky besaba sus manos, procurando calmarla y ocultar su propia emoción.

—Vale más que así sea—continuó Ana, estrechándole vivamente la mano.

—¡Qué tonterías dices!—repuso Wronsky, levantando la cabeza, y recobrada ya su sangre fría.—¡Qué absurdos!

—No, digo la verdad.

—¿Y qué es la verdad?

—Que moriré; lo he visto en sueños.

—¿En sueños?

Y Wronsky recordó involuntariamente el campesino de su pesadilla.

—Sí, en sueños—continuó Ana—ya hace mucho tiempo. Soñaba que había entrado corriendo en mi habitación, para coger no sé qué, y buscaba, como se busca en tales casos, cuando en un ángulo de la estancia vi algo en pie.

—¡Qué locura! ¿Cómo crees tú...?

Sin contestar á la pregunta, Ana prosiguió, porque le parecía el asunto demasiado importante:

—Aquella cosa se vuelve y veo que es un aldeano, un hombrecillo sucio, con la barba desgreñada; trato de huir, pero él se inclina hacia un saco, en el cual se movía un objeto.

Ana hizo el ademán de aquel que busca una cosa en un saco; en las facciones de Ana pintábase el terror, y éste se comunicó á Wronsky, al recordar su propio sueño.

—Y siempre buscando, hablaba muy de prisa, diciendo en francés: «Es preciso batir el hierro, triturarlo, amasarlo.» Yo traté de despertar, pero persistía en mi sueño, preguntándome qué significaba lo que veía. Entonces alguno me dijo: «Morirá usted de sobreparto, madrecita.» Esto me despertó.

—¡Qué absurdos!—exclamó Wronsky, disimulando mal su emoción.

—No hablemos más de ello; llama para que sirvan el te, y no te vayas, que aún tenemos para mucho tiempo.

Pero al decir esto, detúvose de pronto y la expresión de horror y de espanto desapareció de su semblante, reemplazándola otra de ternura y gravedad. Wronsky no comprendió al principio nada de aquella transfiguración repentina: su amante acababa de sentir una vida nueva agitándose en su seno.

IV

Después de su encuentro con Wronsky, Alexandrovitch se fué al teatro de la Ópera italiana, según lo tenía pensado; vió dos actos, habló á las personas á quienes debía decir alguna cosa, y al entrar en su casa dirigióse sin detenerse á su habitación, después de asegurarse de que no había ningún abrigo de uniforme en el vestíbulo.

Contra su costumbre, en vez de acostarse estuvo paseando de un lado á otro hasta las tres de la madrugada, pues la cólera le tuvo despierto, porque no podía perdonar á su esposa el no haber cumplido la única condición que le impusiera; la de no recibir á su amante en su casa. Puesto que no había obedecido á esta orden, debía castigarla, ejecutar su amenaza, pedir el divorcio y retirarla su hijo. No era esto fácil de hacer, pero quería cumplir su palabra: la condesa Lidia había indicado á menudo este medio de salir de tan deplorable situación, y el divorcio era de una práctica tan fácil y perfeccionada, que Alexandrowitch entrevía la posibilidad de eludir las principales dificultades de forma.

Una desgracia no viene nunca sola, y sufría tantos enojos sobre la cuestión suscitada por él acerca de los extranjeros, que hacía tiempo se hallaba en un estado de irritación continua. Pasó la noche sin dormir, pues su cólera iba en aumento, y poseído de verdadera exasperación, saltó de la cama, vistióse apresuradamente y se dirigió á la habitación de Ana, apenas comprendió que se había levantado. Temía perder la energía que necesitaba, y en cierto modo llevó cogida con ambas manos la copa de sus resentimientos para que no se desbordara.

Ana, que creía conocer á fondo á su marido, quedó sorprendida al verle entrar con la frente sombría, los ojos fijos, aunque sin mirarla, y los labios contraídos por el desprecio. Jamás había observado tanta resolución en su ademán. Entró sin darle siquiera los buenos días, dirigióse á su neceser y abrió un cajón.

—¿Qué necesita usted?—preguntó Ana.

—Las cartas de su amante.

—No están aquí—contestó cerrando el cajón.

Pero el señor de Karenine comprendió, por el movimiento de Ana, que no se había equivocado, y rechazando brutalmente la mano de su esposa, apoderóse de la cartera en que ésta guardaba sus papeles importantes, á pesar de los esfuerzos que ella hacía para recobrarla.

—Siéntese usted—le dijo—necesito hablarla.

Y colocó la cartera debajo de su brazo, oprimiéndola con tal fuerza, que su hombro se elevó.

Ana le miró con asombro y espanto.

—¿No le he prohibido á usted—dijo—recibir aquí á su amante?

—Necesitaba verle para...

Ana no encontró explicación plausible.

—No desciendo á esos detalles, ni deseo saber por qué una mujer necesita ver á su amante.

—Deseaba tan solo...—repuso Ana ruborizándose, y sintiendo que la grosería de su marido le devolvía la audacia:—¿Es posible que no comprenda usted lo fácil que es ofenderme?

—No se ofende más que á un hombre ó á una mujer honrados; decir de un ladrón que es un ladrón, no es más que la comprobación de un hecho.

—He ahí un rasgo de crueldad que no le conocía.

—¡Ah! ¿le parece á usted cruel un esposo que deja á su mujer en completa libertad, sin más condición que la de respetar las conveniencias? ¿Es crueldad esto?

—Es peor aún; es cobardía, ya que quiere usted saberlo—gritó Ana arrebatada y levantándose para salir.

—No—gritó el señor de Karenine con voz penetrante, obligándola á sentarse y oprimiéndole los brazos con sus dedos huesosos tan fuertemente, que uno de los brazaletes de Ana

quedó impreso en la piel.—¡Cobardía dice usted! Esto se ha de aplicar á la mujer que abandona á su esposo y á su



hijo por su amante, y sigue comiendo el pan de su marido.

Ana inclinó la cabeza; aquellas palabras tan justas la ano-

nadaban, y ya no se atrevió, como la víspera, á decir que su esposo *estaba de sobra;* lejos de ello, contestó con dulzura.

—No puede usted juzgar mi posición más severamente que lo hago yo; pero ¿por qué me dice usted eso?

—¿Por qué se lo digo?—replicó Alexandroxitch encendido en cólera:—se lo digo para que sepa usted que, no habiendo hecho aprecio de mi voluntad, adoptaré las medidas necesarias para poner término á esta situación.

—Muy pronto acabará de por sí—dijo Ana con los ojos llenos de lágrimas, al pensar en aquella muerte que creía próxima, y que deseaba ya.

—Más pronto de lo que usted y su amante lo imaginan! ¡Ah! ¿con que usted busca la satisfacción de las pasiones sensuales?...

—¡Alexandrovitch! Es poco generoso y conveniente herir al que está caído.

—¡Oh! usted no piensa nunca más que en sí propia; los padecimientos de aquel que ha sido su esposo no le interesan. ¿Qué le importa á usted que se haya trastornado su vida, que sufra?...

Dominado por su emoción, Alexandrovitch hablaba tan deprisa que tartamudeaba, y esto pareció muy cómico á Ana, que se censuró á sí propia por haberse mostrado sensible al ridículo en semejante momento. Por primera vez, y durante un segundo, comprendió el sufrimiento de su esposo y compadecióle; pero, ¿qué podía decir y hacer, sino callarse y bajar la cabeza? Alexandrovitch calló también, pero continuó después con voz severa, recalcando palabras que no tenían ninguna importancia especial:

—He venido á decir á usted...

Ana le miró, y recordando su modo de hablar, se dijo: «No, ese hombre, tan poseído de sí mismo, no puede sentir nada, y yo he sido juguete de mi imaginación.»

«No puedo cambiar»—murmuró.

—He venido á decir que marcho á Moscou, y que no volveré más á esta casa; ya tendrá usted conocimiento de mis resoluciones por el abogado que se encargue de los preliminares del divorcio: y en cuanto á mi hijo, irá á casa de una parienta mía—añadió recordando con esfuerzo lo que pensaba decir sobre este punto.

—Se lleva usted á Sergio para hacerme padecer!—balbuceó Ana;—usted no le quiere, déjele permanecer conmigo.

—Es verdad que la repulsión que usted me inspira se comunica á mi hijo; mas á pesar de esto, permanecerá conmigo. Adiós.

Hizo ademán de salir, pero Ana le retuvo.

—Alexandrovitch, déjeme usted á Sergio; no le pido más; déjelo conmigo hasta después de mi alumbramiento...

El señor de Karenine se sonrojó, rechazó el brazo que le retenía y salió sin contestar.

V

La sala de audiencia del célebre abogado á cuya casa fué Alexandrovitch, estaba llena de gente cuando éste llegó: hallábanse allí, esperando su turno, tres damas, una de ellas vieja, la otra joven, y la tercera perteneciente al parecer á la clase de menestrales; un banquero alemán que ostentaba en un dedo una enorme sortija, un mercader de luenga barba, y un militar que lucía una condecoración: la espera había sido evidentemente larga para todos.

Dos auxiliares escribían, raspando el papel con sus plumas; uno de ellos volvió la cabeza hacia el recién venido con aire descontento, y preguntóle, guiñando los ojos, qué deseaba.

—Quisiera hablar al señor abogado.

—En este momento tiene ocupación—contestó secamente el auxiliar, señalando con su pluma á los que ya esperaban; y continuó escribiendo sin decir más.

—¿No podría disponer de un momento para recibirme?—preguntó Alexandrovitch.

—El señor abogado no tiene un instante libre; siempre está ocupado. Sírvase usted esperar.

—Hágame usted el favor de pasarle mi tarjeta—dijo el señor de Karenine con dignidad, viendo que era imposible guardar el incógnito.

El auxiliar tomó la tarjeta con expresión de descontento, examinóla y salió.

Alexandrovitch aprobaba en principio la reforma judicial, pero criticaba ciertos detalles, en cuanto era capaz de criticar una institución sancionada por el poder supremo; en todas las cosas admitía el error como un mal inevitable, que se podía remediar en ciertos casos; pero la importancia que se daba á los abogados por dicha reforma había sido siempre objeto de su desaprobación, y el recibimiento que se le hacía acrecentaba sus prevenciones.

—Ahora vendrá el abogado—dijo el auxiliar volviendo á poco.

Efectivamente, á los dos minutos abrióse la puerta y apareció el abogado, precedido de un jurisconsulto viejo y flaco.

El abogado era un hombrecillo calvo, fornido, de barba negra con matices rojos; tenía la frente combada y espesas cejas, y todo su traje, desde la corbata y la gruesa cadena del reloj hasta la punta de las botinas charoladas, presentaba un conjunto pretencioso y de mal gusto; su rostro, aunque de expresión inteligente, era vulgar.

—Sírvase usted entrar—dijo, volviéndose hacia Alexandrovitch.

Y dejándole pasar delante, cerró la puerta.

Después acercó un sillón al bufete, cargado de papeles, invitó al señor de Karenine á sentarse, y frotando sus manos cortas y velludas, instalóse ante su mesa en posición atenta. Mas apenas sentado, un insecto atravesó el aire, y el hombrecillo, cogiéndolo al vuelo con singular vivacidad, volvió á sentarse.

—Antes de comenzar á explicarle á usted mi asunto—dijo Alexandrovitch, observando con extrañeza los movimientos del abogado—permítame advertirle que la cuestión de que voy á tratar debe mantenerse secreta entre nosotros.

Una imperceptible sonrisa entreabrió los labios del abogado.

—Si no fuese capaz de guardar un secreto—replicó—no sería lo que soy; pero si usted desea asegurarse...

Alexandrovitch fijó una mirada en su interlocutor, y parecióle, al ver sus ojos grises llenos de inteligencia, que lo había adivinado todo.

—¿Conoce usted mi nombre?—preguntó.

—Sé hasta qué punto son útiles á Rusia los servicios que

usted presta—contestó el abogado inclinándose, después de cazar al vuelo otra polilla.

Alexandrovitch suspiró, y no sin hacer un esfuerzo decidióse al fin á hablar; pero cuando hubo comenzado, continuó sin detenerse, con su voz clara y penetrante, recalcando ciertas palabras:

—Tengo la desgracia de ser un marido engañado—dijo—y quisiera romper legalmente por el divorcio los lazos que me unen á mi esposa, separando sobre todo al hijo de la madre.

El abogado hizo lo posible para que sus ojos grises no revelasen lo que sentía, pero Alexandrovitch no pudo ocultarse que expresaban el contento, no sólo por la perspectiva de un buen negocio, sino por el entusiasmo de un futuro triunfo.

—¿Desea usted mi auxilio para obtener el divorcio?

—Precisamente; pero tal vez me expongo á abusar de su atención, pues sólo he venido ahora para consultarle; quiero mantenerme en ciertos límites, y renunciaría al divorcio si no se conciliase con las formas que deseo guardar.

—¡Oh! Usted quedará completamente libre.

El hombrecillo, temeroso de ofender á su cliente con una alegría que su semblante disimulaba mal, fijó la vista en los pies de su interlocutor, y aunque vió de reojo volar otro insecto, hizo un esfuerzo para retener sus manos, por respeto á la situación.

—Las leyes que rigen en el divorcio me son conocidas en sus formas generales—dijo Alexandrovitch;—pero quisiera conocer todas las que se usan en la práctica.

—En una palabra, desea usted saber por qué medios podría obtener un divorcio legal—repuso el abogado, tomando con cierta satisfacción el tono de su cliente.

Y como éste hiciese una señal afirmativa, añadió, dirigiendo de vez en cuando una rápida mirada á su cliente, cuyo rostro se cubría de manchas rojizas por efecto de la emoción:

—El divorcio según nuestras leyes (pronunció estas dos últimas palabras con cierto desdén), es posible, como usted sabrá, en los tres casos siguientes... ¡Que esperen!—gritó al ver á su auxiliar que entreabría la puerta; pero levantóse, fué á decirle algunas palabras y volvió á sentarse.—He dicho—continuó—que en los tres casos siguientes: defecto físico de

uno de los esposos; desaparición de uno de ellos durante cinco años (al hacer esta enumeración doblaba sus dedos gruesos y velludos unos sobre otros); y por último, adulterio (pronunció esta palabra con aire satisfecho). He aquí la parte teórica; pero yo pienso que al hacerme el honor de consultarme, lo que desea usted conocer es la práctica. No existiendo, pues, el caso de defecto físico, ni el de ausencia de uno de los cónyuges, en cuanto he podido comprender...

Alexandrovitch hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Resta el adulterio de uno de los esposos, en cuyo caso una de las dos partes debe reconocerse culpable para con la otra; á falta de esto, sólo queda el flagrante delito. Este último caso, debo convenir en ello, se produce raras veces en la práctica.

El abogado calló, mirando á su cliente con la expresión de un armero que, explicando á un comprador el uso de dos pistolas de diferente sistema, le dejara la libertad de elección; pero como Alexandrovitch guardase silencio, añadió:

—Lo más sencillo y razonable, en mi concepto, es reconocer el adulterio por consentimiento mutuo. Yo no osaría hablar así á todo el mundo, pero supongo que nos comprendemos.

Alexandrovitch estaba tan turbado, que no comprendió las ventajas de la última combinación que el abogado le proponía, y su semblante reveló el asombro: el hombre de leyes acudió en su auxilio.

—Supongo—dijo—que dos esposos no puedan vivir ya juntos: si ambos consienten en el divorcio, los detalles y las formalidades pierden su importancia, y este medio es el más sencillo y seguro.

El señor de Karenine comprendió esta vez; pero sus sentimientos religiosos se oponían á semejante medida.

—En el caso presente—dijo—ese medio queda fuera de cuestión. ¿Podrían establecer indirectamente el adulterio ciertas pruebas, como por ejemplo una correspondencia? Yo tengo en mi poder tales pruebas.

El abogado, contrayendo los labios, profirió una exclamación á la vez de compasión y de desdén.

—No olvide usted—dijo—que los asuntos de esta especie son de la competencia del alto clero. Á nuestros arciprestes

les agrada mucho empaparse en ciertos detalles, y las pruebas exigen testigos. Si me hace usted el honor de confiarme su asunto, es preciso dejarme la elección de las medidas que se han de adoptar. Quien quiere el fin, quiere los medios.

Alexandrovitch se levantó muy pálido, mientras que el abogado corría otra vez hacia la puerta para responder á una nueva pregunta de su auxiliar.

—Dígale usted—gritó—que no estamos en una tienda.

Y al volver á su sitio atrapó al vuelo otra polilla, murmurando tristemente: «¡No resistirá mi reps á sus ataques!»

—Con que, decíamos...—continuó.

—Le escribiré á usted para manifestarle mi resolución—repuso Alexandrovitch, apoyándose en la mesa—y puesto que puedo deducir de sus palabras que el divorcio es posible, le agradeceré que me indique sus condiciones.

—Todo es posible si usted quiere dejarme completa libertad de acción—dijo el abogado, eludiendo la última cuestión.

—¿Cuándo podré contar con su respuesta?—preguntó, conduciendo á su cliente, y mirándole con ojos tan brillantes como sus botas.

—De aquí á ocho días. Entonces tendrá usted la bondad de manifestarme si acepta el negocio, y con qué condiciones.

—Perfectamente.

El abogado saludó con respeto, dejó salir á Alexandrovitch, y cuando estuvo solo, dió rienda suelta á su alegría; estaba tan contento que, contrariamente á sus principios, hizo una rebaja á cierta señora muy hábil en el arte de regatear, y olvidando hasta las polillas, resolvió revestir de terciopelo su sillería para el invierno siguiente, á fin de no ser menos que su cofrade Seganine.

VI

La brillante victoria alcanzada por Alejo Alexandrovitch en la sesión del 17 de Agosto, no dejó de tener enojosas consecuencias. La nueva comisión nombrada para estudiar la situación de las poblaciones extranjeras había obrado con

una prontitud que llamó la atención de Karenine, pues á los tres meses presentó ya su informe. La situación de dichas poblaciones estaba ya estudiada bajo los puntos de vista administrativo, económico, etnográfico, material y religioso. Cada pregunta iba seguida de una respuesta admirablemente redactada y que no podía dejar la menor duda, porque las contestaciones no eran obra del espíritu humano, siempre sujeto á error, sino de una burocracia llena de experiencia; basábanse en datos oficiales, como informes de los gobernadores y arzobispos, apoyados á su vez en los de los jefes de distrito y superintendentes eclesiásticos, que tomaban sus noticias de las administraciones comunales y de las parroquias del campo. ¿Cómo dudar de su exactitud? Preguntas como ésta: «¿Por qué las cosechas son malas?» y «¿Por qué los ayudantes de ciertas localidades se obstinan en practicar su religión?» preguntas á que sólo la máquina oficial podía contestar, y á las cuales no se habría hallado respuesta en varios siglos, fueron resueltas claramente según las opiniones de Alexandrovitch.

Pero Stremof, picado su amor propio, imaginó una táctica que su adversario no podía esperar: atrayendo á su favor á varios individuos del consejo, se pasó de repente al partido de Karenine, y no contento con apoyar las medidas de este último calurosamente, propuso otras en el mismo sentido, que excedían por mucho á lo que Alexandrovitch se proponía.

Llevadas al extremo, estas medidas parecían tan absurdas, que el gobierno, la opinión pública, las damas influyentes y la prensa se indignaron, recayendo de rechazo el descontento en el padre de la comisión, que era el señor de Karenine.

Muy satisfecho de su astucia, Stremof se hizo el inocente, admiróse de los resultados obtenidos, y se atrincheró tras la fe ciega que le había inspirado el plan de su colega. Alexandrovitch, aunque enfermo y muy afectado por tantos enojos, no se rindió, y prodújose una excisión en el seno del comité; los unos, con Stremof, explicaron su error con un exceso de confianza, declarando que los informes de la comisión investigadora eran absurdos; y los otros, con Karenine, temiendo aquel proceder revolucionario contra la misma, sostuviéronla con todas sus fuerzas. Las esferas oficiales, y hasta la socie-

dad, llegaron á embrollar de tal manera tan interesante cuestión, que la miseria y la prosperidad de las poblaciones extranjeras fueron al fin igualmente problemáticas. La posición de Alexandrovitch, minada ya por el mal efecto que producían sus desgracias domésticas, pareció falsearse; pero entonces tuvo valor para adoptar una resolución atrevida: con gran asombro de la comisión, pidió que se le autorizase para ir á estudiar por sí mismo el asunto en las localidades, y habiéndosele concedido permiso, partió para una provincia lejana.

Esta marcha hizo mucho ruido, tanto más cuanto que el señor de Karenine rehusó oficialmente aceptar la cantidad consignada para los gastos de viaje, según la cual se le concedían doce caballos de posta.

Al día siguiente de su llegada, cuando volvía de su visita al general gobernador, oyó que le llamaban en la calle de las Gacetas, en el punto mismo donde se cruzan mil coches de todas especies, y volviendo la cabeza, vió á Estéfano Arcadievitch. Luciendo un paletó á la última moda, con el sombrero de medio lado, y rebosando lozanía y salud, gritaba con tal persistencia, que Karenine se detuvo. En el coche, en cuya portezuela se apoyaba Arcadievitch, iba una dama con sombrero de terciopelo y dos niños; la cual movía la mano sonriendo amistosamente: era Dolly con sus hijos.

Alexandrovitch no esperaba ver conocidos en Moscou, y mucho menos al hermano de su esposa, por lo cual quiso continuar su camino después de haber saludado; pero Oblonsky hizo señal al cochero para que se detuviera, y corrió por la nieve hasta llegar al carruaje del señor de Karenine.

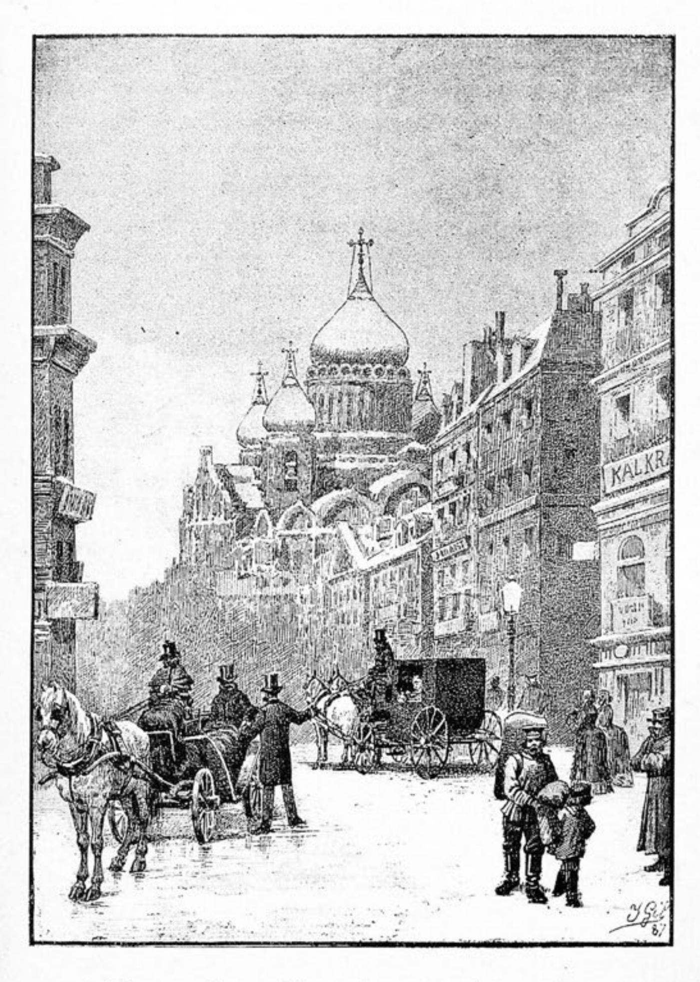
—¿Desde cuándo estás aquí?—le preguntó.—Has hecho muy mal en no avisarme. Ayer ví en casa de Dusseaux el nombre de Karenine en la lista de los viajeros que se esperaban, y no me ocurrió que fueras tú. ¿Por qué no nos has advertido?

—Me ha faltado tiempo, porque tengo mucho qué hacer—contestó Alexandrovitch secamente.

—Ven á ver á mi esposa, que lo desea mucho.

Karenine retiró la piel que cubría sus piernas siempre frías, y bajando del coche, abrióse camino en la nieve hasta llegar al de Dolly.

—¿Qué ocurre, Alexandrovitch, para que huya usted así de nosotros?—preguntó Dolly sonriendo.



—Celebro mucho ver á usted—contestó Karenine con un tono que probaba todo lo contrario.—¿Y cómo vamos de salud?

—¿Qué hace mi querida Ana?

Alexandrovitch murmuró algunas palabras y quiso retirarse, pero Arcadievitch se lo impidió.

—¿Sabes lo que debemos hacer, Dolly?—dijo á su esposa.—Convídale á comer mañana con Kosnichef y Pestzoff, flor y nata de la inteligencia moscovita.

—Le suplico á usted que venga—dijo Dolly;—le esperaremos á la hora que guste, á las cinco, á las seis, ó cuando le parezca. Hace tanto tiempo que no he visto á mi querida Ana...

—Sigue bien—murmuró Alexandrovitch, frunciendo el entrecejo.—Vamos, celebro haber visto á ustedes.

Y volvió á su coche.

—¿Vendrá usted?—gritó Dolly.

Karenine contestó algunas palabras que no llegaron al oído de la dama.

—¡Iré á tu casa mañana!—gritó Arcadievitch.

El señor de Karenine se hundió en su coche como si hubiera querido desaparecer.

—¡Qué hombre tan original!—dijo Arcadievitch á su mujer, y mirando su reloj hizo una cariñosa señal de despedida á Dolly y á sus hijos, y alejóse con paso firme.

—¡Estéfano, Estéfano!—gritó Dolly ruborizándose.

Arcadievitch volvió la cabeza.

—¿Y el dinero para el paletó de los niños?

—Contesta que ya pasaré.

Y desapareció, saludando alegremente al paso á varias personas conocidas.

VII

Al día siguiente, que era domingo, Arcadievitch entró en el Gran Teatro, para presenciar la repetición de un baile, y aprovechándose de la semi-oscuridad de los bastidores, ofreció á una linda joven que debutaba bajo su protección, el adorno de coral que le había prometido la víspera; y hasta tuvo tiempo de besar las sonrosadas mejillas de la bailarina, conviniendo en la hora en que iría á buscarla terminada la función para llevarla á cenar. Desde el teatro, Arcadievitch

fué á la plaza para elegir por sí mismo un poco de pescado y espárragos para la comida, y á medio día hallábase en casa de Dusseaux, donde tres viajeros amigos suyos habían tenido la feliz idea de alojarse: eran Levine, que había regresado de su viaje, un nuevo jefe, que iba en comisión, y, por último, su cuñado Karenine.

Á Estéfano Arcadievitch le gustaba comer bien; pero prefería ofrecer en su casa, á varios convidados elegidos, una comida bien ordenada. La lista de manjares que convino para aquel día, hacíale sonreir: pescado fresco, espárragos, y como plato de resistencia un magnífico rosbif. En cuanto á los convidados, confiaba reunir á Kitty y Levine, y á fin de disimular este encuentro, á una prima y al joven Cherbatzky; el plato de resistencia entre los convidados debía ser Sergio Kosnichef, el filósofo mosvovita, juntamente con Karenine, el hombre de acción. Para formar el punto de enlace entre ellos, quiso invitar también á Pestzoff, galante joven de cincuenta años, músico entusiasta, hablador y liberal, hombre que bastaba de por sí para poner en movimiento á todo el mundo.

En aquel momento la vida sonreía á Estéfano Arcadievitch; el dinero obtenido por la venta de la madera no se había gastado aún del todo; y Dolly estaba hacía tiempo de muy buen humor: todo hubiera ido muy bien si no le hubiesen impresionado desagradablemente dos cosas, aunque no bastaron para privarle de su buen humor; estas dos cosas eran: en primer lugar la fría acogida de su cuñado, pues relacionando la conducta de Alexandrovitch con ciertos rumores llegados hasta él sobre las relaciones de su hermana con Wronsky, adivinaba un incidente grave entre el marido y la mujer; el segundo punto negro era la llegada de un nuevo Jefe, que tenía reputación de severidad. Infatigable en el trabajo, acusábasele además de ser demasiado brusco y del todo opuesto á las tendencias liberales de su predecesor, de las cuales participaba Arcadievitch. La primera presentación se había efectuado la víspera, de riguroso uniforme, y Oblonsky fué recibido tan cordialmente, que juzgaba de su deber hacer una visita particular. Ignoraba cómo se le recibiría esta vez, mas confiaba en arreglarlo todo perfectamente. «¡Bah!—pensó—todos somos pecadores, y no hay motivo para que provoque cuestión alguna conmigo.»

Arcadievitch comenzó por ir á ver á Levine, á quien halló de pie en medio de su habitación, tomando la medida de una piel de oso que le había traído un campesino.

—¡Ah! ¡ya ha matado usted uno!—exclamó Arcadievitch al entrar.—¡Magnífica pieza! ¡Buenos días, amiguito!

Y sentándose, sin quitarse el sombrero, ofreció su mano al campesino.

—Quítate el paletó y toma asiento—dijo Levine.

—No tengo tiempo; vengo sólo por un instante—contestó Oblonsky.

Pero desbotonóse el paletó, se despojó de él, y tomando asiento, permaneció una hora conversando con Levine sobre su cacería y otros asuntos.

—Dime lo que has hecho en el extranjero y dónde has estado—continuó Arcadievitch, cuando el campesino se hubo marchado.

—He estado en Alemania, en Francia y en Inglaterra, pero sólo en los centros manufactureros, y no en las capitales. He visto muchas cosas interesantes.

—Sí, sí; ya conozco tus ideas sobre las asociaciones obreras.

—¡Oh! no, no hay cuestión obrera para nosotros; la única importante para Rusia es la de las relaciones del trabajador con la tierra; allí existe también, pero las avenencias son imposibles, mientras que aquí...

—Sí, sí, es posible que tengas razón, pero lo esencial es que estés en mejores disposiciones; mientras caces el oso, y trabajes y te entusiasmes, todo irá bien. Cherbatzky me dijo que te había encontrado sombrío y melancólico, y hablando sólo de la muerte.

—Es verdad, no dejo de pensar en ella—replicó Levine;—todo es vanidad, y no hay más remedio que morir. Me gusta el trabajo, pero cuando pienso que este universo, del que nos creemos dueños, ha de ser habitado tan poco tiempo por nosotros, y de nuestras ideas y obras, y cuanto creemos hacer de grande, sólo equivale á un puñado de polvo...

—¡Todo eso es tan antiguo como el mundo, hermano!

—Sí que es antiguo, pero cuando esta idea se hace clara para nosotros ¡qué mísera es la vida! Sabiendo que la muerte vendrá, y que no ha de quedar nada de nosotros, las cosas

más importantes parecen tan mezquinas como el hecho de doblar la piel de oso que tengo en la mano; y para no pensar en la muerte se caza y se trabaja, buscando distracción.

Arcadievitch sonrió, fijando en Levine una mirada cariñosa.

—Ya ves—repuso—que hacías mal en censurarme porque buscaba los goces en la vida. No has de ser tan severo y moralista.

—Lo que hay de bueno en la vida...—contestó Levine; y como no hallase las palabras para expresar su pensamiento, añadió:—En resumen no sé más que una cosa, y es que moriremos muy pronto.

—¿Por qué muy pronto?

—La vida—replicó Levine, sin contestar directamente á la pregunta,—ofrece menos encanto cuando se piensa así en la muerte, pero es más tranquila.

—Es preciso disfrutar del tiempo que nos quede—dijo Arcadievitch, levantándose por décima vez.—En fin, ahora me voy.

—Quédate un poco más—repuso Levine, reteniendo á su amigo.—¿Cuándo volveremos á vernos? Yo marcho mañana.

—¡Y yo que me olvidaba del principal objeto de mi visita! Tengo empeño en que vengas á comer con nosotros hoy; tu hermano será de los nuestros, y también mi cuñado Karenine.

—¿Está aquí?—preguntó Levine, ansioso por saber algo de Kitty.—«Tanto peor—pensó;—haya vuelto ó no de San Petersburgo, donde sé que ha estado á principios del invierno, aceptaré.»

—¿Vendrás?—preguntó Arcadievitch.

—Ciertamente.

—Á las cinco, y con frac.

Así diciendo, Arcadievitch se levantó y fué á visitar á su nuevo jefe. Su instinto no le había engañado; aquel hombre terrible resultó ser un buen muchacho, con el que almorzó y conversó largo tiempo, tanto que eran ya las cuatro cuando fué á visitar á su cuñado Alexandrovitch.

VIII

El señor de Karenine pasó toda la mañana en su habitación, después de haber oído misa: dos asuntos le quedaban por despachar aquel día; primeramente debía recibir á una diputación de extranjeros, y después proponíase escribir una carta á su abogado, en cumplimiento de lo ofrecido.

Discutió largamente con los individuos de la diputación, oyendo sus reclamaciones y enterándose de sus necesidades; trazóles un programa del que no debían separarse en sus diligencias cerca del gobierno, y por último los dirigió á la condesa Lidia, que debía guiarlos en San Petersburgo: la condesa tenía la especialidad de las diputaciones, y entendíase con ellas mejor que nadie. Cuando hubo despedido á la comisión, Alexandrovitch escribió á su abogado, dándole plenos poderes; envióle también tres cartas de Wronsky y una de Ana, halladas en la cartera.

En el momento de sellar su misiva, oyó la voz sonora de Arcadievitch, que preguntaba al criado si el señor de Karenine recibía, é insistiendo para que se le anunciara.

«Tanto peor—pensó Alexandrovitch—ó más bien, tanto mejor; le diré lo que hay, y comprenderá que no puedo comer con él.»

—Déjale entrar—gritó, reuniendo sus papeles, y encerrándolos en un cajón.

—Ya ves que mientes—dijo Arcadievitch al criado.

Y sin detenerse, dirigióse á la habitación de Karenine, despojándose al paso de su paletó.

—Me alegro mucho encontrarte—comenzó á decir alegremente—y espero...

—Me es imposible ir—contestó Alexandrovitch secamente, recibiendo á su cuñado en pie, sin invitarle á sentarse, y resuelto á limitarse con el hermano á las frías relaciones que le parecían las únicas convenientes desde que estaba resuelto á divorciarse.

Esto era olvidar la irresistible bondad de corazón de Arcadievitch, quien le miró con expresión de sorpresa.

—¿Por qué no puedes venir?—preguntóle.—¿No quieres decirlo?—preguntó en francés con cierta vacilación.—Te advierto que es cosa prometida, y que contamos contigo.

—Es imposible, porque nuestras relaciones de familia se han de romper.

—¡Cómo! ¿Por qué?—replicó Oblonsky con una sonrisa.

—Porque trato de divociarme de mi esposa, la hermana de usted; debo...

Antes de que Alexandrovitch terminara la frase, Estéfano, contrariamente á lo que su cuñado esperaba, dejábase caer en un sillón, exhalando un profundo suspiro.

—Eso no es posible, Alexandrovitch—exclamó con acento dolorido.

—Pero es verdad.

—Dispénsame que no lo crea.

El señor de Karenine se sentó, comprendiendo que sus palabras no habían producido el efecto deseado, y que una explicación, por categórica que fuese, no cambiaría en nada sus relaciones con Oblonsky.

—Es una cruel necesidad—dijo—pero estoy obligado á pedir el divorcio.

—¡Qué quieres que te diga! Sabiendo que eres hombre de bien, y Ana una mujer escogida, no puedo cambiar de opinión respecto á ella, ni creer en lo que me dices. Sin duda hay aquí alguna mala inteligencia.

—¡Oh! ¡si no fuera más que eso!

—Ya comprendo, pero te suplico que no te precipites.

—No he hecho nada con precipitación—dijo friamente Alexandrovitch;—pero en semejante asunto no se puede tomar consejo de nadie: estoy resuelto.

—¡Esto es terrible!—murmuró Arcadievitch;—si, como yo lo espero, no se ha tocado el asunto aún, te conjuro á que no hagas nada antes de hablar con mi esposa. Dolly ama á la tuya, te aprecia mucho á ti, y es una mujer de buen criterio. En nombre de nuestra amistad te ruego que hables con ella.

Alexandrovitch guardó silencio y reflexionó. Estéfano le miraba con simpatía.

—¿Por qué no has de venir á comer con nosotros, al menos hoy?—preguntó.—Mi esposa te espera, y los dos podéis hablar; te aseguro que es una mujer superior.

—Si tanto lo desea usted, iré—contestó Alexandrovitch suspirando.

Y para cambiar de conversación preguntó á Estéfano qué pensaba de su nuevo jefe, hombre joven aún, cuya rápida carrera había asombrado. Alexandrovitch, que nunca le apreció, no podía ahogar un sentimiento de envidia, natural en un funcionario que acababa de sufrir un revés.

—Es un hombre que parece estar muy al corriente de los negocios, y ser muy activo—contestó Arcadievitch.

—Activo, es posible; pero no sé en qué emplea su actividad; ignoro si es para hacer bien, ó destruir lo que los demás hicieron antes que él. La burocracia que defiende el expedienteo, de la que es digno representante el señor Anitchkine, constituye un verdadero azote de nuestro gobierno.

—De todos modos, es un buen muchacho—repuso Arcadievitch;—ahora salgo de su casa, hemos almorzado juntos, y le he enseñado á hacer una bebida de vino con naranja, la que tú sabes.

Estéfano consultó su reloj.

—¡Dios mío!—exclamó—ya son más de las cuatro, y aún debo hacer una visita. ¿Con que es cosa convenida que vendrás á comer? Tu negativa nos causaría vivo pesar á mi esposa y á mí.

Alexandrovitch condujo á su cuñado hasta la puerta con más amabilidad de la que tuvo al recibirle.

—Puesto que lo he prometido—contestó tristemente—iré.

—Gracias; espero que no te arrepentirás.

Y poniéndose el paletó, Oblonsky empujó al criado y alejóse.

IX

Las cinco acababan de dar cuando Arcadievitch, llegando á su casa, encontró en la puerta á Kosnichef y á Pestzoff. El anciano príncipe Cherbatzky, Karenine, Tourovtzine, Kitty y el joven Cherbatzky estaban reunidos ya en la sala, pero la conversación languidecía. Dolly, preocupada por la tardanza de su esposo, no conseguía animar á sus visitantes, á quienes

la presencia de Karenine, vestido de negro y con corbata blanca, según la costumbre de San Petersburgo, imponía cierta reserva involuntariamente.

Arcadievitch se excusó con la mejor gracia, y merced á su buen humor, cambió en un momento el triste aspecto del salón; hizo las presentaciones de sus convidados, promovió un debate sobre la rusificación de Polonia, colocó al príncipe junto á Dolly, cumplimentó á Kitty por sus encantos, y fué á inspeccionar la mesa y los vinos.

Levine le encontró á la puerta del comedor.

—¿Me he retardado?

—Siempre lo haces así—contestó Oblonsky, cogiendo á su amigo del brazo.

—¿Hay mucha gente?—preguntó Levine, ruborizándose involuntariamente, y sacudiendo con el guante la nieve de su sombrero.

—Solamente la familia y Kitty. Ven, te presentaré al señor de Karenine.

Cuando supo que iba á encontrarse en presencia de aquella á quien no había vuelto á ver desde la noche fatal, excepto durante su corta aparición en el coche, Levine tuvo miedo.

«¿Estará como otras veces?—pensó.—¿Me habrá dicho Dolly la verdad? ¿Y por qué no me la diría?»

—Preséntame á Karenine—balbuceó al fin.

Y penetró en la sala con el valor de la desesperación.

Allí estaba *ella*, y muy diferente de lo que era en otro tiempo.

Kitty le vió en el momento de entrar, y tal fué su alegría, que apenas pudo contener las lágrimas, lo cual notaron Levine y Dolly. Ruborizándose y palideciendo sucesivamente, era tanta su turbación, que sus labios temblaban. Levine se acercó para saludarla, y Kitty le ofreció su mano, fría como el hielo, con una sonrisa que hubiera parecido serena si los ojos húmedos de la joven no hubieran brillado tanto.

—Hace mucho tiempo que no nos hemos visto—dijo Kitty haciendo un esfuerzo.

—Usted no me ha visto, pero yo sí—contestó Levine;—la ví á usted cuando iba por el camino de Yergushovo, viniendo de la vía férrea.

—¿Cuándo fué eso?—preguntó Kitty con asombro.

—Iba usted á ver á su hermana—repuso Levine, que estaba á punto de ahogarse de alegría.

«¿Cómo he podido creer—pensó—que en esta encantadora niña no fuera todo inocente? Daría Alexandrowna tenía razón.»

Arcadievitch se acercó en aquel momento para cogerle del brazo y conducirle hacia el señor de Karenine.

—Permitidme—dijo—presentaros uno á otro.

—Celebro mucho volver á ver á usted aquí—dijo fríamente Alexandrovitch, estrechando la mano de Levine.

—¡Os conocíais ya!—exclamó Arcadievitch con asombro.

—Hemos viajado juntos tres horas—replicó Levine sonriendo.

—¿De veras?... Señores, tengan ustedes la bondad de pasar al comedor—dijo Arcadievitch dirigiéndose hacia la puerta.

Los hombres le siguieron, y aproximáronse á una mesa donde estaba servido el *zakouska*, compuesto de seis especies de aguardientes, y otras tantas variedades de quesos, sin que faltasen las anchoas, los arenques y otras conservas, con pan francés cortado en rebanadas.

Los hombres comieron de pie; y esperando la hora de servirse la sopa, volvió á salir la rusificación de Polonia, aunque ya la conversación comenzaba á languidecer. En el momento de salir del salón, Alexandrovitch demostraba que los elevados principios introducidos por la administración rusa eran los únicos que podían dar resultado. Pestzoff sostenía que una nación no puede asimilarse á otra mientras no la aventaje en densidad de población. Kosnichef participaba de ambos pareceres con ciertas restricciones, y para cerrar la conversación, demasiado seria, añadió sonriendo:

—Lo más lógico, para asimilarnos á los extranjeros, sería tener tantos hijos como fuera posible. Mi hermano y yo no contribuímos por ese concepto, mientras que vosotros, señores, y sobre todo Estéfano Arcadievitch, obráis como buenos patriotas.—¿Cuántos tiene usted?—preguntó á este último, ofreciéndole una copa de licor.

Todos se rieron al oir esta pregunta, y Oblonsky más que nadie.

—¿Haces todavía gimnasia?—preguntó Arcadievitch, cogiendo á Levine por el brazo. Y palpando los vigorosos mús-

culos de su amigo sobre el paño del frac, añadió:—¡Tienes un biceps como un Sansón.

—Supongo que para cazar el oso se necesita una fuerza notable—dijo Alexandrovitch, cuyas nociones sobre la materia eran muy vagas.

Levine sonrió.

—De ningún modo—repuso;—un niño puede matar al oso.

Y desvióse saludando ligeramente, para dar paso á las damas que se acercaban á la mesa.

—Me han dicho que acababa usted de matar un oso—dijo Kitty, tratando de pinchar con su tenedor una seta recalcitrante, y descubriendo su lindo brazo al apartar la blonda de su manga.—¿Hay realmente osos en sus tierras?—preguntó con seductora sonrisa.

¡Qué encanto tenían para Levine aquellas palabras, por sencillas que fuesen, el sonido de aquella voz, y aquel movimiento con la mano, el brazo y la cabeza! Veía en esto una súplica, un acto de confianza, una caricia dulce y tímida, una promesa, una esperanza, y hasta una prueba de amor que le ahogaba de felicidad.

—¡Oh! no—repuso—hemos ido á cazar á la provincia de Tver, y al volver encontré en un coche del tren al cuñado de Estéfano. El encuentro fué cómico.

Y refirió alegremente cómo después de haber pasado en vela la mitad de la noche, había entrado casi por fuerza en el coche de Karenine.

—El conductor—dijo—quería echarme á causa de mi vestimenta, y fué preciso que me incomodara de veras; pero este caballero—añadió volviéndose hacia Karenine—después de juzgarme un momento por mi traje, tomó mi defensa, lo cual le agradecí mucho.

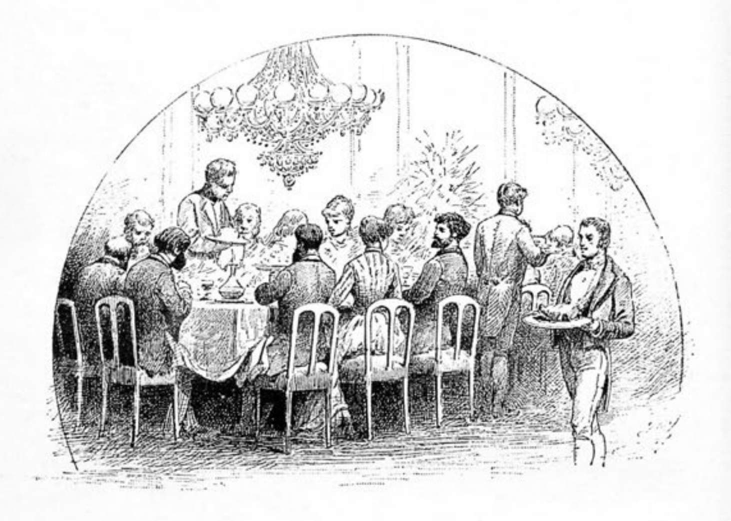
—Los derechos de los viajeros respecto á la elección de sus asientos no están bien determinados en general—dijo Alexandrovitch, limpiándose las puntas de los dedos con su pañuelo, después de comer una rebanada de pan con un pedacito de queso.

—Ya observé la vacilación de usted—replicó Levine sonriendo—y por eso me apresuré á entablar conversación, para hacerle olvidar un poco mi piel de carnero.

Kosnichef, que hablaba con el ama de la casa, prestando

oído á la conversación, volvió la cabeza hacia su hermano y preguntóse: «¿De qué le vendrá ese aire conquistador?»

En efecto, hubiérase dicho que á Levine le crecían alas. Era sin duda porque *ella* estaba allí, porque *ella* le oía con placer; y nada era para Levine tan interesante como esto. Hallábase solo con ella, no en la habitación, sino en el universo entero, y cerníase en vertiginosas alturas, mientras que



debajo de ellos se agitaba una buena gente, como Arcadievitch y Karenine, y el resto de la humanidad.

Oblonsky, al colocar sus convidados á la mesa, pareció olvidar completamente á Levine y á Kitty; pero acordándose después de ellos, los puso uno junto á otro.

La comida, servida con elegancia, pues Arcadievitch tenía empeño en ello, fué excelente; la sopa María Luisa, acompañada de pastelillos que se deshacían en la boca, era riquísima, y Matveï, con dos criados que lucían corbata blanca, desempeñó su cometido diestramente, sin la menor confusión.

El éxito fué también completo en cuanto á las conversaciones, así la general como la particular, y cuando la comida terminó, hasta el mismo Alexandrovitch estaba de buen humor.

X

Pestzoff, á quien agradaba discutir sobre cualquier punto á fondo, no había quedado satisfecho de la interrupción de Kosnichef, pareciéndole que no se le dejó explicar suficientemente su pensamiento.

—Al hablar de la densidad de la población—dijo—no entendía yo sentarla como *principio* de una asimilación, y sí sólo como un *medio*.

—Me parece—contestó Karenine, á quien se dirigían estas palabras—que viene á ser lo mismo. En mi concepto un pueblo no puede tener influencia sobre otro sino á condición de serle superior por estar más civilizado...

—He ahí precisamente la cuestión—interrumpió Pestzoff, con un ardimiento tan singular, que parecía poner toda su alma en defender sus opiniones.—¿Cómo se debe entender esa civilización superior? Entre las diversas naciones de Europa, ¿cuál es la que aventaja á las otras? ¿Es el francés, el inglés ó el alemán el que nacionalizará á sus vecinos? Hemos visto afrancesar á las provincias rinianas. ¿Será esto una prueba de inferioridad por parte de los alemanes? No aquí hay otra ley.

—Creo que la balanza se inclinará siempre hacia la verdadera civilización.

—Pero ¿cuáles son los indicios de esa verdadera civilización?

—Creo que todo el mundo los conoce.

—¿Los conocerán realmente?—preguntó Sergio con una significativa sonrisa.—Por lo pronto hay quien cree que, fuera de la instrucción clásica, la civilización no existe; sobre este punto presenciamos furiosos debates, y cada partido aduce pruebas que no carecen de valor.

—Usted está por los clásicos, según creo, Sergio Ivanitch... —dijo Oblonsky.—¿Quiere usted Burdeos?

—Yo no me separo de mis opiniones personales—repuso Kosnichef, con la condescendencia que habría tenido para un niño;—sólo pretendo que por una parte y otra sean bue-

nas las razones alegadas. Por mi educación soy clásico; pero esto no me impide reconocer que los estudios clásicos no ofrecen pruebas irrecusables de superioridad sobre los demás.

—Las ciencias naturales se prestan igualmente á un desarrollo pedagógico del espíritu humano—repuso Pestzoff;—vea usted la astronomía, la botánica y la zoología, con la unidad de sus leyes.

—De esa opinión no participo yo—contestó Alexandrovitch.—¿Podrá negarse la feliz influencia que ejerce sobre el desarrollo de la inteligencia el estudio de las formas de lenguaje? La literatura antigua es eminentemente moral; mientras que, por desgracia nuestra, agréganse al estudio de las ciencias naturales doctrinas funestas y falsas, que son el azote de nuestra época.

Sergio Ivanitch iba á contestar, pero Pestzoff le interrumpió para demostrarle calurosamente la injusticia de este juicio; y cuando Kosnichef pudo hablar al fin, dijo sonriendo al señor de Karenine:

—Confiese usted que el pro y el contra de los dos sistemas serían difíciles de establecer, si la influencia moral, antinihilista, digámoslo claro, de la educación clásica, no militase en su favor.

—No hay la menor duda.

—Dejaríamos el campo más libre á los dos sistemas si no considerásemos la educación clásica como una píldora, que ofrecemos atrevidamente á nuestros enfermos para combatir el nihilismo; pero ¿estamos bien seguros de las virtudes curativas de esas píldoras?

La pregunta hizo reir á todos, y principalmente al obeso Tourovtzine, que había tratado inútilmente de alegrarse antes.

Arcadievitch había tenido razón en contar con Pestzoff para animar el debate, pues apenas Kosnichef dió por terminada la controversia, chanceándose como siempre, replicó:

—No se puede acusar al Gobierno de haber intentado la cura, pues muéstrase indiferente á las consecuencias de las medidas que adopta: la opinión pública es la que le dirige. Citaré como ejemplo el asunto de la educación superior de las mujeres, que se debería considerar como funesta, lo cual no impide que el gobierno abra los cursos públicos y las universidades para aquellas.

En este punto se entabló el debate sobre la educación de las mujeres. Alexandrovitch observó que la instrucción de las mujeres se confundía demasiado con su emancipación, y sólo podría considerarse funesta bajo este punto de vista.

—Creo, por el contrario —dijo Pestzoff— que estas dos cuestiones están íntimamente enlazadas entre sí. La mujer se ve privada de los derechos porque no recibe instrucción, y la falta de ésta depende de la carencia de aquellas. No olvidemos que la esclavitud de la mujer es tan antigua y se halla tan arraigada en nuestras costumbres, que muy á menudo somos incapaces de comprender el abismo que la separa de nosotros.

—Usted habla de derechos —dijo Sergio Ivanitch, cuando pudo tomar la palabra.—¿Es un derecho llenar las funciones de jurado, de consejero municipal, de presidente de un Tribunal, de funcionario público, ó de individuo del parlamento?

—Sin duda.

—Sin embargo, si las mujeres pueden llenar excepcionalmente estas funciones, sería más justo llamar á estos *derechos deberes*. Un abogado ó un telegrafista cumplen un deber. Digamos, pues, hablando lógicamente, que las mujeres buscan *deberes*, y en este caso debemos simpatizar con su deseo de tomar parte en los trabajos de los hombres.

—Es muy justo—dijo Alexandrovitch;—el todo está en saber si son capaces de llenar esos deberes.

—Lo serán seguramente tan pronto como estén más instruídas en general—dijo Arcadievitch;—ya vemos que...

—¿Y el proverbio?—preguntó el anciano príncipe, cuyos ojillos de expresión burlona brillaban al oir este diálogo.— Yo puedo decir esto delante de mis hijas: «La mujer tiene el cabello largo...»

—Así es cómo se juzgaba á los negros antes de su emancipación—exclamó Pestzoff con expresión de enojo.

—Confieso—dijo Sergio Ivanitch—que lo más extraño es ver á la mujer buscar nuevos deberes, cuando, desgraciadamente, los hombres tratan de eludir los suyos.

—Los deberes van acompañados de derechos; los honores, la influencia, el dinero, he aquí lo que las mujeres buscan— dijo Pestzoff.

—Es lo mismo que si yo disputase el derecho de ser nodriza y me pareciera mal que me lo negasen; mientras que á las mujeres se les paga por eso—dijo el anciano príncipe.

Tourovtzine no pudo menos de reirse, y Sergio Ivanitch sintió no ser el autor de este chiste, que hizo sonreir al mismo Alexandrovitch.

—Sí, pero un hombre no puede amamantar, mientras que una mujer...—repuso Pestzoff.

—Perdone usted; un inglés que iba embarcado llegó á amantar á su niña — replicó el príncipe — que se permitía algunas libertades de lenguaje delante de sus hijas.

—Pero ¿qué diremos de las hijas de familia?—preguntó Arcadievitch, que al sostener á Pestzoff había pensado en su bailarina.

—Si se sondea la vida de esas jóvenes — replicó Dolly, tomando parte en la conversación—se verá seguramente que han abandonado una familia en que podían llenar deberes.

Dolly comprendía instintivamente á qué especie de mujeres se refería su esposo.

— Nosotros defendemos un principio, un ideal — replicó Pestzoff con voz sonora;—la mujer reclama el derecho de ser independiente é instruída, y sufre al ver que no le es posible alcanzar estas cosas.

—Y yo sufro porque no se me admite como nodriza en el Asilo de niños expósitos — repitió el príncipe, con gran contento de Tourovtzine, que empapó un espárrago en su salsa por la extremidad gruesa.

XI

Sólo Kitty y Levine no habían tomado parte en la conversación.

Al principio de la comida, cuando se habló de la influencia de un pueblo sobre otro, Levine evocó las ideas que había formado sobre este asunto; pero desechadas muy pronto, juzgándolas de poco interés, parecióle extraño que se pudieran ocupar los demás de cuestiones tan ociosas.

Kitty, por su parte, hubiera debido interesarse en la discu-

sión sobre los derechos de las mujeres, pues no sólo se había ocupado á menudo de esto cuando conoció á Varinka, sino también antes, suponiendo el caso de que permaneciese soltera. También había hablado á menudo con su hermana sobre el particular; pero ¡qué poco le interesaba en aquel momento! Entre Levine y ella establecióse una afinidad misteriosa que los acercaba más y más, produciéndoles un sentimiento de alegre terror en el umbral de la nueva existencia que entreveían.

Interrogado por Kitty, para saber cómo la había visto, Levine contestó que fué al volver de las praderas después de la siega.

—Era muy temprano—dijo—usted acababa sin duda de despertarse, y su mamá dormía en un rincón. La mañana era magnífica y yo me decía: «¿De quién puede ser ese coche de cuatro caballos?» Éstos eran muy hermosos y llevaban cascabeles. De repente, pasa usted delante de mí como un relámpago, asomada á la portezuela, y entrelazando entre los dedos las cintas de su gorro de viaje, entregada al parecer á profundas reflexiones. ¡Cuánto me hubiera agradado saber—añadió Levine sonriendo—en qué pensaba usted en aquel instante! ¿Sería algo de importancia?

«Con tal que no estuviese despeinada»—pensó Kitty. Pero al observar la sonrisa de Levine, tranquilizóse sobre la expresión que había producido, y contestó, sonriendo alegremente:

—Vamos, no me acuerdo de nada.

—De qué buena gana se ríe Tourovtzine—dijo Levine admirando la alegría de aquel mocetón, que tenía los ojos húmedos, y cuyo cuerpo se dilataba á fuerza de reir.

—¿Le conoce usted hace mucho tiempo?—preguntó Kitty.

—¡Quién no le conoce!

—¿Y no piensa usted nada bueno de él?

—Eso sería mucho decir: por lo demás, no vale gran cosa.

—He ahí una opinión injusta, de la cual espero que se retracte usted—repuso Kitty;—yo también le juzgué mal en otro tiempo; pero es un hombre excelente, un corazón de oro.

—¿Cómo ha podido usted apreciarle?

—Somos muy buenos amigos. El invierno último, poco tiempo después de... de haber usted dejado de venir á vernos

—dijo Kitty con una sonrisa de confianza—los niños de Dolly tuvieron la escarlatina; y cierto día, por casualidad, Tourovtzine hizo una visita á mi hermana. ¿Lo creería usted? Se compadeció hasta el punto de quedarse para cuidar á los pequeños enfermos, y durante tres semanas desempeñó las funciones de aya. Refiero á Constantino Dmitritch — añadió Kitty volviéndose hacia su hermana —cómo se condujo Tourovtzine durante la dolencia de los niños.

—Estuvo admirable—contestó Dolly mirando con una sonrisa á la persona de quien hablaba. Levine la miró también, y extrañóse de no haberla comprendido hasta entonces.

—Dispensadme—dijo, esta vez sinceramente; —jamás volveré á juzgar con ligereza á nadie.

XII

El debate sobre la emancipación de las mujeres ofrecía puntos demasiado espinosos para tratarlos delante de las damas, y por lo tanto cesó muy pronto; mas apenas terminada la comida, Pestzoff entabló un diálogo con Alexandrovitch para explicarle la cuestión bajo el punto de vista de la desigualdad de los derechos entre esposos en el matrimonio. Según él, la causa principal de esta desigualdad consistía en la diferencia establecida por la ley y por la opinión pública entre la infidelidad de la mujer y la del esposo.

Arcadievitch ofreció precipitadamente un cigarro á Karenine.

—No—contestó éste con la mayor tranquilidad—no fumo.

Y como para probar que no temía al diálogo, volvióse hacia Pestzoff y díjole con una sonrisa glacial:

—Esa desigualdad estriba, á mi modo de ver, en el fondo mismo de la cuestión.

Y se dirigió al salón; pero Tourovtzine le interpeló al paso.

—¿Ha oído usted referir—le preguntó, animado por el champaña y deseoso de romper el silencio—lo de la cuestión de Wasia Priatchnikof? Me han dicho esta mañana—añadió con su franca sonrisa—que se había batido en Tver con Kwitzky y que le dejó sin vida en el terreno.

La conversación giraba aquel día fatalmente de modo que Alexandrovitch pudiera resentirse; Oblonsky lo echó de ver al punto y quiso llevarse á su cuñado.

—¿Por qué se ha batido?—preguntó Karenine sin notar, al parecer, los esfuerzos de Oblonsky para distraer su atención.

—Á causa de su esposa; y se ha conducido valerosamente, pues provocó á su rival y le mató.

—¡Ah!—exclamó Alexandrovitch con expresión indiferente y saliendo de la habitación.

Dolly le esperaba en un saloncito de paso, y díjole sonriendo con timidez:

—¡Cuánto me alegro de que haya usted venido! Necesito hablarle; sentémonos aquí.

Alexandrovitch obedeció, conservando su aire de indiferencia.

—Complazco á usted con tanta mejor gana—dijo—cuanto que por mi parte debo excusarme, pues me es preciso marchar mañana mismo.

Daría Alexandrovna, firmemente convencida de la inocencia de Ana, palidecía y temblaba de cólera ante aquel hombre insensible y glacial, que se disponía fríamente á perder á su amiga.

—Alexandrovitch—dijo, resumiendo todas sus fuerzas para mirarle de frente con el valor de la desesperación—le he preguntado á usted por Ana y no me ha dicho aún cómo está.

—Pienso que está buena, Daría Alexandrovna—contestó Karenine sin mirarla.

—Dispense usted si insisto, sin derecho para ello; pero amo á mi amiga como á una hermana, y le conjuro á que me diga qué ocurre entre ustedes y de qué la acusa usted.

Karenine frunció el entrecejo é inclinó la cabeza, cerrando casi los ojos.

—Supongo—repuso—que su esposo habrá manifestado á usted las razones que me obligan á romper con Ana Arcadievna.

—No creo, ni creeré nunca en todo eso—murmuró Dolly oprimiendo con fuerza sus enflaquecidas manos.

Y levantándose vivamente, tocó el brazo de Alexandrovitch y le dijo:

—Aquí nos molestarían; pasemos á otra habitación.

La emoción de Dolly se comunicaba á Karenine, que levantándose al punto, siguió á su interlocutora hasta la pieza de estudio de los niños, donde ambos se sentaron ante una mesa cubierta de un hule, cortado en varios sitios.

—¡No creo nada de eso!—repitió Dolly, procurando que su mirada se encontrase con la de Karenine.

—¿Se pueden negar acaso los *hechos?*—preguntó Alexandrovitch, recalcando en la última palabra.

—Pero ¿qué falta ha cometido? ¿De qué la acusa usted?

—Ha faltado á sus deberes, haciendo traición á su esposo: he aquí de qué la acuso.

—No, no, es imposible; á Dios gracias, usted se engaña—exclamó Dolly, oprimiéndose las sienes con ambas manos, y cerrando los ojos.

Alexandrovitch sonrió fríamente, queriendo probar así á su interlocutora, y á sí propio, que su convicción era profunda; pero ante aquella calurosa intervención, su herida se abrió de nuevo, y aunque la duda no le fuese ya posible, contestó con menos frialdad:

—El error—repuso—es difícil cuando la esposa misma declara al marido que ocho años de matrimonio y un hijo no son para ella nada, y que quiere comenzar otra vida.

—¡Ana y el vicio! ¿Cómo asociar esas dos ideas? ¿Cómo creer...?

—¡Daría Alexandrovna!—replicó Alexandrovitch con acento de cólera, mirando esta vez fijamente á Dolly, y sintiendo que su lengua se desataba;—hubiera dado mucho por poder dudar; en otro tiempo, la duda era cruel; pero ahora lo es más aún. Cuando dudaba, esperaba, á pesar de todo; ahora no tengo ya esperanza, y además, abrigo otras dudas; he cobrado aversión á mi hijo, y pregúntome á veces si es mío. ¡Soy muy desgraciado!

Dolly reconoció, cuando su mirada se encontró con la de Karenine, que éste decía la verdad; compadecióle entonces, y su fe en la inocencia de Ana comenzó á vacilar.

—¡Dios mío!—exclamó—esto es terrible. Pero ¿está usted verdaderamente resuelto á entablar el divorcio?

—He adoptado este partido porque no veo otro posible. Lo más doloroso en una desgracia de este género es que no

puede uno llevar su cruz como en cualquier otro infortunio, por ejemplo una pérdida ó una muerte, ni es posible permanecer en la posición humillante á que me veo reducido. Los tres no podríamos vivir ya juntos.

—Comprendo muy bien—contestó Dolly bajando la cabeza. Al decir esto no pudo menos de pensar en sus propios disgustos domésticos; pero de pronto, uniendo las manos en ademán de súplica, fijó valerosamente su mirada en Karenine y le dijo:

—Espere usted un momento. Como buen cristiano, debe usted pensar en lo que será de ella si la abandona.

—Ya lo he pensado, y mucho, Daría Alexandrovna—repuso Alexandrovitch con cierta turbación, mientras su rostro se cubría de manchas rojas.—Cuando me anunció ella misma mi deshonra, la ofrecí el medio de rehabilitarse procurando salvarla. ¿Y sabe usted qué hizo? Ni siquiera tuvo en cuenta la menor de mis condiciones, ni respetó las conveniencias. Se puede—añadió Karenine acalorándose—salvar á un hombre que no quiere perecer; pero tratándose de una persona corrompida hasta el punto de ver la felicidad en su pérdida misma, ¿qué quiere usted hacer?

—Todo, excepto el divorcio.

—¿Á qué llama usted todo?

—¡Piense usted que Ana no sería ya la mujer de nadie, y que estaría perdida! ¡Esto es terrible!

—¿Qué quiere usted que haga?—replicó Karenine encogiéndose de hombros.

Y al recordar su última explicación con Ana, recobró de pronto el mismo grado de frialdad que mostrara antes de comenzar el diálogo.

—Agradezco á usted mucho su simpatía—añadió levantándose;—pero me es forzoso retirarme.

—¡No, espere usted un momento! No debe usted perderla así; escúcheme usted, y le hablaré por experiencia. Yo también soy casada y mi esposo me engañó; en un arrebato de celos y de indignación quise abandonarlo todo.... pero reflexioné, y ¿sabe usted quién me salvó? Pues fué Ana. Ahora mis hijos crecen, mi esposo vuelve á la familia, comprende sus errores, se rehabilita y es mejor que antes; he perdonado.... perdone usted también.

Alexandrovitch escuchaba, pero las palabras de Dolly no le producían efecto; pues en su alma se concentraba la cólera que le había inducido á pedir el divorcio.

—No puedo, ni quiero tampoco perdonar—contestó con voz penetrante;—porque esto sería injusto. Por esa mujer he hecho lo imposible, y ella, en cambio, ha querido arrastrarlo todo por el cieno. No soy un hombre malo, ni odié jamás á nadie; pero á ella la aborrezco con todas las fuerzas de mi alma, y no podría perdonarle su traición porque me ha hecho demasiado daño.

Las lágrimas de la cólera hacían temblorosa la voz de Karenine.

—«Amad á los que os odian»—murmuró Dolly casi avergonzándose al hacer esta cita.

Alexandrovitch sonrió con desdén: conocía la frase, pero no podía aplicarla á su situación.

—Se puede amar á los que nos odian—repuso Karenine;—pero no á los que aborrecemos. Dispénseme usted si la he molestado; cada cual ha de sufrir sus disgustos.

Y recobrando su imperio, Karenine se despidió con calma de Dolly y salió.

XIII

Levine resistió á la tentación de seguir á Kitty cuando todos se levantaron de la mesa, temiendo ser enojoso con una excesiva asiduidad; y quedándose con los hombres, tomó parte en la conversación general; pero sin mirar á la joven, no la perdía de vista y adivinaba hasta el sitio donde se había sentado. Por lo pronto, cumplió sin el menor esfuerzo la promesa que había hecho de amar á su prójimo, pensando sólo en el bien. La conversación recayó sobre la comunidad en Rusia, que Pestzoff consideraba como un nuevo orden de cosas, destinado á servir de ejemplo al resto del mundo. Levine participaba tan poco de su parecer como de la opinión de Sergio Ivanitch, que reconocía y negaba á la vez el valor de semejante institución; pero trató de ponerlos de acuerdo, dulcificando los términos de que se servían, sin tener el me-

nor interés en el debate. Su único deseo era ver á todos contentos y felices. Una persona, la única importante para él, en adelante, habíase acercado á la puerta; parecióle que á él se dirigían una mirada y una sonrisa, y fuéle preciso volver la cabeza: *ella* estaba allí, de pie junto á Cherbatzky, y le miraba.

—Creía que iba usted á tocar el piano—dijo acercándose;—la música es lo que á mí me falta en el campo.

—No—contestó Kitty;—habíamos venido sólo á buscar á usted, y le doy gracias por haber comprendido. ¿Qué placer se puede encontrar en la discusión, que nunca convence á nadie?

—¡Qué verdad es!—repuso Levine.

Constantino había observado tantas veces que en los largos debates se hacían grandes esfuerzos de lógica y se gastaban en balde palabras sin obtener ningún resultado, que sonrió de contento al ver cómo Kitty adivinaba y definía su pensamiento con tal concisión. Cherbatzky se alejó y la joven, acercándose á una mesa de juego, sentóse y comenzó á trazar círculos con yeso en el paño verde.

—¡Dios mío!—exclamó—he llenado la mesa de garabatos; y dejó el yeso haciendo ademán de levantarse.

«¿Cómo podría estar yo sin ella?»—pensó Levine con terror.

—Espere usted—dijo sentándose junto á la mesa;—hace largo tiempo que deseaba preguntar á usted una cosa.

Kitty fijó en su interlocutor una mirada cariñosa, aunque algo inquieta.

—Veamos—replicó.

—Helo aquí—dijo Levine tomando el yeso y escribiendo las letras *c*, *u*, *m*, *d*, *q*, *e*, *i*, *l*, *e*, *s*, *e*, *o*, *p*, *s*, que eran las primeras de las palabras:—¿Cuando usted me dijo que era imposible, lo era sólo *entonces* ó para *siempre?* Era poco verosímil que Kitty pudiera comprender esta complicada pregunta; pero Levine la miró con la expresión de un hombre cuya vida dependía de la explicación de aquella frase.

La joven reflexionó con detención, apoyó la frente en su mano, y comenzó á descifrar poco á poco, interrogando á Levine á veces con la mirada.

—He comprendido—dijo al fin ruborizándose.

—¿Cuál es la palabra?—preguntó Levine señalando la *i* de la palabra *imposible*.

—Esa letra significa *imposible*—dijo Kitty—pero la palabra no es exacta.

Levine borró al punto lo que había escrito, y ofreció el yeso á la joven, la cual escribió: *e. n. p. c. d. o. m.*

Dolly, al ver á su hermana con el yeso en la mano, sonrió tímidamente con expresión satisfecha, fijando la vista en Levine, que inclinado sobre la mesa miraba con brillantes ojos tan pronto el paño verde como á Kitty, y esto bastó para consolarla un poco de su enojoso diálogo con Alexandrovitch. El rostro de Levine estaba radiante de alegría, pues acababa de comprender la respuesta: «*Entonces no podía contestar de otro modo.*»

—¿Sólo *entonces?*—preguntó mirando á Kitty con aire interrogador.

—Sí—contestó la joven con una sonrisa.

—¿Y *ahora?*—preguntó de nuevo.

—Lea usted; voy á escribir lo que desearía.—Y trazó vivamente las primeras letras de las palabras: «Que pueda usted perdonar y olvidar.»

Levine cogió á su vez el yeso con dedos temblorosos, y contestó del mismo modo: «No he dejado nunca de amar á usted.»

Kitty le miró, dejando de sonreir, y murmuró:

—He comprendido.

—¿Jugáis al secretario?—preguntó el anciano príncipe acercándose á su hija....;—pues si quieres ir al teatro, ya es hora.

Levine se levantó y condujo á Kitty hasta la puerta. Aquella entrevista lo había decidido todo. La joven acababa de confesarle que le amaba, permitiéndole ir á hablar con sus padres á la mañana siguiente.

XIV

Una vez fuera Kitty, Levine experimentó cierta inquietud y tuvo miedo de las catorce horas que debían transcurrir hasta el día siguiente. Sentía la necesidad imperiosa de engañar

el tiempo, y para ello, de tener alguna compañía, de hablar con álguien. Arcadievitch, á quien hubiera querido conservar á su lado, iba á sus visitas particulares, según dijo, pero en realidad á ver á su bailarina: y Levine no tuvo tiempo más que para decirle que era feliz, y que no olvidaría nunca lo que le debía.

—¡Cómo! ¿no hablas ya de la muerte?—preguntó Oblonsky, estrechando cariñosamente la mano de su amigo.

—No.

Dolly felicitó también en cierto modo á Levine al despedirse, lo cual desagradó á éste, pues no quería que nadie hiciera alusiones á su felicidad. Para no estar solo reunióse con su hermano.

—¿Á dónde vas?—le preguntó.

—Á una sesión.

—¿Puedo acompañarte?

—No hay inconveniente—contestó Sergio.—¿Qué te pasa hoy?

—Que soy feliz—contestó Levine, bajando el cristal de la ventanilla del coche.—Dispénsame que abra—añadió—pues me ahogo. ¿Por qué no te has casado nunca?

Sergio sonrió.

—Lo celebro—dijo;—es una muchacha encantadora.

—¡No digas nada!—exclamó Levine, cogiendo á su hermano por el brazo y cubriéndole el rostro con la piel de su abrigo.

«Una muchacha encantadora»—pensó Levine. ¡Qué palabras tan frívolas eran éstas en su concepto!

Sergio Ivanitch soltó la carcajada, lo cual no le sucedía á menudo.

—¿Podré decir, al menos—repuso,—que me alegro infinito?

—Mañana, pero ni una palabra más hoy; nada, nada. Te quiero mucho... ¿De qué se tratará hoy en la reunión?

Poco después llegaron á la casa. Durante la sesión, Levine oyó al secretario tartamudear largo tiempo, sin comprender lo que decia; mas parecióle que aquel individuo era muy amable y simpático. Después comenzaron los discursos: tratábase de la reducción de varios presupuestos y de introducir economías. Sergio combatió á dos individuos de la comi-

sión, pronunciando contra ellos un discurso triunfante; y después otro orador contestó en pocas palabras, muy bien dichas, pero llenas de hiel. Swiagesky se expresó también con nobleza y elocuencia. Levine escuchaba siempre, pensando que el debate sobre la reducción de gastos no era más que un pretexto para reunir á varias personas amables, las cuales se entendían perfectamente, y creyó, gracias á ciertos indicios en que antes no fijara su atención, que le era dado penetrar en el pensamiento de cada uno de los concurrentes y comprender que eran todos personas de muy buen carácter. Parecióle también que para él se tenían muchas deferencias, y hasta que le miraban con cariño los que no le conocían.

—¿Estás contento?—le preguntó Sergio.

—Mucho—contestó Levine;—nunca hubiera creído que esto podía ser tan interesante.

Swiagesky se acercó á los dos hermanos, é invitó á Levine á ir á tomar una taza de té en su casa.

—Con mucho gusto—replicó Constantino.

Y olvidando sus antiguas prevenciones, preguntó al punto cómo estaban la señora Swiagesky y su hermana. Por una extraña filiación de ideas, como la cuñada de Swiagesky le había hecho pensar en el matrimonio, dedujo que nadie le escucharía con tanto placer como ella y su hermana la narración de los incidentes que se referían á su felicidad, y por lo tanto, le sonrió la idea de ir á ver á dichas señoras.

Swiagesky le interrogó sobre sus asuntos rehusando siempre creer que se pudiera descubrir alguna cosa que no se hubiera encontrado ya en Europa; pero su tesis no contrarió esta vez á Levine, quien admiró la delicadeza con que su interlocutor evitaba probárselo claramente.

Las damas se mostraron muy amables: á Levine le pareció adivinar que lo sabían todo y que participaban de su alegría, pero que por discreción no hablaban sobre el particular. Durante tres horas estuvo hablando de diversos asuntos, refiriéndose siempre á lo que llenaba su alma, sin observar que aburría á sus oyentes, haciéndoles dormir. Al fin Swiagesky condujo á su amigo hasta el recibimiento, no sin bostezar repetidas veces.

Levine entró en la fonda á la una ó las dos de la madrugada y espantóle la idea de pasar diez horas solo, poseído de su

impaciencia. El criado de servicio, que velaba en el corredor, encendió sus bujías, é iba á retirarse, cuando Levine le detuvo; llamábase Yegor, y hasta entonces no se había fijado en él; pero de pronto echó de ver que era un hombre inteligente y servicial.

—Dime, Yegor—le preguntó;—¿no te parece muy duro pasar la noche en blanco?

—¡Qué hemos de hacer, es nuestro oficio! La vida es más dulce en las casas particulares, pero no hay tantas ventajas.

Yegor resultó ser padre de familia con cuatro hijos, tres muchachos y una hija, que pensaba casar al año siguiente.

Con este motivo, Levine manifestó á Yegor sus ideas sobre el amor en el matrimonio, haciéndole observar que aquel que ama es siempre feliz, porque la dicha está en nosotros mismos. Yegor escuchó con atención, comprendiendo evidentemente el pensamiento de Levine; pero confirmóle con una reflexión inesperada: dijo que cuando había servido á buenos amos, quedó siempre contento de ellos, y que entonces lo estaba también, aunque se hallaba en casa de un francés.

«¡Qué excelente hombre!»—pensó Levine.

—Y dime, Yegor, ¿amabas á tu mujer cuando te casaste?

—¡Cómo no había de amarla!—contestó el criado.

Y ya se disponía á contar su vida, pues el entusiasmo de Levine se le comunicaba poco á poco, cuando de repente sonó una campanilla, lo cual obligó á Yegor á dejar solo al huésped.

Levine, aunque apenas había comido, ni cenado tampoco en casa de Swiagesky, no tenía el menor apetito, y después de una noche de insomnio no pensaba en dormir; parecíale ahogarse en su habitación, y á pesar del frío abrió una ventana y sentóse frente á ella. Sobre los tejados cubiertos de nieve destacábase la cruz cincelada de una iglesia; y aspirando el aire que penetraba en el aposento, miraba sucesivamente la cruz y las estrellas, elevándose como en un sueño entre las imágenes y los recuerdos evocados por su imaginación.

Á eso de las cuatro de la madrugada resonaron pasos en el pasillo; Levine entreabrió su puerta y vió que era un jugador que volvía del club; aquel hombre se llamaba Miaskine, y conocíale de vista; en aquel momento tosía con fuerza, y su

aspecto era sombrío. «¡ Pobre infeliz!», pensó Levine, cuyos ojos se llenaron de lágrimas de compasión. Y quiso detener á Miaskine para hablarle y consolarle; pero al recordar que estaba en camisa, volvió á sentarse para aspirar de nuevo el aire helado y contemplar entre el silencio nocturno aquella cruz de forma extraña, y por encima de ella el radiante lucero que avanzaba por el horizonte.

Á eso de las siete comenzóse á oir el murmullo de los barrenderos; algunas campanas tocaron á misa, y Levine sintiendo que el frío se apoderaba de él, cerró la ventana, vistióse y salió.

XV

Las calles estaban desiertas aún, cuando Levine se encontró delante de la casa de Cherbatzky; toda la gente dormía y la puerta principal estaba cerrada, por lo cual volvió al hotel para tomar café. El criado que le sirvió no era Yegor; Levine intentó trabar conversación con él, mas por desgracia le llamaron y salió; después quiso tomar su café, pero no pudo; y poniéndose de nuevo el paletó, volvió á casa de los Cherbatzky. Apenas comenzaban á levantarse los habitantes de la casa; el cocinero salía para hacer la compra; y de grado ó por fuerza fué preciso resignarse á esperar un par de horas más. Levine había vivido toda la noche y la mañana en un estado del todo inconsciente, sobreponiéndose á las condiciones materiales de la existencia; no habia dormido ni comido, y á pesar de haberse expuesto al frío durante algunas horas casi desnudo, hallábase en las mejores disposiciones; sentíase lleno de fuerza y capaz de los actos más extraordinarios, como volar por los aires ó derribar las paredes de la casa. Para matar el tiempo que aún debía esperar, comenzó á recorrer las calles, consultando á cada momento su reloj; y lo que vió aquel día no volvió á verlo nunca; llamáronle sobre todo la atención unos niños que iban á la escuela, y unas palomas que volaban desde los tejados á la calle, así como también ciertos *saïkis* (1) espolvoreados de harina, que

(1) Especie de tortas.

una mano invisible colocaba en un escaparate. Todos estos objetos eran un prodigio para Levine: los niños corrieron hacia una de las palomas sonriendo; éstas emprendieron el vuelo, sacudiendo las alas que brillaban á la luz del sol; y un apetitoso aroma se exhaló del escaparate donde colocaban los saïkis. Todo esto produjo en Levine una impresión tan viva, que comenzó á reir y llorar de alegría. Después de dar una larga vuelta por la calle de las Gacetas y la Kislowka, volvió al hotel, sentóse, puso su reloj delante, y esperó á que la aguja señalase la hora de mediodía. Cuando salió del hotel, varios cocheros le rodearon, manifestando en sus rostros la alegría, y disputándose para ofrecerle sus servicios. Evidentemente lo sabían todo: Levine escogió uno, y para no resentir á los demás, prometió utilizarles otra vez, dando después orden para que se le condujera á casa de los Cherbatzky. El cochero tenía buena presencia y llevaba la camisa muy blanca; su trineo, bastante cómodo, era más alto que los demás, y de él tiraba un caballo de buen aspecto, que hacía lo posible por correr, pero que no avanzaba. Como el cochero conocía la casa de Cherbatzky, detúvose delante de la puerta y volvióse hacia Levine respetuosamente. El portero de los Cherbatzky lo sabía todo seguramente; era fácil reconocerlo sn su mirada y en la manera con que dijo:

—Hace mucho tiempo que no ha venido usted, Constantino Dmitrich.

No solamente lo sabía todo, sino que rebosaba de alegría, y esforzábase para ocultarla. Levine comenzó á experimentar la felicidad al ver la cariñosa mirada del anciano.

—¿Están ya levantados?—preguntó.

—Sírvase usted entrar, y si gusta podrá dejar aquí su gorra de pieles.

En concepto de Levine, esto debía tener alguna significación.

—¿Á quién anunciaré su llegada, caballero?—preguntó un lacayo.

Este servidor, aunque joven y nuevo en la casa, mostrábase muy obsequioso, y también debía haberlo comprendido todo.

—Á la princesa y al príncipe—contestó Levine.

La primera persona á quien encontró fué á la señora Linon, que cruzaba la sala con expresión satisfecha, sin duda

por los ricitos que adornaban su frente. Apenas le hubo dirigido algunas palabras, oyóse el roce de un vestido junto á la puerta; la señora Linon desapareció á sus ojos, y sintióse dominado por el terror que le infundía aquella próxima felicidad. Cuando la anciana institutriz hubo salido, Levine percibió un paso ligero y rápido, y comprendió que se acercaba lo que para él era la mejor parte de su vida. Después vió dos ojos serenos y límpidos, cuya expresión revelaba la misma alegría de que él estaba poseído, y cuyo brillo casi le deslumbraba. Kitty apoyó suavemente ambas manos en los hombros de Constantino...; había corrido hacia él, temblorosa y feliz... Levine la estrechó entre sus brazos.

También Kitty había pasado la noche sin dormir, esperándole toda la mañana; había acechado la llegada de su prometido, queriendo ser la primera en anunciarle su felicidad; pero vergonzosa y confusa, no sabía cómo realizar su proyecto; y así es que al oir los pasos de Levine y su voz, ocultóse detrás de la puerta para esperar á que la señora Linon saliese. Entonces, sin vacilar más, corrió hacia Levine.

—Vamos á buscar á mamá—dijo, ofreciéndole la mano.

Durante largo rato no pudo Levine proferir una palabra, no porque temiese comprometer en nada su felicidad, sino porque las lágrimas le ahogaban: cogió la mano de Kitty y la besó.

—¿Es verdad?—preguntó al fin con voz ahogada.—¡No puedo creer que me ames!

Kitty sonrió al oir aquel TÚ, y al ver el temor con que la miraba.

—Sí—contestó lentamente, recalcando en la palabra.—¡Soy tan feliz!

Sin dejar su mano, Kitty entró con su prometido en el salón; la princesa comenzó á llorar, al verlos, muy sofocada, y después á reir; luego corrió hacia Levine de pronto, y cogiendo su cabeza entre las manos, la humedeció con sus lágrimas.

—¡Ya está todo hecho y me alegro mucho! ¡Ámala! ¡Soy muy feliz, Kitty!

—Pronto habéis arreglado las cosas—dijo el anciano príncipe, procurando parecer sereno; pero Levine vió sus ojos llenos de lágrimas.—Lo he deseado largo tiempo—añadió—atrayendo á Levine hacia sí;—y cuando esa loca pensaba...

—¡Papá!—exclamó Kitty cerrándole la boca con sus manos...

—¡Está bien, está bien! No diré nada; soy muy feliz... ¡Dios mío, qué tonto soy!...

Y cogiendo á Kitty entre sus brazos, besóla repetidas veces, bendiciéndola con la señal de la cruz.

Levine experimentó desde aquel instante un nuevo sentimiento de cariño por el anciano príncipe cuando vió con qué ternura besaba Kitty su nervuda mano.

XVI

La princesa fué á sentarse en un sofá, silenciosa y risueña; el príncipe se colocó á su lado, y Kitty permaneció en pie junto á su padre: todos guardaban silencio.

La princesa fué la primera en expresar sus pensamientos, recordando á los demás la cuestión de que se trataba, y en el primer instante, cada cual se sintió dominado por una impresión extraña y penosa.

—¿Cuándo se efectuará la boda?—preguntó.—Será necesario anunciar el enlace y fijar el día de los desposorios. ¿Qué te parece, Alejandro?

—Ahí tienes el personaje principal, á quien corresponde resolver—replicó el príncipe, señalando á Levine.

—¿Cuándo?—replicó éste sonrojándose—yo soy de parecer que se efectúen hoy los desposarios y mañana la boda.

—Vamos, amigo mío, no hagamos locuras.

—Pues bien, de aquí á ocho días.

—No parece sino que te vuelves loco.

—¿Y por qué no ha de ser así?

—¿Y la canastilla?—preguntó la madre, muy lisonjeada por aquella impaciencia.

«¿Tan indispensables son la canastilla de boda y los desposorios?—pensó Levine con espanto.—Por lo demás, ni una cosa ni otra disminuirán en nada mi dicha.» Y como observase que Kitty parecía estar conforme, se dijo: «Seguramente será necesario.»

—Reconozco—añadió—que no entiendo nada de esto; me he limitado á expresar mi opinión.

—Reflexionemos—contestaron los padres;—por lo pronto se efectuarán los esponsales y después anunciaremos vuestra unión.

La princesa se acercó á su esposo, abrazóle y quiso retirarse, pero él la detuvo sonriendo, para besarla varias veces, como un joven enamorado: hubiérase dicho que no se trataba de su hija, sino de ellos mismos. Cuando salieron de la habitación, Levine se acercó á su prometida y ofrecióle la mano; habíase recobrado ya y podía hablar, pero tenía tantas cosas que decir, que no acertó á expresar lo que deseaba.

—Ya sabía yo—dijo—que esto acabaría así; en el fondo del alma estaba persuadido de ello, sin haber osado nunca esperarlo.

—Y yo—repuso Kitty—aun cuando...

Aquí se detuvo, fijando en Levine su franca mirada.

—Aun cuando—añadió—rechazase entonces mi felicidad, jamás he amado más que á usted; y ahora quiero preguntarle de nuevo si podrá olvidar lo pasado.

—Tal vez sea mejor que haya sucedido así; usted también ha de perdonar, pues debo confesarle...

Levine había resuelto descargar su conciencia desde el principio, diciendo que no era tan puro como ella, ni tampoco creyente: juzgaba indispensable esta confesión, por penosa que fuese.

—No confesaré ahora, sino más tarde—añadió.

—Dígamelo usted todo, pues no temo nada, y quiero saber de qué se trata. Queda entendido...

—Lo que está entendido—interrumpió Levine—es que usted me toma tal como soy, y que no se desdirá más.

—No, no.

La conversación fué interrumpida por la señora Linón, que entró para felicitar á su discípula favorita; y aún no había salido del salón, cuando los criados quisieron también felicitar á los futuros cónyuges. Los padres y amigos llegaron después, y este fué el principio de aquel período feliz y absurdo, que no terminaría hasta el día siguiente del matrimonio.

Aunque se sintiese inquieto, la tensión del espíritu no disminuyó en nada la felicidad de Levine; habíase imaginado que si el tiempo que precediera á su enlace no se desviaba de las tradiciones comunes, su dicha se resentiría; pero aunque

hiciera exactamente lo mismo que todos en semejante caso, su satisfacción, en vez de disminuir, era cada vez mayor.

—Ahora—decía la señora Linón—tendremos confites en abundancia.

Esto bastó para que Levine fuese á comprarlos corriendo.

—Le aconsejo á usted que compre ramos en casa de Famine—decía Swiagesky.

Y Levine iba á comprarlos al punto.

Su hermano fué de parecer que debía pedir dinero á préstamo para los regalos y demás gastos del momento.

No necesitó más Levine para correr al establecimiento de Fulda á comprar alhajas; y así en la confitería como en las demás tiendas, todos parecían esperarle alegremente. ¡Cosa extraña! De su entusiasmo parecían participar aun aquellos que en otra época se mostraban fríos é indiferentes; aprobábanle en todo; se consideraban sus sentimientos con la mayor delicadeza, y hubiérase dicho que cada cual abrigaba la convicción de que Levine era el hombre más feliz de la tierra: las impresiones de Kitty eran análogas.

Habiéndose permitido la condesa de Nordstone algunas alusiones respecto á las más brillantes esperanzas que había concebido por su amiga, Kitty se encolerizó de tal modo, y protestó tan vivamente de la imposibilidad de preferir á otros á Levine, que la condesa convino en que tenía razón; y desde entonces, siempre que encontraba al prometido de Kitty, saludábale con benévola sonrisa.

Uno de los incidentes más penosos de aquel período de la vida de los prometidos, fué el que tuvo lugar con motivo de las explicaciones prometidas. Por consejo del anciano príncipe, Levine entregó á Kitty un diario que contenía sus confesiones, escritas para su futura esposa. De los dos puntos más delicados, el que se refería á sus creencias, pasó casi desapercibido, pues Kitty, incapaz de dudar de su religión, miró con indiferencia la falta de fe de su prometido, tanto más cuanto que en el corazón de éste estaba segura de hallar lo que apetecía; pero la segunda confesión hízola verter amargas lágrimas.

No sin grande esfuerzo habíase decidido al fin Levine á hacer semejante declaración, principalmente porque no quería que hubiera secretos entre los dos; pero no se había identifi-

cado con las impresiones que produciría en la joven semejante lectura. El abismo que separaba su mísero pasado de aquella pureza de paloma, fué más patente para Levine al entrar cierta noche en la habitación de Kitty, antes de ir al teatro, y al verla anegada en lágrimas : entonces comprendió el mal de que era causa, y tuvo miedo.

--Recoja usted ese terrible diario—dijo Kitty, desviando de sí el cuaderno que estaba sobre la mesa.—¿Por qué me lo ha enseñado usted ? En fin—añadió—tal vez sea mejor ; pero me parece verdaderamente espantoso.

Levine bajó la cabeza, sin atreverse á contestar.

—¿No me perdonará usted ?—murmuró al fin.

—Sí, ya te he perdonado ; pero es horroroso.

Aquel incidente no tuvo más efecto que hacer más apreciable la felicidad de Levine, que comprendió mejor algún tiempo después cuánto valía aquel perdón.

XVII

Al entrar en su solitaria habitación, Alexandrovitch recordó involuntariamente una por una las conversaciones que mediaron durante la comida y por la noche. Las palabras de Dolly no habían servido más que para irritarle los nervios : aplicar los preceptos del Evangelio á una situación como la suya, era cosa demasiado difícil para tratarla tan ligeramente, sin contar que él había juzgado ya la cuestión en sentido negativo. De todo cuanto se dijera aquel día, las palabras del bueno de Tourovtzine eran las que más vivamente se habían grabado en su imaginación.

«Se ha conducido valerosamente, pues provocó á su rival y le dió muerte.»

Era indudable que todos aprobaban semejante conducta, y si no se le dijo así abiertamente, fué por pura política.

«¿Á qué pensar en ello estando ya resuelta la cuestión ?» Y sin ocuparse más del asunto, hizo sus preparativos de marcha para continuar su visita de inspección.

Pidió una taza de té y una guía de los caminos de hierro, y buscó las horas para organizar su viaje.

En aquel momento el criado entró para entregarle dos pliegos que Alexandrovitch abrió al punto: el primero de ellos le anunciaba el nombramiento de Stremof para el cargo que él había querido obtener. Karenine se sonrojó, y arrojando el telegrama lejos de sí, comenzó á pasear por la habitación. «*Quos vult perdere Jupiter dementat*»—se dijo aplicando el *quos* á todos aquellos que habían contribuído al nombramiento, el cual le enojaba más por haber recaído en favor de Stremof, aquel charlatán y enredador. «¿No comprenden—pensó—que van á comprometer su prestigio con semejante elección?»

«¿Qué otra noticia del mismo género será esta otra?»—preguntóse con amargura abriendo el segundo telegrama.—Era de su esposa; el nombre de «Ana» escrito con lápiz azul le saltó á la vista y leyó las siguientes palabras: «Me muero; le suplico á usted que venga, porque moriré más tranquila si obtengo su perdón.»

Karenine leyó estas palabras con una sonrisa de desprecio, y arrojó el papel al suelo. «Alguna nueva astucia—pensó—pues no hay supercherÍa de que no sea capaz; el parto debe de estar muy próximo y sólo se trata de esto... Pero ¿qué se propondrá? ¿Legalizar el nacimiento de la criatura? ¿Comprometerme é impedir el divorcio? El telegrama dice «me muero...» Volvió á leer, y esta vez le llamó la atención el sentido exacto de las palabras. ¿Y si fuese verdad?—se preguntó.—¿Y si el sufrimiento ó la aproximación de la muerte la condujesen á un arrepentimiento sincero? ¿Y si al acusarla de querer engañarme, rehusase ir? Esto sería no sólo cruel, sino imprudente y daría motivo para que me juzgasen con severidad.»

—Pedro, un coche; marcho á San Petersburgo—gritó á su criado.

Karenine resolvió ir á ver á su esposa con la firme intención de volverse al punto si la enfermedad era fingida; en caso contrario perdonaría, y si llegase demasiado tarde, al menos podría cumplir con los últimos deberes.

Resuelto así, ya no pensó más en el asunto durante el viaje.

Karenine entró en San Petersburgo rendido, por haber pasado la noche en el camino de hierro, y cruzó rápidamente la Perspectiva desierta á través de la niebla matinal, sin querer preocuparse de lo que le esperaba en su casa, pero con la idea

fija de que aquella muerte pondría fin á todas las dificultades. Á su paso encontraba mozos de tahona, cocheros nocturnos y barrenderos, y muy pocas tiendas estaban abiertas; Karenine lo observaba todo, procurando desechar una esperanza que se acriminaba de haber concebido. Llegado á su casa, vió á la puerta un coche parado, y al penetrar en el vestíbulo hizo un esfuerzo para precisar su pensamiento que se podía traducir así: «Si me engaña, me mostraré tranquilo retirándome al punto; y si ha dicho verdad, respetaré las conveniencias.

Antes que Karenine llamara, el portero abrió la puerta; aquel hombre sin corbata, con una levita vieja y calzando zapatillas en vez de botas, tenía un aspecto extraño.

—¿Cómo está la señora?—preguntó Karenine.

—Ayer tuvo un feliz alumbramiento.

Alexandrovitch se detuvo pálido; comprendió entonces cuánto había deseado aquella muerte.

Karneï, el criado, bajaba presuroso por la escalera con traje de mañana.

—La señora está muy débil—dijo;—ayer hubo consulta y el doctor se halla aquí en este momento.

—Recoge mis objetos—dijo Alexandrovitch un poco aliviado al saber que no se había perdido toda esperanza de muerte, y dirigiéndose á la antecámara.

En la percha vió pendiente un capote de militar, y al observarlo, Alexandrovitch preguntó:

—¿Quién está aquí?...

—El doctor, la comadrona y el conde Wronsky.

Karenine penetró en la estancia sin ver á nadie en el salón; al entrar, el rumor de sus pasos hizo salir del gabinete á la comadrona, que, acercándose á Alexandrovitch y cogiéndole de la mano con la familiaridad que comunica la proximidad de la muerte, condújole á la alcoba.

—Á Dios gracias—dijo—ya está usted aquí; sólo de usted habla.

—¡Traed pronto el hielo!—gritaba una voz imperiosa, que era la del doctor.

En el gabinete, Alexandrovitch vió sentado en una silla baja al conde Wronsky que lloraba con el rostro entre las manos; estremecióse al oir la voz del doctor, levantó la cabeza y vió

á Karenine. Su presencia pareció turbarle de tal modo que se hundió en el sillón cual si hubiera querido desaparecer; pero levantóse después, y haciendo un gran esfuerzo de voluntad, dijo:

—Se muere; los médicos aseguran que no queda la menor esperanza. Usted es el amo, pero le ruego que me permita permanecer aquí. De todos modos me conformaré con su voluntad.

Al ver á Wronsky llorar, Alexandrovitch experimentó el enternecimiento involuntario que le producían siempre los sufrimientos de otro; y volviendo la cabeza sin contestar, acercóse á la puerta.

En la alcoba oíase la voz de Ana, clara y alegre, con entonaciones muy naturales; Alexandrovitch entró y acercóse al lecho. Ana estaba vuelta hacia él, con las mejillas animadas y los ojos brillantes; sus pequeñas manos blancas destacáronse bajo los puños de su camisola, y no sólo parecía estar buena sino en la mejor disposición de espíritu también; hablaba muy deprisa y en alta voz, acentuando las palabras con toda claridad.

«Porque Alejo—decía—hablo de Alejo Alexandrovitch (¿no es extraño y cruel que los dos tengan el mismo nombre?) no me hubiera rechazado; yo podía olvidar y él perdonar... ¿Por qué no llega? Es bueno, más de lo que él piensa... ¡Dios mío, Dios mío, qué angustia! Dadme pronto el agua... esto no es bueno para ella... para mi hijita. Pues dádsela á una nodriza; consiento en ello y hasta será mejor. Cuando él venga, le enojará ver á la criatura; lleváosla de aquí.

—Ana Arcadievna—dijo la comadrona procurando que fijara la atención en su esposo—ya ha llegado.

—¡Qué locura!—continuó Ana sin ver á su esposo;—dadme la pequeña, que aún no ha llegado él. Pretendéis que no perdonará, porque no le conocéis aún. Yo sola... sería preciso que conociérais sus ojos; los de Sergio son iguales y por eso no puedo verle más. ¿Han dado ya de comer á Sergio? Ya sé que le olvidarán, pero él no. Que lleven á Sergio al aposento del rincón y que Marieta se acueste á su lado.»

Ana enmudeció de pronto; sus ojos expresaron el espanto, y levantó los brazos como para parar un golpe: acababa de reconocer á su esposo.

—No, no—dijo vivamente—no le temo; lo que temo es la muerte. Acércate, Alejo; mi prisa es porque el tiempo me falta; sólo me quedan algunos minutos de vida, y cuando la fiebre se apodere de mí, ya no comprenderé nada... ahora lo comprendo y lo veo todo.»



El semblante arrugado de Alexandrovitch expresó una profunda pena; quiso hablar, pero su labio inferior temblaba de tal modo, que no pudo articular una palabra, y apenas le permitió su emoción mirar á la moribunda. Cogióle la mano, y cada vez que volvía la cabeza hacia ella, veía sus ojos fijos en él con una expresión de humildad que nunca conociera.

—Espera—murmuró—tú no sabes... espera, espera...

Aquí se detuvo como para coordinar sus ideas.

—Sí—continuó—sí, sí, he aquí lo que deseaba decirte. No te extrañes; siempre soy la misma... pero en mí hay otra que me da miedo, y ella es la que le amó á *él;* yo quería odiarte y no podía olvidar lo que era en otro tiempo. Ahora soy yo toda entera, yo, no la otra. Me muero, ya lo sé; pregúntaselo á *él*. Ahí están, con los pesos terribles en las manos, en los pies y en los dedos. ¡Qué enormes son mis dedos!... pero todo esto acabará pronto... Sólo una cosa es indispensable para mí, y es que me perdones del todo. Soy criminal, pero el aya de Sergio me ha dicho que una santa mártir... ¿cómo se llamaba?... era peor que yo. Iré á Roma; allí hay un desierto y no molestaré á nadie; sólo me acompañarán Sergio y la niña... ¡No, tú no puedes perdonarme!... ¡sé que es imposible! ¡Véte, véte, eres demasiado perfecto!

Al pronunciar estas palabras, reteníale con una de sus manos abrasadoras, desviándole con la otra.

La emoción de Alexandrovitch llegó á ser tan fuerte, que perdiendo toda su energía, parecióle que esta calma se convertía en una tranquilidad moral para él nueva y desconocida. No había creído que aquella ley cristiana que él tomaba por guía, le mandara perdonar y amar á sus enemigos; y sin embargo el sentimiento del amor y del perdón llenaba su alma. Arrodillado junto al lecho, con la frente apoyada en aquel brazo, cuya fiebre le abrasaba el rostro, sollozaba como un niño.

Ana se inclinó hacia él, rodeó con sus brazos la calva cabeza de su esposo, y alzó la vista con aire de reto.

—¡Ya está aquí—exclamó;—bien lo sabía! ¡Adiós ahora, adiós á todos... ya han vuelto! ¿Por qué no se van? ¡Quitadme de encima todas estas pieles!

El doctor recostó á la enferma sobre las almohadas y cubrió sus brazos con la colcha, sin que Ana, mirando siempre con ojos brillantes, opusiese la menor resistencia.

—Recuerda—continuó—que sólo he pedido tu perdón; no pido más. ¿Y por qué no viene *él?*—añadió, mirando hacia la puerta. ¡Ven, ven, dame la mano!

Wronsky se acercó al lecho, y al ver á Ana ocultó el rostro entre las manos.

—¡Descubre tu semblante y mírale—dijo la enferma;—es

un santo! Sí, descúbrele—repitió con acento irritado.—Alexandrovitch, separa las manos de su rostro para que yo le vea.

Karenine cogió las manos de Wronsky y apartólas, dejando ver su rostro desfigurado por el sufrimiento y la humillación.

—Dale la mano, perdónale.

Alexandrovitch presentó la mano, sin tratar de contener sus lágrimas.

—¡Gracias á Dios, gracias á Dios!—exclamó Ana.—Ahora está ya todo dispuesto; estiraré un poco las piernas... así. ¡Qué feas son estas flores—añadió, señalando el papel que revestía las paredes de su habitación;—no parecen violetas! ¡Dios mío!, ¿cuándo acabará esto? ¡Déme usted morfina, doctor, morfina! ¡Dios mío, Dios mío!

Y se agitó en su lecho.

Los médicos decían que con semejante fiebre todo era de temer. La enferma pasó todo el día presa del delirio; llegada la media noche apenas tenía pulso, y esperábase su fin á cada instante.

Wronsky se fué á su casa, pero volvió á la mañana siguiente para preguntar si había novedad. Alexandrovitch le recibió en la antecámara; invitóle á quedarse, para en caso de que la enferma preguntara por él, y él mismo le condujo á la alcoba. Por la mañana se produjo la misma agitación y viveza, seguidas otra vez del delirio; y como al tercer día se presentaran iguales síntomas, los médicos recobraron esperanza. En este mismo día, Alexandrovitch entró en el gabinete donde estaba Wronsky, cerró la puerta y sentóse frente á él.

—Alexandrovitch—dijo Wronsky, adivinando que había llegado el momento de la explicación;—me siento incapaz de hablar ni de comprender; compadézcase usted de mí, y por mucho que sea su pesar, crea que el mío es más terrible aún.

Y quiso levantarse; pero Karenine le detuvo, diciéndole:

—Haga usted el favor de escucharme, porque es indispensable; me veo en la precisión de explicarle la naturaleza de los sentimientos que me guían y me guiaran aún, á fin de que no incurra usted en ningún error respecto á mí. Ha de saber usted que yo estaba resuelto á entablar el divorcio, para lo cual

había dado los primeros pasos, y no quiero ocultarle que al proceder así he vacilado, porque me dominaba el deseo de vengarme. Al recibir el telegrama que me llamaba, este deseo subsistía aún; y hasta diré que deseaba su muerte; pero... (Detúvose un instante, reflexionando sobre la oportunidad de descubrir todo su pensamiento) he vuelto á verla, y la he perdonado sin restricción. La felicidad de poder perdonar me ha mostrado claramente mi deber; presento la otra mejilla para recibir el bofetón; doy mi último vestido al que me despoja, y sólo pido á Dios que me conserve la alegría del perdón.

Las lágrimas llenaban sus ojos; su mirada luminosa y serena llamó la atención de Wronsky.

—He aquí—continuó—mi verdadera situación; podrá usted arrastrarme por el fango y ponerme en ridículo ante todo el mundo, mas no abandonaré por eso á mi esposa, ni le dirigiré reprensión alguna; mi deber es claro y preciso; debo permanecer con ella, y permaneceré; si desea verle, se le avisará; mas creo que será mejor que se aleje usted por ahora.

Karenine se levantó, con la voz ahogada por los sollozos; y Wronsky se puso en pie también, pero del todo encorvado, mirando de reojo á Karenine y sin comprender sentimientos de aquel género. Confesábase, sin embargo, que era un orden de ideas superior, inconciliable con una concepción vulgar de la vida.

XVIII

Después de esa conversación, cuando Wronsky salió de la casa de Karenine, detúvose en el zaguán, preguntándose dónde estaba y qué debía hacer; humillado y confuso, veíase privado de todo medio de lavar su vergüenza, y arrojado fuera de la vía por donde hasta entonces avanzó siempre orgullosamente sin la menor dificultad. Todas las reglas que habían servido de base en su vida, y que él creía inatacables, resultaban ahora falsas y engañosas: el marido engañado, aquel triste personaje que hasta entonces considerara como un obs-

táculo accidental, y á veces cómico, para su dicha, acababa de elevarle *ella* á una altura que inspiraba respeto, y en vez de parecer ridículo, mostrábase sencillo, grande y generoso. Wronsky no podía ocultarse que los papeles habían cambiado; comprendía la grandeza, la rectitud de Karenine, y su propia conducta, que ahora le parecía vil; aquel esposo engañado era magnánimo en su dolor, mientras que él se reconocía pequeño y mísero; pero este sentimiento de inferioridad respecto al hombre á quien había despreciado injustamente, no era más que una pequeña parte de su dolor.

Lo que le afligía sobre todo era la idea de perder á Ana para siempre, porque su pasión, enfriada un momento, habíase despertado más violenta que nunca. Durante su enfermedad pudo conocerla mejor, y creía no haberla amado jamás; sería necesario perderla ahora, cuando ya la conocía y amaba verdaderamente, y dejarla, al perderla, el recuerdo más humillante. Recordaba con horror el momento ridículo y odioso en que Alexandrovitch le había apartado las manos del semblante; é inmóvil en el zaguán de la casa de Karenine, parecía no saber dónde estaba ni qué hacía.

—¿Llamaré á un cochero?—preguntó el conserje.

—Sí; llámale.

Cuando entró en su casa, después de tres noches de insomnio, Wronsky se tendió en un sofá sin desnudarse, con los brazos cruzados sobre la cabeza. Las reminiscencias, los pensamientos, las impresiones más extrañas sucedíanse en su espíritu con singular lucidez. Unas veces figurábase que daba una poción á la enferma, otras veces contemplaba las blancas manos de la comadrona, y después la singular actitud de Alexandrovitch, arrodillado junto al lecho.

«¡Dormir, olvidar!»—se dijo con la tranquila solución del hombre que, hallándose en su estado normal, sabe que puede reposar si está cansado. Sus ideas se embrollaron muy pronto, y parecióle caer en el abismo del olvido; pero de pronto, en el momento que abandonaba la vida real, como si las olas de un océano hubiesen pasado sobre su cabeza, una violenta sacudida eléctrica pareció agitar su cuerpo sobre los muelles del diván, y hallóse de rodillas con los ojos tan abiertos como si no hubiese pensado en dormir, y sin experimentar el menor cansancio.

«Podrá usted arrastrarme por el fango...»

Estas palabras de Alexandrovitch resonaban en su oído, y aún creía verle ante sí, y también el rostro encendido de Ana, y sus ojos brillantes, que miraban con ternura no á *él*, sino á su esposo; pensaba también en lo ridículo que debió parecer cuando Alexandrovitch le separó las manos del rostro; y echándose hacia atrás en el diván cerró los ojos murmurando:

»¡Dormir, olvidar!»

Un momento después representóse el rostro de Ana más radiante que nunca, tal como le vió el día memorable de las carreras.

«¡Es imposible, y no será así!—murmuró.—¿Cómo quiere ella borrar este recuerdo? ¡Yo no puedo vivir así! ¿Cómo reconciliarnos?» Pronunciaba estas palabras en alta voz, sin saber lo que decía, y esta repetición maquinal impidió durante algunos segundos que los recuerdos y las imágenes que le acosaban volvieran á reproducirse; pero los dulces momentos del pasado y las recientes humillaciones recobraban muy pronto su imperio.

Wronsky permaneció así echado, buscando el sueño sin esperanza de encontrarle y murmurando algunas frases para alejar las nuevas y desconsoladoras alucinaciones que le asediaban. Parecíale oir su propia voz que repetía con singular persistencia: «No has sabido apreciarla; no has sabido aprovecharte.»

«¿Me volveré loco?—preguntóse al fin.—Tal vez. ¿Porqué se vuelve uno loco y porqué se suicida?» Contestándose á sí mismo abrió los ojos y su mirada se fijó en un cojín bordado por su cuñada Waria; entonces fijó en ella su recuerdo, pero una idea extraña á la que le acosaba, era para él nuevo martirio. «No, se dijo, es preciso dormir.» Y acercando á su cabeza el cojín, hizo un esfuerzo y procuró conservar los ojos cerrados. De pronto se incorporó y estremecióse murmurando: «Todo ha concluído para mí. ¿Qué puedo hacer ya?» Y representábase la vida sin Ana.

«La ambición, Serpouhowskoï, el mundo, la corte:» todo esto, podía tener algún sentido en otro tiempo; ahora no. Wronsky se levantó, despojóse de la levita y de la corbata, para poder respirar más libremente y comenzó á pasear por la habitación. «Así es cómo uno se vuelve loco — repitió —

así cómo uno se suicida... para evitar la vergüenza»—añadió —lentamente.

Dirigióse hacia la puerta: después, con la mirada fija y apretados los dientes, acercóse á la mesa, cogió un revólver, examinóle y le cargó. Cuando hubo reflexionado durante dos minutos, del todo inmóvil, con el arma en la mano y la cabeza inclinada, su espíritu se fijó al parecer en una sola idea. «Ciertamente»—se dijo; y esta decisión parecía ser resultado lógico de una serie de pensamientos; pero en el fondo giraba siempre en el mismo círculo de impresiones que hacía una hora recorría por centésima vez... «Ciertamente»—repitió; y apoyando el revólver en el lado izquierdo de su pecho, oprimió el gatillo. El golpe violento que recibió le hizo caer, sin que oyese la menor detonación, y al tratar de cogerse en el reborde de la mesa, soltó el revólver, vaciló y cayó al suelo, mirando á su alrededor con asombro. Su habitación le parecía desconocida; los pies torneados de la mesa y el cesto de papeles, la piel de tigre, todos estos objetos tenían un aspecto distinto. Los pasos de su criado, que acudía presuroso, le hicieron volver en sí; entonces comprendió que estaba en el suelo, y al ver sangre en sus manos y en la piel de tigre, dióse cuenta de lo que había hecho. «¡Qué torpeza! me ha fallado el tiro»—murmuró, buscando en la mano la pistola que estaba junto á él; pero perdió el equilibrio y cayó de nuevo bañado en su sangre.

El ayuda de cámara, hombre elegante, que se quejaba siempre de la delicadeza de sus nervios, se espantó de tal modo, al ver á su amo, que dejándole en el suelo, corrió en busca de auxilio.

Una hora después llegó Waria, la cuñada de Wronsky, y con ayuda de tres médicos que había ido á buscar, consiguió que se acostase el herido, del cual se constituyó enfermera.

XIX

Alexandrovitch no había previsto el caso de restablecerse su esposa, después de obtener el perdón: el error se le representó en toda su gravedad dos meses después de su regreso

de Moscou; pero si lo había cometido no fué porque desconociera hasta allí su propio corazón. Cerca del lecho de su esposa moribunda había experimentado, por primera vez en su vida, ese sentimiento de conmiseración que inspiran los dolores de otro, y contra el cual luchó siempre, como se lucha para combatir una peligrosa debilidad. El remordimiento por haber deseado la muerte de Ana, la compasión que ésta le inspiró, y sobre todo, la satisfacción de haber perdonado, transformaban las angustias morales de Alexandrovitch en una paz profunda, convirtiendo la pena en alegría: todo cuanto juzgara incomprensible en su odio y su cólera, era ya sencillo porque amaba y perdonaba.

Había perdonado á su esposa y compadecíala, así como se lamentaba también del acto desesperado de Wronsky. Su hijo, del cual sentía ya no haber hecho caso alguno, le daba lástima; y en cuanto á la recién nacida, sentía por ella, más que compasión, ternura. Al ver aquella pobre criatura casi abandonada durante la enfermedad de la madre, cuidó de ella, y sin echarlo de ver, le tomó cariño. El aya y la nodriza le veían entrar varias veces en la habitación de los niños; intimidadas al principio, acostumbráronse poco á poco á su presencia; á veces permanecía allí media hora, contemplando el rostro colorado de la niña que no era suya, y observando sus movimientos, cuando con el dorso de sus manecitas se frotaba los ojos. En tales instantes Alexandrovitch estaba tranquilo, y no veía nada de anormal en su situación, nada que quisiera cambiar.

Y sin embargo, á medida que pasaba tiempo reflexionaba que no se le permitiría contentarse con aquella situación que para él era natural, y que nadie sin embargo aceptaría.

Fuera de la fuerza moral, casi santa, que le guiaba interiormente, sentía otra brutal, pero poderosa, que dirigía su vida á pesar suyo, sin concederle la calma. Á su alrededor, todos parecían interrogar su actitud, sin comprenderla, esperando de él alguna cosa muy diferente.

En cuanto á las relaciones con su esposa, no eran naturales ni estables.

Cuando hubo cesado el enternecimiento producido por la aproximación de la muerte, Alexandrovitch observó hasta qué punto Ana temía su presencia, sin atreverse á mirarle de

frente; parecía perseguida siempre por un pensamiento que no se atrevía á expresar; y era que ella también presentía la corta duración de las relaciones actuales, y esperaba alguna cosa de su esposo, sin saber qué.

Hacia fines de Febrero, la niña, á la cual se había dado el nombre de la madre, enfermó; Alexandrovitch, que la vió una mañana antes de ir al Ministerio, envió á buscar al médico; y al volver, á las cuatro, encontró en la antecámara un lacayo muy galoneado, que parecía guardar un manto forrado de piel blanca.

—¿Quién está ahí?—preguntó.

—La princesa Isabel Fedorovna Tverskoï—contestó el lacayo; y Alexandrovitch creyó observar que sonreía.

Durante todo aquel penoso período, Karenine había notado un interés muy particular hacia su esposa por parte de sus amigos mundanos, y en particular de las damas; notaba en todos cierta expresión alegre, mal disimulada en los ojos del abogado, y que veía también en los del lacayo. Cuando le encontraban y se le preguntaba por su salud, sus interlocutores parecían todos muy satisfechos, como si se tratase de arreglar alguna boda.

La presencia de la princesa no podía agradar á Karenine; jamás le había sido simpática, y haciale evocar además enojosos recuerdos, por lo cual se dirigió sin detenerse á la habitación de los niños.

En el primer aposento, Sergio, inclinado sobre la mesa y con los pies en una silla, dibujaba y hablaba; el aya inglesa, que había sustituído á la francesa poco después de la enfermedad de Ana, se levantó é hizo una reverencia al ver á Karenine, y puso después al niño de pie.

Alexandrovitch acarició á su hijo, contestó á las preguntas del aya sobre la salud de la señora, y preguntó qué había dicho el médico respecto á la niña.

—El doctor no encuentra nada grave, y ha prescrito unos baños.

—Sin embargo, debe sufrir—replicó Karenine—pues la oigo llorar.

—Creo que la nodriza no es buena—dijo la inglesa con aire de convencimiento.

—¿Por qué lo cree usted así?

—Porque he visto una cosa análoga en casa de la condesa Pahl: prodigábanse medicamentos á un niño, y lo único que le aquejaba era la falta de alimento, porque la nodriza no tenía leche.



Alexandrovitch reflexionó, y un momento después entró en la segunda pieza: la niña gritaba, echada en los brazos de su nodriza, y no quería el pecho, sin que pudiesen calmarla las dos mujeres inclinadas sobre ella.

—¿No está mejor?—preguntó Alexandrovitch.

—Parece hallarse muy agitada—contestó á media voz la niñera.

—La señora Edwards cree que la nodriza no tiene leche.

—Así me parece á mí también.

—¿Por qué no lo ha dicho usted?

—¿Para qué? Ana Arcadievna continúa enferma—contestó la niñera con expresión de descontento.

Esta mujer servía en la casa hacía muchos años, y sus sencillas palabras extrañaron á Karenine, puas parecióle que aludían á su posición.

La niña gritaba con más fuerza que nunca, hasta perder el aliento; la niñera volvió á tomarla de los brazos de la nodriza y comenzó á mecerla para calmarla.

—Será preciso rogar al doctor que examine á la nodriza—dijo Alexandrovitch.

La nodriza, mujer de buen aspecto y elegantemente vestida, temerosa de perder su colocación, sonrió con desdén y cubrióse el pecho, al pensar que pudiera sospecharse que no tenía leche. Su sonrisa pareció también irónica á Karenine que fué á sentarse, con expresión de tristeza, sin perder de vista á la niñera, mientras tuvo la criatura en brazos. Cuando hubo vuelto á colocarla en la cuna, alejándose de allí, Alexandrovitch acercóse de puntillas á la criatura, miróla silenciosamente, y salió después poco á poco sonriendo.

Al entrar en el comedor dió orden para que fueran á buscar al médico, y disgustado al ver que su esposa se cuidaba tan poco de la encantadora niña, no quiso entrar á verla, ni encontrar tampoco á la princesa Betsy; pero como su esposa podría extrañar que no entrase como de costumbre, hizo un esfuerzo y dirigióse hacia la puerta. La conversación siguiente llegó á su oído á pesar suyo, pues al acercarse, una espesa alfombra ahogaba el ruido de sus pasos.

—Si no marchase, comprendería la negativa de usted y la suya, pero Alexandrovitch debe sobreponerse á eso—decía Betsy.

—No es cuestión de mi esposo, sino de mí; no me hable usted más de eso—contestaba la voz conmovida de Ana.

—Sin embargo, debe usted desear ver otra vez al que ha estado á punto de morir por su amor...

—Por eso mismo no quiero volver á verle.

Karenine se detuvo espantado como un culpable; de buena gana se hubiera alejado sin ser oído, pero reflexionando que aquella retirada sería poco digna, prosiguió su camino tosiendo: las voces callaron, y entró en la habitación.

Ana, con bata de color gris, y su negro cabello cortado, estaba sentada en una silla larga. Toda su animación desapareció, como de costumbre, al ver á su esposo; inclinó la cabeza y dirigió una inquieta mirada á Betsy. Esta última, vestida á la última moda, con un sombrerito en la parte superior de la cabeza, á semejanza de una pantalla en un quinqué, y una falda de vivos colores, estaba sentada junto á su amiga; manteníase tan erguida como era posible, y saludó á Alexandrovitch con una sonrisa irónica.

—¡Ah!—exclamó con expresión de asombro—celebro encontrarle en su casa; no se presenta usted en ninguna parte, y no le he visto desde la enfermedad de Ana; por otros he sabido sus disgustos. ¡Sí, es usted un marido extraordinario!

Y dirigióle una mirada, que debía considerarse como una recompensa á Karenine por la conducta observada con su esposa.

Alexandrovitch saludó fríamente, y besando la mano de Ana, preguntó por su salud.

—Me parece que estoy mejor—contestó, evitando su mirada.

—Sin embargo, parece que tiene usted una animación *febril*—repuso Alexandrovitch, recalcando en la última palabra.

—Hemos hablado en demasía—dijo Betsy—lo cual es egoísmo de mi parte, y por lo tanto me voy.

Y se levantó, pero Ana, que se había ruborizado mucho, detúvola por el brazo.

—Ruego á usted que no se vaya—repuso—pues aún quiero decirle...—Y volviéndose hacia su esposo, muy sonrojada, añadió:—No quiero ocultarle...

Alexandrovitch inclinó la cabeza, haciendo crugir sus dedos.

—Betsy me ha dicho—continuó—que el conde Wronsky deseaba venir aquí para despedirse antes de su marcha á Tashkend.

Ana hablaba deprisa, sin mirar á su esposo, y como deseosa de concluir cuanto antes.

—Yo he contestado—añadió—que no podía recibirle.

—Ha contestado usted, amiga mía—dijo Betsy, corrigiendo á Ana—que esto dependía de Alexandrovitch.

—No, no puedo recibirle, y esto no concluiría...

Detúvose de pronto, interrogando á su marido con la mirada, pero Karenine había vuelto la cabeza.

—En una palabra—añadió—no quiero...

Alexandrovitch se acercó á su esposa, é hizo ademán de cogerle la mano.

El primer impulso de Ana fué retirarla, pero dominóse y estrechó la de su marido.

—Doy á usted gracias por su confianza...—comenzó á decir Karenine;—pero al mirar á la princesa se interrumpió.

Lo que podía juzgar y decidir fácilmente hallándose solo, érale imposible en presencia de Betsy, en quien se encarnaba para él esa fuerza brutal independiente de su voluntad, y dueña, sin embargo, de su vida: delante de ella no podía experimentar ningún sentimiento generoso.

—Vamos, adiós, querida mía—dijo Betsy levantándose y abrazando á Ana antes de salir.

Karenine la acompañó hasta la puerta.

—Alejo Alexandrovitch—dijo Betsy deteniéndose en medio de la habitación para estrecharle una vez más la mano de una manera significativa—reconozco á usted por hombre sinceramente generoso, y le aprecio tanto, que me permitiré darle un consejo, aunque no tengo interés alguno en la cuestión: reciba usted á Wronsky, que es el honor personificado, y que marcha mañana á Tashkend.

—Le agradezco á usted su simpatía y su consejo, princesa; la cuestión es saber si mi esposa puede ó quiere también recibir á alguien: ella lo decidirá.

Pronunció estas palabras con dignidad elevando las cejas como de costumbre, pero comprendió al punto que, cualesquiera que fuesen sus palabras, esta dignidad no era compatible con su situación. La sonrisa irónica y maligna con que Betsy escuchó sus palabras, demostrábalo suficientemente.

XX

Después de despedirse de Betsy, Alexandrovitch volvió á la habitación de su esposa; Ana seguía ocupando su silla, mas al oir los pasos de su marido levantóse precipitadamente, y le miró con expresión de espanto. Karenine reconoció que había llorado.

—Te agradezco mucho tu confianza—dijo con dulzura, repitiendo en ruso la contestación que había dado en francés delante de Betsy (esta manera de tutear en ruso irritaba á Ana á pesar suyo);—te agradezco tu resolución, porque me parece, como á ti, que desde el momento en que el conde Wronsky se marcha, no hay necesidad de recibirle. Por otra parte...

—Pero, puesto que lo he dicho ¿á qué hablar más del asunto?—interrumpió Ana con una irritación que no podía dominar.

«Para nada necesita—pensó—un hombre que ha querido matarse, despedirse de la mujer á quien ama, y que por su parte no puede vivir sin él.»

Ana oprimió los labios, fijó la mirada de sus brillantes ojos en las venas dilatadas de las manos de su marido, que éste frotaba porfiadamente una contra otra.

—No hablemos más de eso—añadió con más calma.

—Te he dejado en plena libertad de resolver esta cuestión, y me alegro ver...—comenzó á decir de nuevo Alexandrovitch.

—Que mis deseos están conformes con los de usted—añadió Ana vivamente, completando la frase, y enojada al oirle hablar tan despacio, cuando ella sabía de antemano lo que iba á decirle.

—Sí—dijo Alexandrovitch;—la princesa Tverskoï hace muy mal en mezclarse en asuntos de familia penosos; y además...

—No creo nada de lo que cuentan de ella—dijo Ana;—sólo sé que me ama sinceramente.

Alexandrovitch suspiró y calló; Ana jugaba nerviosamente

con el cordón de su bata, y de vez en cuando miraba á su esposo con ese sentimiento de repulsión física de que se acusaba, aunque sin poder reprimirle. Su mayor deseo en aquel instante era estar sola.

—He dado orden para que vayan á buscar el doctor —dijo Karenine.

—¿Para qué? Yo estoy buena.

—Para la niña, que llora mucho; créese que la nodriza tiene poca leche.

—¿Por qué no me has permitido criarla? Á pesar de todo (Alexandrovitch comprendía el sentido de esa palabra) es una niña y la dejará morir.—Ana llamó para mandar que trajesen la criatura. —He querido morir—dijo;—no me han dejado, y ahora me lo echan en cara.

—Yo no censuro...

—Sí tal. ¡Dios mío, por qué no habré muerto! Dispénsame; estoy nerviosa y soy injusta—añadió, tratando de dominarse; pero vete.

«No—se dijo Alexandrovitch al salir de la habitación de su esposa—esto no puede durar así.»

Jamás se había penetrado tanto de la imposibilidad de prolongar á los ojos del mundo semejante situación; ni nunca le había parecido tan evidente la repulsión de Ana, y el poder de esa fuerza misteriosa que se apoderara de su vida para dirigirle en contradicción con las necesidades de su alma.

El mundo y su mujer exigían de él una cosa que no comprendía bien, pero esta cosa despertaba en su alma sentimientos de odio que turbaban su tranquilidad, anulando el mérito de su victoria sobre sí mismo. Ana, según él, debía romper con Wronsky; pero si todo el mundo juzgaba imposible este rompimiento, estaba dispuesto á tolerar sus relaciones, á condición de no deshonrar á los hijos y no trastornar su propia existencia.

Malo era esto, pero no tanto como dejar á su mujer en una posición vergonzosa y sin salida, privándose él de todo cuanto amaba. Sin embargo, reconocía su impotencia en esta lucha, y sabía de antemano que le impedirían obrar sabiamente, para obligarle á hacer el daño que todo el mundo juzgaba indispensable.

XXI

Apenas había salido Betsy del comedor, cuando apareció en la puerta Arcadievitch, quien venía de casa de Eliseef, donde acababan de recibir ostras frescas.

—¡Usted aquí, princesa!—exclamó.—¡Qué feliz encuentro! Ahora vengo de su casa.

—El encuentro no será largo, pues me voy—contestó Betsy sonriendo, mientras se abotonaba los guantes.

—Un momento, princesa, permítame usted besar su mano antes de que se la cubra. Nada me agrada tanto en las antiguas costumbres como la de besar la mano á las damas.

Y cogió la mano de Betsy.

—¿Cuándo volveremos á vernos?

—No es usted digno de ello—contestó Betsy riendo.

—¡Oh, sí! Ahora comienzo á ser un hombre formal, y no solamente arreglo mis propios asuntos, sino también los de los demás—dijo con aire de importancia.

—¿De veras? Lo celebro mucho—repuso Betsy, sabiendo que se trataba de Ana.

Y entrando de nuevo en el comedor, atrajo consigo á Oblonsky hasta la parte opuesta.

—Ya verá usted—murmuró con tono de convencimiento, cómo al fin la matará;—es imposible resistir eso...

—Me alegro que piense usted así—replicó Arcadievitch, encogiéndose de hombros con aire de conmiseración.—Por eso estoy en San Petersburgo.

—En toda la ciudad no se habla de otra cosa—dijo la princesa;—y semejante situación es intolerable. Ana enflaquece por momentos, y su esposo no comprende que es una de esas mujeres cuyos sentimientos no se pueden tratar á la ligera. Una de dos, ó bien se la lleva, procediendo con energía, ó de lo contrario debe divorciarse, pues el estado actual concluirá con la vida de Ana.

—Sí... sí... precisamente—repuso Oblonsky suspirando;—he venido para esto, aunque no del todo, pues acabo de ser nombrado chambelán, y es preciso dar gracias á quien co-

rresponde. Sin embargo, es necesario arreglar este asunto.

—¡El cielo os ayude!—dijo Betsy.

Arcadievitch acompañó á la princesa hasta el vestíbulo, volvió á besar su mano más arriba del guante, en la muñeca, y después de permitirse un requiebro, que la princesa acogió con una sonrisa á fin de no incomodarse, separóse de ella para ir á ver á su hermana, á la cual encontró llorando. Arcadievitch, á pesar de su buen humor, pasó naturalmente de la alegría al enternecimiento poético que convenía á la disposición de espíritu de su hermana, á quien preguntó cómo seguía.

—¡Muy mal, muy mal!—contestó;—lo mismo por la noche que por la mañana, lo mismo en el pasado que en el futuro, todo va mal.

—Siempre ves las cosas negras; es preciso recobrar valor y hacer frente á las circustancias; ya sé que es difícil, pero...

—He oído decir que ciertas mujeres aman á aquellos á quienes desprecian—comenzó á decir Ana de pronto;—yo le odio á causa de su generosidad, y no puedo vivir con él. Debes comprender que es un efecto físico, que me pone fuera de mí. No puedo vivir en su compañía. ¿Qué debo hacer? He sido desgraciada, y creí que no era posible serlo más, pero esto ya traspasa todo lo que imaginé. ¿Habrá quien conciba que sabiendo yo que es bueno y perfecto, y hallándome persuadida de mi inferioridad, le aborrezca á pesar de todo? No tengo más remedio que...

Iba á decir «morir,» pero su hermano no la dejó acabar.

—Estás enferma y nerviosa, y seguramente lo ves todo exagerado. En eso no hay nada tan terrible.

Ante semejante desesperación, Arcadievitch sonreía, pero con una bondad y dulzura que, lejos de ofender, calmaba y enternecía; sus palabras producían el efecto de una loción de aceite de almendras dulces. Ana lo reconoció muy pronto.

—No, Estéfano—repuso—estoy perdida, más que perdida, porque no puedo decir aún que todo esté concluído; presiento todo lo contrario, y compárome con una cuerda demasiado tirante, que se ha de romper necesariamente. Aún no ha llegado el fin, pero será terrible.

—No, no, la cuerda se puede aflojar con suavidad. No hay situación que no tenga alguna salida.

—Lo he pensado mucho, y no veo más que una...

Arcadievitch comprendió por la mirada de espanto de su hermana que se refería á la muerte, y volvió á interrumpirla.

—No—repuso—escúchame; tú no puedes juzgar de tu posición como yo, y por lo tanto, déjame manifestarte francamente mi parecer (al decir esto sonrió de nuevo con bondad). Voy á tomar las cosas desde el principio: tú te casaste con un hombre que tenía veinte años más que tú, y te casaste sin amor, ó por lo menos sin conocerle. Convengo en que esto fué un error.

—¡Un error terrible!—dijo Ana.

—Pero advierte que este es un hecho consumado. Tuviste después la desgracia de amar á otro hombre; era en verdad una desgracia, pero también es un hecho consumado. Tu esposo lo supo y te perdonó (Arcadievitch se detenía á cada frase, cual si quisiese dar tiempo para contestar, pero Ana se callaba). Ahora podemos plantear la cuestión así: ¿te es posible seguir viviendo con tu esposo? ¿Lo deseas tú y lo desea él?

—No sé nada, absolutamente nada.

—¿No acabas de decir tú misma que no podías sufrirle?

—No, no lo he dicho; lo niego; no sé, ni comprendo nada.

—Pero permíteme...

—Tú no sabrás comprender; me he precipitado de cabeza en un abismo, y no *debo* salvarme, ni tampoco *puedo*.

—Ya verás cómo te impedimos caer y estrellarte. Te comprendo, y me persuado de que no eres capaz de expresar tus sentimientos y deseos.

—Yo no deseo nada más que una cosa, y es que concluya todo esto.

—¿Crees tú que no lo conoce él, y que no sufre también? ¿Qué puede resultar de tales tormentos? El divorcio, por el contrario, lo resolvería todo.

Arcadievitch no concluyó sin trabajo; y anunciada su idea principal, miró á su hermana para observar el efecto.

Ana movió la cabeza negativamente, sin contestar, pero su rostro expresó un momento la alegría; y Arcadievitch dedujo que si no expresaba su deseo, era porque la realización le parecía demasiado seductora.

—Me causas mucho pesar—dijo Arcadievitch sonriendo con más confianza.—¡Cuánto me alegraría de arreglar este

asunto! No contestes nada. ¡Si Dios me permitiera expresar todo lo que siento! Voy á buscarle.

Ana le miró, con ojos brillantes y pensativos, y no respondió.

XXII

Arcadievitch entró en la habitación de su cuñado con la expresión solemne que procuraba tomar cuando presidía una sesión de su consejo. Karenine, con los brazos cruzados por detrás, paseaba de un lado á otro de su habitación, reflexionando sobre las mismas cuestiones de que acababan de tratar su esposa y su cuñado.

—¿Te molesto?—preguntó Arcadievitch, turbado de pronto al ver á Karenine.

Y para disimular su impresión, sacó del bolsillo una petaca que acababa de comprar y tomó un cigarrillo.

—No. ¿Necesitas alguna cosa?—preguntó Alexandrovitch con naturalidad.

—Sí... deseaba.... quería... sí, quería hablar contigo—contestó Arcadievitch, admirado de su timidez.

Este sentimiento le pareció tan extraño é imprevisto, que no oyó la voz de su conciencia que le aconsejaba no cometer una mala acción; y dominando este sentimiento, dijo sonrojándose:

—Me proponía hablarte de mi hermana y de vuestra respectiva situación.

Alexandrovitch sonrió con tristeza, miró á su cuñado, acercóse á la mesa sin contestarle, cogió una carta comenzada y se la entregó.

—No dejo de pensar en eso—dijo;—he aquí lo que me proponía manifestarle por escrito, pues creo que así me expresaré mejor, sin contar que mi presencia basta para irritar á Ana.

Arcadievitch tomó el papel, observando con asombro los ojos apagados de Karenine, que le miraban fijamente.

«Ya sé—decía la carta—hasta qué punto le es enojosa mi presencia; por penoso que sea persuadirme de ello, lo reco-

nozco, y comprendo que no podría ser de otro modo. Á Dios pongo por testigo de que durante la enfermedad de usted he resuelto olvidar el pasado y comenzar una nueva vida; y no me arrepiento, ni me arrepentiré jamás de lo que entonces hice. Yo deseaba la salvación de usted y la de su alma; mas no he podido conseguir mi objeto. Dígame usted lo que considera necesario para su tranquilidad y su dicha, y desde luego me someteré al justo sentimiento que la guíe.»

Oblonsky devolvió la carta á su cuñado, y siguió mirando perplejo, sin hallar nada qué decir. Aquel silencio era tan penoso, que los labios de Arcadievitch temblaban convulsivamente, mientras contemplaba á Karenine.

—Ya comprendo—balbuceó al fin.

—Yo desearía saber qué es lo que quiere—dijo Karenine.

—Temo que ni ella misma lo sepa—replicó Arcadievitch procurando recobrarse;—no puede ser juez en la cuestión; está del todo anonadada por tu grandeza de alma, y si lee tu carta, aún inclinará más la cabeza, sin serle posible contestarte.

—¿Qué hemos de hacer entonces? ¿Cómo explicarse y conocer sus deseos?

—Si me permites manifestarte mi parecer, á ti corresponderá indicar claramente las medidas que creas necesarias para poner término á esta situación.

—¿Entonces, crees que es preciso acabar de una vez?—interrumpió Karenine.—Pero, ¿cómo se hará?—añadió pasándose la mano por los ojos, con un ademán que no le era habitual.—Yo no veo salida posible.

—Toda situación, por penosa que sea, tiene alguna—replicó Oblonsky, animándose poco á poco.—Tú me hablaste una vez del divorcio... Si estás convencido de que no hay ya felicidad posible entre vosotros...

—La felicidad se puede comprender de distintos modos: admitamos que consiento en todo. ¿Cómo saldremos del paso?

—Si quieres saber mi opinión—dijo Arcadievitch con la misma sonrisa melosa que tuvo para su hermana, y tan persuasiva que Karenine, dejándose dominar de su debilidad, se sintió inclinado á creer á su interlocutor—si quieres saber mi opinión, comenzaré por decirte que ella no dirá jamás lo que desea; pero hay una cosa que ella podría anhelar, y es

romper lazos que despiertan en tu esposa crueles recuerdos. Á mi modo de ver, es indispensable determinar bien vuestras relaciones, y para esto se hace preciso que cada cual de vosotros recobre su libertad.

—¡El divorcio!—interrumpió Alexandrovitch con expresión de disgusto.

—Sí, el divorcio—repitió Arcadievitch, sonrojándose.—Bajo todos los puntos de vista es el partido más sensato cuando dos esposos se hallan en vuestra situación. ¿Qué hacer cuando la vida en común es ya intolerable, cosa que puede suceder á menudo?

Alexandrovitch suspiró profundamente, tapándose los ojos.

—Sólo se ha de tomar una cosa en consideración—continuó Arcadievitch, cada vez más sereno—y es saber si uno de los dos esposos trata de casarse otra vez; de lo contrario, la cuestión es muy sencilla.

Alexandrovitch, con el rostro descompuesto por la emoción, murmuró algunas palabras ininteligibles. Lo que á Obionsky le parecía tan sencillo, él lo había pensado y repensado, juzgándolo siempre imposible. Ahora que le eran conocidas las condiciones del divorcio, su dignidad personal, tanto como el respeto á la religión, prohibíanle hacer público un adulterio, y más aún deshonrar á una mujer amada, á quien había perdonado.

Por otra parte ¿qué sería de su hijo? Dejarle con la madre era imposible, porque la mujer divorciada tendría una nueva familia, en la que la posición del niño sería intolerable. ¿Qué educación recibiría? Conservarle á su lado sería un acto vengativo que le repugnaba; y además, lo que principalmente hacía inadmisible el divorcio, á su modo de ver, era la idea de que al consentir contribuiría á perder á su esposa. Tenía presentes las palabras que Dolly le dijo en Moscou: «Al divorciarse sólo piensa usted en sí propio.» Ahora que había perdonado, encariñándose con los niños, esas palabras tenían para él una significación particular. Devolver la libertad á Ana era privarla del último apoyo en la senda del bien, empujándola hacia el abismo, pues sabía muy bien que una vez divorciada se uniría con Wronsky por un lazo culpable é ilegal, porque el matrimonio no se rompe, según la Iglesia, sino por la muerte.

«¡Y quién sabe—pensó Karenine—si al cabo de un año ó dos la abandonará Wronsky, y contraerá nuevas relaciones! En este caso, yo sería el único responsable de su caída. No, el divorcio no era cosa tan sencilla como su cuñado pensaba.»

No admitía, pues, ni una palabra de lo que Arcadievitch decía, sobrábanle argumentos para refutar sus razones, y sin embargo le escuchaba, comprendiendo que sus palabras eran la manifestación de esa fuerza irresistible que dominaba su existencia, y á la cual acabaría por someterse.

—Falta saber—dijo Arcadievitch—con qué condiciones consentirás en el divorcio, porque ella no se atreverá á pedirte nada, dejándolo todo á tu generosidad.

«¿Para qué todo eso, Dios mío?»—pensó Alexandrovitch cubriéndose el rostro con ambas manos.

—Estás conmovido—dijo Oblonsky—y lo comprendo; pero si reflexionases...

«Y si te dan un bofetón en la mejilla izquierda—se dijo Alexandrovitch—presenta la derecha; y si te roban la capa, da también el vestido.»—¡Sí, sí!—añadió en voz alta—recaiga la vergüenza sobre mí; hasta renunciaré á mi hijo... pero ¿no sería mejor dejar todo eso? En fin, haz lo que quieras.

Y separándose de Oblonsky, para que éste no viera su agitación, fué á sentarse junto á la ventana, lloroso y avergonzado, aunque satisfecho de haberse hecho moralmente superior á toda humillación.

Arcadievitch estaba conmovido y guardaba silencio.

—Karenine—dijo al fin—cree que ella apreciará tu generosidad. Tal era sin duda la voluntad de Dios—añadió; pero comprendiendo al punto que decía un disparate, reprimió una sonrisa.

Alexandrovitch quiso contestar, pero las lágrimas lo impidieron.

Cuando Oblonsky salió del gabinete de su cuñado, estaba sinceramente conmovido, lo cual no disminuía su satisfacción por haber arreglado el asunto. Sonreíale además la idea de componer un acertijo para su esposa y amigos íntimos.

«¿Qué diferencia hay entre un feld-mariscal y yo? Ya lo buscaré»—pensó, sonriendo.

XXIII

La herida de Wronsky era peligrosa, aunque la bala no hubiese tocado el corazón, y así es que durante varios días, estuvo entre la vida y la muerte. Cuando por primera vez se halló en disposición de hablar, su cuñada Waria estaba en la estancia.

—Waria—la dijo, mirándola con grave expresión;—me he herido involuntariamente; dilo así á todo el mundo, pues de lo contrario esto sería demasiado ridículo.

Waria se inclinó sobre Wronsky y observó su rostro con satisfacción; los ojos del herido no indicaban ya fiebre, pero tenían una expresión severa.

—Á Dios gracias—dijo Waria—ya no sufres. ¿No es así?

—Me duele un poco este lado—contestó Wronsky señalando al pecho.

—Permíteme entonces cambiar el apósito.

—Ya sabes—dijo Wronsky cuando hubo terminado—que no me acosa el delirio; ahora te ruego que te arregles de modo que no se diga que he tratado de suicidarme.

—Nadie lo dice; pero confío que renunciarás á dispararte un tiro accidentalmente—dijo Waria con una sonrisa interrogadora.

—Es probable; pero más hubiera valido...

Y sonrió con expresión sombría.

Á pesar de estas palabras, cuando Wronsky estuvo fuera de peligro, comprendió que se había librado de una parte de sus padecimientos. En cierto modo pensaba haber lavado con su sangre la vergüenza y la humillación, y en lo sucesivo podía pensar con calma en Alexandrovitch, reconociendo sus elevados sentimientos, sin que su recuerdo le agobiara. Además podría continuar su acostumbrada existencia, mirar á las personas de frente, y atenerse de nuevo á los principios que siempre se impuso como guía de su conducta. Lo que no conseguía, á pesar de todos sus esfuerzos, era arrancarse del corazón el sentimiento de haber perdido á Ana para siempre, aunque estaba firmemente resuelto, ya que había redimido

su falta para con Karenine, á no volver á interponerse entre la esposa arrepentida y su marido. Sin embargo, el sentimiento no se podía borrar, ni tampoco el recuerdo de los momentos felices, muy poco apreciados en otro tiempo, y cuyo encanto se le representaba sin cesar. Serpouhowskoï imaginó influir para que le confiaran una misión en Tashkend y Wronsky aceptó la proposición sin vacilar; pero cuánto más se acercaba el momento de la marcha, más cruel le parecía el sacrificio que hacía en aras del deber.

«Verla una vez más y morir»—pensaba; y al hacer su visita á Betsy, manifestóla este deseo.

La princesa se constituyó desde luego en embajadora cerca de Ana, pero hubo de volver con una negativa.

«Mejor—pensó Wronsky, al recibir tal respuesta—porque esta debilidad me hubiera costado las pocas fuerzas que me quedan.»

Á la mañana siguiente, Betsy llegó á casa de Wronsky para anunciarle que había sabido por Oblonsky que Alexandrovitch consentía en el divorcio, y que por lo tanto, nada impediría ya á Wronsky ver á Ana.

Sin pensar ya más en sus resoluciones, sin preguntar en qué momento podría verla ni dónde estaba el marido, olvidándose hasta de acompañar á Betsy, Wronsky corrió á casa de los Karenine, franqueó los peldaños de la escalera de dos en dos, entró precipitadamente, cruzó, casi corriendo, toda la casa, penetró en la habitación de Ana, y sin preguntarse siquiera si podría detenerle la presencia de un tercero, cogió á su amante entre los brazos, y cubrióla de besos las manos, el rostro y el cuello.

Ana se había preparado á recibirle, pensando en lo que le diría, pero no tuvo tiempo de hablar, pues la pasión de Wronsky lo dominaba todo; hubiera querido calmarle á él y á sí propia, mas era imposible; sus labios temblaban, y durante largo tiempo no pudo hablar.

—¡Oh! me has conquistado y soy tuya—exclamó al fin, oprimiendo la mano de Wronsky contra su seno.

—Esto debía ser, y será mientras vivamos; ahora lo sé.

—Es verdad—replicó Ana, palideciendo cada vez más, y rodeando con su brazo la cabeza de Wronsky;—pero esto tiene algo de terrible después de lo que ha sucedido.

—¡Todo se olvidará, porque vamos á vivir felices! Si nuestro amor debiera ser más grande, lo sería porque tiene algo de terrible—dijo Wronsky, mostrando sus blancos dientes al sonreir.

Ana no pudo contestarle más que con una mirada de amor,



y cogiendo después su mano, acaricióse con ella el rostro y su cabello cortado.

—Ya no te conozco con el cabello así—dijo Wronsky—pero siempre estás hermosa; pareces un muchacho. ¡Qué pálida estás!

—Sí, aún estoy muy débil—contestó Ana, cuyos labios temblaban.

—Iremos á Italia, y allí te restablecerás.

—¿Es posible que podamos vivir como esposos nosotros dos solos?—preguntó Ana mirando fijamente á su amante.

—Lo que yo extraño es que no haya sido siempre así.

—Karenine dice que consiente en todo, pero yo no acepto su generosidad—repuso Ana con aire pensativo;—no quiero el divorcio, y sólo me pregunto lo que decidirá sobre Sergio.

Wronsky no comprendía cómo en aquel primer momento en que volvían á reunirse, podía Ana pensar en su hijo y en el divorcio.

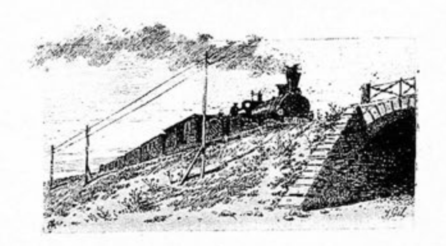
—No hables de eso, ni pienses tampoco en ello—dijo, revolviendo la mano de Ana entre las suyas para llamar su atención, pero sin conseguirlo.

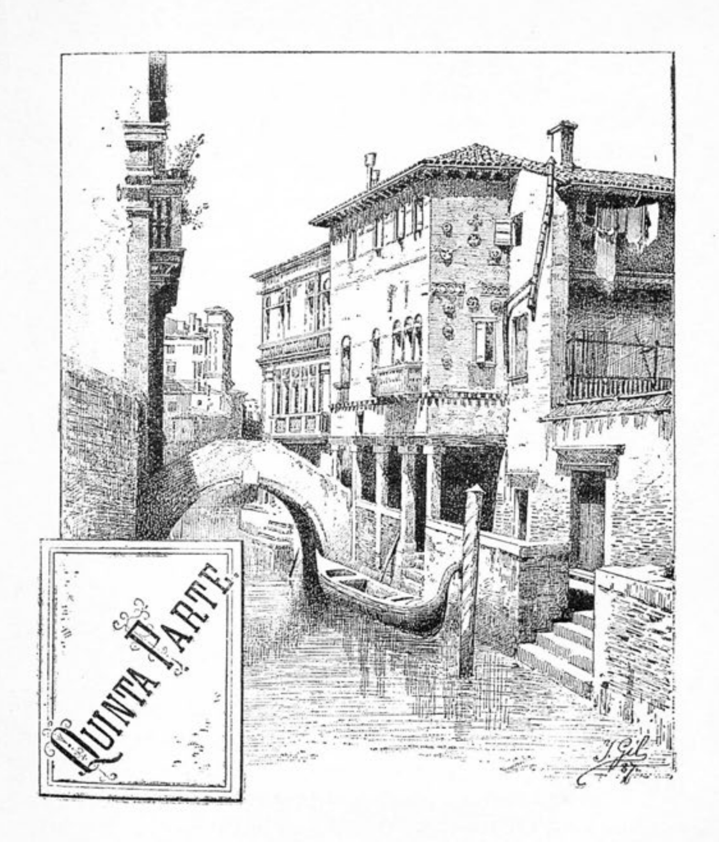
—¡Ah! ¡por qué no habré muerto; esto hubiera sido mucho mejor!

Y aunque las lágrimas inundaban su rostro, trató de sonreir para no disgustar á su amante.

En otro tiempo, Wronsky hubiera creído imposible sustraerse á la lisonjera y peligrosa misión de Tashkend, mas ahora la rehusó sin vacilar, y habiendo notado que su negativa era mal interpretada en altas regiones, presentó su dimisión.

Un mes después, Alexandrovitch se quedaba solo con su hijo, y Ana marchaba con Wronsky al extranjero, rehusando el divorcio.





I

La princesa Cherbatzky creía imposible celebrar el casamiento antes de la cuaresma, porque apenas estaría concluída para entonces la mitad de la canastilla de boda; faltaban, por lo tanto, cinco semanas, y reconocíase que se corría el riesgo de retardar la boda por causa de luto si se esperaba hasta la Pascua, porque una anciana tía del príncipe estaba muy enferma. En su consecuencia, optóse por un término medio, acordando que el enlace se efectuara antes de la cuaresma, recibiéndose sólo una parte de la ca-

nastilla inmediatamente, y lo demás después de la boda. Los recién casados pensaban marchar al campo apenas celebrada la ceremonia, y no necesitaban gran cosa. La princesa se indignaba al ver á Levine mostrarse indiferente á todas estas cuestiones: en efecto, Constantino parecía medio loco, y seguía creyendo que su felicidad y su persona eran centro y único objeto de la creación; sus asuntos no le preocupaban en lo más mínimo, y dejábalo todo al cuidado de sus amigos, seguro de que arreglarían las cosas de la mejor manera posible. Su hermano Sergio, Estéfano Arcadievitch y la princesa, eran los que le dirigían, y contentábase con aceptar todas las proposiciones.

Su hermano tomó á préstamo el dinero que necesitaba; la princesa le aconsejó que saliera de Moscou después de la boda, y Estéfano Arcadievitch opinó que convendría un viaje al extranjero. Levine consentía en todo. «Disponed lo que gustéis—pensaba;—yo soy feliz, y cualquiera que sea vuestra resolución, no me creeré ni más ni menos dichoso.» Sin embargo, cuando anunció á Kitty el proyecto de Arcadievitch, observó con asombro que la joven no le aprobaba, y que ya había combinado su plan para el porvenir. Kitty no ignoraba que Levine tenía considerables intereses en su casa y en sus tierras, y aunque no comprendiese estos negocios, ni deseara enterarse de ellos, parecíanle, sin embargo, de gran importancia; he aquí porqué no deseaba un viaje al extranjero y prefería instalarse en su verdadera residencia. Esta determinación sorprendió á Levine, y siempre indiferente á los detalles, rogó á Estéfano Arcadievitch que dirigiera, con el buen gusto que le caracterizaba, el arreglo y embellecimiento de su casa de Pakrofsky: parecíale que esto correspondía á las atribuciones de su amigo.

—Á propósito—dijo un día Arcadievitch á Levine, después de haber arreglado todo en la casa de campo —¿tienes la cédula de confesión?

—No. ¿Por qué?

—Nadie se casa sin ella.

—¡Bah!—exclamó Levine—ya hace nueve años que no me confieso, y ni siquiera he pensado en tal cosa.

—¡Muy bien! —repuso Arcadievitch sonriendo. —¡Y luego vendrás á tratarme de nihilista! Vamos, esto no puede

pasar así; es preciso que cumplas con tus deberes religiosos.

—¿Cuándo? ¡Si no nos quedan más que cuatro días!

Arcadievitch arregló este asunto como los demás, y Levine comenzó sus devociones. Aunque incrédulo para sí, no respetaba menos la fe de otros, y parecíale duro asistir á ceremonias religiosas sin creer en ellas. En su disposición de espíritu, la obligación de disimular le era odiosa. ¡Cómo burlarse de las cosas santas y mentir, cuando su corazón rebosaba de ternura y alegría! Por mucho que hizo para inducir á Estéfano á obtener la cédula sin confesarse, su amigo se mostró inflexible.

—¿Qué te importa esto?—le dijo Arcadievitch;—dos días pasan pronto, y sólo tendrás que hablar con un viejecillo que te despachará sin molestarte.

Durante la primera misa á que asistió, Levine hizo lo posible para recordar las impresiones religiosas de su juventud, que habían sido muy vivas entre los dieciseis y diecisiete años, mas no lo consiguió. Entonces quiso considerar las formas religiosas como una costumbre antigua, falta de sentido, poco más ó menos como la de hacer visitas; pero tampoco adelantó nada con esto, pues así como la mayor parte de sus contemporáneos, fluctuaba en el vacío bajo el punto de vista religioso, y aunque incapaz de creer, tampoco podía dudar completamente. Esta confusión de sentimientos le hizo ser modesto y avergonzarse mucho durante el tiempo consagrado á sus devociones. Su conciencia le gritaba que obrar sin comprender era un acto censurable y engañoso.

Para no estar en contradicción demasiado flagrante con sus convicciones, trató por lo pronto de atribuir un sentido cualquiera al servicio divino con sus diferentes ritos; pero como observase que criticaba en vez de comprender, se esforzó para absorberse en los pensamientos íntimos que le asediaban durante sus largas permanencias en la iglesia. La misa, las vísperas y las oraciones de la tarde se pasaron así; á la mañana siguiente se levantó más temprano, y en ayunas fué á rezar sus oraciones de la mañana y á confesarse. El templo estaba desierto; sólo había un soldado que pedía limosna, dos viejas y dos monaguillos; un diácono joven, cuya espalda enflaquecida dibujábase en dos mitades bien marca-

das bajo su ligera sotana, le salió al encuentro, acercóse á una mesita que estaba junto á la pared y comenzó á leer las oraciones. Levine, al oirle repetir apresuradamente y con voz monótona las palabras: «Señor, compadeceos de nosotros», á guisa de estribillo, permaneció detrás en pie, haciendo lo posible para no escuchar, á fin de no interrumpir sus reflexiones. «¡Qué gracia tenían sus manos!» se dijo, recordando el rato que había pasado la víspera hablando con Kitty junto á una mesa del salón. Y representábase el momento en que besó una, examinando sus líneas. «Y aun debo decir compadeceos de nosotros», pensó Levine, haciendo señales de cruz é inclinándose hasta el suelo, á la vez que observaba los movimientos del diácono, en el momento de prosternarse.

Terminadas sus oraciones, Levine dió un billete de tres rublos al diácono, que le deslizó discretamente en su manga y se alejó después, haciendo resonar los tacones de sus botas nuevas en las baldosas del templo. Después de haber prometido á Levine inscribirle para la confesión, desapareció detrás del altar; pero á los pocos momentos presentóse otra vez é hizo una seña. Levine se adelantó, franqueó algunos escalones, torció á la derecha, y vió un viejecillo de barba casi blanca, que hojeaba un misal. Después de hacer un ligero saludo á Levine, comenzó la lectura de las oraciones, é inclinóse hasta el suelo.

—Jesucristo asiste, invisible, á la confesión—dijo volviéndese hacia Levine, señalando el crucifijo.—¿Cree usted en todo lo que nos enseña la Santa Iglesia Apostólica?—añadió el sacerdote cruzando las manos bajo la estola.

—He dudado, y aún dudo de todo—contestó Levine, con una voz que resonó desagradablemente en sus oídos.

El sacerdote esperó algunos segundos, cerró los ojos, y añadió, hablando muy deprisa:

—Dudar es propio de la debilidad humana, y por eso debemos rogar al Señor Todopoderoso que nos fortifique. ¿Cuáles son los principales pecados de usted?

El sacerdote hablaba sin la menor interrupción, y como si temiera perder el tiempo.

—Mi principal pecado es la duda, que no me abandona; dudo de todo, y casi siempre.

—Dudar es propio de la debilidad humana—repitió el sa-



cerdote, sirviéndose de las mismas palabras.—¿De qué duda usted en particular?

—De todo, y á veces hasta de la existencia de Dios—repuso Levine casi á pesar suyo, y atemorizado por la inconveniencia de estas palabras, que sin embargo no parecieron producir en el viejecillo la impresión que esperaba.

—¿Qué dudas puede usted tener de la existencia de Dios? —preguntó el sacerdote con una sonrisa casi imperceptible.

Levine guardó silencio.

—¿Qué dudas puede usted tener sobre el Criador cuando contempla sus obras? ¿Quién adornó la celeste bóveda con sus estrellas, decorando la tierra con todas sus bellezas? ¿Cómo existirían esas cosas sin el Criador?

Y el anciano fijó en Levine una mirada interrogadora.

Reconociéndose incapaz de sostener una discusión filosófica con un sacerdote, Levine contestó á esta última pregunta:

—No sé.

—Pues si no sabe usted ¿por qué duda que Dios lo haya creado todo?

—No comprendo nada—contestó Levine sonrojándose al reconocer lo absurdo de sus contestaciones, que en aquel caso no podían menos de ser imprudentes.

—Ruegue usted á Dios para que le ilumine; los Padres de la Iglesia dudaron también y pidieron á Dios que fortificara su fe; el demonio es poderoso y debemos resistirle. Rogar á Dios, rogar á Dios—repitió el sacerdote muy deprisa.

Y después de guardar silencio un instante, como si reflexionara, añadió:

—Me han dicho que trata usted de contraer matrimonio con la hija de mi feligrés é hijo espiritual el príncipe de Cherbatzky: es una bella joven.

—Sí—contestó Levine al oir estas palabras en boca del sacerdote.—«¿Qué necesidad tiene—se preguntó—de hablar de estas cosas en la confesión?»

—Piensa usted en el matrimonio—continuó el anciano—y tal vez Dios le conceda una posteridad. ¿Qué educación dará á sus hijos si no consigue vencer las tentaciones del demonio que le sugiere la duda? Si ama usted á sus hijos, ¿no deseará para ellos la riqueza, la abundancia y los honores, y también, como buen padre, la salvación de su alma y las luces de la verdad? ¿Qué contestará al niño inocente que le pregunte: «Padre, ¿quién ha creado todo lo que me encanta en la tierra, el agua, el sol, las flores y las plantas?» ¿Le contestará usted que no sabe nada? ¿Puede usted ignorar lo que Dios le muestra en su bondad infinita? Y si el niño le pregunta qué es lo

que le espera más allá de la tumba, ¿le dirá usted que no sabe nada? ¿Le dejará abandonado á las tentaciones del mundo y del diablo? Esto no estaría bien—añadió el sacerdote, inclinando la cabeza de lado para fijar en Levine una dulce mirada.

Levine guardó silencio, no porque temiese una discusión inoportuna, sino porque nadie le había hecho hasta entonces semejantes preguntas, y porque le quedaba suficiente tiempo para reflexionar hasta que tuviera hijos.

—Llega usted á una fase de la vida—continuó el sacerdote—en que es preciso elegir una senda y seguir por ella. Ruegue usted á Dios que le ayude y le sostenga en su misericordia.—Y añadió para concluir:—Nuestro Señor Jesucristo te perdonará, hijo mío, con su infinita bondad para los humanos...

Terminando con esto las fórmulas de la absolución, el sacerdote despidió á Levine después de haberle bendecido.

Constantino volvió á su casa muy satisfecho al pensar que se había librado de una falsa situación sin verse obligado á mentir; y del discurso del buen anciano conservó la vaga impresión de que en vez de absurdos había oído cosas que valía la pena profundizar.

«No ahora—pensó—pero sí más tarde». Parecíale á Levine que en aquel momento tenía en el alma regiones oscuras; y en cuanto concernía á la religión, hallábase exactamente en el caso de Swiagiesky y algunos otros, cuyas opiniones incoherentes le sorprendían de la manera más desagradable.

La noche que Levine pasó hablando con su novia en casa de Dolly fué muy alegre: al hablar con Arcadievitch, comparóse con un perro que se amaestrara para saltar por un aro, y que feliz por haber aprendido su lección, quisiera también, en su alegría, saltar á la mesa y á la ventana agitando la cola.

II

La princesa y Dolly observaban extrictamente las costumbres ya establecidas, y por lo tanto no permitieron á Levine ver á su novia el día del matrimonio. En su consecuencia co-

mió en su alojamiento con tres célibes reunidos allí por casualidad: eran Katavasof, antiguo compañero de la Universidad y entonces profesor de ciencias naturales; Tchirikof, juez de paz en Moscou, que había cazado el oso en su compañía, y por último, Sergio Ivanitch.

La comida fué muy animada; Sergio estaba de muy buen humor, y la originalidad de Katavasof le divirtió mucho; este último hizo el gasto de la conversación, y Tchirikof la sostuvo alegremente.

—He aquí, pues, á nuestro amigo Constantino Dmitrich ya casado—decía Katavasof con esa lentitud propia del profesor acostumbrado á escucharse.—¡Qué joven tan fecundo en recursos era en otro tiempo! Hablo del pasado, porque ya no existe. Amaba la ciencia cuando terminó sus estudios, é interesábase por la humanidad; ahora emplea una mitad de sus facultades en hacerse ilusiones, y la otra en dar á sus quimeras algún viso de razón.

—Jamás encontré un enemigo del matrimonio tan convencido como usted—dijo Sergio Ivanitch.

—No, soy simplemente partidario de la división del trabajo. Los que no son buenos para nada, sirven para propagar la especie; los demás deben contribuir al desarrollo intelectual, á la felicidad de sus semejantes. Esta es mi opinión. Ya sé yo que hay muchos hombres dispuestos á confundir estos dos ramos del trabajo; pero yo no figuro en el número.

—¡Cómo me alegraría que llegase usted á enamorarse de una vez!—exclamó Levine.—Le suplicaría que me convidase á su boda.

—¡Pero si ya estoy enamorado!

—Sí, de los moluscos. Ya sabes—añadió Levine volviéndose hacia su hermano—que Miguel Seminitch escribe una obra sobre la alimentación y...

—Ruego á usted que no embrolle las cosas—interrumpió el profesor;—poco importa lo que escribo, pero la verdad es que amo los moluscos.

—Esto no le impediría amar á una mujer.

—No, mi esposa es la que se opondría á que amara los moluscos.

—¿Por qué?

—Ya lo verá usted. Ya sé que ahora es muy aficionado á la

caza y á la agronomía; pues más tarde veremos si le agrada tanto.

—He visto hoy á mi amigo Archip—dijo Tchirikof—y me ha dicho que en Prudnov se encuentran muchos alces y hasta osos.

—Ya los cazará usted sin mi auxilio—dijo Levine.

—Ya lo ves—repuso Sergio;—puedes despedirte de dar caza al oso, pues tu mujer no te la permitirá.

Levine sonrió: la idea de que su esposa le hiciese semejante prohibición le pareció tan seductora, que de buena gana hubiera renunciado desde luego á buscar un oso.

—La costumbre de despedirse de la vida de soltero no carece de sentido—dijo Sergio.—Por feliz que uno se crea, siempre se echa de menos la libertad.

—Confiese usted que, semejante al novio de Gogol, se experimentan deseos de saltar por la ventana.

—Ciertamente, pero Levine no lo confesará—dijo Katavasof, soltando la carcajada.

—¡La ventana está abierta... marchemos á Tver! Se podrá encontrar el oso en su guarida, y nos será fácil aprovechar el tren de las cinco—dijo Tchirikof sonriendo.

—Por mi fe y mi conciencia os aseguro—repuso Levine, sonriendo también—que no me pesa en lo más mínimo haber perdido mi libertad.

—El alma de usted es ahora un caos de tal naturaleza, que no le sería posible distinguir nada—dijo Katavasof;—espere usted á que se aclare un poco, y entonces verá. Es usted un enfermo que deja poca esperanza; brindemos por su curación.

Después de comer, los convidados debían cambiar de traje para asistir á la boda, y por lo tanto separáronse.

Una vez solo, Levine se preguntó de nuevo si se lamentaría de haber perdido la libertad de que sus amigos acababan de hablarle, y esta idea le hizo sonreir... «¡La libertad! ¿Para qué la quieren? Mi dicha consiste en amar, en vivir con los pensamientos y deseos de *ella, sin* ninguna libertad. Esta es la dicha.»

«Pero ¿podré yo conocer sus ideas, sus deseos y sentimientos?»—se preguntó Levine. La sonrisa desapareció de sus labios, entregóse á una profunda meditación, y asaltá-

ronle de pronto temores y dudas. «¿Y si no me amase y se casara sólo por casarse, sin darse cuenta siquiera de lo que hace?—se dijo Levine.—Tal vez reconozca su error y comprenda después de haberse unido conmigo que no me ama ni me puede amar.» Los pensamientos más ofensivos para Kitty asaltaban en aquel momento su espíritu, así como un año antes experimentó una pasión de celos contra Wronsky, recordando, cual si fuese un hecho ocurrido en la víspera, aquella noche en que los vió juntos: esto le hizo sospechar que Kitty no le habría confesado todo.

«No—pensó con desesperación, saltando de su silla—yo no puedo estar así; iré á buscarla, y le diré por última vez: «Somos libres. ¿No será mejor detenernos aquí? Cualquiera cosa es preferible á la desgracia de toda la vida, á la vergüenza y á la infidelidad.»—Y fuera de sí, poseído de odio contra la humanidad, contra sí mismo y contra Kitty, corrió en busca de su prometida.

Hallóla sentada en un cofre grande, y ocupábase de pasar revista con su camarera á varios vestidos de todos colores diseminados por el suelo y las sillas.

—¡Cómo!—exclamó alegremente al ver á Levine.—¿Eres tú, es usted? (hasta el último día, le trataba tan pronto de *tú* como de *usted*.) No te esperaba; me ocupo en hacer la repartición de mis vestidos de soltera.

—¡Ah, muy bien!—contestó Levine mirando á la camarera con aire sombrío.

—Retírate, Douniacha—dijo Kitty—ya te llamaré. ¿Qué tienes?—preguntó su novia cuando aquella hubo salido, sorprendida al observar su expresión de trastorno y experimentando un vago terror.

—Kitty—contestó Levine, fijando en su novia una mirada suplicante—las dudas me atormentan.

Al contemplar los ojos serenos y cariñosos de su prometida, comprendió que sus temores eran quiméricos, pero sentía una necesidad imperiosa de tranquilizarse.

—He venido á decirte—continuó Levine—que aún no es tarde, y que todo se puede reparar.

—¡Cómo! No comprendo. ¿Qué tienes?

—Tengo... lo que cien veces he dicho y pensado... No soy digno de ti. No has podido consentir en casarte conmigo...

piénsalo bien; tal vez te engañas, porque no puedes amarme... Sí... más vale confesarlo... — añadió sin mirarla. — Yo seré desgraciado; pero digan lo que quieran, todo es mejor que una eterna desdicha... Ahora, mientras que aún es tiempo...

—No comprendo—contestó Kitty mirándole con terror.— ¿Qué quieres, desdecirte, romper...?

—Sí, si tú no me amas.

—¡Estás loco!—exclamó Kitty, sonrojada por el enojo que le producían estas palabras: mas al ver la triste expresión de su novio, reprimió su cólera y rechazando los vestidos que cubrían las sillas, acercóse á él.

—¿En qué piensas?—le preguntó,—dímelo todo.

—Pienso que no podrías amarme. ¿Por qué me amarías?

—¡Dios mío, qué he de hacer!—exclamó Kitty rompiendo á llorar.

—¿Qué he hecho yo?—dijo Levine al punto, arrodillándose á los pies de Kitty, y cubriendo sus manos de besos.

Á los cinco minutos, cuando la princesa entró en la habitación, encontró á los dos completamente reconciliados. Kitty había convencido á su novio de su cariño, demostrándole que le amaba porque le comprendía á fondo, y porque no ignoraba que era correspondida.

Á Levine le pareció la explicación del todo clara, y cuando la princesa entró, estaban sentados uno junto á otro en el cofre grande, examinando los vestidos y discutiendo sobre su destino. Kitty deseaba dar á Douniacha el que llevaba el día que Levine pidió su mano, y éste insistía para que se guardara, dándose en cambio á Douniacha el vestido azul.

Al saber para qué había venido Levine, la princesa se incomodó, aunque riéndose, y aconsejó á su futuro yerno que fuera á vestirse, porque Kitty debía prepararse también.

—Mi hija está bastante agitada ya—dijo la princesa;—apenas come estos días, y así es que se pone fea. ¿Es justo que vengas ahora á perturbarla más con tus locuras? ¡Vamos, véte pronto.

Levine volvió á su alojamiento, vergonzoso y confuso, pero tranquilizado. Su hermano, Daría Alexandrovna y Arcadievitch le esperaban ya, vestidos de rigurosa etiqueta, y preparados para bendecirle con las santas imágenes. No había

tiempo que perder: Dolly debía volver á su casa á recoger á su hijo, á quien habían rizado el cabello para aquel caso; y después era preciso enviar un coche al padrino, mientras que otro conduciría á Sergio Ivanitch al domicilio de Levine. Aquel día abundaban las combinaciones más complicadas, y todos debían apresurarse porque habían dado ya las seis y media.

La ceremonia de la bendición no tuvo nada de solemne: Estéfano Arcadievitch tomó una actitud grave y cómica junto á su esposa, levantó el velo y obligó á Levine á prosternarse, en tanto que le bendecía con una sonrisa cariñosa y maligna; terminó su cometido abrazándole tres veces, lo cual hizo también Daría Alexandrovna apresuradamente, pues deseaba marcharse pronto porque se había embrollado en el arreglo de los coches.

—Lo mejor será—dijo Dolly—que tú vayas á buscar nuestro carruaje, y tal vez Sergio Ivanitch tendrá la bondad de venir en seguida y enviar el suyo...

—Perfectamente—contestó Levine.

—Vendremos juntos—replicó Arcadievitch.—¿Se ha enviado ya el equipaje?

—Sí—contestó Levine.

Y llamó á su criado para vestirse.

III

La iglesia, brillantemente iluminada, estaba llena de gente, y sobre todo de mujeres; las que no habían podido penetrar en el interior, agolpábanse en las ventanas y se codeaban, disputándose los mejores sitios.

Más de veinte coches se alinearon en la calle bajo la inspección de los gendarmes; un oficial de policía, indiferente al frío, estaba en el atrio, donde los carruajes iban dejando, uno después de otro, tan pronto elegantes damas, que levantaban las colas de sus vestidos, como caballeros que se descubrían al punto para penetrar en el sagrado recinto. Las hachas y los cirios encendidos ante las imágenes, inundaban de luz los dorados, las cinceladuras de los altares, los grandes

candelabros de plata, los incensarios, los pendones del coro, la escalera del púlpito, los antiguos misales y el hábito de los sacerdotes.

En la multitud elegante, que estaba á la derecha de la iglesia, hablábase á media voz con animación, y el murmullo de las conversaciones resonaba singularmente bajo la alta bóveda. Cada vez que la puerta se abría, el murmullo cesaba, y todos volvían la cabeza con la esperanza de ver al fin entrar á los casados; pero la puerta se había abierto más de diez veces sólo para dar paso á algún rezagado que iba á reunirse con el grupo de la derecha, ó á una espectadora bastante hábil para enternecer al oficial de policía. Amigos y público habían pasado por todas las fases de la espera; al principio no se dió importancia á la tardanza de los casados; después, todos se volvieron con más frecuencia, preguntando qué podría haber sucedido; y por último, parientes y convidados afectaron la indiferencia de personas absortas en sus conversaciones, como para no dar á conocer su malestar.

Para demostrar que perdía un tiempo precioso, el archidiácono hacía retemblar de vez en cuando los vidrios, tosiendo con impaciencia; los chantres ensayaban sus voces en el coro; y el sacerdote enviaba sacristanes y diáconos para ver si llegaba el cortejo. Por último, una dama, consultando el reloj, dijo á su vecina: «¡Esto comienza á ser extraño!» Y todos los convidados expresaron al punto su asombro y descontento.

Entre tanto Kitty, vestida de blanco, con su largo velo y la corona de flores de azahar, esperaba inútilmente en el salón en compañía de su hermana Lwof y de su madrina, á que el padrino viniese para anunciar la llegada de su novio.

Por su parte, Levine, con pantalón negro, pero sin chaleco ni levita, paseábase de un lado á otro de la estancia, abriendo la puerta á cada instante para mirar por el corredor; después volvía á su cuarto con aire de desesperación, y parecía interrogar con la vista á Arcadievitch, que fumaba tranquilamente.

—¿Se habrá visto jamás hombre alguno en situación tan absurda?—exclamaba.

—Es verdad—decía Arcadievitch con tranquila sonrisa—pero tranquilízate; pronto la traerán.

—¡Ya, ya!—contestaba Levine, reprimiendo á duras penas su cólera.—¡Cuando pienso que no se puede hacer nada con esos malditos chalecos abiertos!—añadió, mirando la pechera de su camisa arrugada.—¿Y si se han llevado ya el equipaje á la estación?—gritaba Levine fuera de sí.

—Te pondrás la mía.

—Hubiera debido comenzar por esto.

—Espera, todo se arreglará.

Cuando el anciano criado, en cumplimiento de las instrucciones de Levine, había mandado embalar los efectos de su amo para conducirlos á casa de los Cherbatzky, desde donde se debían remitir á la estación del camino de hierro, el viejo Kousma no pensó en dejar fuera una camisa limpia. La que Levine llevaba no era presentable; enviar á casa de los Cherbatzky sería perder mucho tiempo, y como era domingo, las tiendas estaban cerradas. Envióse á buscar una camisa á casa de Arcadievitch, pero resultó ser ridículamente ancha y corta; y no quedando ya otro remedio, hízose forzoso que alguno fuera á casa de los Cherbatzky para abrir los cofres. He aquí cómo, mientras que se esperaba en la iglesia, el infeliz Levine se paseaba en su habitación de un lado á otro como una fiera en su jaula.

Por fin llegó el culpable Kousma, que se precipitó en la habitación con una camisa en la mano.

—He llegado—gritó—en el momento que ya se llevaban los cofres.

Tres minutos después, Levine corría como un loco por el pasillo, sin mirar el reloj para no aumentar su inquietud.

—No cambiarás nada—le decía Arcadievitch, siguiéndole con la sonrisa en los labios, pero sin apresurarse.

IV

«¡Ellos son, ya están ahí! ¿Cuál es el novio? ¿Es el más joven? Pues y ella, mírala; parece medio muerta!»—murmuraban algunos en la multitud, cuando Levine entró con su novia.

Arcadievitch manifestó á su esposa la causa de la tardanza,

y entonces hubo entre los convidados algunos cuchicheos y sonrisas; pero Levine no observó nada ni vió á nadie, porque su mirada estaba fija en su novia. Kitty parecía mucho menos linda que de costumbre con su corona de casada, y todos opinaron que se había afeado un poco; mas no lo pensaba así Levine. Al contemplar su alto tocado, su velo blanco, sus flores y la guarnición de su vestido, que circuía graciosamente su delgado cuello, parecíale más bella que nunca; y no era su traje de París lo que le seducía, ni el conjunto de un adorno que en nada realzaba su belleza; era la expresión de aquel rostro encantador, su mirada, sus labios y su inocente expresión de sinceridad.

—Pensé que habías huído—dijo á Levine sonriendo.

—Lo que me ha sucedido es tan grotesco que me da vergüenza hablar de ello—contestó Levine ruborizándose y mirando á su hermano Sergio.

—¡No deja de ser curiosa la historia de tu camisa!—dijo Ivanitch, sonriendo á su vez.

—Sí—repuso Levine, sin comprender ni una palabra de lo que decía.

—Kostia—murmuró Arcadievitch, acercándose á su amigo; —este es el momento de adoptar una resolución suprema; la cuestión es grave, y podrás apreciar toda su importancia. Preguntan si los cirios deben ser nuevos ó usados; y la diferencia es de diez rublos—añadió, preparándose á sonreir.— Yo he determinado ya, pero no sé si aprobarás.

Levine comprendió que se trataba de una broma, mas no pudo sonreir.

—¿Qué decides, los quieres nuevos ó usados?

—Sí, sí, nuevos.

—Muy bien; queda resuelta la cuestión—dijo Arcadievitch sonriendo.—¡Qué poca cosa es el hombre en ciertas situaciones!—murmuró al oído de Tchirikof, mientras que Levine se acercaba á su novia.

—¡Atención, Kitty! Pon tú primero el pie en la alfombra—díjole la condesa Nordstone aproximándose.—¡Buenas las hace usted!—añadió dirigiéndose á Levine.

—¿No tienes miedo?—preguntóle María Dmitriewna, anciana tía de la novia.

—¿No tienes un poco de frío? Estás pálida. Inclínate—dijo

la señora Lwof á Kitty, levantando sus hermosos brazos para corregir un ligero desarreglo en el tocado de su hermana.

Dolly se acercó á su vez y quiso hablar, pero sintióse embargada por la emoción y comenzó á reir nerviosamente.

Kitty miraba á las personas que tenía al rededor con aire tan distraído como Levine.

Entre tanto, los oficiantes habían revestido sus hábitos, y el sacerdote, acompañado del diácono, fué á situarse ante el pupitre colocado á la entrada de las puertas santas, desde donde dirigió á Levine algunas palabras que éste no pudo comprender.

—Coja usted la mano de su novia y acérquese—le dijo en voz baja el padrino.

Sin poder darse cuenta de lo que se exigía de él, Levine hacía lo contrario de lo que se le indicaba; y desanimados unos y otros proponíanse ya abandonarle á su propia inspiración, cuando al fin comprendió que con su mano derecha debía coger la de su prometida sin cambiar de posición. El sacerdote dió entonces algunos pasos y detúvose delante del pupitre; los padres y los convidados siguieron á la joven pareja, y entonces prodújose un murmullo acompañado del roce de vestidos, al que siguió un silencio tan profundo en toda la iglesia, que se oían caer las gotas de cera en el suelo.

El anciano sacerdote, cuyo cabello blanco brillaba como la plata, retiró sus pequeñas manos rugosas, que tenía ocultas bajo la estola, adornada con una cruz de oro, y acercándose al pupitre hojeó el misal.

Arcadievitch se aproximó para decirle dos palabras al oído, y después de hacer una seña á Levine se retiró.

El sacerdote encendió al punto dos cirios adornados de flores, y cogiéndolos con la mano izquierda, sin cuidarse de la cera que goteaba, volvióse hacia la joven pareja: era el mismo anciano que confesara á Levine. Después de fijar una mirada triste en los novios, bendijo con la mano derecha á Levine, y con particular dulzura apoyó los dedos en la cabeza inclinada de Kitty; entregó á cada cual su cirio, alejóse lentamente y cogió el incensario.

«¿Es bien verdad todo esto?»—pensaba Levine, mirando á su novia, á la cual veía de perfil. Kitty no levantó la cabeza, pero él comprendió que ahogaba un suspiro, y pudo observar

que su mano, cubierta con el guante, temblaba mientras sostenía el cirio.

Todo se desvaneció entonces de su memoria, la tardanza, el descontento de sus amigos, el grotesco incidente de la camisa, y no experimentó más que una emoción mezclada d terror y alegría.

El archidiácono, revestido de una dalmática de tejido de plata, adelantóse algunos pasos, levantó la estola con ademán familiar, tocándola sólo con dos dedos, y detúvose delante del sacerdote.

— Bendecidlos, Señor — dijo lentamente con solemne acento.

—Que el Señor nos bendiga ahora, y en todos los siglos de los siglos—repuso el sacerdote con voz dulce y musical, hojeando siempre el santo libro.

El responso, cantado por un coro invisible, resonó en toda la iglesia, elevándose gradualmente, para extinguirse después con suavidad y dulzura.

Se oró, como de costumbre, por el reposo eterno y la salvación de las almas, por el sínodo y el emperador, y también por los servidores de Dios, Constantino y Catalina.

«Roguemos al Señor que les envíe su amor, su paz y su auxilio»—parecía decir toda la iglesia por la voz del archidiácono.

Levine escuchaba estas palabras asombrado. «¿Cómo habrán comprendido que lo que precisamente necesito es auxilio?»—preguntábase. «¿Qué soy yo, y qué puedo sin auxilio?» —pensó, recordando sus dudas y sus últimos terrores.

Cuando el diácono hubo concluído, el sacerdote se volvió hacia los casados con un libro en la mano.

«Dios eterno—leyó—que reunes por un lazo indisoluble á los que estaban separados, bendice á tu servidor Constantino y á tu sierva Catalina, y cólmales de tus beneficios. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre, como en todos los siglos de los siglos...

«Amén,»—contestó el coro invisible.

«Que reunes con un lazo indisoluble á los que estaban separados»—pensó Levine.—¡Qué bien responden esas palabras á lo que se experimenta en este momento! ¿Las comprenderá ella como yo?

Por la expresión de la mirada de Kitty, Levine dedujo que comprendía como él; pero se engañaba: absorta por el sentimiento que llenaba cada vez más su corazón, apenas se había fijado en el servicio religioso, y experimentaba una profunda alegría al ver realizado por fin lo que durante seis semanas la hizo feliz, produciéndola también inquietud. Desde el momento en que se había acercado á Levine para decirle que sería suya, figurábase que arrancaban el pasado de su alma, y que daba principio á otra existencia nueva y desconocida, sin que su vida exterior sufriese, sin embargo, ningún cambio.

Aquellas seis semanas habían sido una época feliz y de tormento á la vez; esperanzas y deseos, todo se concentraba en aquel hombre á quien no comprendía bien, hacia el cual la impulsaba un sentimiento que conocía menos aún, y que atrayéndola y alejándola alternativamente, inspirábale una indiferencia completa y absoluta para su propio pasado. De sus costumbres de otro tiempo, de las cosas que amó, y hasta de sus padres, cuya insensibilidad la afligía, nada quedaba para ella ya; y aunque atemorizada de desvío, regocijábase del sentimiento que era la causa. Sin embargo, de aquella vida nueva, que no había comenzado aún, tal vez no se formaba una idea precisa; aquel porvenir nuevo y desconocido debía producirle una ansiedad dulce y terrible á la vez; pero ya iba á terminar aquella espectativa, así como el remordimiento de no echar nada de menos en el pasado. Era natural que tuviese miedo; pero el momento presente podía considerarse como la santificación de la hora decisiva que se remontaba á seis semanas.

Al volverse el sacerdote hacia el pupitre, cogió con dificultad el pequeño anillo de Kitty para introducirlo en la primera articulación del dedo de Levine, diciéndole:

—Te uno á ti, Constantino Levine, servidor de Dios, con Catalina, sierva del señor.

Y repitió la misma fórmula, pasando un anillo grande en el delicado dedo meñique de Kitty.

Los casados procuraban comprender lo que debían decir, pero se equivocaban siempre, y el sacerdote los corregía en voz baja; los presentes sonreían y cuchicheaban al rededor de los desposados; mas estos se mantenían serios y graves.

—¡Oh Dios mío, que desde el principio del mundo has creado el hombre—continuó el sacerdote—dándole la mujer para que fuese su compañera inseparable, bendice á tu servidor Constantino y á tu sierva Catalina; une los espíritus de estos esposos y comunica á sus corazones la fe, la concordia y el amor!

Levine sentía dilatarse su pecho, lágrimas involuntarias se agolparon á sus ojos, y todos sus pensamientos sobre el matrimonio y el porvenir se redujeron á la nada. Lo que se verificaba para él tenía un alcance que no había comprendido hasta entonces, y que en aquel momento comprendía menos que nunca.

V

Todo Moscou asistía á los desposorios; y en aquella multitud de mujeres engalanadas y de hombres vestidos de etiqueta, ó que lucían el uniforme, cuchicheábase discretamente, sobre todo el sexo feo, pues las damas estaban ocupadas en sus observaciones sobre los mil detalles, muy interesantes para ellas, de aquella ceremonia.

Un reducido grupo de amigos íntimos rodeaba á la casada, y entre ellos hallábanse las dos hermanas de ésta, Dolly y la hermosa Lwof, recién llegada del extranjero.

—¿Por qué viste María de color de lila en esta ceremonia?—preguntaba la señora Korsunsky;—eso es casi de luto.

—Es que le sienta bien á su color—contestó la Drubetzky; —pero ¿por qué habrán elegido la noche para la ceremonia? Esto huele á mercader.

—Es más bonito; yo también me casé de noche—dijo la Korsunsky suspirando, al recordar qué hermosa estaba aquel día.—Todo ha cambiado mucho.

—Preténdese que los que han sido padrinos más de diez veces en su vida, no se casan ya—dijo el conde Seniavine á la joven princesa Tcharsky, que tenía idea de conquistarle;—pero esta vez me han tomado el puesto.

La dama contestó sólo con una sonrisa. Miraba á Kitty y pensaba lo que ella haría cuando á su vez se hallase con Seniavine en la misma situación.

Cherbatzky confiaba á una anciana dama de honor de la emperatriz su propósito de ceñir la corona á Kitty á fin de que tuviera buena suerte.

—¿Para qué la corona?—replicó la dama, bien decidida á casarse sencillamente si el señor viudo con quien deseaba unirse consentía en el matrimonio.

Sergio Ivanitch bromeaba con su vecina, pretendiendo que, si se había difundido la costumbre de viajar después del casamiento, debíase á que los maridos parecían generalmente vergonzosos de su elección.

—El hermano de usted puede estar orgulloso, pues la niña es encantadora. Sin duda le envidia usted.

—Para mí ha pasado ya ese tiempo—contestó Ivanitch, entristeciéndose de pronto.

Arcadievitch explicaba á su cuñada su equívoco sobre el divorcio; mientras que aquella decía, sin contestar, que era preciso arreglar la corona de Kitty.

—¡Qué lástima que se haya afeado!—decía la condesa de Nordstone á la señora Lwof;—á pesar de todo, él no vale el dedo meñique de Kitty. ¿No es verdad?

—No soy del parecer de usted; á mí me agrada mucho, y no sólo como cuñado—contestó la señora Lwof.—Tiene muy buen aspecto, y aunque en el caso en que se halla es muy difícil no parecer ridículo, él no lo está; sólo parece conmovido.

—¿Esperaba usted este casamiento?

—Casi; siempre la amó.

—Pues bien; ya veremos cuál de los dos pisa primero la alfombra. Yo he aconsejado á Kitty que comience.

—Era inútil—contestó la señora Lwof;—en nuestra familia todas las mujeres son sumisas á sus maridos.

—Yo he procurado siempre adelantarme al mío. ¿Y usted, Dolly?

Dolly escuchaba sin contestar, porque estaba muy conmovida; las lágrimas llenaban sus ojos, y no hubiera podido pronunciar una palabra sin llorar. Llena de alegría por la unión de Kitty y de Levine, hacía reflexiones sobre su propio matrimonio, y fijando una mirada en el brillante Arcadievitch, olvidaba la realidad para no acordarse más que de su primer amor. Pensaba igualmente en varias amigas suyas, re-

cordando la hora única y solemne de su vida en que renunciaron con alegría al pasado, lanzándose en un misterioso porvenir, con la esperanza y el temor en el corazón. Entre esas casadas representábasele su querida Ana, cuyos proyectos de divorcio acababa de saber, y á quien había visto también cubierta con un velo blanco, pura como Kitty, con su corona de flores. «¿Y ahora?... ¿Qué es de ella?—murmuró. —¡Esto es terrible!»

Las hermanas y las amigas no eran las únicas en observar con interés los menores incidentes de la ceremonia; había allí personas extrañas que retenían el aliento por temor de que les pasase desapercibido un solo movimiento de los casados, y que contestaban con enojo á las bromas y palabras ociosas de los hombres.

—¿Por qué estará tan conmovida? ¿La casan contra su gusto?

—¿Contra su gusto, siendo tan buen mozo el novio? ¿No es príncipe?

—Aquella del vestido de seda blanco es su hermana. Escucha al diácono cómo aúlla, diciendo que «tema á su esposo.»

—¿Son los chantres de Tchoudof? (1)

—No, del sínodo.

—He preguntado á un sirviente, y me ha dicho que el marido se la lleva á sus tierras. Creo que es riquísimo, y por eso la casan.

—Es una buena pareja.

—¿No decía usted que ya no llevaban miriñaques, María Wassiliewna? Pues vea usted aquella señora, esposa de un embajador, según aseguran, cómo va arreglada.

—¡Qué ovejita tan pura es la casada! Digan lo que quieran, el espectáculo conmueve.

Así hablaban las espectadoras que habían tenido la suerte de traspasar el umbral del templo.

(1) Convento de frailes, célebre por sus chantres.

VI

En aquel momento, uno de los oficiantes fué á extender en medio de la iglesia una pieza de tejido color de rosa; mientras que el coro entonaba un salmo de difícil y complicada ejecución: el sacerdote hizo una señal á los casados, indicándoles aquella especie de alfombra.

Ambos conocían la preocupación según la cual aquel de los dos esposos cuyo pie la toque primero llegará á ser el verdadero jefe de la familia; pero ni Levine ni Kitty la recordaron, ni tampoco hicieron aprecio de las observaciones de las personas que les rodeaban.

Entonces comenzó otro oficio: Kitty escuchó las oraciones, procurando comprenderlas sin poder conseguirlo; pero cuanto más avanzaba la ceremonia, más triunfante era la alegría que se desbordaba en su corazón, impidiéndola fijarse en nada.

Se rogó á Dios «para que los esposos tuviesen el dón de la sabiduría y una numerosa posteridad;» se recordó «que la primera mujer se había formado de una costilla de Adán,» «que la mujer debía abandonar á sus padres para no constituir sino una persona con su espòso;» y se pidió á Dios «que los bendijera como Isaac, Rebeca, Moisés y Séfora, permitiéndoles ver sus hijos hasta la tercera y la cuarta generación.»

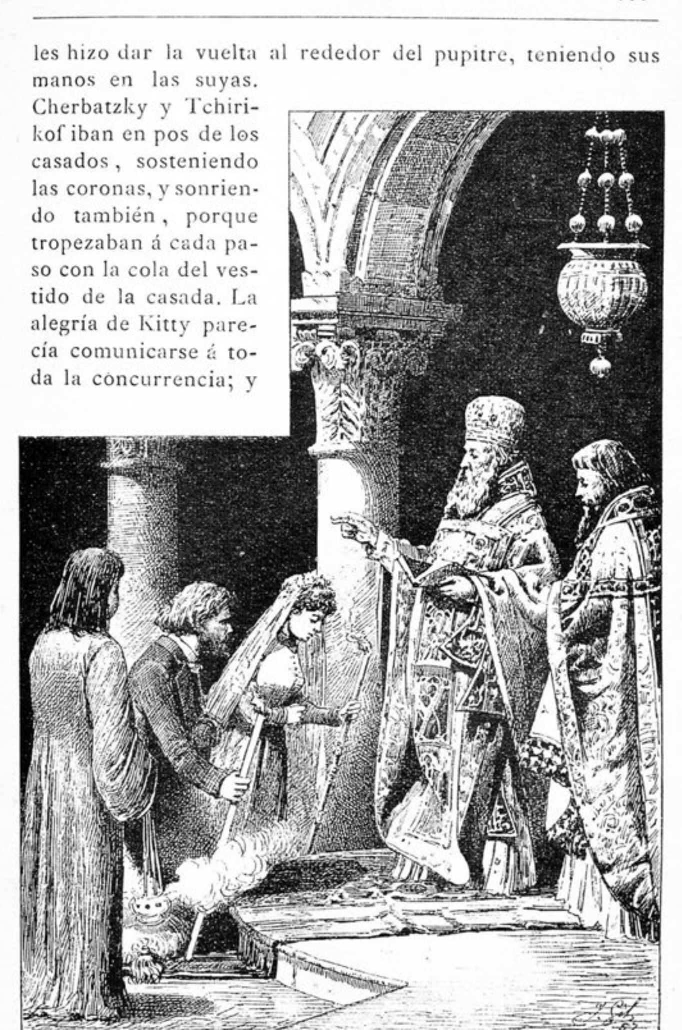
Cuando el sacerdote presentó las coronas, y Cherbatzky, con sus guantes de tres botones, sostuvo tembloroso la de la casada, aconsejáronle todos á media voz que la encajara bien en la cabeza de Kitty.

—Póngamela usted—murmuró la joven sonriendo.

Levine volvió la cabeza, y al ver su rostro radiante de alegría, juzgóse feliz como ella.

Ambos escucharon, con la alegría en el alma, la lectura de la epístola y la voz monótona del diácono en el último versícuo, muy apreciado del público extraño, que le esperaba con impaciencia. Después bebieron con gusto el agua y el vino tibios en la copa, y siguieron casi alegremente al sacerdote cuando

les hizo dar la vuelta al rededor del pupitre, teniendo sus manos en las suyas. Cherbatzky y Tchirikof iban en pos de los casados, sosteniendo las coronas, y sonriendo también, porque tropezaban á cada paso con la cola del vestido de la casada. La alegría de Kitty parecía comunicarse á toda la concurrencia; y



Levine estaba convencido de que el diácono y el sacerdote sufrían el contagio como él.

Retiraron las coronas, el sacerdote leyó los últimos versos, felicitando á la joven pareja. Levine miró á Kitty y creyó no haberla visto jamás tan hermosa; quiso hablar, pero detúvose, temiendo que la ceremonia no hubiese terminado aún.

—Abrace usted á su esposa—díjole el sacerdote con dulzura—y que ella le abrace también.

Al pronunciar estas palabras tomó el cirio de manos de cada uno de los esposos.

Levine abrazó á su esposa delicadamente, cogió su brazo y salió de la iglesia, dominado por la nueva y extraña impresión de que acababa de unirse con ella de pronto. No había creído hasta entonces en la realidad de lo que estaba viendo, y no comenzó á dar fe hasta que sus miradas de asombro se encontraron: entonces comprendió que los dos no formaban realmente más que uno.

En la misma noche, después de cenar, los jóvenes esposos marcharon al campo.

VII

Wronsky y Ana viajaban juntos por Europa hacía tres meses; habían visitado Venecia, Roma y Nápoles, y acababan de llegar á una pequeña ciudad italiana, donde se proponían permanecer algún tiempo.

Un respetable mayordomo de hotel, con el cabello cargado de pomada y dividido por una raya que partía del cuello, con su traje negro, que hacía resaltar más la ancha pechera de su camisa, y los dijes del reloj sobre el redondeado vientre, contestaba con desdén, sin sacar las manos de los bolsillos, á las preguntas que le dirigía un caballero.

De pronto resonaron pasos en la escalera al otro lado del zaguán; el brillante mayordomo volvió la cabeza, y al ver al conde ruso, que ocupaba la mejor habitación de la casa, sacó las manos respetuosamente de los bolsillos y dijo á su huésped, saludando, que el correo había venido para anunciar que el intendente del palacio que se trataba de comprar consentía en firmar el contrato.

—Muy bien—contestó Wronsky.—¿Está la señora en casa?

—La señora había salido, pero acaba de entrar—replicó el mayordomo.

Wronsky se quitó su sombrero blando de anchas alas, enjugó el sudor de su frente y sus cabellos echados atrás para ocultar la calvicie, y después quiso pasar, dirigiendo una mirada distraída al desconocido, que le contemplaba silenciosamente.

—Este caballero es ruso y pregunta por usted—dijo el mayordomo.

Wronsky volvió la cabeza, enojado porque no podía evitar los encuentros, aunque satisfecho de hallar una distracción cualquiera: sus ojos y los del extranjero parecieron iluminarse de pronto.

—¡Golinitchef!

—¡Wronsky!

Era efectivamente Golinitchef, un compañero de Wronsky en el cuerpo de pajes; pertenecía al partido liberal, y había obtenido un grado civil, sin ninguna intención de entrar en el servicio. Desde su salida del cuerpo no habían vuelto á verse más que una vez.

Wronsky, juzgando por la conversación que tuvieron en su último encuentro, creyó comprender que su antiguo compañero, atendidas sus opiniones avanzadas, despreciaba la carrera militar, y en su consecuencia habíale tratado fríamente y con altivez; Golinitchef se mostró indiferente, pero ni uno ni otro tuvieron deseos de volver á verse. Sin embargo, los dos profirieron un grito de alegría al encontrarse allí: tal vez Wronsky no sospechó que la causa del placer que experimentaba al ver á Golinitchef se debía á su profundo aburrimiento; pero el caso es que, olvidando el pasado, ofrecióle la mano, mientras que la expresión inquieta de la fisonomía de Golinitchef desapareció, sustituyéndola otra de satisfacción.

—¡Celebro encontrarte!—exclamó Wronsky, con amistosa sonrisa.

—Me han dicho tu nombre, pero no sabía si eras tú; me alegro mucho de verte...

—Pero, entra. ¿Qué esperas aquí?

—Hace un año que vine. Ahora trabajo.

—¿De veras?—repuso Wronsky con interés.—Vamos, entra.

Y según la costumbre propia de los rusos de hablar en francés cuando no quieren que sus criados les comprendan, replicó en dicho idioma:

—¿No conoces á la señora Karenine? Ahora viajamos juntos y voy á visitarla.

Así diciendo, Wronsky miraba atentamente á Golinitchef.

—¡Ah! lo ignoraba—contestó éste con indiferencia, aunque lo sabía muy bien.—¿Hace mucho tiempo que estás aquí?

—Hace tres días—replicó Wronsky, observando siempre á su compañero.

«Es un hombre bien educado, que ve las cosas bajo su verdadero punto de vista»—pensó Wronsky, interpretando favorablemente la delicadeza con que Golinitchef había eludido las explicaciones.

Desde que viajaba con Ana, Wronsky había experimentado la misma vacilación cuando tenía algún encuentro, aunque generalmente los hombres habían comprendido su situación «como debían comprenderla.» Con dificultad hubiera dicho Wronsky lo que entendía por esto. En el fondo, estas personas no trataban de comprender, y mostrábanse discretas, absteniéndose de alusiones y preguntas, como lo hacen los que están bien educados ante una situación delicada y espinosa.

Golinitchef era uno de esos hombres, y cuando Wronsky le hubo presentado á Ana, éste quedó doblemente satisfecho del encuentro, pues el proceder de su amigo era tan caballeroso como se podía desear.

Golinitchef no conocía á Ana, cuya belleza y sencillez le llamaron la atención, agradándole sobre todo el rubor que coloreó sus mejillas al ver entrar á los dos hombres, no menos que la naturalidad con que abordó la situación, llamando á Wronsky por su nombre familiar, y diciendo que iban á instalarse en una casa á la cual se daba el nombre de palacio; todo esto con el aire de una persona que quiere evitar una mala inteligencia ante un extranjero.

Golinitchef, que conocía á Alexandrovitch, no pudo menos de dar la razón á aquella mujer joven, vivaz y llena de energía; admitió, cosa que Ana no comprendía muy bien, que pudiera ser feliz y estar alegre después de abandonar á su esposo y á su hijo, perdiendo su buena reputación.

—Ese palacio está indicado en la guía—dijo Golinitchef—y allí verán ustedes un magnífico Tintoretto.

—Hagamos una cosa—repuso Wronsky dirigiéndose á Ana—volvamos á verle.

—Con mucho gusto; voy á ponerme el sombrero. Hace calor?—preguntó á Wronsky desde la puerta, ruborizándose de nuevo.

Wronsky comprendió que Ana, no sabiendo quién era Golinitchef, se preguntaba si había procedido como debía.

—No hace mucho calor—contestó Wronsky, fijando en su amada una mirada profunda.

Ana adivinó que Wronsky estaba satisfecho, y contestándole con una sonrisa, salió con su gracioso paso.

Los dos amigos se miraban con cierta cortedad, Golinitchef como hombre que quisiera expresar su admiración sin atreverse á ello; y Wronsky como aquel que desea un cumplido y le teme.

—¿Con que te has fijado aquí?—preguntó Wronsky para dar principio á la conversación. ¿Te ocupas siempre de los mismos estudios?

—Sí, ahora escribo la segunda parte de los *Dos orígenes*—contestó Golinitchef, muy halagado por aquella pregunta—ó mejor dicho, preparo y reuno mis materiales. Esta parte será mucho más extensa que la primera, pues en Rusia no se quiere comprender que somos los sucesores de Bizancio...

Y comenzó una larga disertación.

Wronsky se mostró confuso por no saber nada de aquella obra, de la cual hablaba su autor como de un libro conocido, y á medida que Golinitchef desarrollaba sus ideas, interesóse en el asunto, aunque observaba con sentimiento la agitación nerviosa que se apoderaba de su amigo; sus ojos se animaban al refutar los argumentos de sus adversarios, y su semblante tomaba una expresión irritada.

Wronsky recordó las cualidades de su amigo cuando estaba en el cuerpo de pajes: era entonces un joven de escasa talla, delgado, vivaz, de sentimientos elevados, y siempre el más distinguido en su clase. ¿Por qué había llegado á ser tan irritable, y sobre todo, por qué siendo un hombre de la mejor sociedad, se ponía al nivel de los escritorzuelos de profesión, que le apuraban la paciencia? Wronsky compadecía casi á su amigo.

Golinitchef, poseído de su asunto, no observó siquiera la entrada de Ana, que con traje de paseo y la sombrilla en la mano, detúvose junto á los dos amigos. Wronsky se alegró de poder separar la vista de la mirada fija y febril de su interlocutor, para contemplar con cariño el gracioso talle de Ana.

No sin alguna dificultad consiguió Golinitchef recobrarse de su excitación; pero Ana consiguió distraerle muy pronto, conduciéndole poco á poco á discutir sobre la pintura, de la cual habló como inteligente. Así llegaron hasta el palacio, y visitáronle.

—Una cosa me seduce sobre todo en nuestra nueva instalación—dijo Ana al entrar en su domicilio—y es que tendrás un buen taller (tuteaba á Wronsky en ruso delante de Golinitchef, á quien consideraba ya como un futuro amigo íntimo en la soledad en que vivían).

—¿Te ocupas de pintura?—preguntó Golinitchef con viveza á Wronsky.

—He trabajado mucho en ella en otro tiempo, y ahora he vuelto á familiarizarme con ella—contestó Wronsky sonrojándose.

—Es un verdadero talento para ese arte—exclamó Ana con entusiasmo;—y yo no soy buen juez, pero lo sé por inteligentes de mérito.

VIII

Aquel primer período de libertad moral, después de recobrar la salud, fué para Ana una época de exuberante alegría; y la idea del mal de que había sido causa, no bastó para emponzoñar su embriaguez. ¿No debía á tal desgracia una felicidad bastante grande para borrar todo remordimiento? Por eso no pensaba en nada. Los sucesos que habían seguido á su enfermedad, desde su reconciliación con Alexandrovitch hasta su salida de la casa conyugal, parecíanle una pesadilla de enfermo, de la que sólo se había libertado por su viaje sola con Wronsky. ¿Para qué volver á ese terrible recuérdo? «Después de todo—se decía, y este razonamiento bastaba para calmarla un poco—el mal que he hecho á ese hombre

era inevitable, pero cuando menos, no me aprovecharé de su desgracia. Puesto que le hago sufrir, yo sufriré también, pues renuncio á todo cuanto amo y aprecio más en el mundo, mi hijo y mi reputación. Si he pecado, no merezco la felicidad ni el divorcio, y acepto la vergüenza, así como el dolor de la separación.»

Al razonar así, Ana era sincera; pero en el fondo no había conocido hasta entonces ni el sufrimiento ni la vergüenza que se creía dispuesta á soportar como una expiación. Wronsky y ella evitaban, desde que estaban en el extranjero, encuentros que hubieran podido colocarles en una falsa situación; las pocas personas con quienes habían trabado relaciones habían fingido comprender su posición mejor que ellos mismos; y en cuanto á la separación de su hijo, Ana no la sentía mucho, pues encariñada con su niña, preciosa criatura, no pensaba mucho en Sergio.

Cuánto más vivía con Wronsky, más le amaba; su continua presencia era un encanto siempre nuevo, y todos los rasgos de su carácter le parecían seductores; hasta su cambio de traje desde que abandonara el uniforme, érale agradable, como á una niña perdidamente enamorada; sus menores palabras y pensamientos tenían cierto sello de grandiosidad y de nobleza. Ana se asustaba casi de aquella admiración excesiva, y no osaba confesársela á Wronsky, por temor de que éste, haciéndole reconocer su propia inferioridad, se cansara al fin de ella, pues nada le parecía tan terrible como la idea de perder su amor. Sin embargo, la conducta de Wronsky no justificaba semejante recelo, porque no había manifestado nunca sentimiento alguno por haber sacrificado á su pasión una carrera en la que seguramente habría obtenido mucha importancia. Aquel hombre tan absoluto no tenía voluntad ante Ana, á quien profesaba el mayor respeto, y hacía lo posible por adivinar sus menores deseos. ¿Cómo había de estar ella agradecida, reconociendo el valor de tan continuas atenciones? Sin embargo, á veces experimentaba involuntariamente cierta fatiga al verse objeto de una preocupación incesante.

En cuanto á Wronsky, á pesar de haberse cumplido sus más caros deseos, no era feliz del todo. ¡Eterno error de los que creen hallar la dicha en la realización de todos sus votos! Sólo le quedaban algunas partículas de la inmensa fe-

licidad soñada por él: durante un momento, cuando se vió libre de sus actos y de su amor, su felicidad fué completa; pero muy pronto apoderóse de él cierta melancolía; buscó, casi sin notarlo, un nuevo objeto de sus deseos, y tomó los caprichos pasajeros por aspiraciones formales.

Emplear diez y seis horas del día en el extranjero, fuera del círculo de los deberes que ocupaban su vida en San Petersburgo, no era cosa fácil; y no debía pensar en las distracciones á que se había entregado en sus viajes anteriores, pues un proyecto de cenar con varios amigos había producido en Ana un verdadero acceso de desesperación. No podía tampoco buscar las relaciones rusas ó indígenas; y en cuanto á las curiosidades del país, sin contar que ya las conocía, no les daba, en su calidad de ruso y hombre de talento, la extensiva importancia que tienen para un inglés.

Así como el animal hambriento se precipita sobre la presa que ve á su alcance, del mismo modo Wronsky se lanzaba sin vacilar sobre todo aquello que podía servirle de pasto, política, libros nuevos y pintura.

Cuando joven, había mostrado disposiciones para esta última, y no sabiendo qué hacer con su dinero, formó una colección de grabados. Se fijó en la idea de pintar, para dar un alimento á su actividad; no le faltaba gusto, y tenía cierta facilidad para la imitación, la cual confundía con las facultades artísticas. Todos los géneros le eran buenos, pintura artística ó religiosa ó bien paisaje; no buscaba la inspiración directamente en la vida, en la naturaleza, porque no comprendía ni una ni otra sino á través de las encarnaciones del arte, pero ejecutaba trabajos muy regulares. Como la escuela francesa le seducía en sus graciosas obras decorativas, comenzó un retrato de Ana por este estilo. La representó con traje italiano, y todos cuantos vieron el lienzo, parecieron tan satisfechos como el mismo autor.

IX

El antiguo palacio, algo deteriorado, donde fueron á establecerse los dos amantes, hizo concebir á Wronsky una agradable ilusión; figurósele haber sufrido una metamórfosis, por

la cual el propietario ruso, coronel retirado, se convertía en inteligente aficionado á las artes, dedicándose modestamente á la pintura, y sacrificando el mundo y sus ambiciones al amor de una mujer. El antiguo palacio era muy propio para alimentar estas quimeras, con sus altos techos pintados, sus paredes cubiertas de frescos y de mosaicos, sus grandes vasos en las chimeneas y las cónsolas, sus espesas cortinas amarillas en las ventanas, sus puertas esculpidas y sus vastas salas melancólicas, adornadas con cuadros.

Su nueva ocupación satisfizo á Wronsky durante algún tiempo; trabó conocimiento con un profesor de pintura italiano, dedicándose con él á los estudios al natural; y quiso conocer al mismo tiempo á fondo las obras de la Edad-media, lo cual le interesó tanto, que acabó por llevar sombreros al estilo de aquella época y embozarse en su abrigo á la antigua, lo cual le sentaba muy bien.

—¿Conoces tú el cuadro de Mikhaïlof?—preguntó un día Wronsky á Golinitchef al entrar éste en su casa.

Y le entregó un diario ruso con un artículo sobre dicho artista, que acababa de pintar un lienzo, ya célebre, vendido antes de estar terminado. Residía en la localidad donde ellos se haliaban, falto de recursos; y el artículo censuraba severamente al gobierno y á la Academia por abandonar así á un artista de talento.

—Le conozco—contestó Golinitchef;—no carece de mérito, pero sus tendencias son de todo punto falsas. Sólo trata las concepciones sobre la imagen de Cristo y los asuntos de la vida religiosa, á la manera de Ivanof, Straus y Renán.

—¿Cuál es el asunto del cuadro?—preguntó Ana.

—Cristo ante Pilatos; la figura del primero es la de un hebreo de la nueva escuela realista más pura.

Y como la cuestión se relacionaba con uno de sus asuntos favoritos, Golinitchef siguió desarrollando sus ideas.

—No comprendo—dijo—que puedan incurrir en un error tan craso. El tipo de Cristo se ha determinado bien en el arte por los maestros antiguos. Los que quieran representar un sabio ó un revolucionario que elijan á Sócrates, Franklin, Carlota Corday ó quien quieran; pero no á Cristo, único á quien el arte no debe atreverse á tocar, y que...

—¿Es verdad que Mikhaïlof está en la miseria?—preguntó

Wronsky, pensando que en calidad de Mecenas debería ayudar al artista, sin cuidarse del valor de su cuadro.—¿No podríamos encargarle que hiciera el retrato de Ana?

—¿Por qué el mío?—preguntó ésta;—después del tuyo no quiero otro. Encarguemos más bien el de Anita (así llamaba á su niña), ó aquel...—añadió, señalando á la hermosa nodriza italiana, que acababa de bajar al jardín con la criatura, y les dirigía una furtiva mirada.

Aquella mujer, cuya belleza admiraba Wronsky porque era un «tipo de la Edad-media», y de la cual había retratado la cabeza, era el único punto negro en la vida de Ana, que temía estar celosa.

Wronsky miró también por la ventana, y al notar que su amante le observaba, volvióse hacia Golinitchef.

—¿Conoces á Mikhaïlof?—le preguntó.

—Le he visto algunas veces. Es un hombre original, sin la menor educación, uno de esos salvajes como los que se ven ahora á menudo, es decir, uno de esos libre-pensadores que se lanzan en el ateísmo, el materialismo y la negación de todo. En otro tiempo—continuó Golinitchef, sin dejar tiempo á Wronsky y á Ana para interrumpirle—el libre-pensador era un hombre educado en las ideas religiosas y morales, que no ignoraba las leyes que rigen la sociedad, y llegaba á la libertad del pensamiento después de muchas luchas; pero ahora tenemos un nuevo tipo, el de los libre-pensadores que crecen sin haber oído hablar nunca de las leyes de la moral y de la religión, ignorando que puedan existir ciertas autoridades y que no poseen el sentimiento de la religión: en una palabra, salvajes. Mikhaïlof es uno de ellos. Hijo de un fondista de Moscou, no recibió educación; pero al entrar en la academia, con cierta nombradía, quiso instruirse, pues no es tonto, y con este objeto buscó en la fuente de toda ciencia, los diarios y las revistas. En los buenos tiempos, si un hombre deseaba aprender, estudiaba los clásicos, la poesía trágica, la historia y la filosofía; pero entre nosotros se busca en la literatura negativa, de la cual se toma fácilmente un extracto. Apenas hace veinte años, esa misma literatura conservaba vestigios de la lucha contra las autoridades y tradiciones seculares del pasado, vestigios que ensangrientan aún la existencia de esas cosas. Ahora no se piensa siquiera en combatir el pasado; se

contentan con las palabras selección, evolución, lucha por la existencia y vacío; esto lo llena todo. En mi artículo...

—Hagamos una cosa—dijo Ana, cortando resueltamente el interminable discurso de Golinitchef, después de cambiar una mirada con Wronsky;—vamos á ver á ese pintor...

Golinitchef consintió con la mejor voluntad, y como el taller del artista estaba en un barrio lejano, enviaron á buscar un coche.

Una hora después, Ana, Golinitchef y Wronsky llegaban á una casa nueva, muy fea, é hicieron pasar su tarjeta á Mikhaïlof, rogándole se les permitiera ver el cuadro.

X

Mikhaïlof estaba trabajando, como siempre, cuando le entregaron las tarjetas del conde Wronsky y de Golinitchef; había pasado toda la mañana pintando en su taller, pero al volver á su casa se encolerizó contra su mujer porque no había sabido arreglarse con una propietaria exigente.

—Te he dicho veinte veces—gritó—que no discutas con ella, porque eres una tonta rematada, y mucho más cuando entras en explicaciones con los italianos.

—¿Por qué no piensas en los atrasos? No es culpa mía; si yo tuviese dinero...

—¡Déjame en paz!—gritó Mikhaïlof, retirándose á su cuarto y cerrándose con llave.—«Esa mujer no tiene sentido común»—se dijo sentándose á su mesa, y comenzando á trabajar con afán.

El artista no estaba nunca tan inspirado como cuando le hacía falta el dinero ó reñía con su mujer. Había comenzado el bosquejo de un hombre poseído de un acceso de cólera, y como no le encontrase, dirigióse al cuarto de su mujer, con el ceño fruncido y sin mirar á ésta, y pidió al mayor de los hijos el dibujo que les había dado. Después de buscar por todas partes, encontróse por fin, aunque sucio y lleno de gotas de esperma. Tal como estaba se lo llevó á su cuarto, colocóle sobre la mesa, le examinó á cierta distancia, guiñando los ojos, y después sonrió con expresión satisfecha.

«¡ Eso es, eso es !»—murmuró, tomando un lápiz y dibujando rápidamente: una de las manchas de esperma comunicaba al bosquejo nueva expresión. Cuando terminaba cuidadosamente su dibujo, recibió las dos tarjetas.

—Voy al momento—contestó.

Y volvió á la habitación de su esposa.

—Vamos á ver, Sacha, no te incomodes—le dijo con una dulce sonrisa;—tú has hecho mal, y yo también; pero ya se arreglarán las cosas.

Y reconciliado con su esposa, se puso el paletó de color de aceituna, calóse el sombrero y se dirigió al taller, muy preocupado por la visita de aquellos personajes rusos que iban á visitarle en carruaje.

Su opinión respecto al cuadro se podía resumir así: nadie era capaz de producir otro semejante, no porque él se creyese superior á un Rafael, sino porque estaba seguro de haber representado todo cuanto él quería, y no pensaba que los otros pudieran hacer otro tanto. No obstante, á pesar de esta convicción, daba mucha importancia al juicio del público, y la ansiedad sobre su fallo inquietábale profundamente. Atribuía á sus críticos una penetración de que él mismo carecía, y recelaba que descubriesen en su obra defectos que no había observado aún. Avanzando rápidamente hacia el taller, muy pronto divisó á Ana, que, manteniéndose en la sombra del portal, hablaba con Golinitchef y dirigía sus miradas al artista como para examinarle desde lejos.

Los visitantes, que habían perdido ya sus ilusiones respecto á Mikhaïlof al oir lo que de él decía Golinitchef, formaron una opinión menos favorable aún por el exterior del artista. De estatura regular y fornido, con su sombrero de color de café, su paletó verde aceituna y su pantalón estrecho, Mikhaïlof producía una impresión poco favorable, que no contribuía á mejorar su rostro, de facciones vulgares, y una mezcla de timidez y pretendida dignidad.

—Tengan ustedes la bondad de pasar—dijo, tratando de afectar indiferencia, mientras introducía sus visitantes abriendo la puerta del taller.

XI

Apenas entrados, Mikhaïlof fijó otra mirada en los desconocidos: la cabeza de Wronsky y su rostro de pómulos algo salientes se grabó al punto en su mente, pues el sentido artístico de aquel hombre trabajaba á pesar de su turbación, reuniendo sin cesar nuevos materiales. Sus observaciones, hechas por imperceptibles indicios, no carecían de exactitud: Golinitchef debía ser un ruso establecido en Italia; no sabía su nombre, ni le había hablado nunca; pero recordaba sus facciones, como todas aquellas que veía, por haberla clasificado ya en el inmenso grupo de fisonomías pobres de expresión, á pesar de su falso aire de originalidad. Wronsky y Ana, según el artista, debían ser rusos distinguidos é ignorantes de las cosas del arte, como todos los rusos ricos, que la echan de aficionados é inteligentes.

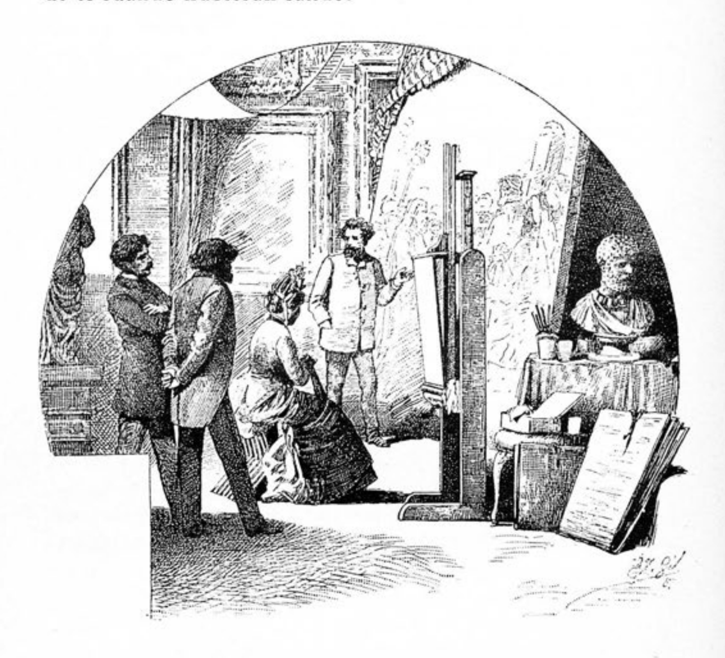
«Seguramente han visitado las galerías antiguas—pensó— y después de recorrer los talleres de los charlatanes alemanes y de los imbéciles prerafaelistas ingleses, me honran con una visita para completar su excursión.»—Sabía muy bien cómo examinan los *dilettanti* los talleres de pinturas, y no ignoraba que su único objeto es poder decir que el arte moderno prueba la incontestable superioridad del arte antiguo. Esperábase esto, y adivinábalo en la indiferencia con que sus visitantes hablaban entre sí y se paseaban por el taller, mirando los bustos y maniquíes, mientras que el artista descubría su cuadro.

Á pesar de su íntima convicción de que los rusos ricos y de elevado nacimiento no podían ser más que imbéciles y estúpidos, temía sus estudios, y descubría su cuadro con mano temblorosa.

—Helo aquí—dijo, alejándose del lienzo y señalándole á sus espectadores.—Es Cristo ante Pilatos; Mateo, capítulo XXVII.

Durante los pocos segundos de silencio que siguieron, Mikhaïlof miró su cuadro con indiferencia, aunque, á pesar suyo, esperaba un juicio superior, una sentencia infalible de

aquellas tres personas, que despreciaba un momento antes; y olvidando su propia opinión, así como el mérito incontestable que reconocía en su obra hacía tres años, mirábala con frialdad, sin encontrar ya en ella nada bueno. ¡Qué merecidas serían las frases corteses é hipócritas que esperaba oir, y qué razón tendrían sus visitantes para compadecerle y burlarse de él cuando hubieran salido!



Aquel silencio, aunque sólo duró un minuto, parecióle intolerable, y para disimular su turbación, hizo un esfuerzo y dirigió la palabra á Golinitchef.

—Creo haber tenido el honor de verle á usted antes—dijo, dirigiendo inquietas miradas á Wronsky y Ana, para observar sus fisonomías.

—Ciertamente que nos hemos encontrado; fué en casa de Rossi, la noche en que debutó la joven italiana llamada nueva Raquel. ¿Se acuerda usted?—preguntó Golinitchef, apartan-

do sus miradas del lienzo, sin el menor sentimiento aparente.

Observando, no obstante, que el artista esperaba una apreciación, añadió:

—La obra de usted ha progresado mucho desde la última vez que la ví, y ahora, como entonces, me llama mucho la atención su Pilatos; se ve que es un hombre bueno y débil, que ignora completamente el alcance de su acto; pero me parece....

El semblante del artista se serenó; Mikhaïlof quiso contestar, pero como la emoción se lo impidiera, fingió un acceso de tos. Aquella observación sobre el detalle, exacta, pero de ningún valor para él, puesto que apreciaba en muy poco el instinto artístico de Golinitchef, le llenó de alegría.

Por eso se sintió poseído repentinamente de afecto á su visitante, y su abatimiento se convirtió en entusiasmo.

Wronsky y Ana hablaban en voz baja, como se hace en las exposiciones de pinturas, para no resentir el amor propio del pintor y no dejarle oir ninguna de sus observaciones, tan fácilmente absurdas cuando se habla del arte. Mikhaïlof creyó que su impresión era favorable, y acercóse á ellos.

—¡Qué admirable expresión la de ese Cristo!—exclamó Ana, pensando que este elogio no podía menos de ser agradable al artista, puesto que aquella figura representaba el personaje principal del cuadro; se adivina que compadece á Pilatos.

Esta era una de aquellas mil observaciones exactas y frívolas que se podían hacer. La cabeza de Cristo debía expresar la resignación á la muerte, el sentimiento de una tranquilidad sobrenatural, de un sublime amor, y por lo tanto la compasión á sus enemigos; Pilatos debía representar forzosamente la vida carnal, por oposición á Cristo, tipo de la vida espiritual, y era forzoso que tuviese el aspecto de un funcionario común; pero el rostro de Mikhaïlof rebosaba satisfacción.

—¡Y qué bien pintado está el conjunto que rodea esa figura!—dijo Golinitchef, queriendo demostrar con esta observación que no aprobaba la parte realista del Cristo.

—Sí, es una obra magistral—repuso Wronsky.—¡Qué relieve tienen las figuras del segundo término! La ejecución es hábil—añadió, volviéndose hacia Golinitchef, y recordando una discusión en la que se mostró desanimado por las dificultades prácticas del arte.

—Sí, es notable—dijeron Golinitchef y Ana.

Pero la última observación de Wronsky picó al artista, que frunciendo el entrecejo miró á su visitante con expresión de enojo. No comprendía bien la palabra «hábil,» y varias veces había observado, hasta en los elogios que se le tributaban, que se anteponía la habilidad técnica al mérito intrínseco de la obra, como si hubiera sido posible pintar una mala composición con talento.

—La única observación que osaría hacer, si usted me lo permite...—dijo Golitnichef.

—Hágala usted cuanto antes—replicó el artista, sonriendo sin alegría.

—Es que ha pintado usted un hombre Dios, y no el Dios hecho hombre. Por lo demás, ya sé que esta era su intención.

—No puedo pintar el Cristo sino como le comprendo—contestó el artista con aire sombrío.

—En ese caso, dispénseme usted una apreciación que me es propia; su lienzo es tan hermoso, que nada puede perjudicarle lo que acabo de exponer... Tomemos por ejemplo á Ivanof. ¿Por qué representa el Cristo con las condiciones de una figura histórica? Podía elegir un nuevo tema menos gastado.

—Pero advierta usted que este tema es el más grande de todos para el arte.

—Buscando bien se encontraría otra cosa. El arte, en mi concepto, no admite discusión; y el cuadro de Ivanof se presta á ella, pues cualquiera se preguntará si lo que representa es un Dios, destruyéndose así la unidad de la impresión.

—¿Por qué? Yo creo que esta pregunta no se haría por hombres ilustrados—repuso Mikhaïlof.

Golinichef no opinaba lo mismo, y fuerte con su idea, batió al pintor en un debate en que éste no supo defenderse.

XII

Ana y Wronsky, cansados de la discusión sabia de su amigo, resolvieron al fin continuar solos la visita del taller, y detuviéronse ante un pequeño cuadro.

—¡Qué alhaja! es encantadora!—exclamaron los dos á un tiempo.

«¿Qué será lo que les agrada tanto?»—pensó el artista.

Habia olvidado completamente aquel cuadro, hecho tres años antes, porque una vez terminado un lienzo, no solía volver á mirarle, y sólo lo tenía allí porque un inglés deseaba comprárselo.

—No vale nada—dijo;—es un antiguo estudio.

—Pues yo le creo excelente—repuso Golinitchef, admirando sinceramente la obra.

Dos niños pescaban con caña á la sombra de un árbol; el mayor, muy absorto, retiraba prudentemente su sedal de las ondas, mientras que el más joven, echado en la yerba, apoyaba en un brazo su cabeza rubia, mirando el agua con expresión pensativa: tal era el asunto del lienzo.

El entusiasmo producido por aquel estudio hizo experimentar al artista su primera emoción; pero temía las vanas reminiscencias del pasado, y quiso enseñar á sus visitantes otro lienzo. Wronsky le desagradó al preguntarle si aquel cuadrito era para vender; esta alusión al dinero le pareció importuna, y contestó frunciendo las cejas:

—Está expuesto para la venta.

Cuando se hubieron retirado los visitantes, el artista fué á sentarse frente al cuadro que representaba á Cristo delante de Pilatos, y repasó mentalmente todo cuanto se había dicho sobre la obra; pero ¡cosa extraña! las observaciones que parecían tener antes tanto peso, perdían ahora toda su significación. Al examinar el trabajo con su mirada de artista, convencióse de que era perfecto, y recobró, por lo tanto, la disposición de espíritu necesaria para continuar su obra.

Sin embargo, creyendo reconocer un defecto en la pierna de Cristo, cogió su paleta, y al corregirle examinó en el segundo término la cabeza de Juan, que consideraba como el cúmulo de la perfección, y en la cual no habían reparado los visitantes. Quiso retocarla también, mas para trabajar no debía estar tan conmovido; en su consecuencia resolvió cubrir su cuadro, y al hacerlo miró otra vez con éxtasis su San Juan, hasta que, arrancándose á su contemplación, dejó caer la cortina y marchóse á su casa cansado, pero satisfecho.

Wronsky, Ana y Golinitchef volvieron alegremente al pala-

cio, hablando del artista y de sus obras; con frecuencia pronunciaban la palabra *talento;* pero no entendían sólo por esto un dón innato, casi físico, independiente del espíritu y del corazón, sino algo más extenso, cuyo verdadero sentido no alcanzaban á penetrar. «Seguramente tiene talento—decían; —pero no está bastante desarrollado, por falta de cultura intelectual, defecto propio de todos los artistas rusos.»

XIII

Wronsky compró el cuadrito, y hasta consiguió que Mikhaïlof se aviniese á retratar á Ana. En el día prefijado el artista se presentó para comenzar el bosquejo, que ya en la quinta sesión admiró á Wronsky por la semejanza y la delicada interpretación de la belleza del modelo.

—Trabajo hace mucho tiempo—decía Wronsky al hablar del retrato de Ana—para obtener un parecido exacto, y no he logrado hacer nada bueno; mientras que á nuestro artista le ha bastado mirar para expresarlo bien: á esto llamo yo saber su oficio.

—Todo vendrá con la práctica—decía Golinitchef para consolarle, pues á sus ojos Wronsky tenía talento, y además una instrucción que debía elevar en él al fin el sentimiento del arte. Las convicciones de Golinitchef se explicaban por la necesidad que tenía de los elogios de Wronsky para sus trabajos: era un cambio de atenciones.

Fuera de su taller, Mikhaïlof parecía otro hombre; en el palacio, sobre todo, mostróse respetuoso, evitando toda intimidad con personas que en el fondo no apreciaba. Daba siempre á Wronsky el tratamiento de usía; y á pesar de las reiteradas instancias de Ana, no consintió nunca en quedarse á comer, ni se presentó más que á las horas de las sesiones. Ana fué más amable para él que para otros; Wronsky le trató con exquisita cortesía, pidiéndole parecer sobre sus cuadros; y Golinitchef no perdió ocasión de inculcarle sanas ideas sobre el arte; pero Mikhaïlof se mostraba siempre frío. Ana observó, sin embargo, que el artista la miraba con frecuencia, aunque evitando toda conversación. En cuanto á los conse-

jos pedidos por Wronsky, encerróse en un silencio obstinado, miró los cuadros sin decir palabra; y no ocultó el enojo que le causaban los discursos de Golinitchef.

Esta sorda hostilidad producía una penosa impresión, y así es que todos se sintieron aliviados cuando las sesiones terminaron; Mikhaïlof dejó de ir al palacio, dejando como recuerdo su admirable retrato; y Golinitchef fué el primero en expresar la idea de que el pintor envidiaba á Wronsky.

—Lo que le enoja—decía—es ver que un hombre rico, de la alta sociedad, y además conde, ha llegado sin grande esfuerzo á pintar tan bien como él, sino mejor, aunque ha consagrado toda su vida á la pintura. Usted tiene además un talento bien cultivado, que no adquieren nunca los hombres como Mikhaïlof.

Aunque Wronsky abogaba en favor del artista, en el fondo parecía participar de la opinión de su amigo, pues juzgaba muy natural que un hombre de posición inferior envidiase la suya.

Los dos retratos de Ana hubieran debido bastar para hacerle comprender la diferencia que existía entre Mikhaïlof y él, y sin duda la reconoció lo suficiente para declarar superfluo el suyo, contentándose con su cuadro de la Edad-media, del cual estaba tan satisfecho como Golinitchef y Ana, porque se asemejaba á una pintura antigua mucho más que todo lo que hacía Mikhaïlof.

El artista, por su parte, á pesar del atractivo que el retrato de Ana había tenido para él, dióse por muy contento al verse libre de los discursos de Golinitchef y de las obras de Wronsky. Seguramente no se podía impedir á éste que se entretuviera, pues los aficionados tienen por desgracia el derecho de pintar lo que mejor les parece; pero enojábale aquel pasatiempo de *dilettante*. Nadie puede impedir á un hombre que modele una muñeca de cera y la bese; pero no debe acariciarla delante de dos enamorados. La pintura de Wronsky le producía un efecto de insuficiencia análogo; resentíale y le ofendía, pareciéndole ridícula y lastimosa.

La afición de Wronsky á la pintura y á la Edad-media fué, sin embargo, de corta duración; tuvo bastante instinto artístico para no terminar su cuadro, y reconocer tristemente que los principios, dudosos en sus primeros trabajos, acusaban

cada vez más su insuficiencia. Hallábase en el mismo caso de Golinitchef, que á pesar de sentir el vacío en su espíritu, alimentábase de ilusiones, imaginándose que maduraba sus ideas y hacía acopio de materiales. Pero mientras Golinitchef se irritaba por esto, Wronsky permanecía tranquilo, é incapaz de engañarse, abandonó simplemente la pintura con la resolución propia de su carácter, sin tratar de justificarse.

Sin embargo, la vida sin ocupación llegó á ser muy pronto intolerable en aquella pequeña ciudad; el palacio le pareció de repente viejo y sucio; las manchas de las cortinas tomaron un aspecto sórdido; los mosaicos agrietados, el eterno Golinitchef, el profesor italiano y el viajero alemán fueron al fin por demás enojosos; y Wronsky experimentó la imperiosa necesidad de cambiar de existencia.

Ana extrañó este repentino cambio, pero consintió de la mejor gana en volver á Rusia y vivir en el campo.

Wronsky quiso pasar por San Petersburgo para evacuar unas diligencias sobre repartición con su hermano, y Ana para ver á su hijo. Proponíanse pasar el verano en la extensa propiedad patrimonial de Wronsky.

XIV

Levine, casado hacía tres meses, era feliz; pero contrariamente á lo que había pensado, y á pesar de ciertos encantos imprevistos, experimentaba cada día algún desengaño. La vida conyugal era muy diferente de lo que él había soñado: semejante al hombre que después de admirar la marcha tranquila y regular de un barco en un lago quisiera dirigirle él mismo, comprendía la diferencia que existe entre la simple contemplación y la acción; no bastaba estar sentado sin hacer falsos movimientos; era preciso pensar en el agua, dirigir la embarcación y levantar con inexperta mano los pesados remos.

En otra época, cuando aún era soltero, se había reído á menudo interiormente de las ligeras contrariedades de la vida conyugal: disputas, celos y mezquinas preocupaciones, pensando que jamás se produciría nada de esto en la suya, y

que nunca su existencia íntima se asemejaría á la de los demás; pero ahora tocaba estas mismas pequeñeces, que, á pesar suyo, tomaban una importancia indiscutible.

Como todos los hombres, Levine había pensado encontrar las satisfacciones del amor en el matrimonio, sin admitir ningún detalle prosaico; el amor debía darle el reposo después del trabajo; su mujer se contentaría con ser adorada; y olvidaba del todo que ella también tenía derecho á cierta actividad personal. No fué poca su sorpresa al ver que aquella poética y encantadora Kitty se ocupaba, desde los primeros días de su casamiento, del mobiliario, de la ropa blanca, del servicio de la mesa y de la cocina. Ya antes de casarse había extrañado que su prometida rehusase viajar, prefiriendo ir á establecerse en el campo; y ahora resentíase al ver que al cabo de algunos meses el amor no le impedía ocuparse de la parte material de la vida, por lo cual le daba broma algunas veces.

Á pesar de todo, admiraba á Kitty y divertíale ver cómo presidía al arreglo de la casa con los nuevos muebles llegados de Moscou, dando sus órdenes para poner cortinas, preparar las habitaciones destinadas á recibir á los amigos, dirigir á su nueva doncella y al anciano cocinero, y trabar discusiones con Agata Mikhaïlowna, á la cual retiró el cargo de guardar las provisiones. El pobre cocinero sonreía dulcemente al recibir órdenes caprichosas, imposibles de ejecutar, y Agata movía la cabeza con aire pensativo ante las nuevas medidas decretadas por su joven señora. Levine miraba á todos, y cuando Kitty se dirigía á él entre risueña y llorosa para quejarse de que nadie la escuchaba con formalidad, parecíale encantadora, pero extraña, y no comprendía la metamórfosis experimentada por su mujer al verse dueña de comprar montañas de confites, gastar y mandar lo que se le antojaba, para desquitarse sin duda de su privación de satisfacer toda clase de caprichos mientras estuvo con sus padres.

Los detalles caseros atraían invenciblemente á la joven esposa, y su celo por las más insignificantes bagatelas, muy contrario al ideal de felicidad soñado por Levine, fué por varios estilos un desencanto; mientras que aquella misma actividad, cuyo objeto no penetraba, pero que no podía observar sin placer, parecíale por otros puntos un encanto imprevisto.

Las disputas fueron también sorpresas: jamás se hubiera imaginado Levine que entre su esposa y él podría haber más que dulzura, respeto y cariño; pero he aquí que ya en los primeros días se indispusieron: Kitty declaró que su marido no pensaba más que en sí, y comenzó á llorar, haciendo ademanes desesperados.

La primera de estas disputas sobrevino á consecuencia de una excursión que Levine debió hacer á una nueva granja; queriendo volver por el camino más corto, extravióse y tardó media hora más de lo que había dicho. Al acercarse á la casa sólo pensaba en Kitty, en su felicidad y en el cariño que la profesaba; de modo que al entrar, lo primero que hizo fué correr al salón, poseído de un sentimiento análogo al que experimentó el día en que pidió la mano de Kitty. Esta última le recibió con expresión sombría, y cuando la quiso abrazar, rechazóle con ademán airado.

—¿Qué tienes?—la preguntó.

—Bien te diviertes—comenzó á decir Kitty con afectada frialdad.

Y apenas hubo abierto la boca, los absurdos celos que experimentó mientras esperaba á Levine sentada en el reborde de la ventana, tradujéronse en amargas frases y reprensiones. Levine comprendió entonces claramente por primera vez, lo que hasta aquel día sólo entendió confusamente, es decir, que el límite que los separaba era indefinible, y que no podía determinar dónde comenzaba y acababa su propia personalidad. Este fué un doloroso sentimiento de excisión interior, y jamás le había impresionado nada tan vivamente: quiso disculparse, probar á Kitty su injusticia, y hasta habríale atribuído la culpa de todo, pero temía irritarla más, envenenando la cuestión, aunque era sensible sufrir una injusticia, y más aún resentir á Kitty bajo el pretexto de justificarse. Semejante al hombre que lucha medio dormido contra un mal doloroso que quisiera arrancarse, y reconoce al despertar que este mal está en su interior, Levine se persuadió que la paciencia era el único remedio.

La reconciliación se efectuó pronto: Kitty, sin confesarlo, reconoció su error, y mostróse tan cariñosa, que su amor no se resintió; mas, por desgracia, estas dificultades se renovaban á menudo por causas frívolas é imprevistas, y porque

ambos ignoraban aún lo que para uno y otro tenía importancia. Aquellos primeros meses fueron difíciles de pasar; ninguno estaba de buen humor, y la causa más pueril bastaba para promover una mala inteligencia. Cada cual tiraba por su lado de la cadena que los unía, y aquella luna de miel que tantas ilusiones infundiera á Levine, no les dejó en realidad más que penosos recuerdos. Ambos procuraron después borrar de su memoria los mil incidentes casi ridículos de aquel período, durante el cual se hallaron tan rara vez con el espíritu tranquilo.

Su vida no fué más regular hasta que regresaron de Moscou, donde fueron á pasar algunos días en el tercer mes de su casamiento.

XV

Los cónyuges habían vuelto á su casa y disfrutaban de su soledad. Levine, sentado á su mesa, escribía; Kitty, con un vestido morado, querido de su esposo porque le llevaba los primeros días de su casamiento, ocupábase en bordar, sentada en el enorme diván de cuero que comunicaba á la estancia el mismo carácter que tenía cuando la habitaron el abuelo y el padre de Levine. Este último estaba muy satisfecho de la presencia de su esposa, reflexionando y escribiendo á la vez. No había renunciado á sus trabajos sobre la transformación de las condiciones agronómicas de Rusia, pero si antes le parecieron pobres, comparadas con su tristeza, entonces, que era feliz, juzgábalas insignificantes. Al realizar su trabajo, Levine reconoció con gusto, no obstante, que tenía algún valor, á pesar de ciertas ideas exageradas, y consiguió llenar muchos blancos al examinar de nuevo el conjunto de la cuestión. En un capítulo que volvió á leer, trataba de las condiciones desfavorables para la agricultura en Rusia; la pobreza del país no dependía sólo, según él, de la repartición desigual de la propiedad y de las falsas tendencias económicas, sino de la introducción prematura de la civilización europea; los caminos de hierro, obra política y no económica, producían una centralización exagerada, el desarrollo del lujo; y de consiguiente la creación de nuevas industrias, en detrimento

de la agricultura, así como la extensión exagerada del crédito y la especulación. Parecíale que el aumento normal de la riqueza de un país no admitía estas señales de civilización exterior hasta que la agricultura alcanzaba un desarrollo proporcional.

Mientras que Levine escribía, Kitty pensaba en el proceder extraño de su esposo en la víspera de su salida de Moscou, respecto al joven príncipe Tcharsky, que con muy poco tacto quiso hacerla un poco la corte. «Está celoso—pensaba Kitty. —¡Dios mío, si supiera el efecto que todos me producen! Lo mismo que si me hablara Pedro el cocinero.» Y fijó una mirada dominante en el cuello vigoroso de su marido.

«Es lástima interrumpirle—añadió Kitty mentalmente;—pero ya tendrá tiempo de trabajar más tarde; quiero verle la cara, quiero que se vuelva hacia mí...» Y abrió los ojos cuanto le fué posible, para comunicar más fuerza á su mirada.

«Sí, atraen la mejor savia y comunican una falsa apariencia de riqueza»—murmuró Levine, dejando la pluma al comprender que su esposa le miraba fijamente.

—¿Qué tenemos?—preguntó, sonriendo y levantándose.

«Ya se ha levantado—pensó Kitty;—eso es lo que yo quería.» Y mirábale con el deseo de adivinar si le había molestado la interrupción.

—¡Qué bueno es estar nosotros dos solos, al menos para mí!—exclamó Levine, acercándose á su esposa con expresión de contento.

—Yo me hallo tan bien aquí, que no iré á ninguna parte y menos á Moscou.

—¿En qué pensabas?

—Pensaba... no, no, sigue escribiendo y no te distraigas—contestó Kitty, haciendo una mueca;—ahora voy á cortar esos ojales que ves.

Y cogió las tijeras.

—No, dime qué pensabas—repitió Levine, sentándose junto á Kitty y siguiendo el movimiento de las tijeras.

—¿En qué pensaba? Pues en Moscou y en ti.

—¿Cómo he merecido yo esa felicidad? No es natural—dijo Levine, besando la mano á Kitty.

—En cuanto á mí—repuso ésta—cuanto más feliz soy, más natural me parece.

—Mira que te sobresale un mechón de cabello—dijo Levine, volviendo la cabeza de su esposa con precaución.

—Pues déjalo estar, y ocupémonos de cosas formales.

Pero estas cosas se interrumpieron, y cuando Kousma se presentó para anunciar que el té estaba servido, separáronse ambos bruscamente como dos culpables.

Una vez solo, Levine guardó sus cuadernos en un nuevo pupitre, comprado por su esposa; lavóse las manos en una jofaina también nueva, y sonriendo al hacer sus reflexiones, encogióse de hombros con una expresión parecida á la del remordimiento. Su vida era demasiado regalada, y avergonzábase un poco de ella. «Esta existencia no conviene, pensó; y hace tres meses que me entrego al ocio; por primera vez me he puesto á trabajar hoy, y lo he dejado á poco de empezar; descuido hasta mis ocupaciones ordinarias, no vigilo nada, ni voy á ninguna parte. Unas veces temo dejarla, y otras que se aburra. ¡Y yo que creía que no se comenzaba á vivir hasta que se contraía matrimonio! Durante tres meses he sido un holgazán, y esto no puede continuar así. La culpa no es suya, y por lo tanto, no merece la menor reprensión. Yo hubiera debido mostrar firmeza, defender mi libertad de hombre, y si no lo hago, se adquirirán al fin malas costumbres...»

Difícil es que un hombre descontento se abstenga de atribuir á alguno la causa de aquel. Levine pensaba con tristeza que si la culpa no era de su esposa (no podía acusarla), sería por lo menos de su educación. «Ni aun supo imponer respeto, pensaba, á ese imbécil de Tcharsky.» Fuera de los ligeros quehaceres de la casa, de los cuales se ocupaba mucho, de su tocador y de su bordado, Kitty no se cuidaba de nada. «No manifiesta afición á mis trabajos agrícolas, ni á los campesinos, y ni siquiera le gusta la lectura ó la música, aunque es inteligente en esa última; no hace absolutamente nada, y sin embargo está muy satisfecha.»

Al juzgar así, Levine no comprendía que Kitty se preparaba para un período de actividad que la obligaría á ser, á la vez, esposa, madre, ama de casa, nodriza é institutriz; no comprendía que consagraba algunas horas al ocio y al amor, porque un secreto instinto la advertía que iba á serle preciso cumplir con una sagrada misión, por lo cual preparaba lentamente su nido para el porvenir.

XVI

Al entrar en el comedor, Levine encontró á su esposa sentada delante del nuevo servicio de te, leyendo una carta de Dolly, porque las dos hermanas sostenían una correspondencia seguida; Ágata, con su taza delante, hallábase junto á Kitty.

—La señora me ha ordenado que me siente aquí—dijo la anciana, mirando á Kitty con expresión de cariño.

Estas últimas palabras demostraron á Levine que había terminado el drama doméstico entre su esposa y Ágata, á pesar del disgusto que ésta sufrió al ver que la despojaban de las riendas del gobierno. Kitty, victoriosa, había conseguido que se la perdonase.

—Toma, aquí tienes una misiva para ti—dijo Kitty, entregando á su marido una carta llena de faltas de ortografía.—Creo que es de aquella mujer, ya sabes... de tu hermano; yo no la he leído. Esta otra es de Dolly, que llevó la otra noche á Gricha y Tania á un baile de niños celebrado en casa de los Sarmatzky: Tania vestía de marquesa.

Levine no escuchaba; tomó, sonrojándose, la carta de María Nicolaevna, la antigua querida de Nicolás, y leyóla rápidamente. Escribíale por segunda vez; en la primera carta le decía que Nicolás la echó de casa sin motivo alguno, añadiendo, con una ingenuidad conmovedora, que no pedía socorro alguno, aunque se hallaba en la miseria; pero que el recuerdo de Nicolás Dmitritch la mataba. ¿Qué sería de él, estando ya tan débil? María suplicaba á su hermano que no le perdiera de vista. En la segunda carta, cuyo tono era muy diferente, la firmante decía que había vuelto á encontrar á Nicolás en Moscou; que desde aquí marchó con él á una ciudad de provincia, donde iba á ocupar un destino; que al poco tiempo disputó con uno de sus jefes, lo cual le obligó á dirigirse á Moscou; pero que había caído enfermo en el camino, y probablemente no se restablecería ya. «Siempre pregunta por usted, decía la carta; pero no tenemos ya dinero.»

—Lee lo que Dolly escribe respecto á ti—comenzó á decir Kitty; mas al observar la expresión de trastorno de su esposo, preguntó con inquietud: —¿Qué ocurre?

—Me escribe que mi hermano Nicolás se muere, y debo marchar.

Kitty cambió de expresión, olvidando al punto á Dolly y á Tania con su traje de marquesa.

—¿Cuándo marcharás?

—Mañana.

—¿Podré acompañarte?

—¡Vaya una ocurrencia!—replicó Levine con tono de reprensión.

—¡Cómo ocurrencia!—exclamó Kitty, resentida de que se acogiera tan mal su proposición.—¿Por qué no he de ir yo contigo? No molestaré en nada; yo...

—Debo marchar porque mi hermano se muere—dijo Levine.—¿Qué has de hacer tú allá?

—Lo mismo que tú.

«En momento tan grave para mí—pensó Levine—sólo piensa en el enojo que le causará estar sola.» Y esta reflexión le afligió.

—Es imposible—contestó severamente.

Ágata, viendo que las cosas se maleaban, dejó su taza y salió sin que Kitty lo notase. El tono de su esposo había resentido á ésta tanto más cuanto que al parecer no daba ninguna importancia á sus palabras.

—Y yo te digo que si marchas, yo me iré también. Quiero acompañarte—añadió con acento de cólera;—y me agradaría saber por qué sería imposible.

—Porque sólo Dios sabe en qué punto ó en qué posada le encontraré, y qué caminos será preciso recorrer para llegar hasta él. Tú no puedes menos de ser un entorpecimiento para mí en el caso presente—añadió Levine, procurando conservar su sangre fría.

—De ningún modo; yo no necesito nada; donde tú vayas, yo puedo ir también, y...

—Aunque sólo fuera por esa mujer, con la cual no puedes ponerte en contacto...

—¿Por qué? Yo no tengo qué ver con esas historias, pues nada me importan. Sé que el hermano de mi esposo se mue-

re; que mi marido va á buscarle; y yo quiero ir con él para...

—Kitty, no te incomodes, y piensa que en un caso tan grave, me es doloroso que agregues á mi pesar una verdadera debilidad, el temor de quedarte sola. Si te aburres, véte á Moscou.

—¡Así eres tú! Siempre me supones sentimientos mezquinos—exclamó Kitty, sofocada por la cólera.—Yo no soy débil... conozco que es deber mío estar junto á mi esposo en semejante momento, y tú quieres resentirme, interpretando torcidamente mis intenciones.

—¡Vamos, es terrible verse esclavizado así!—exclamó Levine levantándose, sin poder disimular su descontento; pero en el mismo instante comprendió que se culpaba á sí propio.

—¿Pues por qué te casas?—exclamó Kitty;—siendo soltero, estarías libre. ¿Te arrepientes ya?

Y sin poder reprimir las lágrimas, salió de la habitación.

Cuando Levine fué á reunirse con su esposa, la encontró sollozando.

Al principio procuró, no persuadirla con palabras, sino calmarla, pero Kitty no quiso admitir ninguno de sus argumentos; Levine tomó una de sus manos, besóla y acarició su cabello, sin conseguir con esto que le contestara, hasta que al fin, cogiendo su cabeza entre las manos, pronunció con dulzura su nombre. Kitty se suavizó, lloró, y efectuóse la reconciliación al punto.

XVII

La casa-fonda donde Nicolás Levine se moría, era uno de esos establecimientos de construcción reciente, con pretensiones de ofrecer á un público poco acostumbrado á los refinamientos modernos, el aseo, la comodidad y la elegancia; pero que este mismo público había convertido muy pronto en una especie de figón. Todo produjo en Levine un efecto penoso: el soldado que hacía de portero, revestido de astroso uniforme, y fumando su cigarro en el vestíbulo; la escalera de palastro sombría y triste, el mozo con su traje negro

lleno de manchas, la mesa redonda, adornada con su espantoso ramo de flores de cera cubiertas de polvo, el desorden y el desaseo, y hasta una actividad con carácter de suficiencia; todo este conjunto era repulsivo; pero dentro, Levine debía ver algo peor aún.

Las mejores habitaciones resultaron estar ocupadas, y ofrecióse á los esposos un aposento sucio, prometiéndoles otro para pasar la noche; Levine hubo de conducir allí á Kitty, enojado al ver que sus previsiones se realizaban tan pronto, y que le era forzoso ocuparse de la instalación en vez de correr en busca de su hermano.

—Vé pronto—dijo Kitty con aire contristado.

Levine salió sin decir palabra, y cerca de la puerta encontróse con María Nicolaevna, que acababa de saber su llegada: no había cambiado desde la última vez que Levine la viera en Moscou; vestía la misma falda de lana, que dejaba en descubierto su cuello y sus brazos, y conservaba en su rostro demacrado la misma expresión de bondad.

—¿Cómo sigue?—preguntó Levine.

—Muy mal; ya no se levanta, y le espera á usted siempre. ¿Ha venido usted... con su esposa?

Levine no sospechó al principio por qué aquella mujer estaba confusa; pero María Nicolaevna se expresó al punto.

—Yo me iré á la cocina—dijo—y él estará así más contento, pues recuerda haberla visto en el extranjero.

Levine comprendió que se trataba de su esposa y no supo qué contestar.

—¡Vamos, vamos!—dijo.

Mas apenas hubo dado un paso, abrióse la puerta de su habitación y Kitty apareció en el umbral. Levine se sonrojó, muy contrariado al ver á su esposa en tan falsa posición; pero María Nicolaevna se ruborizó mucho más, y oprimióse contra la pared, dispuesta á llorar, tapando con el chal sus manos coloradas.

Levine notó desde luego la expresión de ávida curiosidad que se pintó en los ojos de su esposa al fijar sus miradas en aquella mujer incomprensible para ella y casi espantosa.

—¿Qué hay?—preguntó Kitty á su esposo.

—No podemos permanecer en el corredor—dijo Levine con acento irritado.

—Pues bien, entremos—replicó Kitty volviéndose hacia María Nicolaevna, que se retiraba ya; mas al ver la expresión de temor de su esposo, añadió: —Mejor es que vayas tú primero y me envíes á buscar luego á mi cuarto.

Levine se dirigió á la habitación de su hermano.

Pensaba encontrarle en ese estado de ilusión propio de los tísicos, que le había chocado en su última visita; creía hallarle más débil y más flaco, con síntomas de un próximo fin; y figuróse que iba á conmoverse mucho al verle poseído de la idea de la muerte, como algún tiempo antes; pero lo que vió fué muy distinto de lo que esperaba.

En una pequeña y sórdida habitación, en cuyas paredes habían escupido sin duda muchos viajeros, y separada sólo de otra estancia en la cual se oía hablar á varias personas, Levine vió en una mísera cama un cuerpo cubierto con una colcha, y sobre ésta una mano enorme que empuñaba de una manera singular una especie de huso largo y delgado; la cabeza, reposando en la almohada, sólo tenía algunos raros cabellos, que el sudor adhería á las sienes; mientras que la frente se transparentaba casi.

«¿Es posible que ese cadáver sea mi hermano Nicolás?»—pensó Levine; pero al acercarse cesaron sus dudas; bastóle fijar la vista en los ojos de su hermano para reconocer la espantosa verdad.

Nicolás miró á Constantino con expresión severa, y esto bastó para que se restablecieran las relaciones acostumbradas entre los dos hermanos: Levine creyó que se le dirigía una muda reprensión, y remordióle su felicidad.

Al coger la mano de Nicolás éste sonrió, pero sin que cambiase la dureza de su fisonomía.

—Sin duda no esperabas encontrarme así—dijo al fin Nicolás, haciendo un esfuerzo.

—Sí... no;—contestó Levine, confundiéndose.—¿Por qué no me has avisado antes, cuando aún era soltero? He practicado verdaderas pesquisas para encontrarte.

Levine hablaba á fin de evitar un silencio penoso, pero su hermano no respondía y mirábale fijamente, cual si quisiera pesar cada una de sus palabras; sin saber ya qué decirle, manifestóle al fin que había llegado con su esposa. Nicolás manifestó su satisfacción, aunque añadiendo que temía espan-

tarla; siguióse una pausa, y después el enfermo comenzó á hablar; Levine creyó, por la expresión de su rostro, que deseaba comunicarle alguna cosa de importancia; pero no hizo más que renegar del médico, manifestando su sentimiento por no poder consultar á una celebridad de Moscou. Levine comprendió que su hermano esperaba siempre.

Á los pocos momentos Constantino se levantó bajo el pretexto de ir á buscar á su esposa, pero en realidad para sustraerse, al menos durante algunos minutos, á sus dolorosas impresiones.

—Está bien—repuso el enfermo;—voy á mandar que limpien y ventilen un poco esto. ¡Macha! — gritó, haciendo un esfuerzo — ven á poner un poco de orden aquí. —Y volviéndose á Levine, añadió con una mirada interrogadora: —¿Te irás tú después?

Levine salió sin contestar, mas apenas estuvo en el corredor, arrepintióse de haber prometido presentar á su esposa, y pensando en lo que había sufrido, resolvió demostrar á Kitty que aquella visita sería infructuosa. «¿Para qué atormentarla como á mí?»—pensó.

—¿Qué hay? — preguntó Kitty asustada.

—Es horrible — contestó Levine; yo no sé por qué has venido.

Kitty miró un momento á su esposo sin decir nada, y cogiéndole después del brazo, repuso tímidamente:

—Kostia, condúceme á su habitación, y el servicio será menos pesado para los dos; yo me quedaré con él, pues ya comprenderás que ser testigo de tu dolor é ignorar la causa, es para mí más cruel que todo. Tal vez le sea yo útil, y á ti también. Te ruego que me lo permitas—añadió Kitty con tono suplicante, como si se tratase de la felicidad de su vida.

Levine hubo de consentir y acompañarla, con lo cual olvidó completamente á María Nicolaevna.

Kitty andaba ligera y animosa, mirando á su esposo con expresión de cariño; al entrar, acercóse al lecho de modo que el enfermo no necesitase volver la cabeza; cogió con su fresca mano la diestra enorme del moribundo, y manifestando esa simpatía que las mujeres saben demostrar sin ofender, dirigióle la palabra con dulce animación.

—Nos hemos visto en Soden sin conocernos—dijo Kitty.—

¿Pensaba usted entonces que yo llegaría á ser su cuñada?

—Supongo que no me habría reconocido usted—repuso el enfermo, cuyo rostro se había animado con una sonrisa al ver entrar á Kitty.

—¡Oh! sí—replicó Kitty;—y ha hecho usted bien en llamarnos. No se pasaba día sin que Constantino se acordase de usted, inquietándose por no recibir noticias.

La animación del enfermo duró poco; antes que Kitty acabase de hablar, reapareció en su rostro la expresión de amargura que antes manifestara al observar la salud y robustez de su hermano.

—Temo que no se halle usted bien aquí—continuó la joven, evitando la mirada fija en ella para examinar el aposento.—Será preciso pedir otra habitación para estar más cerca de él—dijo á su esposo.

XVIII

Levine no podía estar tranquilo en presencia de su hermano, pero los detalles de su espantosa situación, para la cual no veía remedio, pasaban desapercibidos para él por lo muy turbado que estaba su espíritu.

Impresionado por la suciedad de la habitación, el desorden, la atmósfera infecta que allí se respiraba y los gemidos del enfermo, no se le ocurrió que podría informarse sobre la especie de cama que tenía, y tratar de aliviarle materialmente para que estuviese menos mal, sino mejor; sólo al pensar en aquellos detalles, estremecíase; y el enfermo, comprendiendo instintivamente la impotencia de su hermano, se irritaba cada vez más. Levine se limitaba á entrar y salir de la habitación bajo diferentes pretextos; estaba mal junto á su hermano, peor lejos de él, y no podía permanecer solo.

Kitty comprendió las cosas de otro modo: apenas estuvo junto al enfermo, compadecióse de él, y en su corazón de mujer, este sentimiento, lejos de producir el terror ó el disgusto, indújola, por el contrario, á informarse sobre todo de lo que podria dulcificar aquella triste situación. Persuadida de

que era su deber socorrerle, no dudó que sería posible aliviarle, y al punto puso manos á la obra. Los detalles que repugnaban á su esposo fueron precisamente los que llamaron su atención; envió á buscar un médico; dispuso que su doncella y María Nicolaevna barrieran y limpiaran todo, ayudándolas ella misma; dió orden de retirar ó traer lo necesario; y sin cuidarse de las personas que encontraba al paso, iba y venía desde su cuarto al de su cuñado para llevar cuanto se requería, sábanas, fundas de almohada, servilletas y camisas. El criado que servía la comida en la mesa redonda contestó varias veces á su llamamiento con tono de mal humor, pero Kitty daba sus órdenes tan dulcemente, que el hombre la secundaba al punto. Levine no aprobaba todo aquel movimiento, pues no veía el objeto, temiendo además irritar á su hermano; pero éste permanecía tranquilo é indiferente, aunque algo confuso, y observaba con interés los movimientos de la joven. Cuando Levine volvió de buscar el médico, pudo ver, al abrir la puerta, que se cambiaba la ropa al enfermo; su enorme espalda arqueada, los costados y las vértebras salientes quedaron en descubierto; mientras que María Nicolaevna y la doncella se esforzaban inútilmente para introducir en las mangas de la camisa los largos y descarnados brazos de Nicolás. Kitty cerró vivamente la puerta sin mirar á su cuñado, pero como éste profiriese un gemido, aproximóse al punto.

—Despachad pronto—dijo.

—No se acerque usted—murmuró el enfermo con acento de cólera;—ya me arreglaré yo solo...

—¿Qué dice usted?—preguntó María.

Pero Kitty oyó y comprendió que Nicolás estaba vergonzoso y confuso al verse en aquel estado.

—¡No veo nada!—dijo, ayudando á introducir su brazo en la manga;—María, pase usted al otro lado del lecho para ayudarme. Y tú—añadió, dirigiéndose á su esposo—vé á buscar en mi saco un frasquito que tengo allí.

Cuando Levine volvió con el objeto pedido, el enfermo estaba echado, y á su alrededor todo tenía otro aspecto. En vez del aire viciado que antes se respiraba, percibíase cierto aroma de vinagrillo de tocador; el polvo había desaparecido; á los pies del lecho veíase una pequeña alfombra; en una mesita estaban alineadas las botellas que contenían los medica-

mentos, y en otra junto al lecho habíase puesto una bujía y la poción recetada. El enfermo, lavado, peinado, echado en sábanas limpias y sostenido por varias almohadas, tenía puesta una camisa muy blanca que hacía resaltar más su cuello extraordinariamente delgado. Sus ojos, que expresaban una esperanza, estaban siempre fijos en Kitty.

El médico, al que Levine encontró en el club, no era el mismo que enojó en otro tiempo á Nicolás: después de auscultar cuidadosamente al enfermo, movió la cabeza y recetó, dando algunas explicaciones detalladas sobre la manera de administrar los remedios y el alimento; aconsejó huevos frescos casi crudos y agua de Seltz con leche caliente á cierta temperatura. Cuando se hubo retirado, el enfermo dijo á su hermano algunas palabras que éste no comprendió apenas; mas por su mirada, Levine adivinó que Nicolás elogiaba á Kitty, á la cual llamó un momento después.

—Me siento mucho mejor—dijo—y estoy seguro que con usted me hubiera curado. Ahora todo va bien.

Y quiso acercar á sus labios la mano de su cuñada, pero temiendo ser enojoso, contentóse con acariciarla. Kitty estrechó afectuosamente la de Nicolás entre las suyas.

—Vuélvanme ahora del lado izquierdo—murmuró—y váyanse todos á dormir.

Sólo Kitty comprendió lo que decía, porque pensaba de continuo en lo que podría serle útil.

—Vuélvele del otro lado—dijo á su esposo—pues yo no puedo hacerlo sola, y no quisiera llamar al criado. ¿Puede usted levantarle?—preguntó á María Nicolaevna.

—Tengo miedo—contestó ésta.

Levine, aunque espantado por la idea de levantar aquel corpanchón, sufrió la influencia de su esposa, y rodeando con los brazos al enfermo, le volvió resueltamente, llamándole mucho la atención la pesadez de aquellos miembros gastados. Entre tanto Nicolás rodeábase el cuello con los brazos, mientras que Kitty volvía vivamente las almohadas á fin de echar mejor al enfermo.

Nicolás atrajo hacia sí la mano de Levine y acercóla á sus labios para besarla; Constantino, sintiéndose desfallecer, no opuso resistencia, y sin poder reprimir sus sollozos, salió de la habitación.

XIX

« Ha revelado á los simples y á los niños lo que ocultaba á los sabios »—pensó Levine mientras hablaba con su esposa pocos momentos después. Y seguramente no se creía un sabio al citar así el Evangelio; pero sin exagerar el alcance de su inteligencia, no podía poner en duda que la idea de la muerte no le impresionaba de la misma manera que á su esposa y á Ágata. Otros espíritus viriles habían sondeado esta idea terrible lo mismo que él, con todas las fuerzas de su alma, y tenía conocimiento de sus escritos; pero ninguno parecía saber tanto sobre el asunto como su esposa y su anciana sirvienta. Estas dos mujeres, tan desemejantes entre sí, se parecían en un todo por sus ideas sobre la materia; ambas sabían, sin abrigar la menor duda, el sentido de la vida y de la muerte, y aunque incapaces de contestar á las preguntas que fermentaban en el espíritu de Levine, debían explicarse del mismo modo esos grandes hechos del destino humano, compartiendo su creencia sobre este punto con millones de seres. Como prueba de su familiaridad con la muerte, acercábanse á los moribundos y no los temían; mientras que Levine y aquellos que como él podían reflexionar largamente sobre tan lúgubre tema, carecían de valor y reconocíanse incapaces de socorrer á un moribundo: solo con su hermano, Constantino se hubiera contentado con mirarle, esperando su fin con espanto, pero sin hacer cosa alguna para retardar la última hora.

La vista del enfermo le paralizaba; ante él no podía ya hablar, ni mirar, ni andar; hablar de cosas indiferentes le parecía ofensivo, y tratar de cosas tristes, como por ejemplo de muerte, imposible; de modo que más valía callarse. « Si le miro—pensaba— creerá que tengo miedo, y si no le miro, puede suponer que mis pensamientos están en otra parte; si ando de puntillas, tal vez le enoje, y si hago ruido le parecerá brutal.»

Kitty no pensaba en ninguna de estas cosas ni tenía tiempo para ello; ocupada sólo del enfermo, sus ideas sobre lo que

debía hacer parecían ser muy claras, y todo le salía bien. Refería detalles sobre su casamiento, sonreíase, compadecía al enfermo, acariciábale, hacía mención de varias curas, y le reanimaba así. ¿De dónde había recibido estas luces particulares? Y así Kitty como Ágata Mikhaïlowna, no se contentaban con los cuidados físicos y los actos puramente materiales; preocupábanse las dos de una cuestión más elevada: al hablar de un servidor que acababa de morir, Ágata había dicho: «á Dios gracias, ha comulgado y recibido los auxilios; Dios concede á todos un fin semejante.» Kitty, por su parte, halló medio de inclinar á su cuñado desde el primer día á recibir los santos sacramentos, y esto mientras se ocupaba en las ropas y en las medicinas. Nicolás pidió el frasco del yodo.

Levine se lo dió al punto, y su hermano le miró con la misma expresión apasionada con que contempló antes la imagen, para que le confirmase las palabras del doctor, el cual atribuía al yodo virtudes milagrosas.

—¿No está Kitty aquí?—preguntó con voz ronca, cuando Levine le hubo repetido las palabras del médico, bien á pesar suyo.—¿No? Pues entonces puedo hablar. Todo ha sido pura comedia por mi parte; si he fingido, lo he hecho sólo por amor á ella, porque es verdaderamente encantadora; pero nosotros no podemos engañarnos. He aquí lo único en que tengo fe—añadió, oprimiendo el frasco entre sus manos huesosas para aspirar el yodo.

Á eso de las ocho de la noche, cuando Levine y su esposa tomaban el té en su habitación, vieron llegar á María Nicolaevna muy agitada, pálido el rostro y temblorosos los labios.

—¡Se muere!—balbuceó—temo que haya llegado su última hora.

Los dos corrieron al aposento de Nicolás, á quien vieron sentado en el lecho de lado y con la cabeza inclinada.

—¿Qué tienes?—preguntó Levine con dulzura después de un instante de silencio.

—¡Ya me voy!—murmuró Nicolás, sacando á duras penas los sonidos de su pecho, aunque pronunciaba claramente aún. Y sin levantar la cabeza, volvió la vista hacia su hermano, cuyo semblante no podía mirar, y balbuceó:—¡Véte de aquí, Kitty!

Levine obligó á su esposa dulcemente á salir de la estancia.

—Me voy—repitió el moribundo.

—¿Por qué lo crees?—preguntó Levine por decir alguna cosa.

—Porque me voy—repitió Nicolás, como si se hubiese encariñado con esta palabra.—Esto ha concluído.

María Nicolaevna se acercó al lecho.

—Échese usted y estará mejor—dijo.

—Muy pronto estaré echado tranquilamente en el otro mundo—murmuró Nicolás con una especie de ironía irritada; —pero en fin, echadme si así lo queréis.

Levine recostó á su hermano, sentóse junto á él, y respirando apenas, examinó su rostro. El moribundo tenía los ojos cerrados, pero los músculos de su frente agitábanse á intervalos, como si reflexionara. Á pesar suyo, Levine trató de comprender lo que el moribundo podía pensar en aquel momento; aquel rostro de expresión severa, y el movimiento de los músculos sobre las cejas, parecían indicar que su hermano entreveía misterios ocultos para los vivos.

—Sí, sí...—murmuró lentamente el agonizante, haciendo largas pausas;—esperad... ¡eso es!—murmuró de pronto, como si todo se hubiese aclarado para él.—¡Oh, Señor!—exclamó, suspirando profundamente.

María Nicolaevna puso la mano sobre los pies del moribundo.

—Ya se enfría—dijo en voz baja.

El enfermo permaneció largo tiempo inmóvil, pero vivía y suspiraba á intervalos. Levine comenzaba á sentirse fatigado de la tensión de su espíritu; ya no tenía fuerza para pensar en la muerte; por su mente cruzaban las ideas más extrañas, y preguntábase qué le quedaría por hacer, si sería preciso cerrar los ojos de su hermano, vestirle y encargar el ataúd. Cosa extraña, sentíase frío é indiferente; el único sentimiento que experimentaba era más bien el de la envidia, pues su hermano tendría en adelante una certeza que él, Constantino, no podía obtener. Largo tiempo estuvo junto á Nicolás, esperando el fin, que no llegaba; la puerta se entreabrió, apareciendo Kitty en el umbral, y su esposo quiso contenerla, pero el moribundo se agitó en su lecho.

—No te vayas—murmuró, extendiendo la mano.

Levine la cogió entre las suyas, é hizo una señal á Kitty para que se retirara.

Con la mano de Nicolás cogida, Levine esperó media hora, una, y luego otra: había dejado de reflexionar sobre la muerte, para pensar en Kitty. ¿Qué haría su esposa? ¿Quién habitaría la habitación contigua?

Al fin Levine tuvo hambre y sueño; entonces desprendió suavemente su mano para tocar los pies del moribundo; ya estaban fríos, pero Nicolás respiraba todavía; Levine quiso levantarse silenciosamente, mas el enfermo se agitó al punto, repitiendo:—No te vayas. . . . .

. . . .

Amaneció el día siguiente sin que la situación hubiese cambiado. Levine se levantó poco á poco, y sin mirar al enfermo volvió á su habitación, acostóse, y muy pronto quedó profundamente dormido. Al despertar supo que Nicolás, no solamente no había muerto, sino que acababa de recobrar el conocimiento; estaba sentado en la cama y pedía de comer; lejos de hablar de la muerte, expresaba la esperanza de curarse, manifestando más irritación y tristeza que de costumbre. Aquel día nadie consiguió calmarle; acusaba á todo el mundo de sus padecimientos; quería que se llamase á un célebre médico de Moscou, y á todas las preguntas que se le dirigían sobre su estado contestaba que su padecimiento era intolerable.

Aquella irritación aumentaba por momentos; la misma Kitty no pudo dulcificarla, y Levine echó de ver que padecía física y moralmente, aunque se negase á confesarlo. La ternura producida por la aproximación de la muerte mezclábase con otros sentimientos: todos sabían que el fin era inevitable; veían á Nicolás medio muerto ya, y llegaron á desear un pronto desenlace, lo cual no impidió que dieran al moribundo los medicamentos y se enviara á buscar al doctor. Esto era engañarse á sí propios, y aquel disimulo era más doloroso para Levine que para los demás, porque amaba á su hermano tiernamente y nada le contrariaba tanto como la falta de sinceridad.

Constantino, preocupado largo tiempo por la idea de reconciliar á sus dos hermanos, había escrito á Sergio; éste le

contestó, y Levine leyó la carta al enfermo, en la cual decía aquél que no le era posible ir, pidiendo perdón á Nicolás con palabras conmovedoras.

El enfermo no dijo nada.

—¿Qué quieres que conteste?—preguntó Levine.—Supongo que no le guardarás rencor...

—¡De ningún modo!—replicó Nicolás con acento de enojo;—escríbele que me envíe al doctor.

Así pasaron tres días crueles; el moribundo seguía en el mismo estado, y todos cuantos se acercaban á él no tenían más deseo que ver el fin de sus padecimientos; pero Nicolás no pensaba así; seguía incomodándose contra el médico, tomaba sus remedios y hablaba de restablecerse. En los raros momentos en que, bajo la influencia del opio, se olvidaba un instante de sí, confesaba, medio aletargado, lo que pesaba en su alma, así como en la de los otros. ¡Ah! si esto pudiese acabar!

Aquel padecer, siempre más intenso, hacía su obra, preparando á Nicolás á morir; cada movimiento era un dolor; ni un solo miembro de aquel pobre cuerpo dejaba de producir una angustia; los recuerdos mismos, las impresiones y los pensamientos del pasado repugnaban al enfermo; las personas que veía á su alrededor, sus palabras, todo le hacía daño; de modo que nadie osaba moverse ni expresar una opinión; la vida se concentraba para todos en el sentimiento de las angustias del moribundo, y en el ardiente deseo de que llegase su fin.

El moribundo estaba en el momento supremo en que la muerte debía parecerle apetecible como la última felicidad; hasta el hambre, la fatiga y la sed, esas sensaciones, que después de haber sido causa de sufrimiento ó privación, le producían cierto goce, no eran ya más que dolor; sólo podía aspirar á verse libre del principio mismo de sus males, de su cuerpo atormentado; y sin hallar palabras para expresar este deseo, continuaba, por costumbre, reclamando lo que le satisfacía en otro tiempo. «Echadme del otro lado»—murmuraba, y apenas lo hacían, manifestaba el deseo de volver á su primera posición; pedía caldo y rechazábalo un momento después; quería que contasen alguna cosa en vez de guardar silencio, y apenas oía hablar, su expresión de fatiga, de indiferencia y disgusto reaparecía al momento.

Kitty enfermó á los diez ó doce días de su llegada; el médico dijo que era por efecto de las emociones y de la fatiga, y prescribió la calma y el reposo; mas á pesar de esto, levantóse después de comer y fué á la habitación del enfermo con su labor, según costumbre. Nicolás la miró severamente, sonriendo con desdén, cuando le dijo que había estado enferma. Durante todo aquel día se sonó con mucha frecuencia, quejándose lastimosamente.

—¿Cómo se siente usted hoy?—le preguntó Kitty.

—Peor—contestó Nicolás;—sufro mucho.

—¿Qué le duele á usted?

—Todo.

—Ya verán ustedes cómo esto concluye hoy—dijo María Nicolaevna en voz baja.

Levine la mandó callar, temiendo que la oyera su hermano, cuyo oído era muy fino, y volvióse hacia el moribundo; pero éste, á pesar de haber oído las palabras, no manifestó la menor impresión; su mirada siempre era fija y grave.

—¿Por qué cree usted que morirá hoy?—preguntó Levine, conduciendo á María Nicolaevna al corredor.

—Porque se desnuda.

—¿Cómo?

—Así—contestó María, levantando los pliegues de su vestido de lana.

Levine observó, en efecto, que durante todo el día el enfermo retiraba la sábana y la colcha que le cubrían, cual si quisiera desnudarse.

María Nicolaevna no se había engañado en su pronóstico.

Hacia la entrada de la noche, Nicolás no tuvo ya fuerza para levantar los brazos, y su mirada inmóvil adquirió una fijeza que no se modificó cuando Levine y su esposa se inclinaron sobre él á fin de que pudiese verlos. Kitty envió á buscar el sacerdote para rezar las oraciones de los agonizantes.

Durante la ceremonia, el enfermo, á cuyo lado estaban Levine, Kitty y María Nicolaevna, no dió ninguna señal de vida; pero antes de terminarse el rezo, exhaló un suspiro de pronto, extendióse y abrió los ojos; el sacerdote colocó la cruz sobre aquella frente helada, y cuando hubo acabado sus ora-

ciones, permaneció en pie, silencioso, junto al lecho, tocando con sus dedos la enorme mano del moribundo.

—Todo ha concluído—dijo al fin, haciendo ademán de alejarse; pero en el mismo instante los labios de Nicolás se estremecieron, y del fondo de su pecho salieron estas palabras, resonando claramente en el silencio de la noche:

—Aún no... Muy pronto.

Un minuto después, el rostro se serenó, dibujándose una sonrisa debajo del bigote; y las mujeres se dispusieron á vestir al difunto.

Todo el horror que á Levine infundía el terrible enigma de la muerte, se despertó con la misma intensidad que durante la noche en que su hermano fué á verle; y más que nunca comprendió su incapacidad para sondear aquel misterio. La presencia de su esposa le impidió entregarse á la desesperación, pues á pesar de sus terrores, experimentaba la necesidad de vivir y amar. Sólo el amor le salvaba, y hacíase más fuerte y puro porque estaba amenazado. Apenas vió realizarse aquel misterio de muerte, pudo observar á su lado otro milagro de amor y de vida, también insondable: el doctor declaró que Kitty estaba en cinta.

XX

Apenas Karenine hubo comprendido, gracias á Betsy y Oblonsky, que todos, y Ana la primera, esperaban que librase á esta última de su presencia, su espíritu se turbó, y no sintiéndose capaz de tomar una resolución personalmente, confió su suerte en manos de tercera persona, muy satisfecha de poder tomar cartas en el asunto, aceptando cuánto se propusiera.

Sólo comprendió la realidad cuando al día siguiente de la marcha de su esposa se presentó la inglesa para preguntarle si debería comer á la mesa ó en la habitación de los niños.

Durante los primeros días de la ausencia de Ana, Alexandrovitch continuó sus recepciones, asistió al consejo y comió en su casa como de costumbre: todos sus esfuerzos no tenían más objeto que parecer tranquilo é indiferente, y fueron so-

brehumanos los que hizo para contestar con serenidad á las preguntas de los sirvientes respecto á los cambios que se deberían introducir en la habitación de su esposa y en la marcha de la casa. Durante dos días consiguió disimular su padecimiento, pero llegado el tercero no pudo resistir, á causa de haberse presentado el dependiente de una tienda con una factura que Ana había olvidado pagar.

—Vuecencia—dijo el joven—dispensará si me permito pedirle las señas de la señora, si es á ella á quien debemos dirigirnos.

Alexandrovitch pareció reflexionar, sentóse junto á una mesa, durante largo tiempo permaneció silencioso, tratando de hablar, mas sin poder conseguirlo.

Korneï, el criado, comprendió el estado de su señor, é hizo salir al dependiente.

Una vez solo, Karenine comprendió que no tenía ya fuerza para resistir más, mandó que desengancharan los caballos de su coche, cerró su puerta y no comió á la mesa.

El desdén y la crueldad que creyó leer en la fisonomía del dependiente, del criado, y todos aquellos que encontraba, llegaron á ser al fin una cosa insoportable para Alexandrovitch. Si hubiera merecido el desprecio público por una conducta censurable, hubiese podido abrigar la esperanza de recobrar el aprecio del mundo procediendo mejor; pero no era culpable, sí sólo víctima de una desgracia vergonzosa. Y los hombres se mostrarían tanto más implacables cuánto más sufriese, acosándole como los perros que rematan á un animal cuando aúlla de dolor. Para resistir á la hostilidad de todos, érale preciso ocultar sus heridas; pero ¡ay! dos días de lucha le habían agobiado ya. ¡Y no tenía á nadie á quien confiar su pena; en todo San Petersburgo no conocía un solo hombre que se interesase por él, que demostrase alguna consideración, no al personaje de importancia, sino al esposo desesperado!

Alexandrovitch había quedado huérfano de madre á la edad de diez años, y no se acordaba de su padre; su hermano y él quedaron solos con una módica fortuna; pero su tío Karenine, hombre influyente, muy apreciado del difunto emperador, se encargó de su educación. Después de útiles estudios en la Universidad, Alexandrovitch se dió á conocer ven-

tajosamente, gracias á dicho tío, en la carrera administrativa, y dedicóse sólo á los negocios. Nunca contrajo amistad con nadie; su hermano era la única persona á quien profesaba cariño; pero éste, que desempeñaba un destino en el ministerio de Estado, salió de Rusia para desempeñar una misión diplomática, poco después del casamiento de Alexandrovitch, y murió en el extranjero.

Karenine, nombrado gobernador de provincia, trabó conocimiento con una tía de Ana, mujer muy rica, que influyó para que su sobrina hiciese conocimiento con aquel gobernador, joven aún, si no por su edad, al menos bajo el punto de vista de su posición social. Alexandrovitch se vió un día en la alternativa de elegir entre una demanda de matrimonio ó una dimisión, y vaciló largo tiempo, hallando tantas razones en pro como en contra del matrimonio; pero no pudo aplicarse aquella vez su máxima favorita: «en la duda, abstente.» Un amigo de la tía de Ana le hizo entender que sus asiduidades habían comprometido á la joven y que, como hombre de honor, debía declararse á ella.

Hízolo así, y desde entonces consagró, á su prometida primero, y después á su esposa, la suma de cariño de que su carácter era capaz.

Aquel afecto le retrajo de contraer ninguna otra intimidad: tenía numerosas relaciones, podía invitar á comer á grandes personajes, pedirles un servicio ó protección para algún solicitante; y hasta discutir y criticar libremente los actos del gobierno ante cierto número de oyentes; pero á esto se limitaban sus relaciones de cordialidad.

Las personas á quienes trataba más íntimamente en San Petersburgo, eran el jefe de sección y su médico: el primero, Miguel Wassilievitch Sludine, hombre muy amable, sencillo, bueno é inteligente, profesaba al parecer mucha simpatía á Karenine; pero la jerarquía en el servicio elevaba entre ellos una barrera que no permitía las confidencias. He aquí por qué, después de firmar los papeles que le llevaba, Alexandrovitch juzgó imposible espontanearse con él; ya estaba en sus labios la frase: «Conoce usted mi desgracia;» mas no pudo pronunciarla, y al despedir al jefe, limitóse á la fórmula habitual: «Tendrá usted la bondad de preparar ese trabajo...»

El doctor, cuyos sentimientos benévolos eran bien conoci-

dos de Karenine, estaba siempre ocupado, y no parecía sino que entre aquellos dos hombres mediaba un pacto en virtud del cual ambos se suponían sobrecargados de ocupación, siéndoles forzoso abreviar sus entrevistas.

En cuanto á las amigas, y á la principal de ellas, la condesa Lidia, Karenine no pensaba siquiera en ellas; las mujeres le daban miedo, y manteníase tan apartado de ellas como le era posible.

XXI

Pero si Alejo Alexandrovitch había olvidado á la condesa Lidia, ésta pensaba en él; y llegó precisamente en una hora de solitaria desesperación en que, con la cabeza entre las manos, Karenine se sentía aniquilado y sin fuerzas. La condesa, sin esperar á que la anunciaran, penetró en el despacho.

—He forzado la consigna—dijo, entrando con paso rápido, agitada por la emoción.—¡Todo lo sé, amigo Alexandrovitch!

Y estrechóle la mano entre las suyas, mirándole con sus hermosos ojos, de penetrante mirada.

Karenine se levantó, retiró su mano frunciendo el ceño, y adelantó una silla.

—Sírvase usted sentarse—dijo;—no recibo á nadie porque me siento mal, condesa.

—¡Pobre amigo mio!—murmuró la dama: y sus cejas se elevaron hasta formar un triángulo en la frente, gesto que afeaba más aún su rostro amarillento, desagradable de por sí.

Karenine comprendió que iba á llorar, y enterneciéndose de pronto, cogió la mano de la condesa y la besó.

—Amigo mío—dijo la dama, con voz entrecortada por la emoción;—no debe usted entregarse así á su dolor; es muy sensible, pero se ha de buscar el medio de calmarle.

—¡Estoy aniquilado, muerto, y ya no soy un hombre!—repuso Karenine, dejando la mano de la condesa, cuyos ojos estaban preñados de lágrimas;—y mi situación es tanto más

terrible cuanto que no encuentro, ni en mí ni fuera de mí, apoyo para sostenerme.

—Ya lo encontrará usted—replicó la condesa suspirando— no en mí, aunque le ruego crea en mi amistad, sino en *él*.



Nuestro apoyo está en *su* amor; y *su* yugo es ligero — añadió la condesa con la mirada de exaltación que le era familiar;— le oirá á usted y le ayudará.

Estas palabras fueron dulces para Karenine, aunque revelaban una exaltación mística, nuevamente introducida en San Petersburgo.

—¡Soy débil, y estoy agobiado; no he previsto en otro tiempo, ni comprendo ahora nada!

—¡Amigo mío!

—No es mi pérdida lo que lloro—continuó Alexandrovitch—¡oh, no! pero no puedo menos de avergonzarme á los ojos del mundo por la posición en que se me pone. Y nada puedo...

—No es usted quien ha perdonado, con una nobleza que admiro—dijo la condesa, levantando la vista con entusiasmo—es *él,* y por lo tanto no hay motivo para que usted se sonroje.

Karenine se entristecía, y estrechando sus manos una contra otra, hizo crugir sus articulaciones.

—¡Si supiera usted todos los detalles!—dijo con su voz penetrante.—Las fuerzas del hombre tienen sus límites, y yo he hallado el de las mías, condesa. He pasado todo el día ocupado en arreglos domésticos, *resultantes* (y recalcó esta palabra) de mi situación aislada; los criados, el ama de gobierno, las cuentas, y todas esas mezquindades me consumen á fuego lento. Ayer, á la hora de comer... apenas pude contenerme; no me era posible soportar la mirada de mi hijo; él no se atrevía á preguntarme nada, sin duda porque tenía miedo de mí, y yo no osaba mirarle... Pero no se reduce todo á esto...

Karenine quiso hablar de la factura que le habían llevado, pero se contuvo: aquella factura, en papel azul, en la cual se consignaba el importe de un sombrero y varias cintas, era un recuerdo angustioso para Alexandrovitch.

—Todo lo comprendo—dijo la condesa.—No hallará usted en mí el auxilio y el consuelo; pero he venido para ofrecerle mis servicios, y procurar librarle de esas pequeñeces á que no debe descender. Lo que se necesita aquí es una mano de mujer. ¿Quiere usted que yo me encargue de todo?

Karenine calló y estrechó la mano de su amiga con agradecimiento.

—Los dos nos cuidaremos de Sergio; yo no soy mujer entendida en las cosas de la vida práctica, pero me comprometo á ser su ama de gobierno. No me dé usted gracias, pues no hago esto por mí sola...

—¡Cómo no he de estar agradecido!

—Lo que usted quiera; con tal que no ceda al sentimiento de que hablaba ahora. Usted no puede sonrojarse de lo que ha sido el más alto grado de la perfección cristiana. «El que se humilla será ensalzado.» Y no me dé usted gracias á mí, sino á Aquél á quien debemos dirigir nuestras oraciones, porque sólo en Él hallaremos la paz, el consuelo, la salvación y el amor.

Y como elevase la vista al cielo, Alexandrovitch comprendió que la condesa oraba.

Aquella fraseología, que en otro tiempo le desagradaba, parecíale en aquel momento natural y dulcificante. No aprobaba la exaltación que estaba de moda; pero creyente, la religión le interesaba sobre todo bajo el punto de vista político, y he aquí por qué las nuevas enseñanzas le eran antipáticas por principio. La condesa, á quien estas nuevas doctrinas entusiasmaban, no merecía su aprobación, y en vez de discutir sobre este asunto, eludíale siempre y no contestaba; pero esta vez la dejó hablar con gusto sin hacer oposición ni aun interiormente.

—Le agradezco á usted mucho sus palabras y promesas—dijo Karenine, cuando su amiga hubo terminado la oración.

La condesa estrechó la mano de Alexandrovitch.

—Ahora—dijo—voy á poner manos á la obra; veré por lo pronto á Sergio, y no consultaré á usted sino en los casos graves.

La condesa Lidia se levantó y fué en busca del niño, á quien aseguró, bañando sus mejillas en lágrimas, que su padre era un santo y que su madre había muerto.

La condesa cumplió lo prometido, y encargóse efectivamente de los detalles de la casa; pero no había exagerado al confesar su incapacidad práctica; sus órdenes no podían ejecutarse razonablemente, por lo cual no fueron atendidas; y el gobierno de la casa quedó poco á poco en manos del ayuda de cámara Korneï, que acostumbró á su amo á escuchar, mientras se vestía, los informes que tenía por oportuno darle. La intervención de la condesa no fué por eso menos útil; su aprecio y su afecto eran para Karenine un apoyo moral, y con gran satisfacción suya, consiguió casi convertirle, ó por lo menos cambió su tibieza en una sincera simpatía á la en-

señanza cristiana, tal como se practicaba entonces en San Petersburgo: esta conversión no fue difícil.

Karenine, así como la condesa y todos aquellos que preconizaban las nuevas ideas, no tenía una imaginación profunda, ó mejor dicho, carecía de esa facultad del alma gracias á la cual los espejismos del espíritu mismo exigen, para ser aceptados, cierta conformidad con lo verdadero. Por eso no veía nada de imposible ni de inverosímil en el hecho de que la muerte existiera para los incrédulos y no para él; de que el pecado se excluyera de su alma porque tenía una completa fe, de la que era el único juez; y de que desde este mundo pudiera ya considerar su salvación como cierta.

La ligereza y el error de estas doctrinas, sin embargo, llamábanle la atención á veces, y entonces comprendía hasta qué punto la alegría causada por el irresistible sentimiento que le impulsó á perdonar, difería de aquel que experimentaba ahora, hallándose dominado por su amor á Cristo. No obstante, por ilusoria que fuera esta grandeza moral, érale indispensable en su humillación del momento; sentía la imperiosa necesidad de mirar con desdén, desde su imaginaria altura, á los que le despreciaban, y aferrarse á sus nuevas convicciones como á una tabla de salvación.

XXII

La condesa Lidia se había casado muy joven. De carácter exaltado, parecióle su esposo un buen muchacho, muy rico, de elevada posición, pero bastante disoluto. Llegado el segundo mes de su matrimonio, su marido la abandonó ya, respondiendo á sus efusiones de ternura con una sonrisa irónica, casi maligna, que nadie consiguió explicar, pues el conde era bien conocido por su bondad, y la romántica Lidia no daba lugar alguno á la crítica. Desde entonces, los esposos, sin estar separados, vivían cada cual por su cuenta, y el conde no veía nunca á su mujer sin saludarla con una sonrisa, por demás enigmática.

La condesa había renunciado hacía largo tiempo á querer á su esposo; pero siempre estaba enamorada de alguno, y

hasta de varias personas á la vez, hombres y mujeres, generalmente aquello que llamaba la atención de un modo cualquiera. Así, por ejemplo, se enamoró de todos los nuevos príncipes ó princesas que se aliaban con la familia imperial; después amó sucesivamente á un metropolitano, á un vicario notable y á un simple oficiante; luego se encaprichó por un periodista, tres oficiales, un ministro, un doctor, un misionero inglés, y por último enamoróse de Karenine.

Estos amores múltiples, y sus diversas fases de calor ó de enfriamiento, no impidieron en modo alguno á la condesa Lidia mantener las relaciones más complicadas así en la corte como en sociedad; pero desde el día en que tomó á Karenine bajo su protección, ocupándose de sus asuntos domésticos y de dirigir su alma, comprendió que nunca había amado sinceramente más que á él; y sus demás pasiones perdieron todo valor á sus ojos. Por otra parte, analizando sus sentimientos pasados, y comparándolos con el que experimentaba entonces, no podía menos de reconocer que jamás se hubiera enamorado de Komissarof si no hubiese salvado la vida al emperador, ni de Ristitsh si no hubiera existido la cuestión eslava; mientras que amaba á Karenine por su persona, por la grandeza de alma que otros no comprendían, por su carácter, por el sonido de su voz, por su modo de hablar con lentitud, por su mirada de fatiga y por sus manos blancas y suaves, de venas dilatadas. No sólo se regocijaba con la idea de verle, sino que buscaba en el rostro de su amigo una impresión análoga á la suya; empeñábase en agradarle tanto por su persona como por su conversación; y nunca se había emperejilado tanto. Más de una vez reflexionó sobre lo que hubiera podido suceder si ambos hubieran sido libres. Cuando entraba en el aposento de Karenine, ruborizábase por efecto de su emoción, y no podía reprimir una sonrisa de contento cuando él la dirigía alguna palabra amistosa. Hacía algunos días que la condesa estaba muy inquieta, pues acababa de saber el regreso de Ana y de Wronsky. ¿Cómo libraría á su amigo Alexandrovitch del tormento de ver otra vez á su mujer? ¿Cómo alejar de él la odiosa idea de que la culpable Ana respiraba en la misma ciudad y podía encontrarle de un momento á otro?

Lidia Ivanovna mandó practicar indagaciones sobre los

proyectos de aquella «mala gente», según llamaba á Ana y á Wronsky. El joven ayudante de campo, amigo de aquél, encargado de esta misión, y que necesitaba el apoyo de la condesa para cierto asunto, practicó la diligencia, y presentóse muy pronto á su protectora para anunciar que Wronsky y su amante pensaban marchar el día siguiente, después de arreglar algunas cosas. Lidia Ivanovna comenzaba á tranquilizarse, cuando le llevaron una carta, cuya letra reconoció en seguida: era de Ana Karenine. El sobre, de papel inglés, del grueso de una corteza de árbol, contenía una hoja de papel oblonga y amarilla, adornada con un inmenso monograma, y del billete exhalábase un delicioso perfume.

—¿Quién la ha traído?—preguntó.

—Un dependiente de la casa.

La condesa permaneció en pie, sin tener valor para sentarse y leer, pues la emoción producía casi siempre en ella uno de sus accesos de asma; pero calmándose al fin, abrió la carta, cuyo contenido, en francés, decía lo siguiente:

«Señora condesa:

»Conociendo los cristianos sentimientos de que su alma está llena, me atrevo á tener la imperdonable audacia, bien lo comprendo, de dirigirme á usted. Es para mí una desgracia estar separada de mi hijo, y por lo tanto la suplicaré que me permita verle una vez antes de mi marcha. Si no escribo directamente á Karenine es para no ocasionar á este hombre generoso el sentimiento de ocuparse de mí. Como conozco la amistad que usted le profesa, he pensado que me comprendería. ¿Quiere usted enviarme á Sergio á casa, ó prefiere que vaya yo al punto que me indique y á la hora que tenga por conveniente? La negativa me parece imposible, cuando pienso en la grandeza de alma de aquel á quien corresponde resolver. No puede usted imaginarse cuán ardientemente anhelo ver otra vez á mi hijo, ni comprenderá tampoco la extensión de mi agradecimiento por el apoyo que tenga á bien prestarme en esta circunstancia.—Ana.»

Todo este billete irritó á la condesa Lidia: su contenido, las alusiones á la grandeza de alma de Karenine, y particularmente su tono y su estilo de suficiencia.

—No hay contestación—dijo al criado;—y abriendo al punto su pupitre, escribió á Alexandrovitch, diciéndole que esperaba encontrarle á la una en el Palacio; era día de fiesta, y tratábase de felicitar á la familia imperial.

«Necesito hablarle, decía, sobre un asunto de gravedad y algo triste; en Palacio convendremos sobre el sitio y la hora, aunque me parece que lo mejor será en mi casa, donde le tendré preparado el té. Es indispensable. Él nos impone su cruz, pero Él nos da también la fuerza para llevarla», añadía, como para preparar el terreno.

La condesa escribía dos ó tres cartas diarias á Alexandrovitch; agradábale este medio, á la vez elegante y misterioso, para mantener con él relaciones que la vida habitual simplificaba demasiado.

XXIII

Terminadas las felicitaciones, todos se retiraban, hablando de las últimas noticias, de las recompensas concedidas aquel día, y de los cambios de algunos altos funcionarios públicos.

—¿Qué pensaría usted si se concediese á María Borisovna un cargo en el ministerio de la Guerra, y se nombrara á la princesa Watkosky jefe de estado mayor?—decía un viejecillo, que ostentaba orgulloso su uniforme lleno de bordados, á una hermosa camarista, la cual le había hecho preguntas sobre los cambios ocurridos.

—Pues en ese caso—contestó la dama sonriendo—á mí se se me debe nombrar ayudante de campo.

—El puesto de usted se halla indicado ya—replicó el vejete;—usted forma parte del departamento de cultos, y tiene por ayudante á Karenine.

—Buenos días, príncipe,—añadió el viejecillo, estrechando la mano á un personaje que se acercaba.

—¿Hablaba usted de Karenine?—preguntó el príncipe.

—Alexandrovitch y Poutiatof han sido condecorados con la orden de Alejandro Newsky.

—Creí que ya la tenía.

—No. Mírele usted—repuso el viejecillo, señalando con su

tricornio bordado á Karenine, que de pie en el umbral de una puerta, hablaba con uno de los hombres influyentes del consejo del imperio, ostentando en su uniforme de corte el nuevo cordón rojo.—Mire usted—repitió el viejecillo—está contento como un niño con zapatos nuevos.

—Ha envejecido—dijo un chambelán que se acercó á su vez para estrechar la mano al que hablaba.

—Es porque tiene muchas cavilaciones. Pasa la vida escribiendo proyectos, y aun en este instante no dejará á su desgraciado interlocutor sin explicarle todo punto por punto.

—¿Quién dice que ha envejecido? Yo sé que inspira pasiones, y que la condesa Lidia debe estar celosa de su mujer.

—Ruego á usted que no hable de la condesa Lidia.

—¿Es algún mal que se enamore de Karenine?

—¿Es verdad que la señora de Karenine ha llegado?

—Sí, pero está en San Petersburgo, no en el palacio; la encontré ayer, cogida del brazo de Wronsky, en el paseo de la Morskaïa.

—Es un hombre que no tiene...—comenzó á decir el chambelán; pero se interrumpió para saludar al paso á un individuo de la familia imperial.

Mientras que se criticaba y ridiculizaba así á Karenine, este último saludaba á un individuo del consejo del Imperio, y sin moverse de su sitio, explicábale todo un largo proyecto financiero.

Casi al mismo tiempo de verse abandonado por su mujer, Alexandrovitch se halló en la penosa situación del funcionario público, á quien cierran el paso en la marcha ascendente de su carrera; y tal vez él era el único que no echaba de ver que ésta había terminado. Su posición era importante aún; seguía formando parte de muchas sociedades y comisiones, mas parecía ser uno de aquellos de quienes ya no se espera nada: había concluído su tiempo. Todo cuanto proponía parecía viejo, gastado, inútil; pero, lejos de juzgarlo así, Karenine creía, por el contrario, apreciar los actos del gobierno con más exactitud desde que dejara de formar directamente parte de él, y juzgaba deber suyo indicar ciertas reformas. Escribió un folleto poco después de la marcha de su esposa; referíase á los nuevos tribunales, y era el primero de los que debía publicar, relativos á los diversos ramos de la adminis-

tración. No pocas veces, satisfecho de sí mismo y de su actividad, pensó en el texto de San Pablo: «Aquel que tiene mujer, piensa en los bienes terrestres; el que carece de ella, sólo se ocupa en el servicio del Señor.»

La marcada impaciencia del individuo del consejo no inquietó en nada á Karenine, pero interrumpióse en el momento en que un príncipe de familia imperial acertó á pasar, y su interlocutor se aprovechó para esquivarse.

Una vez solo, Alexandrovitch inclinó la cabeza, trató de coordinar sus ideas, y dirigiendo una mirada distraída á su alrededor, encaminóse hacia la puerta, donde pensaba encontrar á la condesa.

«¡Qué rozagantes y robustos están—se dijo, mirando al paso el cuello vigoroso del príncipe, estrechado en su uniforme, y al apuesto chambelán de perfumadas patillas;—demasiada verdad es que todo va mal en este mundo!»

—¡Alexandrovitch!—gritó el viejecillo, cuyos ojos brillaron con expresión maligna, mientras que Karenine pasaba saludando fríamente—aún no le he felicitado á usted.

Y señaló la condecoración.

—Muchas gracias; este ha sido buen día—contestó Karenine recalcando según su costumbre en la palabra *bueno*.

No se le ocultaba que aquellos señores se burlaban de él; mas como no podía esperar de ellos sino sentimientos hostiles, mostrábase indiferente.

Los amarillentos hombros de la condesa y sus hermosos ojos de expresión pensativa atrajeron muy pronto á Karenine á otra parte, y se dirigió á la dama sonriendo.

El tocado de Lidia Ivanovna había costado muchos esfuerzos de imaginación, como todos los que confeccionaba hacía algún tiempo, pues tenía empeño en llevar adelante un plan muy distinto del que se propusiera treinta años antes. En otra época no pensaba más que en adornarse, y á su juicio no era nunca demasiado elegante; pero ahora trataba de armonizar el contraste entre su persona y su modo de vestir, y habíalo conseguido á los ojos de Karenine, á quien parecía encantadora. La simpatía y la ternura de aquella mujer eran para él un refugio único contra la animosidad general; y en medio de aquella multitud hostil sentíase atraído hacia la condesa como un planeta por la luz.

—Le felicito á usted—dijo Lidia fijando su mirada en la condecoración.

Karenine se encogió de hombros, cerrando los ojos á medias.

La condesa sabía que aquellas distinciones eran la más viva satisfacción de Alexandrovitch, aunque no quisiese convenir en ello.

—¿Qué hace nuestro ángel?—preguntó aludiendo á Sergio.

—No puedo decir que esté muy satisfecho—contestó Karenine elevando las cejas y abriendo los ojos;—y Sitnikof no lo está más (era el pedagogo encargado del niño). Según le dije á usted, observo en él cierta frialdad para las cosas esenciales que deben interesar á toda alma humana, hasta la de un niño.

Y Alexandrovitch se extendió sobre el asunto que, después de las cuestiones administrativas, le preocupaba más: la educación de su hijo. Hasta entonces no le había interesado el asunto; pero comprendiendo después la necesidad de instruirle, consagró algún tiempo á estudiar libros de pedagogia y obras didácticas á fin de formar un plan de estudios que el mejor maestro de la ciudad se encargó después de poner en práctica con arreglo á las instrucciones recibidas.

—Pero ¿y el corazón?—dijo la condesa con expresión sentimental;—á mí me parece que ese niño tiene el de su padre.

—Tal vez... En cuanto á mí, cumplo con mi deber y esto es todo lo que puedo hacer.

—¿Vendrá usted á mi casa?—preguntó la condesa después de un instante de silencio.—Hemos de hablar de un asunto triste para usted, y á la verdad yo hubiera dado cuanto hay en el mundo para que no evocase ciertos recuerdos; pero otros no piensan así. He recibido una carta de *ella;* está aquí en San Petersburgo.

Alexandrovitch se estremeció, pero su rostro recobró al punto la expresión de mortal inmovilidad que indicaba su impotencia para tratar semejante asunto.

—Ya lo esperaba—dijo.

La condesa le miró con entusiasmo, y ante aquella grandeza de alma, algunas lágrimas de admiración brotaron de sus ojos.

XXIV

Cuando Alexandrovitch entró en el gabinete de la condesa Lidia, adornado con retratos y porcelanas de mérito, no encontró allí á su amiga porque estaba cambiando de traje.

En un velador veíase el servicio del té, junto á la tetera y espíritu de vino.

Alexandrovitch, repasando las innumerables pinturas del gabinete, sentóse y tomó un evangelio.

El roce de un vestido de seda llamó de pronto su atención.

—Por fin vamos á estar tranquilos—dijo la condesa, deslizándose con una sonrisa entre la mesa y el diván;—ahora podemos hablar tomando el té.

Después de cambiar algunas palabras, á fin de preparar el terreno, la condesa, ruborizándose un poco, entregó la carta de Ana á Karenine.

Leyóla Alexandrovitch, y permaneció silencioso largo tiempo.

—No me creo con derecho para rehusar—dijo al fin, levantando la vista con cierto temor.

—¡Amigo mío, usted no ve el mal en ninguna parte!

—Creo, por el contrario, que está en todas; pero ¿sería justo...

—Su rostro expresaba la indecisión, el deseo de un consejo, de un apoyo, de un guía en cuestión tan espinosa.

—No—interrumpió Lidia—todo tiene sus límites. Comprendo la inmoralidad (esto no era exacto, puesto que ignoraba porqué las mujeres podían ser inmorales); pero no la crueldad, y mucho menos con usted. ¿Cómo puede ella permanecer en la misma ciudad donde su esposo se halla? Nadie es nunca demasiado viejo para aprender, y yo, yo voy comprendiendo cada día mejor la grandeza de usted y la bajeza de ella.

—¿Cuál de nosotros tirará la primera piedra?—replicó Karenine, evidentemente satisfecho del papel que desempeñaba.—Después de haber perdonado todo, ¿puedo yo pri-

varla de lo que es una necesidad de su corazón, de su amor al hijo...?

—¿Y es eso verdadero amor, amigo mío, amor sincero? Usted ha perdonado, y perdona aún; está muy bien, pero ¿tenemos nosotros derecho para turbar el alma de ese pequeño ángel? Sergio la cree muerta, ruega á Dios por su alma y pide el perdón de sus pecados. ¿Qué pensaría si la viese?

—No había pensado en eso—contestó Alexandrovitch, reconociendo la fuerza de este razonamiento.

La condesa, ocultando el rostro entre las manos, permaneció silenciosa.

—Si quiere usted saber mi opinión—replicó al fin—le diré que yo no concedería ese permiso. Harto veo cuánto sufre usted. Aun suponiendo que prescindiera de sí mismo, ¿á qué le conduciría esto? Así se prepararía usted otros padecimientos y una nueva perturbación para el niño. Si ella fuese aún capaz de experimentar sentimientos humanos, sería la primera en comprender esto. No, yo no vacilaría, y si usted me autoriza, contestaré.

Alexandrovitch consintió, y la condesa escribió al punto en francés la carta siguiente:

«Señora:

»El recuerdo de usted daría pie, por parte de su hijo, á varias preguntas á que no se podría responder sin obligarle á juzgar lo que debe ser sagrado para él.

»Comprenderá usted, pues, muy bien la negativa de su esposo, que procede así guiado por un espíritu de caridad cristiana. Entretanto ruego al Señor que sea misericordioso con usted,

»Condesa Lidia.»

Esta carta llenaba el fin secreto que la condesa se ocultaba á sí misma, y resintió á Ana hasta lo más profundo de su corazón. Karenine, por su parte, volvió á su domicilio perturbado; no le fué posible dedicarse á sus ocupaciones habituales, y tampoco halló la tranquilidad de un hombre que está en gracia y se cree elegido.

El recuerdo de aquella mujer tan culpable para con él y á

la que había tratado como un santo, al decir de la condesa, no hubiera debido perturbar su espíritu, y, sin embargo, no estaba tranquilo; no sabía lo que hacía, y érale imposible desechar las crueles reminiscencias del pasado. Al recordar la confesión de Ana al volver de las carreras, sentía como un remordimiento. ¿Por qué exigió solo de ella entonces el respeto á las conveniencias? ¿Por qué no provocó á Wronsky en duelo? Esto era lo que más le turbaba: y al pensar en la carta escrita á su esposa, en su inútil perdón, y en las atenciones prodigiosas á la niña de otro, la vergüenza y la confusión le abrasaban.

«¿Pero en qué soy yo culpable?—se decía.—¿Cómo aman y se casan los hombres del temple de los Wronsky, de los Oblonsky y de los Chambelanes de gallarda presencia?» Y Karenine pensaba en otros muchos de esos seres vigorosos, seguros de sí mismos y fuertes, que siempre habían excitado su curiosidad y su atención.

Por más que se esforzase en desechar semejantes pensamientos, recordando que, si el objeto de su existencia no era este mundo mortal, sólo la paz y la caridad debían llenar su alma, sufría como si la salvación eterna no hubiera sido más que una quimera. Por fortuna, la tentación no fué larga, y Alexandrovitch recobró muy pronto la serenidad y la elevación de espíritu, gracias á las cuales conseguía dar al olvido cuanto quería alejar de su pensamiento.

XXV

—¿Qué tal, Kapitonitch?—dijo Sergio, al volver sonrosado y fresco del paseo, en la víspera del día de su cumpleaños, mientras que el anciano conserje le despojaba de su capote, sonriendo de satisfacción.—¿Ha venido el pretendiente de la venda? ¿Le ha recibido papá?

—Sí, apenas llegó el jefe de sección, se presentó él—contestó el conserje.—Permítame usted quitarle el abrigo.

—¡Sergio, Sergio!—gritó el preceptor, que estaba delante de la puerta por donde se entraba en las habitaciones interiores;—usted mismo se puede quitar la ropa.

Pero Sergio, sin escuchar la voz áspera de su preceptor,

permanecía en pie junto al conserje, á quien había cogido por la casaca y miraba de pies á cabeza.

—¿Y ha hecho papá lo que ese hombre deseaba?

El conserje hizo una señal afirmativa.

El pretendiente de la venda interesaba á Sergio y al conserje; habíase presentado siete veces sin que se le admitiera, y el niño le encontró un día en el vestíbulo, suplicando que se le recibiese, porque de lo contrario, no le quedaba otro remedio que morir con sus siete hijos. Desde aquel día, Sergio pensaba siempre en el pobre hombre.

—¿Parecía contento?—preguntó el niño.

—¡Ya lo creo! Se marchó saltando de alegría.

—¿Me han traído alguna cosa?—preguntó Sergio después de una pausa.

—Sí, sí—contestó á media voz el conserje;—hay alguna cosa de parte de la condesa.

Sergio comprendió que se trataba de un regalo para el día de su cumpleaños.

—¿Dónde está?

—Korneï lo ha llevado á la habitación de su papá; debe ser cosa muy buena.

—¿De qué tamaño?

—No muy grande, pero seguramente le gustará.

—¿Será un libro?

—No. Vamos, vaya usted, pues Wassili Loukitch le llama—añadió el conserje, desprendiendo suavemente la mano, cubierta de un guante que le tenía cogido.

—Voy al momento, Wassili Loukitch—contestó Sergio con la afable sonrisa que siempre seducía al severo preceptor.

Sergio estaba contento, y quería participar con su amigo el conserje de una buena noticia para la familia que acababa de darle la sobrina de la condesa Lidia durante su paseo en el Jardín de verano. Esta alegría era mucho mayor aún porque su papá había recibido al pretendiente, y le esperaba además un regalo. «Este ha sido buen día—pensaba—y todos deben estar alegres.»

—¿No sabes que papá ha recibido la orden de Alejandro Newsky?—dijo al conserje.

—¿Cómo no lo he de saber, habiendo ya venido algunos á felicitarle?

—¿Está contento?

—No podía menos de estarlo por esa gracia del emperador, la cual prueba que ha merecido esta recompensa—contestó el conserje con gravedad.

Sergio reflexionó, mirando siempre de hito en hito al conserje, cuyo rostro conocía hasta en los menores detalles.

—¿Y qué hay de tu hija?—preguntó Sergio.—¿Hace mucho tiempo que no la ves?

La hija del conserje formaba parte del cuerpo de baile.

—¿Cómo ha de tener tiempo para venir en día de trabajo? Ella ha de recibir sus lecciones como usted, señorito.

Al entrar en su habitación, Sergio, en vez de ponerse á estudiar, habló á su preceptor del regalo, haciendo mil suposiciones sobre lo que podría ser.—¿Le parece á usted que será una locomotora?—preguntó; pero Wassili Loukitch no pensaba más que en la lección de gramática, que debía estar aprendida á las dos, hora en que el profesor llegaría.

—Dígame usted sólo, Wassili—añadió el niño, sentado á la mesa con su libro entre las manos—qué orden hay superior á la de Alejandro Newsky. Supongo que ya sabrá usted que han favorecido con ella á mi papá.

—La de Wladimiro—contestó el preceptor.

—¿Y sobre ésta?

—Sobre todo la de San Andrés.

—¿Y no hay otra superior?

—Lo ignoro.

—¿Cómo no lo sabe usted?

Y Sergio, apoyando la cabeza sobre una mano, comenzó á reflexionar.

Las meditaciones del niño eran muy diversas; imaginábase que su padre iba á ser condecorado también con las órdenes de Vladimiro y San Andrés, y que por lo tanto sería indulgente para la lección de aquel día. Después pensó que cuando fuese más grande haría méritos para merecer todas las condecoraciones, incluso aquellas que se inventaran superiores á la de San Andrés.

En estas reflexiones se pasó el tiempo tan pronto, que cuando llegó la hora de la lección, Sergio no sabía nada, y el profesor quedó muy descontento; esto afligía mucho á Sergio, pero habíale sido imposible aprender su lección. En pre-

sencia del profesor, no obstante, aprendió algo, á fuerza de escuchar y creer que comprendía; pero una vez solo, confundíase de nuevo.

Aprovechando un instante en que su maestro buscaba alguna cosa en el libro, preguntóle:

—¿Cuándo es el santo de usted, Miguel Ivanitch?

—Mejor sería que pensara usted en su estudio—contestó el maestro.—¿Á quién se le ocurre hacer semejante pregunta? Ese día será como cualquier otro, y se trabajará lo mismo.

Sergio miró atentamente á su profesor, examinó su escasa barba, sus anteojos colocados sobre la punta de la nariz, y entregóse á reflexiones tan profundas, que no oyó nada de la lección. ¿Creería su maestro lo que estaba diciendo? Á juzgar por el tono con que hablaba, esto parecía imposible.

«¿Por qué se empeñarán todos—se preguntó—en decirme cosas tan desagradables é inútiles? ¿Por qué no me querrá este hombre?

Sergio no encontraba la contestación.

XXVI

Después de la lección del profesor vino la del padre; Sergio la esperó jugando con un cortaplumas y entregado á nuevas meditaciones, apoyado de codos en la mesa.

Una de sus ocupaciones favoritas consistía en buscar á su madre durante sus paseos; no creía en la muerte en general y menos en la de aquella, á pesar de las afirmaciones de la condesa y de su padre. Por eso pensaba reconocerla en todas las mujeres altas, morenas y un poco robustas; su corazón se llenaba de ternura, agolpábanse las lágrimas á sus ojos, y esperaba que una de aquellas damas se acercase á él levantándose el velo. Entonces volvería á ver su rostro, le besaría, sentiría la dulce caricia de su mano, reconociendo su perfume y lloraría de contento, como una noche en que rodó á los pies de Ana, porque ésta le hacía cosquillas, ahogándose casi de risa. Más tarde la anciana criada le dijo, por casualidad, que su madre vivía; pero que su padre y la condesa decían lo contrario, porque se había hecho muy mala. Esto pareció á

Sergio más inverosímil aún, y por lo tanto buscábala con mayor afán. Aquel día, vió en el jardín de verano una dama con velo de color de lila, y su corazón latió con fuerza al observar que tomaba el mismo sendero que él; pero de repente desapareció. El cariño de Sergio á su madre era más vivo que nunca, y con los ojos brillantes cortaba la mesa con el cortaplumas.

—¡Ya viene papá!—díjole Wassili Loukitch.

Sergio saltó de la silla y corrió á besar la mano á su padre, buscando en su rostro alguna señal de satisfacción por el honor recibido.

—¿Has paseado bastante?—preguntó Alexandrovitch sentándose en un sillón y abriendo un volumen del Antiguo Testamento.

Aunque había dicho á menudo á Sergio que todo cristiano debía conocer el Antiguo Testamento á fondo, con frecuencia necesitaba consultar el libro para sus lecciones y el niño lo observaba.

—Sí, papá—contestó Sergio sentándose de lado y balanceando su silla, á pesar de habérsele prohibido esto.—He visto á Nadinka (una sobrina de la condesa que ésta educaba) y me ha dicho que le habían concedido á usted una nueva condecoración. ¿Está usted contento, papá?

—En primer lugar, no balancees así la silla—replicó Alexandrovitch—y en segundo, sábete que lo que debe sernos caro es el trabajo en sí y no la recompensa. Yo quisiera hacerte comprender esto. Si sólo buscas aquella, el primero te parecerá penoso; pero si amas el trabajo, en él hallarás tu recompensa.

Y Alexandrovitch recordó que al firmar aquel mismo día ciento diez y ocho documentos distintos, sólo tuvo por apoyo en aquella ingrata tarea el sentimiento del deber.

Los ojos brillantes de Sergio oscureciéronse ante la mirada de su padre.

Comprendía que éste adoptaba con él un tono particular, como si se dirigiera á uno de esos niños imaginarios que se encuentran en los libros y á los cuales Sergio no se parecía en nada.

—Supongo que me comprendes—dijo el padre.

—Sí, papá—contestó el niño.

La lección consistía en recitar algunos versículos del Evangelio, diciendo de memoria el principio del Antiguo Testamento. Al comenzar, la lección marchó bien; pero de pronto llamóle la atención al niño el aspecto de la frente de su padre que parecía formar un ángulo casi recto cerca de las sienes, y desde entonces todo lo dijo al revés. Alexandrovitch dedujo que no comprendía nada de lo que decía, y esto le irritó, frunció el ceño y comenzó á explicar lo que el niño no podía haber olvidado después de repetirlo tantas veces. Pero Sergio, atemorizado, miraba á su padre, preguntándose si sería necesario repetir las explicaciones como otras veces, y este temor le impedía comprender. Por fortuna, Alexandrovitch pasó á la lección de historia sagrada: Sergio refirió bastante bien los hechos mismos, pero cuando se trató de dar á conocer su significación, confundióse y fué castigado por no haber sabido nada. El momento más crítico fué aquel en que debió enumerar la serie de los patriarcas antidiluvianos; sólo se acordaba de Enoch, su personaje favorito en la historia sagrada, y el niño había relacionado con la elevación de este patriarca á los cielos, una larga serie de ideas que le absorbió por completo, mientras miraba fijamente la cadena del reloj de su padre y un botón del chaleco que estaba desabrochado.

Sergio, que no creía en la muerte de aquellos á quienes amaba, no admitía tampoco que él pudiese morir, aunque esta idea inverosímil é incomprensible de la muerte le hubiese sido confirmada por personas dignas de su confianza, incluso la criada, quien le había dicho que todos los hombres morían. Pero si era así, ¿por qué no murió Enoch, y por qué otros no merecerían también subir vivos al cielo como él? Los malos, aquellos á quienes Sergio no amaba, podían morir muy bien; pero los buenos debían hallarse en el caso de Enoch.

—Vamos—dijo Alexandrovitch—¿quiénes son esos patriarcas?

—Enoch... Enos...

—Ya los has citado. Sabes muy mal tu lección, Sergio; y si no tratas de instruirte en las cosas esenciales para un cristiano, no sé en qué te ocuparás—dijo el padre levantándose.—Tu profesor no está más satisfecho que yo, y por lo tanto me es preciso castigarte.

Sergio estudiaba poco, en efecto, y sin embargo, no le faltaba disposición, y hasta era superior á los que su maestro le citaba como ejemplo; si no quería aprender lo que se le enseñaba, era porque no podía, y porque su alma experimentaba necesidades muy diferentes de las que le suponían sus profesores. Á los nueve años no era más que un niño, pero conocía su alma y defendíala contra todos aquellos que trataban de penetrar en ella sin la llave del amor. Acusábanle de no querer aprender nada, y ardía en deseos de saber; pero instruíase hablando con Kapitonitch, su anciana criada Nadinka y Wassili Loukitch.

Sergio fué castigado, pues no obtuvo permiso para ir á casa de Nadinka; pero este castigo redundó en provecho suyo, pues Wassili Loukitch estaba de buen humor y enseñóle el arte de construir un pequeño molino de viento. La noche se pasó meditando sobre el medio de servirse de un molino para girar en el aire sujetándose á las aspas. Olvidó por lo pronto á su madre, pero acordóse de ella en la cama, y rezó á su manera para que dejara de ocultarse y le hiciese una visita al día siguiente, aniversario de su nacimiento.

—Wassili Loukitch—dijo,—¿sabe usted lo que he pedido á Dios entre otras cosas?

—¿Que te permita estudiar más?

—No.

—¿Que te regalen juguetes?

—No lo adivinará usted; es un secreto; pero si se realiza lo que pido, se lo diré.

—Está bien—contestó Wassili Loukitch sonriendo;—pero ahora á la cama, pues voy á apagar la luz.

—Veo lo que he pedido en mi oración cuando estamos á oscuras. ¡Vamos, ya he revelado casi mi secreto!—dijo Sergio sonriendo.

El niño creyó oir á su madre y reconocer su presencia apenas se apagó la luz; estaba en pie junto á su lecho y acariciábale con una mirada llena de ternura; después vió un molino y un cuchillo, luego se confundió todo en su cabecita y durmióse profundamente.

XXVII

Wronsky y Ana se habían alojado en uno de los principales hoteles de San Petersburgo, el primero en el piso bajo y la segunda en el principal, con la niña, la nodriza y la camarera, una habitación grande con cuatro aposentos. El primer día de su llegada, Wronsky fué á ver á su hermano y encontró á su madre, que había llegado de Moscou para asuntos particulares.

La condesa y su cuñada le recibieron como de costumbre; hiciéronle varias preguntas sobre su viaje, y le hablaron de amigos y conocidos, pero sin hacer la menor alusión á Ana. Su hermano fué el primero en hablarle de ella, al devolverle la visita al día siguiente. Wronsky aprovechó la ocasión para explicarle que consideraba sus relaciones con la señora de Karenine como un casamiento, pues tenía fundadas esperanzas de obtener un divorcio que regularía su posición, por lo cual deseaba que su madre y su cuñada comprendiesen el caso en que se hallaba.

—El mundo podrá no aprobarnos—dijo;—esto me es indiferente; pero si mi familia quiere mantenerse en buena inteligencia conmigo, es necesario que conserve relaciones convenientes con mi esposa.

El hermano mayor, que respetaba siempre mucho las opiniones del menor, pensó que ya se encargaría el mundo de resolver esta delicada cuestión, y sin protestar, dirigióse con Alejo al alojamiento de la señora de Karenine.

Á pesar de su experiencia del mundo, Wronsky incurría en un extraño error: comprendiendo él mejor que nadie que la sociedad le cerraría sus puertas, figuróse, por un singular efecto de imaginación, que la opinión pública, olvidando sus antiguas preocupaciones, habría sufrido la influencia del progreso general. «Sin duda, no podremos contar con el mundo oficial—decía;—pero nuestros parientes y amigos comprenderán las cosas tal como son.»

Una de las primeras mujeres de la alta sociedad á quien encontró fué su prima Betsy.

—¡Al fin!—exclamó ésta alegremente.—¿Y Ana? ¿Dónde

os habéis alojado? Imagino fácilmente el mal efecto que os producirá San Petersburgo después de un viaje como el que acabáis de hacer. ¿Está ya arreglado lo del divorcio?

El entusiasmo de Betsy desapareció cuando supo que aún no se había obtenido aquél y Wronsky lo notó bien pronto.

—Ya sé que me tirarán la piedra—dijo—pero visitaré á Ana, sobre todo si no habéis de estar aquí mucho tiempo.

La princesa fué, en efecto, el mismo día, pero había cambiado de tono; habló repetidas veces sobre su valor y la prueba de amistad que daba á Ana, y después de hablar de las noticias del día, levantóse á los diez minutos y dijo al marcharse:

—No me han dicho ustedes cuándo se efectuará el divorcio. En cuanto á mí, arrostro por todo, pero les prevengo que otros no harán como yo, y que encontrarán ustedes muchos que les volverán la espalda.. ¡Es tan fácil esto ahora! ¿Con que se van el viernes? Siento mucho que no podamos vernos de aquí á entonces.

El tono de Betsy debía haber bastado para hacer comprender á Wronsky la acogida que se les reservaba; pero quiso hacer otra tentativa en su familia. Pensaba que su madre, á quien tanto agradó en su primer encuentro, sería inexorable para aquella que había abandonado á su hijo; pero Wronsky fundaba las mayores esperanzas en Waria, su cuñada; ésta no desecharía seguramente á Ana, é iría á verla como si nada hubiera sucedido.

Al día siguiente, habiéndola encontrado sola, hablóle con toda franqueza.

—Ya sabes, Alejo—contestó Waria después de haberle escuchado—cuánto cariño te profeso, y hasta qué punto me sacrificaría por ti; pero si ahora me mantengo separada es porque ya no puedo ser útil á Ana Arcadievna (y recalcó en estos dos nombres). No creas que me permito juzgarla, pues yo tal vez habría obrado como ella en su lugar; tampoco entraré en detalle alguno—añadió tímidamente al ver que la frente de su cuñado se nublaba;—pero es preciso dar á las cosas su verdadero nombre. Tú quisieras que yo fuese á verla para recibirla después en mi casa, á fin de rehabilitarla en la sociedad; pero *yo no puedo* hacerlo. Mis hijas son ya crecidas, y á causa de mi esposo me es preciso vivir en la sociedad. Si

yo fuese á casa de Ana Arcadievna, no podría invitarla á venir á la mía, por temor de que encontrase en mi salón personas que no piensan como yo. ¿No se resentiría de todos modos?... Yo no puedo rehabilitarla.

—¡Pero si yo no admito un instante que se haya rebajado, ni la compararía tampoco con centenares de mujeres á quienes recibes aquí!—interrumpió Wronsky levantándose, persuadido de que su cuñada no cedería.

—Alejo, te ruego que no te incomodes—repuso Waria con tímida sonrisa; esto no es culpa mía.

—No he de tenerte por eso mala voluntad—replicó Wronsky entristeciéndose cada vez más—pero sufro doblemente, porque así quedará rota nuestra amistad, ó por lo menos muy resentida, pues debes comprender que tal será para nosotros el inevitable resultado.

Así diciendo, Wronsky se retiró, y persuadido al fin de la inutilidad de hacer nuevas tentativas, resolvió considerarse como en una ciudad extranjera y evitar toda ocasión de nuevos choques.

Una de las cosas que más sintió fué oir pronunciar en todas partes su nombre asociado con el de Alejo Alexandrovitch; en cada conversación acabábase hablando de Karenine; y si salía, siempre encontraba á éste, ó por lo menos figurábaselo, como una persona que tiene un dedo dañado, cree tropezar con él en todos los objetos.

Por otra parte, la actitud de Ana le entristecía; veíala en una disposición moral tan extraña como incomprensible, que nunca le conociera antes; sucesivamente cariñosa y fría, mostrábase siempre irritable y enigmática; evidentemente, atormentábala alguna cosa, pero en vez de mostrarse sensible á los desaires que tanto hacían sufrir á Wronsky, y que con su fina percepción debía adivinar, sólo parecía cuidarse de disimular sus disgustos, mostrándose del todo indiferente á lo demás.

XXVIII

Al volver á San Petersburgo, el pensamiento dominante de Ana fué ver á su hijo: poseída de esta idea desde el día que

salió de Italia, su alegría iba en aumento á medida que se acercaba á la capital; parecíale á ella cosa muy sencilla ver al niño, hallándose en la misma ciudad que él; pero desde que llegó pudo comprender que no sería tan fácil una entrevista.

¿Cómo arreglarse? Ir á casa de su esposo, exponiéndose á no ser admitida ó á recibir una afrenta, ó dirigirse por escrito á Karenine, no era posible; y sin embargo, no se contentaría con ver á su hijo en el paseo, pues debía darle muchos besos y acariciarle largo tiempo para quedar satisfecha. La anciana criada de Sergio hubiera podido serle útil en aquel caso, mas ya no estaba en casa de Karenine. Dos días transcurrieron así en la incertidumbre; y al tercero, habiendo sabido las relaciones de Alexandrovitch con la condesa Lidia, resolvió escribir á esta última.

Cruel decepción fué para Ana ver al mensajero regresar sin contestación; jamás se había creído tan ofendida y humillada, y sin embargo, comprendía que la condesa podía tener razón: su dolor fué tanto más vivo cuanto que no podía confiárselo á nadie.

Ni aun el mismo Wronsky sabría apreciarlo, pues trataría el hecho como de poca importancia, y sólo la idea de su frialdad en este punto parecíale odiosa; el temor de aborrecer á su amante era el peor de todos, y por lo tanto, resolvió ocultarle cuidadosamente sus pasos respecto al niño.

Durante todo el día ingenióse para imaginar otros medios de ver á su hijo, y al fin se decidió por el más penoso de todos: escribir directamente á Karenine. En el momento de comenzar su carta, recibió la contestación de la condesa Lidia; habíase resignado al silencio, pero la animosidad y el sarcasmo que le revelaban las líneas de aquel billete irritáronla en alto grado.

«¡Qué crueldad y qué hipocresía!—pensó;—quieren resentirme y atormentar al niño, pero yo no lo permitiré. Esa mujer es peor que yo, pues yo, por lo menos, no miento.»

Ana resolvió al punto ir á casa de su esposo al día siguiente, aniversario del nacimiento de Sergio, sobornar á los criados costase lo que costase, ver al niño y poner término á las absurdas mentiras con que le inquietaban.

Al efecto comenzó por ir á comprar confites, y después

trazó su plan: iría por la mañana temprano, antes que Alexandrovitch se levantara; llevaría el dinero dispuesto para el conserje y el criado, y solicitaría que la dejasen subir sin levantar el velo, para depositar en la cama de Sergio los regalos enviados por su padrino. En cuanto á lo que diría á su hijo, aún no lo había pensado.

Á la mañana siguiente, á eso de las ocho, Ana se apeó del coche y llamó á la puerta de su antigua casa.

—Vé á ver quién es; parece una señora —dijo Kapitonitch á su ayudante, joven que Ana no conocía, al ver á la puerta una dama con velo.

El conserje no estaba vestido aún para recibir, y Ana, apenas estuvo dentro, deslizó un billete de tres rublos en la mano del muchacho, murmurando: «Sergio... Sergio Alexeitch;» y avanzó algunos pasos.

El sustituto del conserje examinó el billete, y detuvo á la visitante á la segunda puerta.

—¿Á quién busca usted?—le preguntó.

Ana no oyó ni contestó nada.

Kapitonitch, observando la turbación de la desconocida, acudió presuroso para preguntar qué deseaba.

—Vengo de parte del príncipe Skaradoumof para ver á Sergio Alexeitch.

—Aún no está levantado—contestó el conserje, examinando con atención á la dama velada.

Ana no hubiera creído nunca que podía experimentar tal turbación en aquella casa, donde había vivido nueve años; en su alma se despertaron recuerdos dulces y crueles, y durante un momento olvidó por qué estaba allí.

—Sírvase usted esperar—dijo el conserje, despojándola de su abrigo.

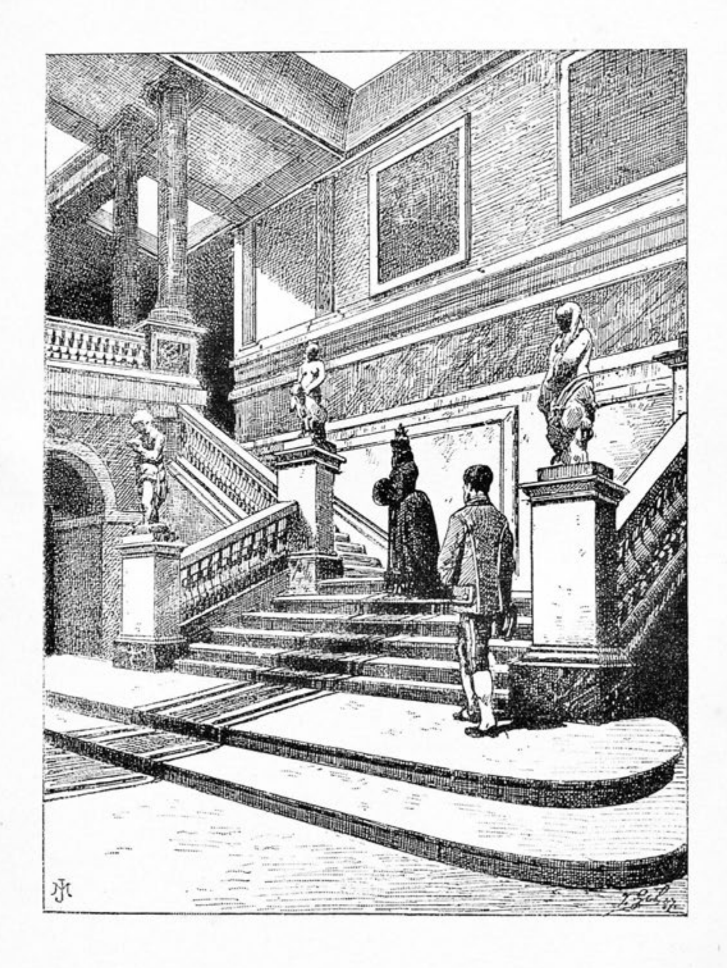
Y como la reconociese en el mismo instante, saludóla profundamente.

—Tenga vuecencia la bondad de entrar—dijo.

Ana quiso hablar, pero faltóle la voz, y dirigiendo al anciano una mirada suplicante, subió la escalera con rapidez. Kapitonitch trató de alcanzarla corriendo detrás, pero sus zapatillas se enganchaban en cada peldaño.

—El preceptor no estará vestido aún — decía; — permítame vuecencia avisarle.

Ana subía siempre la bien conocida escalera, sin comprender lo que el anciano decía.



—Por aquí, á la izquierda; todo está en desorden, pues ha cambiado de habitación—decía el conserje, casi sin aliento.

—Sírvase vuecencia esperar un momento; voy á ver;—y abriendo una gran puerta, desapareció.

Ana se detuvo esperando.

—Acaba de despertarse—dijo el conserje, presentándose á poco.

En el mismo instante, Ana oyó como un bostezo de niño, bastándole esto para reconocer que estaba allí.

—¡Déjeme usted entrar, déjeme usted—balbuceó, penetrando en la habitación precipitadamente.

Á la derecha de la puerta, Ana vió el lecho, y en él un niño, con su camisita de noche, que se estiraba; sus labios se entreabrieron por una sonrisa, y volvió á reclinar su cabeza sobre la almohada.

—¡Hijo mío!—murmuró Ana acercándose al lecho sin ser oída.

Desde que estaban separados, y en sus efusiones de ternura para el ausente, Ana creía ver siempre á su hijo á los cuatro años, á la edad en que fué más hermoso. Ahora no se parecía ya al que ella dejó; era más alto y delgado, y su cara le pareció más larga, á causa de tener el cabello corto. Había cambiado mucho, pero era siempre él; la forma de su cabeza, los labios, el pequeño cuello, y los anchos hombros eran los mismos.

—¡Sergio mío!—repitió Ana al oído del niño.

Éste se incorporó, apoyándose en un codo, volvió su cabeza desgreñada, tratando de comprender, y abrió los ojos. En el primer instante fijó una mirada interrogadora en su madre, inmóvil junto á él, sonrió de contento, y con los ojos medio cerrados aún por el sueño, precipitóse en sus brazos.

—¡Sergio, hijo mío!—balbuceó la madre, sofocada por las lágrimas, y estrechando aquel pequeño cuerpo.

—¡Mamá!—murmuró el niño, revolviéndose entre las manos de su madre como para sentir mejor la presión.

Sergio se cogió á la cabecera de la cama con una mano, y con la otra al hombro de su madre, y comenzó á frotar su rostro contra el cuello y el pecho de Ana, á quien parecía embriagar aquel cálido perfume de su hijo.

—Bien sabía yo—dijo éste, entreabriendo los ojos—bien sabía yo que vendrías el día de mi cumpleaños: voy á levantarme enseguida.

Y hablando así volvió á quedar adormecido.

Ana le devoraba con la vista, observando los cambios ocurridos durante su ausencia, costándole algo reconocer aquellas piernas tan largas, aquellas flacas mejillas, y aquellos cabellos que formaban rizos sobre la nuca. Estrechaba á Sergio contra su corazón, y las lágrimas la impedían hablar.

—¿Por qué lloras, mamá?—preguntó, despierto ya del todo y dispuesto á llorar también.

—¿Yo? No lloraré más... es de alegría, porque hace mucho tiempo que no te he visto. Vamos—añadió, reprimiendo sus lágrimas y volviéndose—ahora debes vestirte...

Y sin dejar la mano de Sergio, sentóse junto á la cama, en la silla en que estaba la ropa del niño.

—¿Cómo te vistes sin mí?—preguntó Ana.—¿Cómo...?

Ana quiso hablar alegremente, mas no pudo, y volvió de nuevo la cabeza.

—Ya no me lavo con agua fría—dijo Sergio—porque papá lo ha prohibido. ¿Has visto á Wassili Loukitch? ahora vendrá. ¡Mira, te has sentado sobre mi ropa...!

Y Sergio soltó la carcajada, haciendo sonreir á su madre.

—¡Querida mamá!—exclamó el niño, precipitándose de nuevo en brazos de Ana, como si comprendiera mejor lo que le sucedía.—¡Quítate eso!—añadió, despojándola de su sombrero.

Y al verla con la cabeza desnuda, abrazóla otra vez.

—¿Qué has pensado de mí?—preguntó Ana.—¿Creíste que me había muerto?

—Nunca lo creí.

—¿De veras, hijo mío?

—Ya lo sabía, ya lo sabía—repuso Sergio, repitiendo su frase favorita, y apoderándose de la mano que acariciaba su cabello, la cual comenzó á besar, apoyando la palma en su pequeña boca.

XXIX

Entre tanto, Wassili Loukitch estaba muy apurado; acababan de noticiarle que la dama cuya visita le había parecido

tan extraordinaria era la madre de Sergio, aquella mujer que abandonara á su esposo, y á quien no conocía, puesto que él no entró en la casa hasta que estuvo fuera. ¿Debería avisar al señor de Karenine? Después de madura reflexión, resolvió cumplir extrictamente sus deberes, yendo á la habitación de Sergio á la hora de costumbre, sin cuidarse de la presencia de tercera persona, aunque fuese la madre. Sin embargo, al ver las caricias de ésta y del niño, y al oir sus palabras, cambió de parecer; encogióse de hombros, suspiró y cerró suavemente la puerta. «Esperaré diez minutos más,» se dijo tosiendo ligeramente y secándose los ojos.

Los criados estaban poseídos de una viva inquietud, pues todos sabían que el conserje había dejado entrar á la señora, y que ésta se hallaba en la habitación del niño; también sabían que el amo solía ir todas las mañanas á ver á Sergio á eso de las nueve; y todos comprendían que los esposos no debían encontrarse: era preciso evitarlo á toda costa.

Korneï, el ayuda de cámara, bajó á la portería para preguntar por qué se había permitido la entrada á la señora, y al saber que el mismo Kapitonitch la había acompañado hasta arriba, reprendióle severamente. El conserje guardó un silencio obstinado; pero cuando el ayuda de camára añadió que merecía ser despedido, el anciano dió un salto y acercóse á Korneï con ademán enérgico.

—¡Bah—exclamó—como si no la hubieras dejado entrar tú también! Después de no haber oído más que buenas palabras de su boca durante diez años que la has servido, ¿le habrías dicho tú que tuviera la bondad de salir? Tú comprendes muy bien la política, tanto como lo de robar al amo y gastar sus abrigos.

—¡Grosero!—contestó Korneï con desdén; y se volvió hacia la criada que entraba en aquel momento.—Sea usted juez, María Efimovna—le dijo;—ha dejado entrar á la señora sin advertírselo á nadie, y de un momento á otro, cuando el amo se haya levantado, irá á la habitación de los niños.

—¡Qué apuro, qué apuro! ¿no habrá medio de entretener al amo, mientras corro á prevenir á la señora para que salga al punto? ¡Qué compromiso!

Cuando la sirvienta entró en la habitación de Sergio, éste refería á su madre cómo Nadinka y él se habían caído y res-

balado en una montaña de hielo, dando tres volteretas. Ana escuchaba el sonido de la voz, observaba el rostro, el juego de la fisonomía de su hijo, y tocaba sus pequeños brazos, pero sin comprender lo que decía. Sólo pensaba que era preciso dejarle, salir de allí; había oído los pasos de Wassili Loukitch y su tosecita discreta, y en aquel momento percibía también los pasos de la criada; pero sin poder moverse ni hablar, permanecía inmóvil como una estatua.

—¡Señora, hija mía!—murmuró la anciana sirvienta, acercándose á Ana y besándole los hombros y las manos.—¡He aquí una satisfacción que Dios envía al niño que nosotros felicitamos hoy! Usted no ha cambiado nada.

—¡Ah! Niania, amiga mía;—contestó Ana, reponiéndose al punto—no sabía que estuviera usted en la casa.

—Ahora vivo con mi hija, pero he venido esta mañana para felicitar á Sergio, querida señora.

La anciana comenzó á llorar y besó de nuevo la mano de su antigua ama.

Sergio, con los ojos brillantes, tenía cogida con una mano la falda de su madre, y con la otra la de la sirvienta, y saltaba de alegría al observar el cariño de esta última á su señora.

—Mamá—dijo—viene muy á menudo á verme, y siempre...

El niño se interrumpió al ver que la anciana decía una cosa al oído á su madre, y que el rostro de esta última tomaba una expresión de espanto, y como de vergüenza.

Ana se acercó á Sergio.

—¡Hijo mío!—exclamó.

No pudo pronunciar la palabra *Adiós*, mas por la expresión de su rostro, el niño la adivinó.

—¡Hijo mío, querido Koutia!—murmuró Ana, sirviéndose del sobrenombre que solía dar á Sergio cuando era pequeñito;—tú no me olvidarás; tu ma...—no pudo concluir.

¡Cuánto sintió después no haberle dicho muchas cosas que en aquel momento no pudo expresar! Pero Sergio lo comprendió todo; conoció que su madre le amaba y era desgraciada, y hasta adivinó lo que la sirvienta quería decir á su madre, pues oyó estas palabras: «Siempre á eso de las nueve.» Sergio sabía que se trataba de su padre y que éste no debía encontar á su madre; mas no pudo explicarse la causa del espanto y la confusión de Ana.

Si no era culpable ¿por qué temía y se sonrojaba? El niño hubiera querido preguntarlo, mas no se atrevió, porque veía á su madre padecer y esto le causaba pena, aunque no le impidió estrecharse contra ella, murmurando:

—No te vayas todavía; no vendrá tan pronto.

Su madre le apartó un instante para mirarle y tratar de comprender si pensaba bien lo que decía; por su expresión de espanto, conoció que hablaba verdaderamente de su padre.

—Sergio, hijo mío—dijo Ana—ámale; es mejor que yo, y me reconozco culpable para con él; cuando tengas más edad, ya juzgarás.

—Nadie es mejor que tú—exclamó el niño sollozando; y cogiéndose á la falda de su madre, estrechóle con toda la fuerza de sus brazos temblorosos.

—¡Hijo querido!—balbuceó Ana, llorando como un niño.

En aquel momento abrióse la puerta, y Wassili Loukitch entró, pero oíanse otros pasos además de los suyos, y la sirvienta, atemorizada, entregó á Ana su sombrero, murmurando:

—Ya viene.

Sergio se dejó caer en la cama sollozando y cubriéndose el rostro con sus manecitas; su madre las retiró para besar una vez más sus mejillas bañadas en lágrimas y salió con paso precipitado. Alexandrovitch, que se acercaba ya, detúvose al verla é inclinó la cabeza.

Aunque Ana había dicho un momento antes que era mejor que ella, la rápida mirada que fijó en toda la persona de su esposo no despertó en su corazón más que un sentimiento de odio, de desprecio y de envidia, por lo que se refería á su hijo; bajóse al punto el velo y salió casi corriendo.

En su precipitación había dejado en el coche los confites comprados la víspera con tanta tristeza y amor, y los cuales se llevó otra vez á su alojamiento.

XXX

Por más que Ana se hubiese preparado de antemano, no esperaba que le produjera tan violentas emociones la vista de

su hijo; y cuando entró en su alojamiento, porque estaba allí. «¡Sí—se decía, al quitarse el sombrero y dejándose caer en un sillón junto á la chimenea—todo ha concluído; me he quedado sola!»

La camarera francesa, que Ana había traído del extranjero. entró para recibir órdenes; Ana pareció extrañarse al verla y contestó:

—Más tarde.

Un criado que se presentó después para preguntar si serviría el almuerzo, recibió igual contestación.

La nodriza italiana entró á su vez, llevando á la niña, que acababa de vestir; la criatura, al ver á su madre, sonrió, agitando los brazos, como un pez sus aletas; golpeaba los pliegues de su vestidito bordado é inclinábase hacia Ana, que no se resistió á recibirla. Besando las frescas mejillas y los redondos hombros de su hija, dejóla cogerse á su mano con gritos de alegría, la tomó en brazos y la hizo saltar sobre sus rodillas; pero la presencia misma de aquella encantadora criatura la obligó á reconocer la diferencia que su corazón establecía entre ella y Sergio.

En otro tiempo había concentrado todo su amor y ternura en aquel niño, hijo de un hombre á quien no amaba, y nunca su hija, nacida en las más tristes condiciones, había recibido la centésima parte de las caricias prodigadas á Sergio. La niña, por otra parte, sólo representaba para ella esperanzas, mientras que su hijo era casi un hombre, que conocía ya la lucha con sus sentimientos y sus ideas; amaba á su madre, comprendíala, y tal vez la juzgaba... creíalo así al recordar las palabras de su hijo, de quien estaba separada moral y materialmente, sin ver ya remedio para esta situación.

Después de entregar la niña á su nodriza, y cuando ésta se hubo retirado, Ana abrió un medallón que contenía el retrato de Sergio á la misma edad de la niña, y después buscó otros retratos de él en un álbum; el último que halló, la mejor fotografía, representaba á Sergio á caballo en una silla, con blusa blanca, la sonrisa en los labios y las cejas un poco fruncidas; la semejanza era perfecta; y con sus dedos nerviosos, Ana quiso sacar el retrato del álbum para compararle con los demás, pero no pudo. Para desprender la tarjeta de su marco. empujóla con otra fotografía tomada á la casualidad.

Era un retrato de Wronsky, hecho en Roma, con cabello largo y sombrero hongo.

«Hele aquí»—se dijo; y al contemplar la imagen, recordó de pronto que representaba al autor de todos sus padecimientos.

No había pensado en él en toda la mañana, pero al ver aquel rostro varonil y de noble expresión, que tan bien conocía y amaba tanto, su corazón palpitó de amor.

«¿Dónde está? ¿Por qué me deja así sola, presa de mi dolor?» —preguntóse con amargura, olvidando que ella le ocultaba con cuidado todo cuanto se refería á su hijo. En el mismo instante envió á decirle si podía subir, y con el corazón oprimido, esperó las palabras de ternura que él buscaría para consolarla. El criado volvió diciendo que Wronsky tenía visita, y que le enviaba á preguntar si podría recibirle con el príncipe Yavshine, recientemente llegado á San Petersburgo. «No vendrá solo—pensó Ana—y eso que no me ha visto desde ayer á la hora de comer; nada podré decirle si viene Yavshine.» Y una idea cruel cruzó por su mente. «¡Si hubiera dejado de amarme!»—murmuró.

Esta idea la indujo á repasar en su memoria todos los incidentes de los días anteriores, y en ellos creyó ver confirmado este pensamiento terrible. La víspera no había comido con ella; no ocupaba la misma habitación, y en aquel momento deseaba presentarse acompañado, como si temiese una entrevista á solas.

«Pero su deber es confesármelo—se dijo—así como el mío enterarme; si es verdad, ya sé lo que debo hacer»—añadió, aunque no se hallaba en estado de imaginar lo que sería de ella si se probaba la indiferencia de Wronsky. Esta inquietud, que rayaba en desesperación, la sobreexcitó; llamó á su doncella para pasar al tocador y vistióse con el mayor esmero, como para enamorar otra vez á Wronsky si éste se mostraba indiferente. La campanilla resonó antes de que terminase su tocador.

Al entrar en el salón, la primera persona que vió fué Yavshine que examinaba los retratos de Sergio olvidados sobre la mesa.

—Somos antiguos conocidos—dijo Ana dirigiéndose hacia él y apoyando su pequeña mano en la diestra enorme del gi-

gante, que miraba á su interlocutora con timidez, sentimiento que contrastaba singularmente con la talla gigantesca de Yavshine y sus acentuadas facciones.—Nos hemos visto el año pasado en las carreras... déme usted eso—dijo tomando de la mano de Wronsky los retratos de su hijo mientras que sus brillantes ojos le dirigían una significativa mirada.... ¿Han sido brillantes las carreras este año?—prosiguió. Nosotros las hemos visto en Roma, en el Corso; pero me parece que á usted no le gusta vivir en el extranjero—añadió Ana con cariñosa sonrisa. Ya le conozco á usted, y aunque no nos hayamos visto hace tiempo, recuerdo sus gustos.

—Lo siento, porque los míos son generalmente malos—contestó Yavshine mordiéndose el bigote.

Después de algunos momentos de conversación, el príncipe observando que Wronsky consultaba su reloj, preguntó á Ana si se proponía permanecer largo tiempo en San Petersburgo, y tomando su kepis levantóse, ostentando su elevada estatura.

—No lo creo así—contestó Ana mirando á Wronsky con cierta turbación.

—Entonces ya no nos veremos—dijo Yavshine volviéndose hacia Wronsky. ¿Dónde comes?—preguntó á este último.

—Venga usted á comer con nosotros—dijo Ana con tono resuelto. Y contrariada por no poder disimular su inquietud siempre que se revelaba su falsa situación ante un extranjero, se ruborizó.—La comida no es muy buena aquí—añadió;—pero cuando menos, volveremos á vernos: sé que de todos sus compañeros de regimiento, usted es el que Alejo aprecia más.

—Con mucho gusto—contestó Yavshine sonriendo de un modo que demostró á Wronsky que Ana le agradaba mucho. El príncipe se despidió quedándose Wronsky atrás.

—¿Te vas tú también?—preguntó Ana.

—Ya me he retardado. Sigue adelante—gritó á su amigo—ya te alcanzaré.

Ana cogió la mano de su amante, fijó en él la vista pensando en lo que podría decirle para retenerle.

—Espera—murmuró oprimiendo la mano de Wronsky con su mejilla;—quiero preguntarte una cosa: ¿Te parece que he hecho mal en convidarle á comer?

—Nada de eso—contestó Wronsky con tranquila sonrisa.

—Alejo—continuó Ana estrechándole una mano entre las suyas—¿no has cambiado para mí? Ya no puedo resistir más aquí. ¿Cuándo nos marcharemos?

—Muy pronto, muy pronto; no puedes figurarte cuánto me pesa la vida.

Y retiró su mano.

—¡Pues bien, véte!—repuso Ana algo resentida y alejándose presurosa.

XXXI

Cuando Wronsky volvió al hotel, Ana no estaba y dijéronle que había salido con una señora. Esta manera de ausentarse sin decir á dónde iba, juntamente con su agitación y el tono duro que empleó al recoger los retratos de su hijo delante de Yavshine, hizo reflexionar á Wronsky, que, resuelto á pedir una explicación, esperó en la sala. Ana no volvió sola; iba con una tía suya, la princesa Oblonsky, vieja solterona, con la cual había ido á comprar varios objetos. Sin observar la expresión inquieta é interrogadora de Wronsky, Ana comenzó á enumerar alegremente todo cuanto había comprado por la mañana; pero revelábase en sus ojos brillantes cierta tensión de espíritu, y en sus movimientos una agitación febril que inquietó á Wronsky perturbando su ánimo.

Se había puesto cubierto para cuatro personas y ya iban á sentarse á la mesa, cuando anunciaron á Toushkewitch, portador de un mensaje de la princesa Betsy para Ana.

Betsy se excusaba de no haber ido á despedirse; estaba indispuesta y rogaba á su amiga que fuese á verla de siete y media á nueve. Wronsky miró á su amante como para hacerle observar que al fijarle una hora, se habían adoptado las medidas necesarias para que no encontrase á nadie. Ana pareció no fijarse en esta circunstancia.

—Me es sensible—contestó con una imperceptible sonrisa—no estar libre precisamente de siete y media á nueve.

—La princesa lo sentirá mucho.

—Yo también.

—¿No va usted á ver á la Patti?—preguntó Toushkewitch.

—¿Á la Patti? Ahora me da usted una idea. Seguramente iría si pudiese obtener un palco.

—Yo puedo traérselo á usted.

—Pues se lo agradeceré mucho—dijo Ana.—Pero ¿no quiere usted quedarse á comer con nosotros?

Wronsky se encogió ligeramente de hombros, porque no comprendía la manera de proceder de Ana. ¿Por qué había ido con la vieja princesa? ¿Por qué convidaba á Toushkewitch á comer, y sobre todo, por qué pedía un palco? Dada su posición, ¿podía ella ir al Teatro de la Ópera en día de abono, cuando encontraría allí á todo el mundo? Wronsky fijó una mirada grave en su amante, á la que ésta contestó con otra triste é irónica á la vez, cuya significación no comprendió aquél. Durante la comida, Ana estuvo muy animada y coqueteó tan pronto con uno como con otro; Toushkewitch fué á buscar el palco cuando se levantó de la mesa, y Yavshine bajó á fumar con Wronsky. Al cabo de poco tiempo, este último volvió á subir y encontró á Ana vestida con traje de seda claro, de cuerpo escotado, con blondas, que realzaban la belleza de su cuello y de la cabeza.

—¿Vas verdaderamente al teatro?—preguntó Wronsky procurando no mirarla.

—¿Por qué me lo preguntas con esa expresión de inquietud?—replicó Ana resentida al observar que Wronsky no la miraba.—No veo por qué no he de ir.

Al parecer no comprendía la significación de las palabras.

—Evidentemente no hay razón alguna—repuso Wronsky en francés, frunciendo el ceño.

—Eso es precisamente lo que yo digo—replicó Ana, desentendiéndose de la ironía de aquella contestación y poniéndose un guante perfumado con la mayor tranquilidad.

—¡Ana, en nombre del cielo! ¿Qué tienes?—preguntó Wronsky, tratando de hacerla volver en sí, como lo había hecho antes varias veces su esposo.

—No comprendo lo que usted quiere de mí.

—Ya sabe usted que no puede ir al teatro.

—¿Por qué? No voy sola; la princesa ha ido á cambiar de traje y me acompañará.

Wronsky se encogió de hombros con expresión desanimada.

—Pero, ¿no sabe usted?...—comenzó á decir.

—¡No quiero saber nada!—contestó Ana casi gritando;—no quiero ni me arrepiento de nada de lo que he hecho; no, no y no; y si hubiera de volver á comenzar, lo mismo haría. Sólo hay una cosa importante para usted y para mí, y es saber si nos amamos; lo demás carece de valor.—¿Por qué vivimos aquí separados? ¿Por qué no puedo yo ir á dónde me parezca? Yo te amo, y todo me es igual—añadió en ruso, y con una mirada particulăr, incomprensible para Wronsky; —si tú no has cambiado para conmigo, ¿por qué no me miras?

Wronsky miró, y pudo ver su belleza y el adorno que tan bien la sentaba; pero esta hermosura y elegancia era precisamente lo que le irritaba más.

—Ya sabe usted—dijo—que mis sentimientos no podrían cambiar; pero suplico á usted que no salga—añadió en francés, con la mirada fría y la voz suplicante.

Ana no vió más que la mirada, y contestó con enojo:

—Pues yo le ruego á usted que me explique por qué no debo salir.

Wronsky se turbó.

—No comprendo; Toushkewitch no compromete, y la princesa es tan buena como otra. ¡Ah! ya están aquí!

XXXII

Por primera vez en su vida, Wronsky experimentó un descontento que rayaba en cólera: lo que le contrariaba sobre todo era no poder explicarse abiertamente, no poder decir á Ana que al presentarse de aquel modo en el teatro de la Ópera, con una persona como la princesa, arrojaba el guante á la opinión pública, reconocíase por una mujer perdida, y renunciaba, de consiguiente, á volver á la sociedad.

«¿Cómo no lo comprenderá Ana así?—se preguntaba.—¿Qué pasa en ella?» Y á la vez que disminuía su estimación á Ana, admiraba más su belleza.

Cuando volvió á su habitación, sentóse pensativo junto á Yavshine, que bebía una mezcla de agua de Seltz y coñac, con sus largas piernas extendidas sobre una silla.

—Hablábamos del caballo de Louskof—comenzó á decir Yavshine, observando la expresión sombría de su compañero;—es un magnífico animal, y te aconsejo que lo compres; la grupa es algo deprimida, pero en cambio las piernas y la cabeza no podían ser mejores.

—Por lo mismo pienso comprarle—contestó Wronsky.

Aunque hablaba con su amigo, no hacía más que pensar en Ana; escuchaba involuntariamente lo que pasaba en el corredor, y tenía la mirada fija en el reloj.

—Ana Arcadievna envía á decir que ha ido al teatro—anunció un criado.

Yavshine echó una copa más en su mezcla, apuró ésta de un trago y levantóse, abotonándose el uniforme.

—Pues bien, vámonos—dijo con una sonrisa, demostrando así que comprendía la causa del enojo de Wronsky, sin darle importancia alguna.

—Yo no iré—contestó Wronsky tristemente.

—Yo lo he prometido, y debo ir. ¡ Hasta la vista ! Si cambias de parecer, toma el sillón de Krasinski que está libre—añadió al salir.

—No ; voy á trabajar.

«Se tienen disgustos con una esposa ; pero con una querida es peor aún »—pensó Yavshine al salir del hotel.

Wronsky, una vez solo, levantóse y comenzó á pasear de un lado á otro de la habitación.

« Hoy es el cuarto abono—se dijo ;—mi hermano estará allí con su esposa, y probablemente con mi madre ; allí se reunirá todo lo mejor de San Petersburgo. Sin duda Ana entra en este momento, se despoja de su abrigo, y ya la ve todo el mundo. ¿Tengo yo miedo, ó habré dado á Toushkewitch el derecho de protegerla ? Hágase lo que se quiera, esto es absurdo. ¿Y por qué me pone en semejante posición ?»—añadió con ademán desesperado.—Y al hacer un movimiento, tropezó con el velador, donde estaban el coñac y el agua Seltz, y como le viese á punto de caer, Wronsky quiso cogerle y le derribó del todo. Poseído de cólera, hizo rodar la mesita de un puntapié y llamó al criado.

—Si quieres estar en mi casa, no olvides tu servicio—dijo al criado con aspereza al verle entrar;—que no vuelva á suceder esto. ¿ Por qué no lo has retirado ya ?

El criado se reconocía inocente y quiso justificarse; pero bastóle una mirada á su amo para comprender que sería mejor callarse; y arrodillándose en la alfombra, comenzó á recoger los restos de los vasos y de las botellas rotos.

—No te corresponde á ti hacer eso—dijo Wronsky;—llama á un dependiente y prepárame la ropa.

Á las nueve y media, Wronsky entraba en el teatro de la Ópera; el espectáculo había comenzado ya.

El acomodador despojó á Wronsky de su pelliza, y al reconocerle dióle el tratamiento de vuecencia.

El corredor estaba vacío; veíanse sólo allí dos lacayos, cargados con los abrigos, y escuchando á las puertas; la orquesta acompañaba en aquel momento una voz de mujer; la puerta se entreabrió para dar paso á otro acomodador encargado de colocar á los espectadores, y la frase cantada llegó á oídos de Wronsky, mas no pudo oir el fin, porque la puerta se volvió á cerrar, si bien comprendió, por los aplausos, que la cantante había terminado.

Las palmadas resonaban aún cuando Wronsky penetró en la sala, brillantemente iluminada. En el escenario, la célebre cantatriz, cubierta de diamantes, saludaba sonriendo, é inclinábase para recoger, con ayuda del tenor, numerosos ramos.

Un caballero muy bien peinado alargaba una cajita, y todo el público, así el de los palcos como el de la platea, gritaba ruidosamente, aplaudía y levántabase para ver mejor. Wronsky avanzó entre las butacas, detúvose y observó al público, menos atento que nunca á la escena, al ruido y á la multitud de espectadores que se agolpaban en la sala.

Veía las mismas damas en los palcos, con los mismos oficiales detrás de ellas, las mismas mujeres con vestidos multicolores, los mismos uniformes y los mismos trajes negros de los hombres; en el paraíso la multitud de siempre; y en aquella sala, unas cuarenta personas de ambos sexos que representaban el *mundo*, ó la *sociedad*. La atención de Wronsky se fijó en este oasis.

Como el acto terminaba en aquel momento, avanzó hasta la primera fila de butacas, y detúvose cerca de la barandilla junto á Serpouhowskoï, que habiéndole visto desde lejos, llamábale con una sonrisa.

Wronsky no había visto aún á Ana, ni la buscaba tampoco, mas por la dirección que seguían las miradas sospechó dónde estaba: temía ver también á Karenine, pero afortunadamente no había ido aquella noche al teatro.

—¡Qué poco te queda de militar!—le dijo Serpouhowskoï; —diríase que eres un diplomático ó un artista...

—Sí, al volver á casa me he puesto el traje de etiqueta— contestó Wronsky, cogiendo lentamente sus gemelos.

—En eso te envidio; cuando vuelvo á Rusia me pongo esto con disgusto—añadió tocando los cordones de su uniforme. —Ahora lloro mi libertad.

Serpouhowskoï había renunciado hacía largo tiempo á elevar á Wronsky en la carrera militar, pero apreciábale siempre y mostróse muy amable con él aquella noche.

—Es sensible—le dijo—que no hayas asistido al primer acto.

Wronsky examinó, con sus gemelos, los palcos de platea, y de repente divisó la cabeza de Ana, altiva y notable por su belleza; estaba junto á una dama que llevaba una especie de turbante, y un anciano calvo que guiñaba los ojos á cada momento. Ana ocupaba el quinto palco á veinte pasos de Wronsky, y sentada junto al antepecho, hablaba con Yavshine desviándose un poco. Su gracioso tocado, sus blancos y opulentos hombros, el brillo de sus ojos; todo, en fin, recordábale aquella que en otro tiempo viera en el baile de Moscou, pero los sentimientos que su hermosura le inspiraba no eran los mismos; ya no tenían nada de misterioso, y aunque sometido siempre á la influencia de sus encantos, tal vez más vivamente, Wronsky se irritaba casi al verla tan hermosa. No dudaba que ella le hubiese visto por más que no lo aparentase.

Cuando Wronsky dirigió otra vez sus gemelos hacia el palco, vió á la princesa Barba, muy sonrojada, que reía al parecer contra su voluntad, mirando á menudo el palco inmediato; mientras que Ana, golpeando con su abanico el antepecho del suyo, dirigía la vista á lo lejos con evidente intención de no ver lo que pasaba junto á ella. En cuanto á Yavshine, su rostro expresaba la impresión del hombre que pierde el juego, retorcíase cada vez más el bigote, fruncía el ceño y miraba de reojo al palco inmediato.

En este palco estaban los Kartasof, que Wronsky conocía, y con los cuales Ana había estado en relaciones también: la



señora Kartasof, mujer delgada y pequeña, estaba de pie, de espaldas á Ana, y se ponía una especie de abrigo que su esposo la presentaba; en su rostro pálido pintábase una marcada expresión de descontento, y parecía hablar con agitación; mientras que el espo-

so, un señorón calvo, dirigía algunas miradas á Ana, procurando calmar á su señora.

Cuando ésta hubo salido del palco, el marido se quedó atrás, procurando encontrar la mirada de Ana á fin de saludar; pero aquella no quiso fijar en él la atención y echóse hacia atrás, mirando la cabeza rapada de Yavshine inclinado hacia adelante. Kartasof salió sin saludar y el palco quedó vacío.

Wronsky no comprendió nada de aquella escena, pero explicóse muy bien que Ana acababa de sufrir una humillación, y pudo comprender por su aire que reunía sus últimas fuerzas para sostener su papel hasta el fin, conservando el aspecto de la más absoluta calma. Los que ignoraban su historia y no podían oir las expresiones de indignación de sus antiguas amigas, al censurar la audacia de presentarse así con todo el brillo de su hermosura y sus adornos, no hubieran podido sospechar que aquella mujer sufría las mismas impresiones de vergüenza que un malhechor en la infamante picota.

Profundamente turbado, Wronsky se dirigió al palco de su hermano, con la esperanza de recoger algunos detalles; atravesó intencionalmente la platea por el lado opuesto al palco de Ana, y al salir tropezó con su antiguo coronel, que hablaba con dos personas. En el mismo instante oyó pronunciar el nombre de Karenine, y notó cómo su antiguo jefe se apresuraba á llamarle en alta voz por su nombre, mirando significativamente á sus interlocutores.

—¡Ah! Wronsky!—exclamó el coronel;—¿cuándo te veremos en el regimiento? No te perdonaremos un banquete. Eres nuestro hasta la punta de las uñas.

—Esta vez no tendré tiempo, y lo siento vivamente—contestó Wronsky, subiendo rápidamente la escalera que conducía al palco de su hermano.

La anciana condesa, su madre, estaba allí; Waria y la joven princesa Sarokine se paseaban en el corredor. Al ver á su cuñado, Waria condujo á su compañera al palco, y cogiéndose del brazo de Wronsky entabló la conversación sobre el asunto que le interesaba, con una emoción que no había observado hasta entonces en ella.

—Me parece que es una vileza lo que ha hecho esa mujer; la Kartasof no tenía ningún derecho para proceder de esa manera. La señora Karenine...

—Pero ¿qué hay? Yo no sé nada.

—¿Cómo, no has oído nada?

—Debes comprender que seré el último en saber alguna cosa.

—¡Habrá en el mundo mujer más pérfida que esa Kartasof!

—¿Pero qué ha hecho?

—Mi esposo me ha dicho que ha insultado á la señora Karenine. El marido de la Kartasof le dirigió la palabra de un palco á otro, y su mujer promovió un escándalo; pronunció en alta voz palabras ofensivas y se marchó.

—Conde, su señora madre le llama—dijo la joven princesa Sarokine, entreabriendo la puerta del palco.

—Todavía te espero—dijo la condesa, sonriendo irónicamente;—ya no te se ve en ninguna parte.

Wronsky comprendió que la condesa no podía disimular su satisfacción.

—Buenas noches, madre—contestó friamente—venía á ver á usted.

—¿Y cómo no vas á hacer la corte á la señora Karenine?—preguntó la madre cuando la joven se hubo alejado.—Veo que produce sensación, tanto que por ella se olvida á la Patti.

—Madre, ruego á usted que no me hable de eso—contestó Wronsky con expresión sombría.

—Yo no hago más que repetir lo que todo el mundo dice.

Wronsky no contestó, y después de cambiar algunas palabras con la joven princesa, salió del palco. En la puerta encontró á su hermano.

—¡Hola!—exclamó éste—¿qué te parece de la bajeza de esa estúpida mujer...? Ahora mismo quería yo ir á ver á la señora Karenine, vamos juntos.

Wronsky no le escuchaba ya; bajaba rápidamente la escalera, comprendiendo que debía cumplir un deber, aunque sin saber cuál.

Poseído de cólera, furioso al pensar en la falsa posición en que Ana había puesto á los dos, compadecíala, sin embargo, sinceramente.

Al dirigirse hacia el palco de Ana, vió á Stremof hablando con ella.

—Ya no hay tenores—decía;—se ha roto el molde.

Wronsky se detuvo para hablar á su vez con Stremof.

—Ha venido usted demasiado tarde, y se ha perdido lo mejor—dijo Ana á Wronsky con una expresión que le pareció burlona.

—No soy buen juez—contestó el conde, mirando á su amante con expresión severa.

—Pues le sucede á usted como al príncipe Yavshine—repuso Ana sonriendo;—le parece que la Patti canta con demasiado brío. Gracias—añadió, tomando con su pequeña mano aprisionada en un largo guante el programa que Wronsky le ofrecía. Y en el mismo instante su rostro se demudó, y retiróse al fondo del palco.

Apenas comenzado el último acto, y como Wronsky viese que Ana se había ido, levantóse y se dirigió á su alojamiento.

Ana había entrado ya en su habitación; Wronsky la encontró tal como estaba en el teatro, sentada en la primera silla que encontraría á su alcance, y meditabunda. Al ver entrar á su amante, miróle con fijeza.

—¡Ana!...—exclamó Wronsky.

—¡Tú tienes la culpa de todo!—gritó Ana levantándose al punto, con los ojos llenos de lágrimas de cólera y desesperación.

—Te he rogado y suplicado que no fueses, porque no se me ocultaba que te sucedería alguna cosa desagradable...

—¡Desagradable! Dí más bien horrible. Aunque viviese cien años no lo olvidaría. Esa mujer ha dicho que era una deshonra estar junto á mí.

—Esas son palabras necias, pero ¿por qué arriesgarte á es-escucharlas, por qué exponerte...?

—Tu tranquilidad es cargante; no debías impulsarme á esto; si me amaras...

—¡Ana! ¿Qué tiene que ver con esto nuestro amor?

—Sí, si me amaras como yo te amo, si sufrieras como yo... —replicó Ana, mirando á su amante con expresión de espanto.

Wronsky, compadecido de ella, protestó de su amor, porque veía que era el único medio de calmar á Ana; pero en el fondo de su corazón, estaba irritado contra ella.

Ana, por el contrario, escuchaba ansiosa las protestas de amor, y tranquilizóse poco á poco.

Dos días después marcharon los dos al campo, completamente reconciliados.





I

DARÍA Alexandrovna aceptó la proposición que le hicieron los Levine de pasar el verano con ellos, pues su casa de Yergushovo estaba ya ruinosa. Estéfano Arcadievitch, obligado á permanecer en Moscou por sus ocupaciones, aprobó aquel arreglo, manifestando vivo pesar por no poder ir á verlos sino de tarde en tarde. Además de los Oblonsky y de su legión de criaturas, los Levine recibieron la visita de la anciana princesa, que juzgaba deber suyo estar junto á su hija, á causa de la *situación* de ésta; de Warinka, la amiga de Kitty en Soden; y de Sergio Ivanitch, que entre

los demás huéspedes de Pakrofsky era el único que representaba á la familia Levine, aunque sólo era Levine á medias. Constantino, si bien muy cariñoso con todos los que se hospedaban en su casa, comenzó á echar un poco de menos las costumbres de otro tiempo, reconociendo que el «elemento Cherbatzky,» como él le llamaba, era muy invasor. La antigua casa, desierta tan largo tiempo, no tenía entonces apenas ninguna habitación desocupada; todos los días, al sentarse á la mesa, la señora de Cherbatzky contaba los convidados á fin de que no fueran trece, y Kitty, como buena ama de gobierno, hacía provisión de gallinas y patos para satisfacer el apetito de sus huéspedes, á quienes el aire del campo hacía más exigentes. La familia estaba sentada en la mesa, y los niños proyectaban ir á buscar setas con el aya y Warinka, cuando con gran extrañeza de todos, Sergio Ivanitch manifestó deseos de formar parte de la expedición.

—Permítame usted que vaya yo también—dijo á Warinka.

—Con mucho gusto—contestó ésta ruborizándose.

Kitty cambió una mirada de inteligencia con Dolly: aquella proposición venía á confirmar una idea que las preocupaba hacía tiempo.

Después de comer, los dos hermanos hablaron un rato al tomar el café; pero Kosnichef vigilaba la puerta por donde debían salir los paseantes, y apenas divisó á Warinka con su pañuelo blanco en la cabeza, interrumpió la conversación, y apurando el fondo de su taza, exclamó:

—Heme aquí, Bárbara Andrevna.

—¿Qué decís de mi Warinka? ¿No os parece encantadora? —preguntó Kitty, dirigiéndose á su esposo y á su hermana, de modo que la oyera Sergio Ivanitch.

—Siempre olvidas tu estado, Kitty; es una imprudencia gritar así—interrumpió la princesa, saliendo presurosa del salón.

Warinka retrocedió al oir que reprendían á su amiga; estaba al parecer muy conmovida y turbada, y Kitty la abrazó, bendiciéndola mentalmente.

—Me alegraría mucho que se verificase cierta cosa—murmuró á su oído.

—¿Viene usted con nosotros?—preguntó la joven á Levine para disimular su confusión.

—Sí, hasta las granjas, pues debo examinar algunas carretas nuevas. ¿Y dónde estarás tú?—preguntó á su esposa.

—En el terrado.

II

En aquel terrado, donde las señoras solían reunirse después de comer, ocupábanse aquel día varias personas en un trabajo muy importante; y además de la confección de varios objetos destinados á la canastilla, hacíase confitura por un procedimiento practicado en casa de los Cherbatzky, pero desconocido de la anciana Ágata. Esta última, con el rostro muy colorado, el cabello en desorden y las mangas levantadas hasta el codo, revolvía la confitura, al parecer de muy mal humor, en un perol colocado sobre un hornillo. La anciana princesa, autora de estas innovaciones, adivinando que se la maldecía interiormente, vigilaba de reojo los movimientos de Ágata, sin dejar de hablar con sus hijas, al parecer con indiferencia. La conversación de las tres mujeres recayó sobre Warinka, y Kitty, para no ser comprendida de la anciana sirvienta, dijo en francés que esperaba que Sergio Ivanitch se hubiese declarado.

—¿Qué le parece á usted, mamá?—preguntó.

—Creo que tu cuñado tiene derecho para pretender los mejores partidos de Rusia, aunque no sea de primera juventud; en cuanto á ella, es una persona excelente...

—Pero advierta usted, mamá, que Sergio, atendida su posición en el mundo, no necesita unirse con una mujer por sus relaciones ó su fortuna; lo que á él le conviene es una joven de buen carácter, inteligente y amable... ¡Oh! ¡qué bueno sería esto! Cuando vuelvan del paseo, yo lo adivinaré todo por sus ojos. ¿Qué dices á esto, Dolly?

—No te agites así; eso no vale nada—replicó la princesa.

—Mamá, ¿cómo pidió papá tu mano?—preguntó de repente Kitty, muy orgullosa, en su calidad de mujer casada, de poder hablar sobre este punto importante con su madre como con una igual.

—Muy sencillamente—contestó la princesa, cuyo rostro se iluminó al evocar este recuerdo.

—¿Le amaba usted antes que él se declarase?

—Ciertamente. ¿Crees tú que habéis inventado alguna cosa nueva? Aquello se resolvió, como siempre, por miradas y sonrisas. ¿Te dijo Kostia algo de particular?

—¡Oh! él escribió su declaración con yeso. ¡Cuánto tiempo hace ya! He pensado—añadió Kitty después de una pausa—que tal vez convendría indicar á Sergio que Warinka ha tenido ya un primer amor.

—Tú te figuras que todos los hombres dan tanta importancia á eso como tu esposo—repuso Dolly.—Estoy segura que el recuerdo de Wronsky le atormenta aún.

—Es verdad—replicó Kitty con aire pensativo.

—¿Y qué hay en esto que pueda inquietarle?—preguntó la princesa, dispuesta á la susceptibilidad cuando se discutía sobre la vigilancia maternal.—Wronsky te ha hecho la corte; pero ¿á qué joven no se la hacen?

—Fué una dicha para Kitty que Ana interviniese—observó Dolly.—¡Cómo cambian los papeles! Ana era feliz entonces, mientras que Kitty se creía desdichada. ¡Con frecuencia he pensado en eso!

—Es inútil pensar en esa mujer sin corazón—dijo la princesa, que no se consolaba de tener por yerno á Levine en vez de Wronsky.

—Es verdad; en cuanto á mí, no quiero acordarme de ella—replicó Kitty, oyendo el paso bien conocido de su esposo en la escalera.

—¿En quién no quieres pensar ya?—preguntó Levine, apareciendo en el terrado.

Aunque nadie le contestó, no quiso repetir la pregunta.

—Siento mucho interrumpir vuestras confidencias—dijo, enojado al ver que ponían término á la conversación, cual si no quisieran que él la oyese.

Sin embargo, acercóse á Kitty sonriendo.

—¿Quieres salir al encuentro de los niños?—preguntó.—He mandado enganchar.

—Supongo que no expondrás á Kitty á las sacudidas del carro con bancos—dijo la señora de Cherbatzky.

—Iremos al paso, princesa.

Levine no se había podido acostumbrar, como sus cuñados, á llamar á su suegra *mamá*, aunque la amaba y respetaba,

porque hubiera creído faltar al recuerdo de su madre; pero esto resentía á la princesa.

—Yo iré á pie —dijo Kitty, levantándose para cogerse del brazo de su esposo.

—¿Y qué tal van esas confituras por el nuevo procedimiento, Ágata Mikhaïlovna?—preguntó Levine á la anciana, sonriendo para desarrugar su ceño.

—Dicen que son buenas; pero á mí me parece que se cuecen demasiado.

—Así no se echarán á perder, Ágata—repuso Kitty, adivinando la intención de su esposo—y ya sabe usted que no hay más hielo en la nevera. En cuanto á sus salazones, mamá asegura que no las ha comido nunca tan buenas—añadió, anudando el pañuelo de Ágata, que se había desatado.

—No trate usted de consolarme, señora—repuso la sirvienta, mirando á Kitty todavía con enojo;—me basta ver á usted con *él* para estar contenta.

Aquella manera familiar de tratar á su amo conmovió á Kitty.

—Venga usted á enseñarnos dónde se hallan las mejores setas—dijo á la anciana.

Esta última se encogió de hombros y sonrió, cual si quisiera decir: «Aunque se quisiera tener rencor, no se podría.»

—Os daré un consejo—dijo la princesa;—poned sobre cada bote de confitura un papel empapado en ron, y no se necesitará hielo para conservarla.

III

Kitty había observado el pasajero enojo que reveló la fisonomía de su marido, y por lo tanto se alegró de verse sola con él un momento. Avanzaron por el camino cubierto de polvo, sembrado de espigas y de grano, y Levine olvidó pronto la impresión penosa que antes experimentara, para disfrutar del sentimiento puro, tan nuevo aún, que le producía la presencia de su amada esposa. Sin tener nada que decirla, deseaba oir el sonido de su voz y ver sus ojos, á los que su estado comunicaba una expresión particular de dulzura y gravedad.

—Apóyate en mí—le dijo—y no te cansarás tanto.

—¡Cómo me alegro estar un momento sola contigo!—repuso Kitty;—amo á los míos, pero echo de menos nuestras veladas solitarias. ¿Sabes de qué hablábamos cuando llegaste?

—Creo que de las confituras.

—Sí, pero también de las demandas de casamiento, de Sergio y de Warinka. ¿Los has observado? ¿Qué te parece?—añadió, mirando á su esposo con la mayor atención.

—No sé qué pensar; Sergio me ha extrañado siempre. Ya recordarás que en otro tiempo estuvo enamorado de una joven que desdichadamente murió; ésta es una de mis reminiscencias de la infancia; y desde aquella época, creo que las mujeres no existen ya para él.

—¿Y Warinka?

—Tal vez... no sé... Sergio es un hombre puro, que sólo vive por el alma.

—¿Crees tú que no es capaz de enamorarse?—preguntó Kitty, expresando á su manera la idea de su esposo.

—No digo eso; pero él no tiene debilidades, lo cual le envidio, á pesar de mi felicidad; no vive para sí mismo; el deber es el que le guía, y de consiguiente puede vivir satisfecho y tranquilo.

—¿Y tú, por qué estarías descontento de ti?

Kitty preguntó esto sabiendo muy bien que su esposo admiraba con exageración á Sergio Ivanitch, á la vez que desconfiaba de sí propio, sin duda á causa de su excesiva felicidad y de su incesante deseo de mejorarse.

—Soy demasiado dichoso—dijo—y nada ambiciono en este mundo; lo único que deseo es que no dés ningún paso en falso, y cuando me comparo con otros, particularmente con mi hermano, reconozco toda mi inferioridad.

—Pero ¿no piensas siempre en tu prójimo, en tu explotación y en tus libros?

—Lo hago superficialmente, cual si fuese una tarea de que quisiera librarme. ¡Ah! si pudiese amar mis deberes como te amo á ti! ¡Tú eres la culpable!

—¿Quisieras cambiarte por Sergio, y no amar ya más que tus deberes y el bien general?

—Ciertamente que no; pero te advertiré que soy demasiado feliz para razonar bien... ¿Con que crees que la demanda

se hará hoy?—preguntó después de una pausa.—¡Ah! ahí tienes nuestro vehículo que nos alcanza.

—Kitty—gritó la princesa,—¿no estás cansada?

—Ni lo más mínimo, mamá.

El paseo continuó á pie.

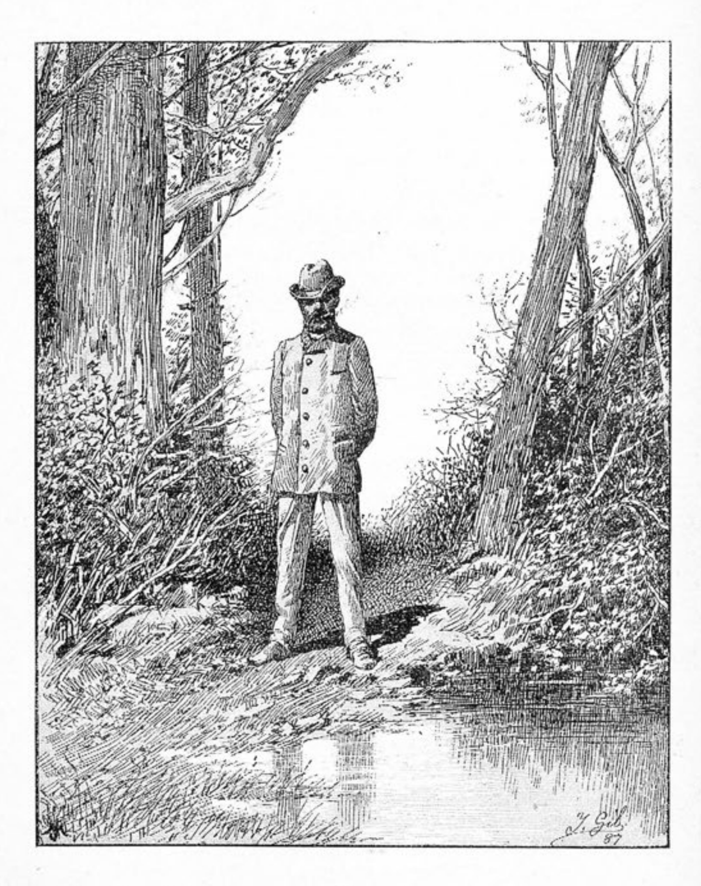
IV

Warinka pareció aquel día muy encantadora á Sergio Ivanitch, y andando á su lado, éste recordó lo que había oído decir de su vida pasada y lo que él mismo pudo observar de bueno y apreciable en aquella joven. Su corazón experimentaba un sentimiento particular que sólo le dominó en otro tiempo, en su primera juventud, y la impresión de contento producida por la presencia de la joven fué un instante tan viva, que al poner en la cesta de su compañera una seta monstruo que acababa de encontrar, sus miradas se cruzaron de una manera demasiado expresiva.

—Voy á buscar setas libremente—dijo, temiendo sucumbir como un niño al impulso del momento,—pues noto que mis hallazgos pasan desapercibidos.

«¿Por qué he de resistir?—pensó al alejarse del lindero del bosque para penetrar en su profundidad, donde después de encender un cigarro se entregó á sus reflexiones.—El sentimiento que me domina no es pasión; es, según creo, una inclinación mutua, que no entorpecería nada en mi vida. La única dificultad seria para mi casamiento es la promesa que me hice, al perder á María, de conservarme fiel á su recuerdo.» Sergio comprendía que esta dificultad sólo afectaba al carácter poético que tenía á los ojos de la sociedad. Ninguna mujer, ninguna joven, respondía mejor que Warinka á todo lo que él buscaba en aquella que eligiese por esposa: tenía el encanto de la juventud sin ser una niña; conocía las costumbres del mundo, sin el menor deseo de brillar, y su religión se basaba en sólidas convicciones. Además de esto, era pobre, no tenía familia y no impondría, como Kitty, una numerosa parentela á su esposo. Por otra parte, aquella joven le amaba, lo cual le era fácil comprender aunque fuese modes-

to ; y en cuanto á la diferencia de edad entre ellos, no sería un obstáculo. ¿ No había dicho Warinka una vez que el hombre de cincuenta años no se consideraba como viejo más que



en Rusia, mientras que en Francia estaba entonces en la « fuerza de la edad » ? Á los cuarenta años, pues, él era « un joven » ; y cuando divisó el talle gracioso y flexible de Warinka entre los añosos abedules, experimentó una emoción de

alegría, y resuelto á explicarse, arrojó el cigarro y adelantóse hacia la joven.

V

«Bárbara Andrevna, en mi juventud imaginé un ideal de la mujer que yo elegiría por compañera; mi vida se ha pasado sin encontrarla hasta aquí. Sólo usted realiza mi sueño; yo la amo y la ofrezco mi nombre.»

Con estas palabras en los labios, Sergio Ivanitch miraba á Warinka, que arrodillada en la yerba á diez pasos de él, defendía una seta contra los ataques de Gricha, á fin de dársela á los pequeños.

—Por aquí, por aquí hay muchas—gritaba con su argentina voz.

No se levantó al acercarse Kosnichef, pero toda su persona manifestaba la alegría de verle.

—¿Ha encontrado usted alguna cosa?—le preguntó mirándole con la sonrisa en los labios.

—Nada—contestó Sergio.

Después de indicar á los niños los sitios mejores, Warinka se levantó y reunióse con Ivanitch; los dos anduvieron un corto trecho; Warinka, dominada por su emoción, presentía que Sergio deseaba decirle algo; y de pronto, aunque no tenía deseos de hablar, rompió el silencio para decir casi involuntariamente:

—Si no ha encontrado usted nada es porque siempre hay menos setas en el interior del bosque que en el lindero.

Kosnichef suspiró sin contestar, porque aquella frase insignificante le desagradó; y continuando su paseo, alejáronse cada vez más de los niños. El momento era propicio para una explicación, y Sergio Ivanitch, al observar la turbación de la joven, que miraba al suelo, reconoció que la ofendía callándose; esforzóse, pues, para recordar sus reflexiones sobre el matrimonio, pero en vez de las palabras que tenía preparadas, dijo otra cosa muy distinta.

—¿Qué diferencia hay—preguntó—entre el hongo y la seta?

Los labios de Warinka temblaron al contestar.

—Sólo hay diferencia en el pie.

Los dos comprendieron que todo había concluído; las palabras que debían unirlos no se pronunciarían ya, y la profunda emoción que los agitaba se calmó poco á poco.

—El pie de la seta recuerda una barba negra mal afeitada —dijo Sergio tranquilamente.

—Es verdad—contestó Warinka con una sonrisa.

Los dos se dirigieron involuntariamente hacia el paraje donde estaban los niños: Warinka, confusa y resentida, aunque serena; y Sergio, repasando mentalmente sus razonamientos sobre el matrimonio, los cuales le parecían ahora falsos: no podía ser infiel al recuerdo de María.

—Poco á poco, niños, poco á poco—gritó Levine al ver que todos se precipitaban hacia Kitty con gritos de alegría.

Detrás de los niños, aparecieron Sergio Ivanitch y Warinka: Kitty no necesitó preguntar para comprender por su expresión tranquila y algo confusa que la esperanza que abrigó no se realizaría.

—La cosa no ha cuajado—dijo á su esposo al entrar en casa.

VI

Mientras los niños tomaban el té, las personas mayores se reunieron en el terrado, todos bajo la impresión de que había ocurrido un hecho importante aunque negativo; mas para disimular la confusión general, se habló con forzada animación. Sergio Ivanitch y Warinka parecían dos escolares reprobados en los exámenes; Levine y Kitty, más enamorados que nunca, estaban confusos de su felicidad, juzgándola como una alusión indiscreta á la torpeza de aquellos que no saben ser dichosos.

Estéfano Arcadievitch, y tal vez el anciano príncipe, debían llegar en el tren de la noche.

—Alejandro no vendrá—decía la princesa,—pues pretende que no se debe entorpecer la libertad de dos jóvenes esposos.

—Papá nos abandona; en virtud de ese principio no le veremos más—dijo Kitty;—pero no sé por qué nos considera como jóvenes casados, siendo ya antiguos esposos.

El ruido de un coche en la avenida interrumpió la conversación.

—Es mi amigo Estéfano—gritó Levine—y alguno va á su lado; debe ser papá; corramos á su encuentro, Gricha.

Pero Levine se engañaba: el compañero de Arcadievitch era un robusto mancebo que llevaba cubierta la cabeza con una gorra escocesa adornada de largas cintas flotantes; llamábase Vassia Weslowsky, era pariente lejano de los Cherbatzky y uno de los ornamentos de la buena sociedad de Moscou y de San Petersburgo. Weslowsky no se turbó en lo más mínimo al notar la admiración que producía su presencia; saludó alegremente á Levine, recordándole que se habían visto otras veces, y apoderóse de Gricha para instalarla en el vehículo.

Levine siguió á pie, contrariado al no ver al príncipe, y más aún por la intrusión de aquel extranjero, cuya presencia era del todo inútil; esta enojosa impresión aumentó al ver cómo Vassia besaba galantemente la mano de Kitty delante de las personsa reunidas en el terrado.

—La esposa de usted y yo somos primos y antiguos amigos—dijo el joven, estrechando por segunda vez la mano de Levine.

—Vamos—dijo Oblonsky, saludando á su suegra y abrazando á su mujer y á sus hijos—decidnos si hay caza por aquí, pues Weslowsky y yo llegamos con intenciones mortíferas. ¡Qué buena estás, Dolly!—añadió, besando la mano de ésta y acariciándola afectuosamente.

Levine, tan feliz antes, contemplaba aquella escena con enojo.

«¿Á quién habrán besado ayer esos mismos labios, y por qué Dolly estará tan contenta no creyendo ya en su amor?» También le incomodó la benevolencia con que la princesa recibió á Weslowsky y la cortesía de Sergio Ivanitch con Oblonsky, la cual le pareció hipócrita, porque sabía que su hermano no apreciaba en mucho á Estéfano Arcadievitch. Warinka, á su vez, parecióle una mojigata capaz de agasajar á un extranjero porque sólo pensaba en casarse; pero su des-

contento llegó al colmo cuando vió á Kitty contestar á la sonrisa de aquel personaje que consideraba su visita como una felicidad para todos: esto era confirmarle en su necia pretensión.

Levine aprovechó un momento en que se comenzaba á conversar alegremente para esquivarse; Kitty, que observaba el mal humor de su esposo, corrió tras él, pero Constantino la rechazó, alegando que tenía mucho que hacer en el despacho. Sus ocupaciones no habían tenido nunca á sus ojos tanta importancia como aquel día.

VII

Levine volvió cuando le avisaron que la cena estaba servida, y encontró á Kitty y á Ágata de pie en la escalera consultándose sobre los vinos que se deberían servir.

—¿Para qué todo ese aparato? Que sirvan el vino común.

—No, Estéfano no lo bebe—replicó Kitty ;—pero ¿qué tienes, Constantino?—Y trató de retenerle, aunque en vano, porque Levine, sin escuchar más, dirigióse apresuradamente á la sala, donde tomó parte en la conversación.

—¿Con que vamos mañana á cazar?—le preguntó Arcadievitch.

—Sí, yo se lo ruego á usted—dijo Weslowsky inclinado en su silla con una pierna cruzada sobre la otra.

—Con mucho gusto. ¿Ha cazado usted ya este año?—preguntó Levine con una falsa cordialidad que Kitty conocía muy bien.—Yo no sé si encontraremos becadas, pero las grivas abundan. Será preciso madrugar mucho. ¿No te molestará esto, Estéfano?

— Estoy dispuesto aunque sea á no dormir en toda la noche.

—¡Ah! sí, eres muy capaz de ello y hasta de no dejar dormir á los demás—replicó Dolly con cierta ironía.—En cuanto á mí, no ceno y me retiro.

—No, Dolly—repuso Arcadievitch yendo á sentarse junto á su esposa—espérate un poco, tengo que decirte muchas cosas. ¿Sabes que Weslowsky ha visto á Ana? Reside á 70 vers-

tas de aquí; y mi amigo irá á verla cuando se vaya. Yo pienso acompañarle.

—¿De veras ha visto usted á Ana Arcadievna?—preguntó Dolly á Vassinka, que se había acercado á las señoras colocándose junto á Kitty al sentarse á la mesa para cenar.

Levine, aunque hablando con la princesa y Warinka, observó la animación de aquel pequeño grupo, pareciéndole que los dos jóvenes entablaban un diálogo misterioso y que la fisonomía de su esposa al mirar el agraciado rostro de Vassinka revelaba una emoción profunda.

—Tienen una casa magnífica—decía Vassinka con viveza—y en ella se está perfectamente; pero no es á mí á quien toca juzgarlos.

—¿Qué piensan hacer?

—Pasar el invierno en Moscou.

—Sería muy agradable reunirse allí. ¿Cuándo irás tú?—preguntó Oblonsky á su joven amigo.

—En julio.

—¿Y tú?—preguntó á Dolly.

—Cuando te hayas marchado; iré sola y así no molestaré á nadie. Tengo empeño en ver á Ana, porque es una mujer á quien compadezco y amo.

—Muy bien—contestó Arcadievitch.—¿Y tú, Kitty, no irás?

—¿Qué tengo yo que hacer en su casa?—contestó Kitty á quien esta pregunta hizo ruborizarse de enojo.

—¿Conoce usted á Ana Arcadievna?—preguntó Weslowsky;—es una mujer seductora.

—Sí—contestó Kitty ruborizándose cada vez más. Y dirigiendo una mirada á su esposo levantóse y fué á reunirse con él preguntándole:—¿Con que vas mañana de caza?

Los celos de Levine al ver á Kitty ruborizarse no tuvieron ya límite, y su pregunta le pareció una prueba de interés por aquel joven, del que evidentemente estaría enamorada.

—Así es—contestó con una voz forzada que le desagradó á él mismo.

—Más vale que pases el día con nosotros—dijo Kitty;—pues Dolly no ha aprovechado mucho la visita de su marido.

Wassinka, sin sospechar el efecto que su presencia producía, habíase levantado de la mesa para acercarse á Kitty con la sonrisa en los labios.

—¿Cómo se atreve á mirarla así?—pensó Levine, pálido de cólera.

—¿Con que mañana de caza?—preguntó inocentemente Wassinka, sentándose de través en una silla con una pierna doblada, según su costumbre.

Arrebatado por los celos, Levine se veía en la situación de un marido engañado, á quien la esposa y el amante tratan de explotar en interés de sus placeres; pero habló con Weslowsky, hízole preguntas sobre sus arreos de caza, y prometióle con aire afable organizar la partida para el día siguiente. La princesa puso fin á la inquietud de su yerno, aconsejando á Kitty que se retirara á dormir; mas para exasperar del todo á Levine, Wassinka, al dar las buenas noches á la joven, trató de besar su mano.

—En nuestra casa no es costumbre—dijo Kitty bruscamente, retirándola con viveza.

¿Cómo habría ella dado derecho al joven para permitirse semejantes familiaridades, y cómo osaba manifestarle tan torpemente su desaprobación?

Arcadievitch, que se había alegrado con algunos vasos de buen vino, estaba del mejor humor.

—¿Por qué te has de acostar, haciendo tan buen tiempo? —preguntó á Kitty.—Mira cómo sale la luna; es la hora de las serenatas; Wassinka tiene una voz deliciosa, y sabe dos nuevas canciones que nos podría dar á conocer acompañado de Bárbara Andrewna.

Mucho tiempo después de haberse retirado todos, Levine, hundido en su sillón, y guardando un silencio obstinado, oía aún á sus huéspedes cantar las nuevas coplas en el jardín. Kitty, que le había interrogado inútilmente sobre la causa de su malhumor, acabó por preguntarle, sonriendo, si era la causa Weslowsky. Esto bastó para que Levine se explicase: de pie delante de su esposa, con los ojos brillantes, fruncido el ceño, las manos aplicadas contra el pecho como si quisiera comprimir su cólera y temblorosa la voz, dijo con una expresión que hubiera parecido dura si su fisonomía no hubiese manifestado un acerbo dolor:

—No creas que estoy celoso, porque sólo esta palabra me subleva; yo no podría serlo y creer á la vez en ti; pero me resiente y humilla que te miren de ese modo.

—¿Cómo me ha mirado?—preguntó Kitty, tratando sinceramente de recordar los menores incidentes de la noche. Habíale parecido un poco familiar la actitud de Wassinka durante la cena, pero no se atrevió á decir nada.

—¿Puede tener atractivo—preguntó á su esposo—una mujer en mi estado?

—Cállate—exclamó Levine, cogiéndose la cabeza entre las manos.—¿Podrías, pues, si te creyeras seductora...?

—Vamos, Kostia—repuso Kitty, afligida al verle padecer así—bien sabes que, fuera de ti, no hay para mí nadie. ¿Quieres que me encierre lejos de todo el mundo?

Aunque resentida por aquellos celos que la impedían hasta sus distracciones más inocentes, Kitty estaba dispuesta á renunciar á todo para calmar á su marido.

—Trata de comprender lo ridículo de mi situación: ese joven es mi huésped, y fuera de su necia galantería y de la costumbre de sentarse sobre una pierna, nada tengo que decir de él, pues él cree seguramente que es de buen tono lo que hace. En su consecuencia le debo tratar con cortesía, y...

—Pero, Kostia, tú exageras las cosas—interrumpió Kitty, orgullosa en el fondo del corazón al verse tan apasionadamente amada.

—Y cuando tú eres para mí objeto de un culto, siendo tan felices los dos, ese miserable tendría derecho... tal vez no sea un miserable, pero ¿por qué ha de estar nuestra dicha á merced suya?

—Escucha, Kostia, me parece que ya sé lo que te ha enojado.

—¿El qué?—preguntó Levine con cierta turbación.

—Tú nos observabas durante la cena.

Y le refirió la conversación misteriosa de que tanto había sospechado.

—Kitty—exclamó Levine, al observar el rostro pálido de su esposa—te canso inútilmente; soy un loco, y no sé cómo he podido atormentar mi espíritu por semejante bagatela.

—¡Me inspiras lástima!

—Tienes razón; soy un estúpido, y para castigarme voy á colmar de atenciones á ese joven—dijo Levine, besando la mano á su esposa.

VIII

Dos trenes de caza esperaban á la puerta, á la mañana siguiente, antes de que las damas se hubieran levantado; Laska, junto al cochero, muy agitada y comprendiendo los proyectos de su amo, parecía desaprobar la tardanza de los cazadores. El primero que se presentó fué Wassinka Weslowsky, con blusa verde y cinturón de cuero, calzado con botas nuevas, cubierta la cabeza con su gorro de cintas, y una escopeta inglesa en la mano.

Laska saltó hacia él para saludar y preguntar á su manera si los otros vendrían pronto; mas al ver que no se la comprendía volvió á su puesto y esperó, con la cabeza inclinada y el oído atento. Al fin se abrió la puerta con estrépito para dar paso á Crac, el perro de muestra de Arcadievitch, que saltaba delante de su amo.

—Poco á poco—dijo Oblonsky alegremente, tratando de esquivar las patas del animal, que en su júbilo trataba de agarrarse á su morral de caza.

Arcadievitch llevaba un calzado muy ordinario, pantalón viejo, paletó corto y sombrero abollado; pero en cambio su escopeta era del último modelo, y el frasco de pólvora de los mejores. Wassinka comprendió que el colmo de la elegancia, para un cazador, consistía en subordinarlo todo á sus arreos, y prometióse aprovechar la lección para otra vez, mientras admiraba á Estéfano Arcadievitch.

—Nuestro patrón tarda—dijo Weslowsky.

—Tiene la esposa joven—repuso Oblonsky sonriendo.

—Y á fe que es una mujer encantadora.

—Habrá entrado á ver á su señora, pues le he visto á punto de salir.

Arcadievitch no se engañaba: Levine había entrado á ver á Kitty para hacerla repetir que le perdonaba sus celos de la víspera, y para rogarle que fuese prudente. La joven hubo de jurar que no le guardaba rencor porque se ausentase dos días; la expedición no le agradaba mucho, pero se resignó alegremente al ver la animación de su marido.

—Dispénseme ustedes, señores—gritó Levine corriendo hacia sus compañeros.—¿Han empaquetado ya los víveres? ¡Á tu puesto, Laska!

Apenas estuvo en el coche, detúvoles el vaquero que le acechaba al paso, para consultarle sobre las becerras, y después el carpintero, cuyas ideas erróneas debió rectificar respecto á la construcción de una escalera. Al fin se emprendió la marcha, y Levine, satisfecho al verse libre de cuidados domésticos, experimentó tan viva alegría, que hubiera querido pensar sólo en las emociones que les aguardaban. ¿Se encontraría caza? ¿Podría Laska competir con Crac? ¿Sería él tan buen cazador como aquel extranjero? Las reflexiones de Arcadievitch eran análogas; sólo Weslowsky charlaba sin cesar, y Levine no pudo menos de arrepentirse de sus injusticias de la víspera mientras le escuchaba. Era verdaderamente un buen muchacho, al que sólo se hubiera podido criticar porque consideraba que sus uñas muy bien cuidadas y su traje elegante eran pruebas de incontestable superioridad. Por lo demás, sencillo, alegre y bien educado, hablaba perfectamente el francés y el inglés.

Apenas hubieron recorrido los cazadores unas tres verstas, Wassia echó de menos su cartera y sus cigarros; la primera contenía una suma bastante redonda, y quiso asegurarse de que la había olvidado en la casa.

—Permítame usted montar el caballo delantero (era un caballo cosaco, en el cual galopaba con el pensamiento á través de las estepas)—dijo—y muy pronto estaré de vuelta.

—No es necesario que usted se moleste—contestó Levine, calculando que el peso de Wassinka representaba el de seis hombres: mi cochero recorrerá esta distancia fácilmente.

El cochero fué despachado en busca de la cartera y Levine empuñó las riendas.

IX

—Explícanos tu plan—dijo Estéfano Arcadievitch.

—Hele aquí: vamos directamente á los pantanos de Gvosdef, á veinte verstas de aquí, donde encontraremos seguramente caza. Si llegamos por la noche, se aprovechará la

frescura para cazar; dormiremos en casa de un campesino, y mañana iremos al pantano grande.

—¿No hay nada en el camino?

—Sí tal, tenemos dos buenos puntos; pero esto nos retardaría, y hace demasiado calor.

Levine pensaba reservar para su uso aquellos parajes próximos á la casa; pero nada escapaba á la vista ejercitada de Arcadievitch, y al pasar delante de un pequeño pantano exclamó:

—¡Detengámonos aquí!

—¡Oh! sí—añadió Wassia—detengámonos.

Fué preciso resignarse: los perros se lanzaron al punto, y Levine se quedó guardando los caballos. Una cantinela de agua y un gorrión fué todo lo que Weslowsky encontró, lo cual consoló un poco á Levine.

Cuando los cazadores subieron al coche, y como Wassinka sostuviese torpemente su fusil y el ave con una mano, escapósele el tiro, y los caballos se encabritaron. Por fortuna, el proyectil no hirió á nadie, y por lo tanto sus compañeros no tuvieron valor para reñirle, porque se mostraba muy desesperado; pero muy pronto comenzaron á reir todos al pensar en su pánico y en el chichón que se había hecho Levine al tropezar con su escopeta. Á pesar de las observaciones de este último, apeáronse también al llegar al segundo pantano; esta vez Wassinka, después de matar una becada, compadecióse de Levine y ofrecióle cuidar de los caballos. Constantino no resistió, y Laska, que lloraba la injusticia de la suerte, precipitóse de un salto hacia el mejor sitio; dió algunas vueltas buscando pista, y después se detuvo de pronto. Levine, con el corazón palpitante, avanzaba prudentemente.

Una becada se elevó de repente y Levine apuntaba ya, cuando el rumor de pesados pasos en el agua, y los gritos de Weslowsky le hicieron volver la cabeza. El ave se le había escapado, y con gran asombro suyo, vió los coches y los caballos medio hundidos en el cieno: Wassinka se había dirigido hacia el pantano para ver mejor la cacería.

«¡Malos diablos le lleven!»—murmuró Levine.

—¿Por qué avanza usted tanto?—preguntó secamente al joven, después de llamar al cochero para ayudarle á desenganchar los caballos.

No sólo le espantaban la caza, estropeando los caballos, sino que le dejaban el trabajo de desengancharlos y conducirlos á terreno firme sin ofrecerse á prestarle auxilio, si bien era verdad que ni Estéfano ni Weslowky tenían el menor conocimiento de semejante operación. En cambio, el culpable hizo cuanto pudo para desprender del cieno uno de los vehículos, pero en su celo arrancó una tabla de cuajo. Aquella prueba de buena voluntad conmovió á Levine sin embargo, y para disimular su mal humor, dió orden para que desempaquetaran las provisiones.

—Buen apetito, buena conciencia; ese pollo me va á llegar hasta el fondo de los talones—dijo Wassia, sereno ya, y devorando una segunda ave.—Nuestras desgracias han terminado, señores; todo saldrá bien ahora; pero en castigo de mis fechorías, pido que se me permita subir al pescante para serviros de automedonte.

Á pesar de las protestas de Levine, que temía por sus caballos, hubo de consentir, y la alegría contagiosa de Weslowsky que cantaba coplas é imitaba á los ingleses cuando guían un coche de cuatro caballos, se comunicó al fin á sus compañeros.

Llegaron á Gvosdef riendo y bromeando.

X

Al acercarse al término de su expedición, Levine y Arcadievitch tuvieron el mismo pensamiento: librarse de su incómodo compañero.

—¡Qué hermoso pantano!—exclamó Arcadievitch, cuando después de una vertiginosa carrera llegaron al sitio en pleno día de calor.—Mirad cuántas aves de rapiña; esto es siempre indicio de mucha caza.

—El pantano comienza en ese islote, señores—dijo Levine, examinando su escopeta.

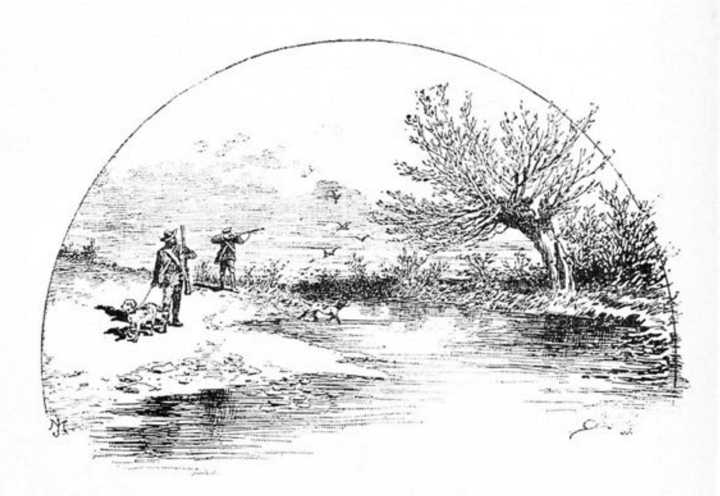
Y les indicó un punto más oscuro que se destacaba sobre la inmensa llanura húmeda, segada en varias partes.—Si á ustedes les parece—añadió—nos separaremos en dos grupos, dirigiéndonos primero hacia esa arboleda, y después al moli-

no. Yo he matado allí hasta diez y siete becadas en poco tiempo.

—Pues bien, tomad la derecha—dijo Arcadievitch con tono indiferente—pues no hay espacio más que para dos; yo iré por la izquierda.

—Eso es—replicó Wassia;—ya verá usted cómo somos más hábiles.

Forzoso le fué á Levine aceptar este arreglo; pero después



de la aventura del tiro escapado, desconfiaba de su compañero de caza, y recomendóle que no se quedase atrás.—No se ocupe usted de mí—contestó éste—yo no le molestaré.

Los perros partieron y alejáronse, comenzando á buscar la pista cada cual por su lado. Levine conocía bien los movimientos de Laska, y creía oir ya el grito de la becada.

De repente oyó varias detonaciones: era que Wassinka tiraba á los ánades; media docena de becadas remontaron el vuelo unas tras otras, y Arcadievitch, aprovechando el momento mató dos, las cuales recogió al punto con aire satisfecho, alejándose después por la izquierda con su perro; mientras que Levine, menos feliz, cargaba de nuevo su escopeta. En cuanto á Weslowsky, tiraba á diestro y siniestro sin mirar

nada. Cuando Levine erraba su primer tiro solía perder la serenidad y no hacía ya nada bueno : esto fué lo que le sucedió aquel día. Las becadas eran tan numerosas, que nada hubiera sido tan fácil como reparar una primera torpeza, pero cuanto más avanzaba, más perdía la calma. Laska, mirando los cazadores con expresión de duda, parecía censurarlos, y apenas buscaba. Á lo lejos oíanse las detonaciones de la escopeta de Oblonsky, cuyos tiros parecían tocar siempre en el blanco, pues repetía á intervalos: « Crac, tráelo aquí.» Levine no llevaba en su morral mas que tres avecillas cuando llegaron á una pradera perteneciente á unos campesinos y situada en medio del pantano.

—¡ Eh ! cazadores !—gritó un aldeano, que estaba sentado en un trineo, elevando sobre su cabeza una botella de aguardiente, que brilló á la luz del sol.—¡ Vengan ustedes á echar un trago !

—¿ Qué dicen ?—preguntó Weslowsky.

—Nos ofrecen beber con ellos ; y yo aceptaría de buena gana—repuso Levine con segunda intención, esperando tentar á Wassia.

—Pero ¿por qué quieren obsequiarnos ?

—En señal de regocijo ; vaya usted ; esto le divertirá.

—Pues allá voy ; será curioso.

—Ya encontrará usted la senda para llegar hasta el molino —gritó Levine, muy satisfecho de ver á Weslowsky alejarse.

—Ven tú también—gritó el campesino á Levine.

Un vaso de aguardiente no hubiera estado de sobra para Constantino, pues sentíase ya cansado, y levantaba con trabajo los pies en aquel suelo pantanoso ; pero como viese á Laska de muestra, recobró su energía. La presencia de Weslowsky le llevaba mala suerte, según él creía; pero no fué más feliz en la caza, aunque ésta abundaba, cuando su compañero estuvo lejos. Llegado al punto en que debía reunirse con Arcadievitch, sólo llevaba cinco míseras avecillas en el morral.

Crac precedía á su amo con aire triunfante, y detrás iba Estéfano, bañado en sudor y arrastrando las piernas, pero con el morral tan lleno que se desbordaba.

—¡ Qué pantano ! —exclamó.—Weslowsky ha debido molestarte, pues nada hay tan incómodo como cazar dos con un perro—añadió, para dulcificar el efecto de su triunfo.

XI

Levine y Oblonsky se encontraron á Weslowsky instalado en el albergue donde debían cenar; sentado en un banco al que se cogía con ambas manos, esperaba á que le sacase las botas cubiertas de cieno, un soldado, hermano de la patrona.

—Acabo de llegar—dijo sonriendo;—estos campesinos son muy amables, y después de darme de comer y beber no han querido aceptar nada. ¡Qué pan y qué aguardiente!

—¿Y por qué habían de cobrar?—observó el soldado;—ellos no venden su aguardiente.

Á los cazadores no les repugnó el desaseo de la cabaña, que sus botas y las patas de los perros ensuciaron más aún, cubriendo el suelo de un barro negruzco; todos cenaron con ese apetito que sólo se conoce en semejantes excursiones; y después de limpiarse, fueron á dormir en un pajar, donde el cochero les había preparado ya las camas.

La noche había cerrado ya, pero ninguno de los tres tenía sueño: el entusiasmo de Vassinka al hablar de la hospitalidad de los campesinos, y el buen olor del heno les mantuvo despiertos.

Oblonsky les refirió los detalles de una cacería á que había asistido el año anterior en casa de Malthus, empresario de caminos de hierro, y hombre de muchos millones.

Habló de los inmensos pantanos de la provincia de Tver, de los trineos tirados por perros y de las tiendas levantadas sólo para comer.

—¿Cómo es que no odias á esa gente?—preguntó Levine incorporándose en su cama de heno;—su lujo subleva, porque se enriquecen á la manera de los traficantes en aguardiente de otro tiempo y se burlan del desprecio público, sabiendo que su dinero lo rehabilitará.

—Es muy cierto—dijo Weslowsky;—pero Oblonsky acepta sus invitaciones por bondad, lo cual no impide que otros imiten su ejemplo.

—Estás en un error—replicó Oblonsky;—si voy á su casa es porque los considero como ricos mercaderes ó propietarios que deben sus bienes al trabajo y á la inteligencia.

—¿Á qué llamas tú trabajo? ¿Consideras como tal obtener una concesión y explotarla?

—Seguramente, en el sentido de que si nadie se tomara esa molestia, no tendríamos caminos de hierro.

—¿Y podrías comparar ese trabajo con el del hombre que labra la tierra, ó el sabio que estudia?

—No; pero no deja de dar también un resultado, el de tener vías férreas, por más que tú no las apruebes.

—Este es otro asunto; lo que yo mantengo es que cuando la remuneración no está en proporción con el trabajo, no es honrada. Las fortunas que hacen esos hombres son escandalosas; no tenemos ya granjas, pero en cambio abundan las líneas férreas y los banquetes.

—Todo eso puede ser verdad; pero ¿quién trazará el límite exacto de lo justo y de lo injusto? Así, por ejemplo, ¿por qué mi sueldo ha de ser mayor que el de mi jefe de oficina, que conoce los asuntos mejor que yo?

—Lo ignoro.

—¿Por qué ganas tú, digamos, cinco mil rublos, allí donde nuestro patrón, el campesino, sólo obtiene cincuenta? ¿Y por qué Malthus no ganaría más que sus maestros? En el fondo no puedo menos de creer que el odio que inspiran esos millonarios es hijo de la envidia.

—Va usted demasiado lejos — dijo Weslowsky; — no se les envidia por sus riquezas; pero no se puede menos de reconocer que estas tienen su lado tenebroso.

—No te falta razón—repuso Levine—al tachar de injusto mi beneficio de cinco mil rublos, pues bastante sufro.

—Pero no hasta el extremo de dar tu tierra al campesino— dijo Oblonsky, que desde hacía algún tiempo se complacía en tirar indirectas á su cuñado, con el cual iban tomando sus relaciones cierto carácter de hostilidad desde que ambos formaban parte de la misma familia.

—No la doy porque no sabría cómo arreglarme para desposeerme, y porque teniendo familia he de cumplir deberes con ella, por lo cual no me reconozco derecho alguno para despojarme.

—Si consideras esa desigualdad como una injusticia, deber tuyo es poner término á ella.

—Procuro no hacer nada para aumentarla.

—¡Qué paradoja!

—Sí, eso huele á sofisma—añadió Weslowsky.—¡Eh! compañero—gritó á un campesino que entreabría la puerta, haciéndola rechinar sobre sus goznes—¿no dormís vosotros aún?

—No, pero creía que estaban ustedes dormidos. ¿Puedo entrar á coger una horquilla que necesito?—preguntó, mostrando los perros.

—¿Dónde dormiréis?

—Hemos de vigilar los caballos en el pasto.

—¡Magnífica noche!—exclamó Wassinka, al ver por la puerta entornada los vehículos iluminados por la luz de la luna.

—¿De dónde proceden esas voces de mujeres?

—Son las muchachas de al lado.

—Vamos á pasear, Oblonsky, pues no podremos dormir.

—Estoy muy bien aquí.

—Pues iré solo—repuso Wassinka, levantándose al punto y calzándose rápidamente.—Hasta la vista, señores; si me divierto, ya os llamaré, pues habéis sido demasiado amables durante la cacería para que os olvide.

—Es buen muchacho, ¿no es verdad?—preguntó Arcadievitch cuando Wassinka hubo salido.

—Sí—contestó Levine, siguiendo siempre el hilo de su pensamiento.—¿Cómo era posible que dos hombres sinceros é inteligentes le acusasen de sofista, siendo así que expresaba sus ideas con tanta claridad como podía?

—Hágase lo que se quiera—repuso Arcadievitch—preciso es reconocer que, ó bien la sociedad tiene razón, ó que se aprovechan privilegios injustos, y en este último caso se debe hacer como yo: utilizarlos con placer.

—No, si tú reconocieses la iniquidad de esos privilegios, no disfrutarías por ellos; yo á lo menos no lo haría.

—¿Por qué no iremos á dar una vuelta también?—dijo Arcadievitch, cansado ya de aquella conversación.—Vamos, puesto que no dormimos.

—No, yo me quedo.

—¿Lo haces también por principio?—preguntó Oblonsky, buscando la gorra á tientas.

—No, es porque no sé qué haría yo allá abajo.

—Estás en mal camino—dijo Arcadievitch cuando hubo encontrado lo que buscaba.

—¿Por qué?

—Porque acostumbras mal á tu mujer. He observado la importancia que tenía para ti obtener su autorización á fin de ausentarte dos días. Esto puede ser delicioso como idilio, pero no durará. El hombre ha de mantener su independencia, y tiene sus intereses—dijo Arcadievitch, abriendo la puerta.

—¿Cuáles? ¿Los de correr en busca de las muchachas de la granja?

—¿Por qué no, si esto le place? Mi mujer no se encontrará peor por esto, con tal que yo respete el santuario de la casa. Es preciso no atarse de pies y manos.

—Tal vez—contestó secamente Levine, volviéndose del otro lado.—Mañana me pongo en marcha al amanecer, y no despertaré á nadie: tenedlo por entendido.

—¡Señores, venid pronto!—gritó Wassinka.—¡Es encantadora; yo la he descubierto; es una beldad!—añadió con tono satisfecho.

Levine aparentó dormir, y dejólos alejarse; pasó largo tiempo sin que pudiese conciliar el sueño, oyendo á los caballos comer el heno; el soldado se echó después con su sobrino, que le dirigía preguntas en voz baja acerca de los perros, calificándolos de animales terribles; su tío le hizo callar muy pronto, y sólo turbaron el silencio sus ronquidos.

Levine, bajo la impresión de su diálogo con Oblonsky, pensaba en el día siguiente. «Me levantaré al amanecer—se dijo, conservando su sangre fría;—hay muchas becadas, y además tal vez encuentre un mensajero de Kitty en el camino. Oblonsky no tiene razón al decir que me afemino con ella. ¿Qué he de hacer?» En aquel momento, cuando ya dormitaba, oyó á sus compañeros entrar, viólos en el umbral de la puerta, iluminados por la luna, y les dijo:

—Mañana al amanecer, señores.

XII

Al día siguiente fué imposible despertar á Wassia, echado de bruces y profundamente dormido con los puños cerrados;

Arcadievitch rehusó también levantarse, y la misma Laska, casi oculta en el heno, estiró perezosamente sus patas posteriores antes de resolverse á seguir á su amo. Levine se calzó, cogió su escopeta, y salió con precaución. Los cocheros dormían junto á los vehículos, y los caballos dormitaban, pues apenas rayaba el día.

—¿Por qué se levanta usted tan temprano, padrecito?—preguntó una anciana, saliendo de la vivienda y acercándose amistosamente á Levine.

—Voy á cazar. ¿Por dónde se llega más pronto al pantano?

—Siga usted el sendero que se prolonga por detrás de nuestras granjas—contestó la anciana, conduciendo á Levine hasta que le dejó en buen camino.

Laska corría ya, y Levine la siguió alegremente, con la esperanza de llegar al pantano antes de que saliera el sol. La luna, visible aún cuando salió de la granja, borrábase poco á poco; la estrella de la mañana no se distinguía apenas, y varios puntos confusos antes en el horizonte, marcábanse cada vez más: eran montones de trigo. Los más leves sonidos percibíanse muy bien en el aire sereno, tanto que una abeja, rozando el cabello de Levine, parecióle el silbido de una bala.

Algunos vapores blancos, entre los cuales destacábanse, semejantes á islotes, varios grupos de plantas, indicaban el gran pantano, en cuya orilla hombres y mujeres, cubiertos con sus abrigos, dormían profundamente después de haber velado. Los caballos pacían aún, haciendo resonar sus cadenas, y espantados por Laska dirigiéronse hacia el agua, introduciendo en ella sus pies atados.

El perro fijó en ellos una mirada burlona, volviendo la cabeza hacia su amo.

Cuando Levine hubo pasado del sitio donde estaban los campesinos dormidos, examinó su escopeta y silbó para indicar á su perro que iba á dar principio á la cacería. Laska partió al punto, olfateando el suelo movedizo, para descubrir entre otros perfumes conocidos, esa emanación del ave que le atraía siempre. Á fin de reconocer mejor la dirección de la caza se puso al viento, avanzando poco á poco para poder detenerse bruscamente; pero pronto avanzó más despacio

porque ya no seguía una pista, á causa de ser la caza allí en extremo abundante. Levine llamó al perro, pero éste se detuvo vacilante y volvió después al sitio que le atraía, trazando círculos para detenerse á poco delante de un montecillo; sus piernas, demasiado cortas, impedían á Laska ver bien, pero su olfato no le engañaba; inmóvil, con la boca entreabierta y las orejas derechas, miraba á su amo, sin atreverse á volver la cabeza. Levine avanzaba presuroso, temiendo errar el primer tiro, á causa de su inveterada superstición de cazador, y al acercarse, vió lo que el perro no distinguía, aunque lo olfateaba: era una becada oculta entre dos montecillos.

Laska vacilaba aún, como si dudase de la vista de su amo, pero como éste la tocase con la rodilla, precipitóse sin saber lo que hacía.

Al punto se remontó una becada, con el ruido que acostumbran; Levine hizo fuego, el ave agitó las alas y cayó sobre la hierba húmeda mostrando su blanco pecho; una segunda becada sufrió la misma suerte.

—¡Muy bien, Laska!—dijo Levine, guardando las dos aves en su morral.

El sol había salido ya, cuando avanzó por el pantano; la luna parecía entonces un punto blanco en el espacio, y todas las estrellas habían desaparecido; las charcas de agua, argentadas por el rocío, despedían en aquel instante dorados reflejos; la hierba tomaba un tinte de ámbar; las aves de los pantanos agitábanse en los matorrales; varios buitres, posados en montones de trigo, miraban á su alrededor con expresión de descontento, y las cornejas revoloteaban en los campos. Uno de los durmientes estaba ya en pie, y varios chicos llevaban los caballos al camino.

—Padrecito—gritó uno de los muchachos á Levine—también hay anades por aquí; ayer vimos bastantes.

Levine tuvo la satisfacción de matar dos becadas más á la vista de los muchachos.

XIII

La superstición sobre el primer tiro no dejó de confirmarse esta vez; Levine volvió á la casa á eso de las diez, cansado y

hambriento pero muy satisfecho: había recorrido una treintena de verstas, y muerto diez y nueve becadas y un ánade, algunas de las cuales debió suspender del cinto por no caber todo en el morral. Sus compañeros habían tenido tiempo para esperarle, rabiando de hambre, y para almorzar después.

El sentimiento de envidia que Arcadievitch experimentó al ver aquellas hermosas aves con la cabeza inclinada y tan diferentes de lo que eran en los otros pantanos, causó cierta satisfacción á Levine, y para colmo de felicidad encontró un billete de Kitty.

«Sigo muy bien—escribía—y si no me crees suficientemente segura, tranquilízate, porque María Wlasiewna ha venido ya (era la comadrona, personaje nuevo y muy importante en la familia). Dice que estoy muy bien y que permanecerá algunos días con nosotras; de modo que si te diviertes, no te apresures á volver.»

La cacería y este billete hicieron olvidar á Levine dos incidentes menos agradables: el primero era la fatiga del caballo delantero que, maltratado la víspera, rehusaba comer; y el segundo la circunstancia de no haber encontrado nada de las numerosas provisiones entregadas por Kitty. Levine contaba sobre todo con unos pastelillos que le gustaban mucho; pero todos habían desaparecido, así como los pollos y la carne, cuyos huesos fueron devorados por los perros.

—¡Y luego dirán que como mucho!—exclamó Oblonsky señalando á Wassinka;—no me puedo quejar de mi apetito, pero ese mozo me deja muy atrás.

Incomodado Levine, no pudo menos de exclamar:

—Paréceme que hubieran podido guardarme alguna cosa.

Hubo de contentarse con la leche que su cochero fué á buscar; pero mitigado su apetito, avergonzóse de haber manifestado tan vivamente su enojo, y fué el primero en burlarse de su cólera.

Aquella misma noche, después de terminada la última cacería, los tres compañeros emprendieron la marcha de regreso y llegaron por la noche á casa de Levine. En el camino reinó la mejor inteligencia; Weslowsky no dejó de reir y bromear recordando sus aventuras con las jóvenes campesinas, y Levine reconciliado con su huésped, olvidó sus prevenciones contra él.

XIV

Á eso de las diez de la mañana, después de pasar su revista de inspección, Levine llamaba á la puerta de Vassinka.

—Adelante—dijo éste;—dispénseme usted: ahora termino mis abluciones.

—No se moleste. ¿Ha dormido usted bien?

—Como un muerto.

—¿Qué toma usted por la mañana, café ó té?

—Ni una cosa ni otra; almuerzo á la inglesa. Me avergüenzo de haberme retardado tanto; las señoras se habrán levantado ya sin duda, y en tal caso el momento sería oportuno para dar un paseo. ¿No monta usted á caballo?

Levine consintió; dieron una vuelta por el jardín, visitaron la cuadra, hicieron un poco de ejercicio en el gimnasio y volvieron al salón.

—Nos hemos divertido mucho en la cacería—dijo Weslowsky acercándose á Kitty.—¡Qué lástima que las señoras no puedan disfrútar de este placer!

«Preciso es que diga algunas palabras al ama de la casa»—pensó Levine, amostazado ya al ver el aire conquistador del joven.

La princesa hablaba con la comadrona y Sergio Ivanitch sobre la necesidad de instalar á su hija en Moscou para la época de su parto, y llamó á su yerno á fin de consultarle sobre esta grave cuestión. Nada molestaba á Levine tanto como que se hablara con ligereza del nacimiento de un hijo (porque sería un hijo), acontecimiento verdaderamente extraordinario, y no admitía que esta inverosímil felicidad rodeada de tanto misterio para él, fuese discutida como un hecho común por aquellas mujeres que contaban por los dedos los días que faltaban para el alumbramiento. Por eso eludía siempre la conversación, como en otro tiempo cuando se trató de los preparativos de su matrimonio.

La princesa no comprendía las impresiones de su yerno, viendo en aquella indiferencia aparente, aturdimiento y apatía, y por lo mismo no le dejaba punto de reposo; acababa de

encargar á Sergio Ivanitch que buscara casa y tenía empeño en oir el parecer de Levine.

—Haga usted lo que mejor le parezca, princesa—contestó; —yo no entiendo nada de eso.

—Pero es preciso resolver para que sepamos en qué época volverás á Moscou.

—Lo ignoro; lo que sé es que fuera de esa ciudad nacen millones de criaturas.

—En ese caso...

—Kitty hará lo que quiera.

—Kitty no debe entender en estos detalles que podrían alterarla; recuerda que Natalia Galizine murió de sobreparto la primavera pasada por falta de una buena comadrona.

—Haré lo que ustedes quieran—repitió Levine con expresión sombría y dejando de escuchar á su suegra para fijar su atención en otra parte.

«Esto no puede durar así—pensaba, dirigiendo de vez en cuando una mirada á Wassinka inclinado hacia Kitty, á la vez que observaba la turbación y el rubor de ésta.—La actitud de Weslowsky le pareció inconveniente, y así como la antevíspera, cayó de pronto desde las alturas de la felicidad más ideal á un abismo de odio y confusión. El mundo le parecía insoportable.

—¿Qué tarde bajas?—dijo en aquel momento Arcadievitch observando la fisonomía de Levine y dirigiéndose á Dolly que entraba en el salón.

—Macha ha dormido mal y me ha cansado — contestó Dolly.

Wassinka se levantó para saludar, y sentándose de nuevo, prosiguió su conversación con Kitty; hablábale aún de Ana, discutiendo sobre la posibilidad de amar en sus condiciones extra-ilegales; y aunque el diálogo desagradase á la joven, era demasiado inexperta é ingenua para saber cómo terminarlo, disimulando la molestia y la especie de placer que á la vez le causaban las atenciones del joven. El temor á los celos de su esposo aumentaba su emoción, sabiendo muy bien que interpretaría mal todas sus palabras y ademanes.

—¿Dónde vas, Kostia?—le preguntó con aire contrito, al verle salir resueltamente.

—Voy á buscar al mecánico alemán que ha venido durante

mi ausencia—contestó Levine sin mirarla, convencido de la hipocresía de su esposa.

Apenas estuvo en su despacho, oyó los pasos bien conocidos de Kitty, que bajaba la escalera con imprudente ligereza: un momento después llamó á la puerta.

—¿Qué quieres?—preguntó Levine con sequedad;—ahora estoy ocupado.

—Dispense usted—dijo Kitty, dirigiéndose al alemán;—necesito hablar dos palabras con mi esposo.

El mecánico quiso salir, pero Levine le detuvo, diciéndole que no se molestara.

—Quisiera aprovechar el tren de las tres—repuso el alemán.

Sin contestarle, Levine salió con su esposa al corredor.

—¿Qué quieres?—le preguntó con frialdad, sin mirar su rostro contraído por la emoción.

—Yo... yo quería decirte que esta vida es un suplicio...—murmuró Kitty.

—Hay gente en la oficina; no demos qué hablar—dijo Levine con acento de cólera.

Kitty quiso conducirle á la habitación contigua, pero allí estaba Tania tomando su lección de inglés, y por lo tanto se dirigió al jardín.

Allí se hallaba el hortelano barriendo las alamedas; pero sin cuidarse del efecto que podría producir en aquel hombre su rostro bañado en lágrimas, Kitty avanzó rápidamente, seguida de Levine, que comprendía también la necesidad de una explicación para mitigar su tormento.

—Esta vida es un martirio—dijo Kitty.—¿Por qué sufres así? ¿Qué he hecho yo?—preguntó Kitty cuando hubieron llegado á un banco.

—Confiesa que su actitud tenía algo de ofensivo y de inconveniente—dijo Levine, oprimiéndose el pecho con ambas manos como la otra vez.

—Sí...—contestó Kitty con voz temblorosa;—pero ¿no ves, Constantino, que no es culpa mía? Desde por la mañana quise hacerle guardar su lugar... ¡Dios mío, por qué habrán venido todos cuando éramos tan felices!

Y los sollozos ahogaron su voz.

Cuando el jardinero vió á los cónyuges poco después con

la expresión tranquila, que revelaba felicidad, no comprendió lo que podría haber ocurrido de bueno en aquel banco aislado.

XV

Cuando Kitty estuvo en su habitación, Levine fué á ver á Dolly, y encontróla muy excitada, paseando de un lado á otro de su cuarto y reprendiendo á la pequeña Macha, que lloraba amargamente.

—Ahí te estarás todo el día sin comer y sin muñecas, y no te pondrás el vestido nuevo—decía la madre á su hija.

—¿Qué ha hecho?—preguntó Levine, al ver que llegaba en momento tan inoportuno, pues quería consultar á Dolly.

—Es una niña perversa—contestó la madre.—¡Ah! cuánto echo de menos á la señorita Elliott, que como aya es una verdadera máquina. Figúrate...

Y refirió las fechorías de la culpable Macha.

—No veo en todo eso nada muy grave—dijo Levine;—son niñadas...

—Pero ¿qué tienes tú, que tan trastornado pareces?—preguntó Dolly.—¿Qué ha pasado?

Y por el tono con que hizo estas preguntas, Levine conoció que se le comprendería.

—Acabo de tener una cuestión con Kitty, y es la segunda desde la llegada de Estéfano.

Dolly le miró con ojos inteligentes.

—Con la mano en la conciencia—continuó Levine—dime si no te parece que ese joven observa una conducta desagradable é intolerante para un marido.

—¿Qué quieres que te diga?... según las ideas recibidas en el mundo, se conduce como todos los jóvenes; hace la corte á una mujer joven; y si el esposo es hombre de mundo, éste debe lisonjearle.

—¿Con que lo has observado?

—No solamente yo, sino también mi esposo, que me lo ha dicho después de tomar el té.

—Entonces ya estoy tranquilo; voy á despedirle—replicó Levine.

—¿Has perdido el juicio?—exclamó Dolly con expresión de terror.—¿En qué piensas, Kostia?... Vé á buscar á Fanny —añadió Dolly interrumpiéndose, al ver que la niña castigada se disponía á salir de su rincón.—Déjame hablar antes á Estéfano—continuó Dolly:—él se le llevará, diciendo que se espera aquí á otra gente...

—No, yo mismo seré el ejecutor—replicó Levine;—esto me divertirá... Vamos, Dolly—añadió, señalando á la pequeña culpable, que de pie junto á su madre, no se atrevía á ir en busca de Fanny;—perdónala por mí.

La niña, observando que Dolly se dulcificaba, precipitóse en sus brazos sollozando.

«No hay nada de común entre ese joven y yo»—pensó Levine, mientras iba en busca de Vassinka.

En el vestíbulo dió orden de enganchar el tílburi.

—Se han roto los muelles—contestó el criado.

—Pues entonces, cualquier otro vehículo.

Vassinka se estaba poniendo las polainas para montar á caballo, con la pierna apoyada en una silla, cuando Levine entró. El rostro de éste tenía una expresión particular, y Weslowsky no pudo ocultarse que su asiduidad con Kitty era inoportuna en aquella familia, por lo cual sentía ya la inquietud que puede experimentar un joven de mundo.

—¿Monta usted á caballo con polainas?—le preguntó Levine, apoderándose de una varilla que había recogido por la mañana en el gimnasio.

—Sí, es más limpio—contestó Vassinka, acabando de abotonarse la polaina.

Era en el fondo tan buen muchacho, que Levine se sintió algo confuso al observar la repentina timidez de su huésped.

—Quisiera...—interrumpióse de pronto, pero al recordar la escena con Kitty, añadió:—quería decir á usted que he mandado enganchar.

—¿Para qué? ¿Dónde vamos?—preguntó Vassinka con extrañeza.

—Para conducirle á usted á la estación—dijo Levine con expresión sombría.

—¿Se va usted? ¿Ha ocurrido alguna cosa?

—Ha ocurrido que espero gente—continuó Levine, rom-

piendo la varilla que tenía en la mano;—ó mejor dicho, no espero á nadie; pero le ruego á usted que se vaya. Puede interpretar mi descortesía como mejor le parezca.

Vassinka se irguió con dignidad.

—Sírvase usted explicarme...

—Yo no explico nada, y lo mejor que usted puede hacer es no preguntarme — replicó Levine lentamente, procurando permanecer sereno y reprimir el temblor convulsivo de sus facciones, mientras que rompía cada vez más la varilla. El ademán y la tensión de los músculos de Constantino, cuyo vigor había podido reconocer en el gimnasio Vassinka, convencieron á éste mejor que las palabras. Encogióse de hombros, sonrió con desdén al saludar y dijo:

—¿No podré ver á Oblonsky?

—Voy á enviársele á usted— contestó Levine sin hacer aprecio del movimiento de hombros ni de la expresión de su interlocutor.

—¡Pero esto no tiene sentido común, y es verdaderamente ridículo! — exclamó Arcadievitch, cuando se hubo reunido con Levine en el jardín, después de haberle dicho Weslowsky que se le despedía.—¿Qué mala mosca te ha picado? Si este joven...

La picadura era tan reciente aún, que Levine interrumpió á su cuñado en las explicaciones que trataba de darle.

—No te tomes la molestia de disculpar á ese joven—dijo;—lo siento mucho, tanto por ti como por él; pero él se consolará fácilmente, mientras que para mi esposa y para mí su presencia se hacía intolerable.

—Jamás te hubiera creído capaz de semejante proceder; se puede ser celoso, mas no hasta ese punto.

Levine volvió la espalda y comenzó á pasear, esperando la marcha. Poco después oyó el rumor de las ruedas y vió cruzar entre los árboles á Vassinka sentado en un poco de heno, pues el vehículo en que iba carecía de asiento; las cintas de su gorra escocesa se agitaban á la menor sacudida.

«¿Qué ocurrirá ahora?»—pensó Levine, al ver al criado que salía corriendo de la casa para detener el vehículo: era para colocar al mecánico, á quien se había olvidado, y que tomó asiento junto á Vassinka, saludándole cortésmente.

Sergio Ivanitch y la princesa se resintieron mucho del pro-

ceder de Levine, y este mismo se reconoció ridículo en alto grado; mas al pensar en lo que Kitty y él habían sufrido, confesóse que en caso de necesidad haría otra vez lo mismo. Por la noche se manifestó en todos una marcada recrudescencia, como la de los niños después de un castigo, ó la de los amos de casa al día siguiente de una recepción oficial penosa; pero en cambio sentíase cierto alivio. Dolly hizo reir mucho á Warinka al referirla por tercera vez sus propias impresiones: dijo que había reservado en honor de su huésped un par de botinas nuevas; que llegado el momento de lucirlas, entró en el salón, y que de pronto un ruido extraño la atrajo hacia la ventana. ¡Qué espectáculo se ofreció á sus ojos! ¡Wassinka, con su gorra escocesa, sus cintas flotantes y sus polainas, iba sentado ignominiosamente sobre un montón de heno! Si al menos le hubiesen preparado un carruaje... pero no... De repente le detienen; tal vez se le ha compadecido... nada de eso: es que se hace más angustiosa su desgracia, dándole por compañero un corpulento alemán. ¡No había sido posible lucir las botinas!

XVI

Daría Alexandrovna, aunque temiendo ser desagradable á los Levine, que rehuían toda relación con Wronsky, deseaba mucho ir á visitar á Ana para demostrarle su afecto. El corto viaje que proyectaba, ofrecía ciertas dificultades, y á fin de no molestar á su cuñado, quiso alquilar caballos en el pueblo. Apenas lo supo Levine, dirigió amargas quejas á Dolly.

—¿Por qué crees tú—la dijo—disgustarme á mí por ir á visitar á Wronsky? Aunque así fuese, más me afligiría que te sirvieses de otros caballos que de los míos; los que te alquilen no podrán recorrer nunca 70 verstas de una tirada.

Dolly se sometió al fin, y en el día indicado se puso en marcha, bajo la protección del tenedor de libros, que para mayor seguridad se colocó junto al cochero á guisa de lacayo. El coche no era muy bueno, pero sí bastante sólido para resistir una larga carrera, y Levine, además de cumplir así con un deber de hospitalidad, evitaba que hiciese un gasto considerable, atendidos sus medios.

Comenzaba á despuntar el día cuando Daría Alexandrovna emprendió la marcha; mecida por el movimiento regular de los caballos, aletargóse muy pronto, y no se despertó hasta llegar al paraje donde se había preparado el cambio de tiro; aquí tomó té en casa del aldeano donde Levine se detuvo cuando fué á visitar á Swiagesky, y después de descansar un rato, continuó su viaje.

En su atareada vida, y absorta siempre por sus deberes maternales, Dolly había tenido poco tiempo para reflexionar, y así es que aquella carrera solitaria de cuatro horas le proporcionó ocasión de entregarse á profundas meditaciones sobre su pasado, considerándole bajo diversos aspectos.

Primero pensó en sus hijos, confiados al cuidado de su madre y su hermana (con esta última contaba particularmente); y después preocupáronle otros asuntos. Debía cambiar de habitación al volver á Moscou, arreglar la casa, y comprar á su hija mayor un abrigo nuevo para el invierno. Otra cuestión nueva ocupaba el pensamiento de Dolly. ¿Cómo se compondría para continuar convenientemente la educación de los niños? Las niñas la inquietaban poco, pero no así los muchachos. Le había sido dado ocuparse de Gricha aquel verano, porque su salud se lo permitió; pero si sobrevenía un embarazo... Y Dolly pensó que sería injusto considerar los dolores de éste como una señal de la maldición que pesa sobre la mujer.

«En resumen—pensó Dolly, recordando sus quince años de matrimonio—durante mi juventud he tenido siempre enfermo el corazón; todo me ha disgustado, y he debido parecer desagradable á cuantos me conocían.» Al evocar este recuerdo estremecióse, reflexionando sobre sus padecimientos, sus largos insomnios, las privaciones sufridas para criar á sus hijos, las enfermedades de éstos, las malas inclinaciones que debió combatir, los gastos de la educación, y lo que aún era peor que todo, es decir, la muerte. Su corazón de madre padecía aún al pensar en la pérdida del último nacido, arrebatado por el crup. Sólo ella le había llorado, y la indiferencia general contribuyó á que su pena fuese más amarga.

«¿Y cuál sería el resultado de aquella vida llena de disgustos? Una familia pobre y mal educada. ¿Qué habría hecho yo este verano si los Levine no hubiesen tenido la atención de

invitarme á pasar la temporada con ellos? Pero aunque sean muy afectuosos, no podrán hacerlo otra vez, porque más tarde, también ellos tendrán hijos que ocuparán la casa. Papá, que se ha despojado casi por nosotras, no podrá tampoco ayudarnos, y siendo así, ¿cómo podré lograr que mis hijos sean hombres? Será preciso buscar protección, humillarme,



pues no puedo contar con Estéfano. ¡Y aun gracias que no sigan mal camino!»

—¿Nos acercamos ya, Felipe?—preguntó Dolly al cochero, para desechar sus tristes ideas.

—Aún faltan siete verstas á partir del pueblo.

El vehículo atravesó un pequeño puente, donde varias segadoras, con la hoz al hombro, se detuvieron para verla pasar: todos aquellos semblantes parecían alegres y contentos, llenos de vida y de salud.

«Todos viven y disfrutan de la existencia—pensó Dolly, mientras el vehículo franqueaba una pendiente;—sólo yo

parezco una prisionera, á quien se ha puesto momentáneamente en libertad. Mi hermana Natalia, Warinka, Ana, todas esas mujeres saben lo que es la existencia, pero yo lo ignoro. ¿Y por qué acusan á Ana? Si yo no hubiese amado á mi esposo, habría hecho otro tanto. Ella ha querido vivir: esta es una necesidad que Dios nos ha puesto en el corazón. ¿No me arrepentí yo misma de haber seguido sus consejos, en vez de separarme de mi esposo? ¿Quién sabe si hubiera podido comenzar la existencia de nuevo, amar y ser amada? ¿Es más decoroso lo que yo hago? Tolero á mi esposo porque le necesito y nada más. Entonces tenía yo todavía alguna belleza.» Dolly quiso buscar en su saco de viaje un espejito, pero contúvose por temor de que la observaran los dos hombres que iban en el pescante. Sin necesidad de contemplar su imagen, pensó que aún podría agradar, recordando la amabilidad de Sergio Ivanitch, la abnegación del bueno de Tourovtzine, que por amor á ella le ayudó de cuidar de sus hijos cuando estaban enfermos; y las atenciones de cierto joven, que habían inducido á su esposo á darle broma sobre su asiduidad.

«Ana ha tenido razón—pensó—porque ahora es feliz, y ha hecho dichoso al hombre que la ama; siempre bella y elegante, excita ahora tanto interés como en otro tiempo.» Una sonrisa entreabrió los labios de Dolly, que forjaba en su imaginación una novela semejante á la de Ana, figurándose que era la heroína; representábase el momento en que confesaba todo á su marido, y comenzó á reir al pensar cuál sería el asombro de Estéfano.

XVII

El cochero llamó á uno de los campesinos que estaban sentados en el lindero de un campo de centeno.

—¡Acércate un poco, bergante!—le gritó.

El aldeano, á quien se dirigía, era un viejecillo encorvado, que llevaba el cabello sujeto al rededor de la cabeza con una tira de cuero.

—¿Dónde está la mansión señorial del conde Wronsky?—preguntó el cochero.

—Siga usted el primer camino á la izquierda, y llegará á la avenida que conduce á la casa. ¿Pregunta usted por el mismo conde?

—¿Están en su casa, amigo mío?—preguntó Dolly sin atreverse á citar el nombre de Ana.

—Deben estar, porque todos los días viene gente—contestó el viejecillo, deseoso de prolongar la conversación.—¿Y quiénes son ustedes?

—Nosotros venimos de lejos—contestó el cochero.—¿Con que estamos cerca?

Y ya iba á continuar su marcha, cuando oyeron varias voces que gritaban:

—¡Alto, alto, ya están aquí ellos mismos!

Cuatro jinetes y un tílburi avanzaban por el camino.

Eran Wronsky, Ana, Weslowsky y el lacayo; la princesa Bárbara y Swiagesky seguían en coche, y todos habían ido para ver funcionar una segadora de vapor.

Ana, cuya linda cabeza cubría un sombrero de hombre, del cual se escapaban los rizos de su cabello negro, montaba con soltura un potro inglés. Dolly, escandalizada por lo pronto al verla á caballo, porque juzgaba que esto era una coquetería inconveniente, dada la falsa posición de Ana, quedó tan seducida al ver su sencillez, que todas sus prevenciones se desvanecieron. Weslowsky iba al lado de Ana en un fogoso caballo, y Dolly no pudo reprimir una sonrisa al verle; Wronsky avanzaba detrás, montando un caballo bayo de pura sangre, y el lacayo cerraba la marcha.

El rostro de Ana se iluminó al reconocer á Dolly en el fondo del carruaje, y profiriendo una exclamación de alegría, lanzó su caballo al galope, saltó ligeramente á tierra sin ayuda de nadie, al ver que su amiga se apeaba, y corrió al encuentro de ella, recogiendo la cola de su vestido.

—¡Dolly, qué inesperada felicidad!—exclamó abrazando á á la viajera y mirándola con una sonrisa de agradecimiento. —No puedes imaginarte cuánto bien me haces.—¡Qué dicha! —añadió, volviéndose hacia el conde.

Wronsky se acercó, descubriéndose cortésmente.

—Nos complace en alto grado la visita de usted—dijo con un acento particular de satisfacción.

Wassinka agitó su gorra escocesa sin desmontar.

—Es la princesa Bárbara—dijo Ana, contestando á una mirada interrogadora de Dolly al ver el tílburi.

—¡Ah!—exclamó, tomando cierta expresión de descontento. La princesa Bárbara, una tía de su esposo, no gozaba de la consideración de su familia; su afición al lujo la había puesto bajo la dependencia humillante de parientes ricos, y sólo por la fortuna de Wronsky había buscado amistad con Ana. Esta última observó la desaprobación de Dolly, y no pudo menos de ruborizarse.

—El cambio de cumplido entre Daria Alexandrowna y la princesa fué bastante frío; Swiagesky preguntó por su amigo Levine, el original, y por su joven esposa; y después de dirigir una mirada al vetusto coche vacío, ofreció el tílburi á las damas.

—Tomaré este vehículo para volver—dijo—y la princesa os llevará, pues sabe conducir muy bien.

—No—replicó Ana—quédese usted donde está y yo iré con Dolly.

Jamás Daria Alexandrowna había visto un tren tan brillante, pero lo que más le admiró fué la especie de transfiguración de Ana, que tal vez no hubieran notado ojos menos cariñosos y observadores que los suyos; para ella, en Ana resplandecía el brillo de esa belleza pasajera, por la cual una mujer tiene la certidumbre de ser amada; toda su persona, desde los hoyuelos de sus mejillas y el pliegue de sus labios, hasta el sonido de su voz, respiraba una seducción que la misma Ana no desconocía.

Las dos mujeres experimentaron un momento de malestar cuando estuvieron solas: Ana sentía, sin verla, la mirada interrogadora de Dolly; mientras que esta última, recordando la reflexión de Swiagesky, estaba confusa por la pobreza de su carruaje. Los hombres que iban en el pescante participaban de esta impresión; pero Felipe el cochero, resuelto á protestar, sonrió irónicamente al examinar el trotón negro del tílburi. «Ese cuadrúpedo — pensó — podrá ser bueno para el paseo, pero no sería capaz de recorrer cuarenta verstas en un día de calor.» Los campesinos abandonaron sus trineos para contemplar el encuentro de los amigos.

—Paréceme que se alegran mucho de verse—observó el viejecillo.

—Mira esa mujer con pantalones—dijo otro, señalando á Weslowsky, que montaba en silla de mujer.

—Muchachos, ¿no dormiremos más?

—No—contestó el anciano mirando al cielo;—ha pasado ya la hora; vamos á trabajar.

XVIII

Al observar Ana que Dolly parecía muy cansada y que iba cubierta de polvo, estuvo á punto de decirle que había enflaquecido; pero conociendo que era para su amiga objeto de admiración, se contuvo.

—Veo que me examinas—dijo á Dolly, dejando escapar un suspiro—y sin duda te preguntas cómo puedo parecer feliz en mi posición. Confieso que lo soy de una manera imperdonable. Lo que ha pasado en mí tiene alguna cosa de encanto, pues he salido de mis miserias como se sale de una pesadilla. ¡Qué despertar, sobre todo desde que estamos aquí!

Y miró á Dolly con tímida sonrisa.

—Me complace oirte hablar así, y te doy la enhorabuena—contestó Daría Alexandrowna más fríamente de lo que hubiera querido.—Pèro, ¿por qué no me has escrito?

—No he tenido valor.

—¿Aun tratándose de mí? Si supieras cuánto... —y Dolly iba á explicar sus reflexiones durante el viaje, cuando se le ocurrió que el momento no era oportuno.—Ya hablaremos más tarde—añadió.—¿Qué agrupación de edificios es esa, semejante á una pequeña ciudad?—preguntó después, señalando unos tejados verdes y rojos, que se divisaban á través de los árboles.

—Dime lo que piensas de mí—repuso Ana, sin contestar á la pregunta.

—No pienso nada; te estimo, y siempre te estimé; cuando se ama á una persona, se la quiere tal como es y no como se la desearía.

Ana apartó la vista y cerró los ojos á medias, como para reflexionar mejor sobre el sentido de estas palabras.

—Si tuvieras pecados, te se dispensarían por tus visitas y

tus buenas palabras—dijo Ana, interpretando favorablemente la contestación de su cuñada, y fijando en ella una mirada húmeda de lágrimas. Dolly estrechó su mano silenciosamente.

—Esos tejados son los de las dependencias de las cuadras —contestó Ana á una segunda pregunta de la viajera;—y ahí comienza el parque. Á Wronsky le gusta mucho esta propiedad, que estaba muy abandonada, y con gran asombro mío, ahora se aficiona á la agronomía. ¡Qué notables disposiciones las suyas! Se distingue en cuanto emprende; será un agrónomo de primer orden, económico, casi avaro, aunque sólo en agricultura, pues ya no cuenta cuando se trata de gastar en otros objetos miles de rublos. ¿Ves ese gran edificio? Es un hospital. ¿Y sabes por qué lo mandó construir? —añadió con la sonrisa de una mujer que habla de las debilidades de un hombre amado.—Pues sólo porque le acusé de avaro á consecuencia de una disputa con varios campesinos que reclamaban una pradera. El hospital está ahí para probarme la injusticia de mi acusación; será una pequeñez, si quieres; pero yo no le aprecio menos. Ahí verás también el castillo; data de su abuelo, y no se ha cambiado nada exteriormente.

—¡Es magnífico!—exclamó involuntariamente Dolly al contemplar el edificio, adornado con una columnata y circuído de árboles seculares.

—¿Verdad que es hermoso? Desde el primer piso la vista es magnífica.

El coche rodó sobre la fina arena del patio de honor, adornado con arbustos, que varios obreros rodeaban en aquel momento de piedras toscamente cortadas, y detúvose bajo un peristilo cubierto.

—Esos señores han llegado ya—dijo Ana, al ver que traían los caballos de silla.—¿No te parece que son hermosos animales? Ahí tienes mi favorito... ¿Dónde está el conde?—preguntó á dos lacayos con librea.—¡Ah! helos aquí—añadió, al ver á Wronsky y Weslowsky que iban á su encuentro.

—¿Dónde alojaremos á la princesa?—preguntó Wronsky volviéndose hacia Ana, después de besar la mano á Dolly—¿en la cámara del balcón?

—¡No! es demasiado lejos; me parece mejor la cámara del

ángulo, porque así estaremos próximas una á otra.—¿Supongo que permanecerás algún tiempo con nosotros?—añadió, dirigiéndose á Dolly.—¿ Un solo día ? Es imposible.

—Lo he prometido á causa de los niños—contestó Dolly, avergonzada del mezquino aspecto de su saco de viaje, y del polvo que cubría su ropa.

—¡ Oh ! es imposible, querida Dolly ; pero en fin, ya hablaremos de eso. Ahora subamos á tu cuarto.

La habitación que se la destinaba, con excusas de que no fuera la de honor, tenía un lujoso mobiliario, que recordó á Dolly el de los más suntuosos hoteles del extranjero.

—¡ Qué dichosa soy al verte aquí, querida amiga !—repitió Ana, sentándose junto á Dolly con su traje de amazona.—Háblame de tus hijos ; Tania debe ser ya una mujercita.

—Sí, sí—replicó Dolly, admirada de hablar tan fríamente de los niños.—Todos estamos en casa de Levine, y á la verdad muy contentos.

—Si hubiera sabido que no me despreciábais, habría rogado que viniérais aquí ; tu esposo es un antiguo amigo de Alejo—añadió Ana ruborizándose.

—Sí, pero allí estamos perfectamente—contestó Dolly, algo confusa.

—La felicidad de verte me hace desatinar—dijo Ana abrazando á su amiga tiernamente;—pero prométeme ser franca y no ocultarme nada de lo que piensas sobre mí, ahora que verás cuál es mi género de vida. No tengo otra idea sino la de no hacer daño á nadie más que á mí misma, y creo que esto me será permitido. Hablaremos despacio sobre el particular; ahora voy á cambiar de traje, y te enviaré la camarera.

XIX

Una vez sola, Dolly examinó la habitación como mujer que conocía el precio de las cosas: jamás había visto un lujo comparable con el que observaba desde el encuentro con su amiga: sólo por la lectura de las novelas inglesas recordaba que se vivía así en Inglaterra ; pero en Rusia, y sobre todo en el campo, no se encontraba nada análogo en ninguna parte. El

lecho tenía somier elástico; la mesa-tocador tabla de mármol del más fino; las figuras de bronce de la chimenea, los tapices, las alfombras, los cortinajes, todo era nuevo y de la más refinada elegancia.

La doncella que se presentó para ofrecer sus servicios, vestía mucho mejor que Dolly, la cual no pudo menos de avergonzarse al presentarse ante ella con su raído saco de viaje y sus menudencias de tocador, sin contar una camiseta de dormir algo remendada. Estas composturas tenían para Dolly su mérito, porque representaban una pequeña economía, pero la humillaron á los ojos de aquella brillante camarera. Por fortuna, Ana la llamó en el mismo instante, y con gran satisfacción de Dolly, en lugar de ella se presentó Annouchka, la antigua doncella de Ana, que la había acompañado en otro tiempo á Moscou. Annouchka, muy contenta al ver á Daría Alexandrovna, charló tanto como pudo sobre su ama y la ternura del conde, á pesar de los esfuerzos que Dolly hacía para cambiar de conversación.

—Me he criado con Ana Arcadievna—decía—y la amo más que á todo en el mundo; no me toca á mí juzgarla, y el conde es un marido...

La entrada de Ana, que se había puesto un vestido de batista de costosa sencillez, puso término á estas confidencias; Ana, dueña ya de sí misma, parecía escudarse con un tono tranquilo é indiferente.

—¿Cómo sigue tu niña?—preguntó Dolly.

—Muy bien. ¿Quieres verla? No hemos tenido pocos trabajos con su nodriza italiana; buena mujer, pero muy estúpida. Sin embargo, como la pequeña se ha encariñado con ella, ha sido forzoso conservarla.

—Pero ¿qué has hecho?... —comenzó á decir Dolly queriendo preguntar el nombre de la niña; mas se detuvo al ver que el rostro de Ana cambiaba de expresión. —¿La has criado?

—No es eso lo que ibas á decir—replicó Ana, comprendiendo la reticencia de Dolly; —tú pensabas seguramente en el nombre de la niña. El tormento de Alejo es que no tenga otro más que el de Karenine. —Al decir esto cerró los ojos á medias, nueva costumbre que Dolly no conocía. —En fin, ya hablaremos de eso después.

La «habitación de los niños», espaciosa y con buena luz, se había arreglado con el mismo lujo que el resto de la casa; allí se veían los procedimientos más nuevos para enseñar á los niños á trepar y andar, bañeras, balancines y cochecitos; todo era nuevo, de origen inglés, y evidentemente muy costoso.

La niña, en camisa, sentada en un sillón, servida por una muchacha de servicio rusa, comía en aquel momento una sopa, con la que había manchado todo el babero; ni el aya ni la nodriza estaban presentes, pero oíase en la habitación contigua la jerga francesa que les servía para comprenderse. El aya inglesa se presentó al oir la voz de Ana, excusándose de mil maneras, aunque no se la dirigía ninguna reprensión: era una mujer alta, de cabello rubio y mal encarada; la expresión de su fisonomía desagradó á Dolly desde luego: á cada palabra de Ana contestaba: «Yes, mylady.»

En cuanto á la niña, su cabello negro, su aspecto de salud y su manera de arrastrarse, sedujeron á Daría Alexandrovna; sus bonitos ojos miraban con aire satisfecho á las espectadoras, como para demostrar que era sensible á su admiración; y sirviéndose de pies y manos, avanzaba resueltamente hacia ellas, semejante á un bonito animal.

Pero la atmósfera de aquella habitación tenía algo desagradable. ¿Cómo podía Ana conservar á su lado un aya de tan poco atractivo exterior? ¿Sería porque ninguna otra más conveniente había consentido en servir á una familia irregular? Dolly creyó reconocer también que Ana era casi una forastera en aquel sitio; no vió ninguno de los juguetes de la niña; y, cosa singular, la madre no sabía cuántos dientes le habían salido ya.

—Me creo inútil aquí—dijo Ana al salir, levantando la cola de su vestido para no engancharse en algún objeto.—¡Qué diferencia con el mayor!

—Yo hubiera creído, por el contrario...—comenzó á decir Dolly tímidamente.

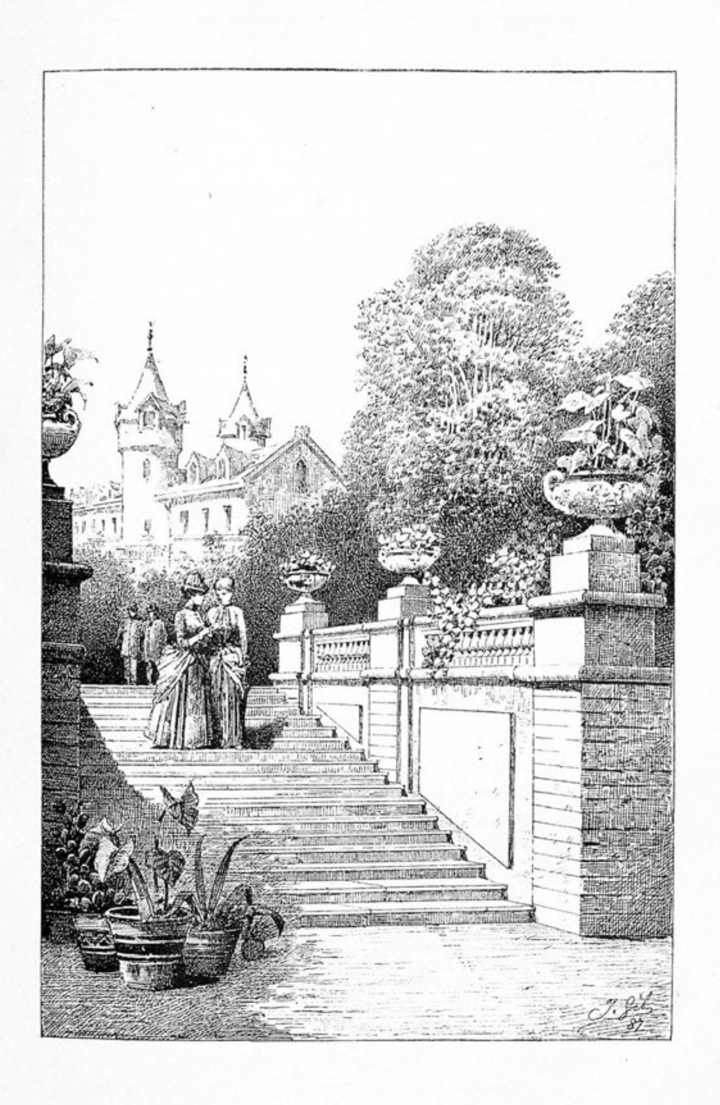
—¡Oh! no. ¿No sabes que volví á ver á Sergio?—preguntó Ana, mirando á lo lejos cual si buscase alguna cosa en el horizonte.—Estoy como una criatura que se muere de hambre, ó que hallándose en un festín no supiera por dónde comenzar. Tú eres ese festín para mí. ¿Con quién sino contigo po-

dría yo hablar con toda franqueza? por lo mismo no te ocultaré nada cuando podamos hablar tranquilamente, y por ahora te haré un bosquejo de la sociedad que encontrarás aquí. Por lo pronto, la princesa Bárbara: ya conozco tu opinión y la de Arcadievitch respecto á ella, pero debo decirte que tiene algo bueno, y te aseguro que le estoy muy agradecida, pues me ha servido de mucho en San Petersburgo, donde me veía rodeada de dificultades á causa de mi posición. Pero hablemos de los demás: ya conoces á Swiagesky, el mariscal del distrito; éste necesita á Alejo, que con su fortuna puede adquirir mucha influencia si vivimos en el campo: tenemos también á Toushkevitch, á quien has visto en casa de Betsy, y que ha recibido su licencia, como dice Alejo; es un hombre muy agradable si se le toma por lo que quiere parecer, y la princesa le tiene por persona muy cumplida; y por último, tenemos como huésped á Weslowsky, á quien ya conoces, y que nos ha referido una historia inverosímil de los Levine — añadió Ana sonriendo; — es un muchacho muy galante é ingenuo. Deseo conservar esta sociedad, porque los hombres necesitan distraerse, y porque á Wronsky le conviene un público, á fin de que no tenga tiempo de desear otra cosa. Se me olvidaba decirte que también hallarás aquí al intendente, un alemán que entiende bien su negocio, al arquitecto y al doctor; este último no es del todo nihilista, y sí uno de esos hombres que comen con el cuchillo... En fin, hemos reunido una pequeña corte.

XX

—Vamos, aquí tiene usted á esa Dolly que tanto deseaba ver —dijo Ana á la princesa Bárbara, sentada ante un bastidor en el terrado que se comunicaba con el jardín por una escalera; —no quiere tomar ni un bocado antes de comer, pero tal vez conseguirá usted que almuerce mientras yo voy á buscar á esos señores.

La princesa acogió á Dolly benévolamente, con cierto aire protector, y explicóle al punto las razones que había tenido para prestar su auxilio á Ana, á quien siempre amó en aquel período transitorio de su vida tan aflictivo y penoso.



—Apenas su esposo haya consentido en el divorcio—dijo la princesa—me retiraré á mi soledad; pero ahora, por sensible que sea, me quedo y no imito á las *otras* (indicaba con esta palabra á la hermana y á la tía que educaron á Ana, y con las cuales estaba en continua rivalidad). Wronsky y mi amiga forman una pareja perfecta; el interior de su casa es envidiable, y completamente á la inglesa. Aquí se reunen por la mañana para almorzar, y después sepáranse todos para hacer cada cual lo que se le antoja, hasta que llega la hora de comer. Arcadievitch ha hecho muy bien en dejarte venir, y le convendrá mucho mantenerse en buena inteligencia con ellos. El conde es muy influyente por su madre, y además tiene fama de generoso. ¿Te han hablado del Hospital? Será admirable; todo viene de París.

Esta conversación fué interrumpida por Ana, que volvió al terrado seguida de los caballeros, á quienes halló en la sala de billar.

El tiempo estaba magnífico; no faltaban medios de divertirse, y aún faltaban algunas horas para que llegase la de comer.

—Vamos á jugar á los bolos—dijo Weslowsky.

—Hace mucho calor; mejor será dar una vuelta por el parque, para que Daría Alexandrovna pueda pasear en la lancha y ver el paisaje—replicó Wronsky.

Weslowsky y Toushkevitch fueron á preparar la barca, y las dos señoras, acompañadas del conde y de Swiagesky, siguieron paseando por el parque.

Dolly, lejos de censurar á Ana, mostrábase dispuesta á aprobar su conducta, y como acontece á las mujeres irreprochables á quienes la uniformidad de su vida cansa algunas veces, envidiaba un poco aquella existencia culpable, entrevista desde lejos; pero transportada á aquel centro extraño, donde observaba costumbres de refinada elegancia, desconocidas para ella, experimentó un verdadero malestar. Aunque dispensase á su amiga, á quien amaba sinceramente, la presencia de aquel que la había inducido á faltar á sus deberes la ofendía, y la complicidad de la princesa Bárbara, que lo perdonaba todo para participar del lujo de su sobrina, parecíale odiosa. Además de esto, en ningún tiempo le había sido Wronsky simpático; creíale orgulloso, y en su concepto sólo

la riqueza podía justificar su vanidad. Á pesar de todo, imponíase como amo de la casa, y Dolly se creía humillada en su presencia, como delante de la camarera al sacar su camisola remendada. No atreviéndose á dirigirle un cumplido trivial sobre la belleza de su domicilio, no encontraba asunto alguno para entablar conversación, y á falta de otra cosa mejor, permitíase hacer algunos elogios sobre el aspecto del castillo.

—Sí, la arquitectura es de buen estilo—contestó el conde.

—¿Estaba trazado del mismo modo en otro tiempo el patio de honor?

—No. ¡Si le hubiera usted visto en la primavera!

Y poco á poco, al principio fríamente, y después con entusiasmo, mostró á Dolly los embellecimientos de que había sido autor: los elogios de su interlocutora le complacieron visiblemente.

— Si no está usted cansada — dijo, mirando á Dolly para asegurarse de que la proposición no la enojaba — podremos llegar al hospital. ¿Quieres tú, Ana?

—Ciertamente; pero no debemos dejar á esos señores aburriéndose en la barca: es preciso avisarles. Ese monumento—añadió, dirigiéndose á Dolly—se ha erigido para gloria suya.

—Es una fundación magnífica—dijo Swiagesky; y para que esto no pareciese lisonja, añadió:

—Me extraña que ocupándose tanto de la cuestión sanitaria, no haya pensado usted nunca en la de las escuelas.

—Es porque ha llegado á ser demasiado común—contestó Wronsky—y porque además me ha seducido... Por aquí, señoras—añadió dirigiéndose á una senda lateral.

Al salir del jardín, Dolly se encontró ante un gran edificio de ladrillo rojo y de estilo arquitectónico bastante complicado, cuyo techo brillaba á la luz del sol; junto á este edificio elevábase otra construcción.

—La obra avanza rápidamente—observó Swiagesky;—la última vez que vine, aún no se había puesto el tejado.

—Todo terminará en el otoño, pues el interior está casi concluído—dijo Ana.

—¿Qué construyen ustedes nuevo?

—Alojamiento para el médico y una farmacia—contestó Wronsky.

Y al ver que el arquitecto se acercaba, fué á reunirse con él después de excusarse con las señoras. Terminado el diálogo, invitó á Dolly á visitar el interior del edificio.

Una ancha escalera de hierro fundido conducía al primer piso, cuyas grandes habitaciones recibían la luz por inmensas ventanas; las paredes eran de estuco y aún faltaba embaldosar el suelo.

Wronsky explicó la distribución de las habitaciones, el sistema de ventilación y de calefacción; hizo admirar á los visitantes las bañeras de mármol, las camas, las camillas para transportar enfermos y los sillones con ruedas. Swiagesky y sobre todo Dolly, admirada de cuánto veía, hacían numerosas preguntas y no disimulaban su asombro.

—Este hospital será en su género el único de Rusia—dijo Swiagesky, muy capaz de apreciar los perfeccionamientos introducidos por el conde.

Dolly se interesó en todo; y Wronsky, satisfecho de la aprobación que se le manifestaba y sinceramente animado, prodújole la mejor impresión. «Es verdaderamente bueno y digno de ser amado—pensó—y ahora comprendo á Ana.

XXI

—La princesa debe estar rendida, y sin duda los caballos no la interesan mucho—dijo Wronsky á Ana, que proponía enseñar á Dolly la yeguada, en la cual Swiagesky quería ver cierto potro. Vayan ustedes—añadió;—yo acompañaré á la princesa, y si me lo permite hablaremos un poco en el camino.

—Con mucho gusto, porque yo no entiendo nada en caballos — contestó Dolly comprendiendo por la fisonomía de Wronsky que éste deseaba hablarla en particular.

Efectivamente, cuando Ana se hubo alejado, el conde mirando fijamente á Dolly con expresión risueña, le dijo:

—Supongo que no me engaño al considerar á usted como una sincera amiga de Ana.

Y al decir esto descubrióse para enjugar su frente.

Dolly miró con cierta inquietud á su interlocutor. ¿Iba á solicitar acaso que fuera á vivir con sus hijos en compañía

de Ana, á fin de formar para esa un círculo cuando fuese á Moscou? ¿Se propondría hablarle de Kitty ó de Weslowsky?

—Ana—dijo Wronsky—profesa á usted el más tierno cariño, y yo quisiera que usted me prestase el apoyo de su influencia sobre ella. (Dolly observó, sin contestar, la expresión grave y enérgica de Wronsky). Si de todas las amigas de Ana usted es la única que ha venido á verla—y advierta que no cuento á la princesa Bárbara—, harto comprendo que no es porque juzgue normal nuestra posición, sino porque ama lo bastante á mi amiga para procurar que su situación sea más llevadera. ¿Tengo razón?

—Sí, pero...

—Nadie se resiente tanto como yo de las dificultades de nuestra vida—continuó Wronsky, deteniéndose y obligando á Dolly á que hiciera lo mismo—y creo que usted la comprenderá fácilmente si me hace el honor de ver en mí un hombre de corazón.

—Ciertamente; pero no exagere usted esas dificultades —dijo Dolly, conmovida al ver la sinceridad con que su interlocutor le hablaba;—en el mundo puede ser esto penoso...

—¡Es más: es un infierno! Usted no puede imaginarse los tormentos morales que Ana ha sufrido en San Petersburgo.

—Pero no aquí; y puesto que ni ella ni usted necesitan la vida mundana...

—¿Para qué podría quererla yo?—interrumpió Wronsky con desdén.

—Usted puede prescindir de ella ahora y tal vez siempre; y en cuanto á Ana, según lo que me ha dicho, se considera del todo feliz.

Así diciendo, Dolly pensó que tal vez su amiga no había sido franca con ella.

—Sí—repuso Wronsky;—pero ¿durará esa felicidad? Yo temo lo que nos espera en el porvenir. ¿Hemos obrado bien ó mal?... De todos modos, ya está echada la suerte y nos hemos unido para toda la vida; ya hay de por medio una criatura y podría haber otras, para las cuales la ley reserva rigores que Ana no quiere prever, porque después de haber sufrido tanto, necesita tranquilidad. En fin, mi hija es de Karenine—añadió Wronsky, deteniéndose ante un banco rústico en que Dolly acababa de sentarse.

—Si nace mañana un hijo—continuó el conde—siempre será un Karenine, sin derecho para heredar mi nombre ni mis bienes. ¿No comprende usted que esta idea ha de ser odiosa para mí? Pues bien, Ana no quiere entender nada de esto, porque se irrita... y vea usted lo que resulta. Tengo aquí un objeto que me interesa y me sirve para ejercer mi actividad, y esto me enorgullece; mas para trabajar con entera convicción he de hacer algo para los otros, no para mí solo; y desgraciadamente no me es dado tener sucesores. ¿Imagina usted cuáles serán los sentimientos de un hombre cuando sabe que sus hijos y los de la mujer á quien ama no le pertenecen, y que tienen por padre á una persona que, aborreciéndolos, no querrá reconocerlos nunca? ¿No le parece á usted esto terrible?

Wronsky enmudeció, poseído de profunda emoción.

—¿Pero qué puede hacer Ana?

—He aquí el punto principal de que se trata—repuso el conde, tratando de recobrar la serenidad.—Ana puede obtener el divorcio; Arcadievitch había inducido ya á Karenine á consentir en él, y yo sé que no rehusaría, ni aun ahora, si Ana le escribiese. Esta condición es evidentemente una de esas crueldades farisaicas de que sólo son capaces los hombres sin corazón, porque sabe el tormento que impone; pero Ana debería prescindir de esas delicadezas de sentimiento, porque se trata de su felicidad y de la de los hijos, sin hablar de mí. Ya sabe usted ahora, princesa, porqué me dirijo á usted, como á una amiga que puede salvarnos, para que me ayude á persuadir á Ana de la necesidad de pedir el divorcio.

—Lo haré con mucho gusto—contestó Dolly, recordando su conversación con Karenine.—«¿Por qué no habrá pensado en eso ella misma?»—se preguntó. Y de pronto recordó aquella nueva costumbre de Ana de cerrar á medias los ojos, y parecióle que esto era debido á sus preocupaciones íntimas y á sus esfuerzos para desecharlas, ó cuando menos no recordar cosa alguna por lo que tenía á la vista.

—Sí, seguramente la hablaré—repitió Dolly, contestando á la mirada reconocida de Wronsky.

Y ambos se dirigieron hacia la casa.

XXII

—Se va á servir la comida y apenas nos hemos visto—dijo Ana al entrar, esforzándose para leer en los ojos de Dolly lo que habría pasado entre ella y Wronsky.—Cuento con esta noche; y por lo pronto es preciso ir á cambiar de traje, porque nos hemos manchado al visitar el hospital.

Dolly sonrió, pues no llevaba más que el vestido puesto; mas á fin de hacer un cambio cualquiera en su tocado, púsose un lazo de cinta sobre el pecho y una blonda en la cabeza, y cepillóse un poco.

—Es todo cuanto puedo hacer—dijo sonriendo á Ana, cuando ésta fué á buscarla, después de cambiar de vestido por tercera vez.

—Aquí somos muy formalistas—dijo esta última, para excusar su elegancia.—Alejo está contentísimo por tu llegada, y hasta creo que se ha enamorado de ti.

Los caballeros, con el obligado frac negro, esperaban en el salón, así como la princesa Bárbara; y todos pasaron muy pronto al comedor.

La comida y el servicio de mesa interesaron á Dolly; en su calidad de ama de casa, sabía que nada se hace bien, ni aun en una familia modesta, sin cierta dirección, y por la manera con que el conde la dió á elegir entre dos sopas, comprendió que esta dirección provenía de él. Ana, cuidándose sólo de la conversación, desempeñaba este cometido con su tacto habitual, y siempre tenía alguna palabra para cada uno, cosa difícil cuando los convidados pertenecen á distintas clases.

Después de tratar superficialmente diversas cuestiones, en las que pudieron tomar parte el médico, el arquitecto y el intendente, la conversación comenzó á ser más íntima, y Dolly experimentó un vivo sentimiento de contrariedad al oir á Swiagesky criticar con insistencia las singulares opiniones de Levine sobre la importancia de las máquinas en la agricultura.

—Tal vez el señor Levine no haya conocido nunca las má-

quinas que critica—dijo,—pues de otro modo no me explicaría su juicio sobre el asunto, ni su punto de vista.

—Será un punto de vista *turco*—añadió Ana, sonriendo al mirar á Weslowsky.

—Yo no sabría defender opiniones que no conozco—replicó Dolly, muy sonrojada;—pero sí puedo aseguraros que Levine es hombre muy ilustrado, y que le sería fácil explicar sus ideas si se hallase aquí.

—¡Oh! nosotros somos muy buenos amigos—repuso Swiagesky sonriendo;—pero Levine está un poco *tocado*, pues considera inútil asistir á las juntas de distrito.

—¡He ahí una prueba de la indiferencia rusa!—exclamó Wronsky;—antes que tomarnos la molestia de comprender nuestros nuevos deberes, nos parece más sencillo negarlos.

—No conozco hombre que cumpla más extrictamente con los suyos—repuso Dolly, irritada por el tono de superioridad del conde.

—En cuanto á mí, agradezco mucho el honor que se me dispensa, gracias á Nicolás Ivanitch, eligiéndome juez de paz honorario—replicó Wronsky.—El deber de juzgar los asuntos de un campesino me parece tan importante como cualquier otro; y esta es mi única manera de pagar á la sociedad los privilegios de que disfruto como propietario.

Dolly comparó la seguridad de Wronsky con las dudas de Levine sobre los mismos asuntos, y como amaba á este último, dióle en su pensamiento la razón.

—Supongo, pues—dijo Swiagesky,—que podremos contar con usted para las elecciones, en cuyo caso sería tal vez prudente marchar antes del ocho. ¿Me honrará usted con una visita, señor conde?

—Por lo que á mí hace—observó Ana—opino como el señor Levine, aunque tal vez por motivos diferentes; los deberes públicos se multiplican, á mi modo de ver, con exageración. Hace sólo seis meses que estamos aquí, y Alejo forma ya parte de la tutela, del jurado, de la municipalidad y no sé qué más; y allí donde las funciones se acumulan de este modo, deben llegar á ser forzosamente pura cuestión de forma. Seguramente tendrá usted veinte cargos distintos—añadió, volviéndose hacia Swiagesky.

En aquel tono de broma de su amiga, Dolly reconoció un

marcado enojo, y al ver la expresión resuelta de la fisonomía del conde y el apresuramiento de la princesa Bárbara para cambiar al punto de conversación, comprendió que se tocaba un punto delicado.

Después de la comida, que fué lujosa, pero predominando



en ella un formalismo y una impersonalidad que Dolly conocía por haber observado lo mismo en los banquetes de ceremonia, se pasó al terrado para jugar al croquet. Dolly renunció muy pronto, y para no demostrar que se aburría, aparentó interesarse en la partida de los demás; Wronsky y Swiagesky eran jugadores formales, pero Weslowsky lo hacía muy mal, lo cual no le impedía reir á carcajadas y proferir gritos; y su familiaridad con Ana desagradó á Dolly, para quien aquella

escena tenía un ridículo carácter infantil. Apoderábase de ella el vivo deseo de volver á ver á sus hijos y encargarse otra vez del gobierno de su casa, que tan desagradable le había parecido algunas horas antes. Por lo tanto resolvió marchar á la mañana siguiente, aunque había ido con la intención de pasar allí dos días. Cuando entró en su cuarto, después de tomar el té y de haber dado un paseo en la barca, experimentó un verdadero alivio al verse sola, y hubiera preferido no recibir la visita de Ana.

XXIII

En el momento en que iba á meterse en cama, abrióse la puerta, y Ana entró, vestida con un peinador blanco. En el curso del día, y cuando estuvieron á punto de abordar una cuestión íntima, ambas se habían dicho: «Más tarde, cuando nos hallemos solas»; y ahora parecíales que no tenían que decirse nada.

—¿Qué hace Kitty?—preguntó al fin Ana, sentándose y mirando á Dolly con expresión humilde;—dime la verdad, ¿me guarda rencor?

—Nada de eso—contestó Dolly sonriendo.

—¿Me odia ó me desprecia?

—Tampoco; pero ya sabes que hay cosas que no se perdonan.

—Es verdad—replicó Ana, volviéndose hacia la ventana abierta.—¿He tenido yo la culpa de todo eso? ¿Á qué se llama ser culpable? ¿Podía él hacer otra cosa? ¿Creerías tú posible no ser esposa de Arcadievitch?

—No sé qué contestarte; pero tú...

—¿Es feliz Kitty? Me han asegurado que su esposo es un hombre excelente.

—Más aún; no conozco ninguno mejor.

—Más vale así.

—Pero cuéntame tus cosas—dijo Dolly.—He hablado con... No sabía cómo llamar á Wronsky.

—Con Alejo, sí, y ya sospecho cuál habrá sido vuestra conversación. Veamos, dime lo que piensas de mí y de mi vida.

—No puedo hacerlo así de pronto.

—Te es imposible juzgar con exactitud, porque nos ves rodeados de gente; mientras que en la primavera no había aquí nadie. Para mí sería la suprema felicidad vivir los dos solos; pero temo que tome la costumbre de salir á menudo, y en tal caso, figúrate lo que sería la soledad para mí. ¡Oh! ya sé lo que vas á decir—añadió, acercándose más á Dolly;—ciertamente no le retendré aquí por fuerza; pero hoy, por ejemplo, habrá carreras, mañana elecciones, ú otro cualquier asunto, y entre tanto yo... ¿De qué habéis hablado?

—De un asunto de que ya te habría dicho alguna cosa sin que él me indicase nada: de la posibilidad de regularizar vuestra situación. Tú sabes mi manera de ver en esta cuestión; pero en fin, más valdría el matrimonio.

—Es decir, el divorcio. Betsy Tverskoï me ha hecho la misma observación. ¡Ah! no creas que establezco comparación entre vosotras, porque *es la mujer más depravada que existe*. En fin, ¿qué ha dicho?

—Que sufre por ti y por él; si es egoísmo, proviene de un sentimiento de honor, pues el conde quisiera legitimar su hija, ser tu esposo y tener derechos sobre ti.

—¿Qué mujer puede pertenecer á su marido más completamente que yo á él? ¡Soy su esclava!

—Pero él no quisiera verte sufrir.

—¿Es posible esto?...

—Y además, legitimar á sus hijos, darles su nombre.

—¿Qué hijos?—preguntó Ana, cerrando á medias los ojos.

—Anita, y los que puedas tener.

—¡Oh! puede estar tranquilo; ya no tendré más.

—¿Cómo puedes tú responder de esto?

—Porque yo no quiero tener más.

Y á pesar de su emoción, Ana sonrió al observar la expresión de asombro, de cándida curiosidad y de horror que se pintó en el rostro de Dolly.

—Después de mi enfermedad—añadió Ana—el doctor me ha dicho. . . . .

. . . .

—¡Es imposible!—exclamó Dolly, contemplando estupefacta á su amiga.

Lo que acababa de oir confundía todas sus ideas; y las deducciones que hizo fueron tales, que muchos puntos miste-

riosos para ella hasta entonces se aclararon súbitamente. ¿No había soñado ella alguna cosa análoga durante su viaje?.... Y ahora la espantaba aquella respuesta demasiado sencilla á una pregunta espinosa.

—¿No es inmoral?—preguntó después de una pausa.

—¿Por qué? No olvides que puedo elegir entre un estado de sufrimiento y la posibilidad de ser una compañera para mi esposo, pues como tal lo considero; si el punto es discutible para ti, no lo es para mí. Yo no soy su mujer sino en tanto que me ame, y á mí me es forzoso mantener este amor.

Dolly estaba entregada á las numerosas reflexiones que estas confidencias hacían nacer en su espíritu. «Yo no he tratado de retener á Estéfano, pensó, ¿pero ha conseguido su objeto la que me lo robó? Era joven y bonita, y esto no ha impedido que mi esposo la abandonase también. ¿Se dejará sujetar el conde por los medios de que Ana se sirva? ¿No encontrará cuando quiera una mujer más seductora aún?» Y Dolly suspiró profundamente.

—Tú dices que es inmoral—repuso Ana, comprendiendo que su amiga desaprobaba su conducta—pero debes pensar que mis hijos no pueden ser más que desgraciadas criaturas, destinadas á sonrojarse cuando se trate de sus padres y de su nacimiento.

—Por eso debes pedir el divorcio.

Ana no escuchaba; quería llegar hasta el fin de su argumentación.

—Yo no debo procrear desgraciados; si no existen, no conocerán el infortunio; y si existen para sufrir, la responsabilidad recae sobre mí.

«¿Cómo se podrá ser culpable con las criaturas que no existen?»—pensaba Dolly, moviendo la cabeza para desechar la singular idea de que tal vez le habría convenido más á Grisha no nacer.

—Te confieso que eso me parece mal—dijo Dolly con expresión de disgusto.

—Piensa en la diferencia que hay entre nosotras dos: para ti no se trata más que de saber si deseas aún tener hijos, y para mí la cuestión es determinar si me está permitido tenerlos.

Dolly se calló, comprendiendo al punto el abismo que la

separaba de su amiga; ciertas cuestiones no podrían ser ya discutidas entre las dos.

XXIV

—Razón de más—dijo Dolly—para regularizar la situación, si es posible.

—Sí, *si es posible*—contestó Ana con un tono muy distinto, de calma y de dulzura.

—Me han dicho que tu esposo consentía.

—Dolly, no hablemos de eso.

—Como quieras—contestó Dolly, sorprendida al notar la expresión de dolor que se pintó en las facciones de Ana;—pero me parece que ves las cosas demasiado negras.

—De ningún modo; soy feliz y estoy contenta; y *hasta inspiro pasiones.* ¿Has fijado la atención en Weslowsky?

—El tono de ese joven me desagrada mucho.

—¿Por qué? El amor propio de Alejo se despierta así; esto es todo, y yo hago de ese niño lo que quiero, como tú con Grisha. No, Dolly, no lo veo todo negro, pues trato de no ver nada, porque todo me parece terrible.

—Estás en un error; deberías hacer lo necesario.

—¿Casarme con Alejo? No creas que no pienso en ello; pero cuando esta idea se apodera de mí, creo volverme loca, y necesito la morfina para calmarme—dijo Ana levantándose y recorriendo la habitación de un lado á otro.—En primer lugar, *él* no consentirá en el divorcio, porque se halla bajo la influencia de la condesa Lidia.

—Es preciso probar—dijo Dolly con dulzura, y fijando en Ana una mirada de simpatía.

—Admitamos que pruebo, que le imploro como una culpable y que al fin consiente... (Ana se interrumpió para acercarse á la ventana y arreglar las cortinillas.) ¿Y mi hijo? ¿Me lo devolverán? No; crecerá en casa de su padre, aprendiendo allí á despreciarme. ¿Concibes tú que yo ame, casi por igual, y más que á mí propia, esos dos seres que se excluyen uno de otro, Sergio y Alejo?

Y oprimiendo sus manos contra el pecho, inclinóse hacia

Dolly, conmovida al observar aquella mirada llena de lágrimas.

—¡Sólo á ellos amo en el mundo!—continuó Ana—y no puedo reunirlos; lo demás me es indiferente! Esto acabará de un modo cualquiera; pero yo no puedo ni quiero abordar esta cuestión, pues no puedes imaginarte cuánto me hace sufrir.

Pasado un momento, sentóse junto á Dolly y cogió una de sus manos.

—No me desprecies—dijo—porque no lo merezco; compadéceme, por el contrario, pues no hay mujer más desgraciada...

Y rompió á llorar.

Cuando Ana se hubo retirado, Dolly rezó sus oraciones y acostóse; sus pensamientos se fijaron involuntariamente en la casa y la familia, y nunca comprendió tan bien como entonces cuán caros y preciosos eran para ella los niños que la rodeaban. Por lo mismo resolvió no estar más tiempo alejada de ellos, y ponerse en marcha al día siguiente.

Llegada á su gabinete, Ana cogió un vaso y vertió en él algunas gotas de una poción que contenía principalmente morfina; calmóse con esto y entró en su alcoba serena.

Wronsky fijó en ella una mirada penetrante, buscando en su fisonomía algún indicio de la conversación que había tenido con Dolly; pero sólo vió esa gracia seductora á cuyo encanto estaba sometido, y esperó á que hablase.

—Me alegro mucho que Dolly te agrade—dijo Ana sencillamente.

—Hace ya largo tiempo que la conocía; es una mujer excelente y aprecio en mucho su visita.

Wronsky miró á su amada con expresión interrogadora cogiendo su mano; Ana sonrió y no quiso comprender aquella muda pregunta.

Á pesar de las reiteradas instancias de sus amigos, Dolly hizo al día siguiente sus preparativos de marcha, y el antiguo coche la esperó en el zaguán á la hora convenida.

Daría Alexandrovna se despidió fríamente de la princesa Bárbara y de los caballeros; el día que pasaron juntos no había hecho nacer la menor intimidad, y sólo Ana estaba triste sabiendo que nadie vendría ya á despertar los senti-

mientos que Dolly agitó en su alma, los mejores que ella tenía y que muy pronto quedarían olvidados completamente.

Dolly respiró con toda libertad cuando estuvo en medio del campo, y deseosa de conocer las impresiones de los criados, iba á preguntarles, cuando Felipe el cochero volvió la cabeza y dijo:

—Aunque sean tan ricachones no pecan de generosos, pues los caballos no han recibido en totalidad más que tres medidas de avena, con lo cual tenían lo suficiente para morirse de hambre. No haríamos eso nosotros en casa.

—Es un señor avaro—dijo el tenedor de libros.

—Pero los caballos son hermosos.

—Eso sí, nada hay que decir, y también el alimento es bueno; mas no por eso he dejado de aburrirme, Daría Alexandrovna. ¿No le ha sucedido á usted lo mismo?

—Sí, amigo mío. ¿Crees que llegaremos esta noche?

—Preciso será.

Cuando Dolly encontró á sus hijos en buena salud, la impresión de su viaje fué más favorable; describió con animación el lujo y buen gusto de la casa de Wronsky, la cordialidad con que se la había recibido, y no permitió ninguna observación crítica.

—Para comprenderlos es preciso verlos—dijo olvidando el malestar que ella misma experimentó;—y yo sé ahora que son buenos.

XXV

Wronsky y Ana permanecieron en el campo todo el verano y una parte del otoño sin dar paso alguno para regularizar su situación, pero resueltos á quedarse en su casa. Al parecer no les faltaba nada de lo que constituye la felicidad; eran ricos, jóvenes y gozaban de buena salud; tenían una hija; sus ocupaciones les agradaban; y sin embargo, después de haberse marchado sus huéspedes, reconocieron que su género de vida debía sufrir alguna modificación.

Ana seguía cuidando mucho de su persona y de su tocado, leía de continuo y enviaba á pedir al extranjero las obras

de valor citadas por las revistas. No se mostraba indiferente á ninguno de los asuntos que podían interesar á Wronsky; dotada de excelente memoria, admirábale por sus conocimientos en agronomía y arquitectura, tomados de libros ó periódicos especiales, y le acostumbraba á consultarla sobre todas las cosas, incluso las referentes á la equitación ó á la cría caballar. El interés que se tomaba en la instalación del hospital iba en aumento, y aportaba ideas personales que sabía muy bien hacer ejecutar. El objeto de su vida era agradar á Wronsky, compensando lo que por ella había dejado; y él, conmovido por esta abnegación, sabía apreciarla también. Sin embargo, la atmósfera de ternura celosa con que le rodeaba oprimió al fin á Wronsky, haciéndole experimentar el deseo de obtener su independencia; parecíale que su felicidad hubiera sido completa si cada vez que deseaba salir de casa no hubiese tenido que luchar contra una viva oposición por parte de Ana.

Wronsky se aficionaba cada vez más á sus funciones de gran propietario, y reconocía en sí las mejores disposiciones para la administración de sus bienes. Sabía descender á los detalles, defender obstinadamente sus intereses, escuchar é interrogar á su intendente alemán sin dejarse convencer por él cuando se trataba de hacer gastos exagerados, y aceptar á veces las innovaciones útiles, sobre todo cuando podían producir efecto á su alrededor; pero jamás traspasaba los límites que se había trazado. Gracias á esta prudencia, y á pesar de las considerables sumas que le costaban sus construcciones y otras mejoras, no comprometía su fortuna.

En la provincia de Kachine, donde estaban situadas las tierras de Wronsky, de Swiagesky, de Oblonsky, de Kosnichef y en parte las de Levine, debía reunirse en el mes de octubre una asamblea provincial, á fin de proceder á la elección de sus mariscales; y á causa de tomar parte en ella ciertas personas notables, llamaba la atención general. Esperábase gente de Moscou, de San Petersburgo y hasta del extranjero: Wronsky había prometido asistir también.

Había llegado el otoño, sombrío, lluvioso y singularmente triste en el campo.

La víspera de su marcha, el conde anunció con tono frío y breve que se ausentaba por algunos días, preparado como

estaba para una lucha en la que tenía empeño de salir vencedor; mas no fué poca su sorpresa al ver que Ana recibía la noticia con mucha tranquilidad, contentándose con preguntar cuál sería con exactitud la fecha del regreso.

—Espero que no te aburrirás—dijo observando la fisonomía de Ana, y receloso de la facultad que tenía de concentrarse en sí completamente cuando adoptaba alguna resolución extrema.

—¡Oh! no—contestó Ana;—acabo de recibir una caja de libros de Moscou, y con esto me entretendré.

«Habrá adoptado ahora un nuevo tono»—pensó Wronsky; y aparentó creer sinceramente lo que se le decía.

Despidiéronse sin más explicación, cosa que no les había sucedido nunca; y aunque con la esperanza de que su libertad sería respetada en lo sucesivo, Wronsky se separó de su amante dominado por una vaga inquietud: ambos conservaron una penosa impresión de aquella escena.

XXVI

Levine había vuelto á Moscou en Setiembre, época del alumbramiento de su esposa, y hacía ya un mes que estaba allí, cuando Sergio Ivanitch le invitó á acompañarle á las elecciones en que iba á tomar parte. Constantino vacilaba, aunque debía arreglar varios asuntos sobre la tutela de su hermana en el gobierno de Kachine; pero Kitty, viendo que se aburría en la ciudad, indújole á marchar, aconsejándole antes que se mandara hacer el uniforme que le correspondía como delegado de la nobleza: este gasto resolvió al punto la cuestión.

Al cabo de seis días, empleados en practicar diligencias, el asunto de la tutela no había adelantado nada; porque dependía en parte del mariscal cuya reelección se preparaba: pasábase el tiempo en largas conversaciones con personas muy buenas y deseosas de prestar servicio, pero que nada podían hacer sin el mariscal; aquellas idas y venidas sin resultado, parecíanse á los inútiles esfuerzos que se hacen en un sueño; pero Levine, más paciente desde que era casado, procuraba

no exasperarse, haciendo al mismo tiempo lo posible para comprender los manejos electorales que agitaban á su alrededor á tantas personas honradas y dignas de aprecio.

Sergio Ivanitch no perdonó nada para explicarle el sentido y el alcance de las nuevas elecciones en que se interesaba particularmente. Snetkof, que entonces desempeñaba el cargo de mariscal, era hombre que profesaba los antiguos principios, fiel á las pasadas tradiciones; que había derrochado honradamente una fortuna considerable, y cuyas ideas atrasadas no correspondían á las necesidades del momento; como mariscal, tenía grandes sumas entre sus manos, y asuntos muy graves, como las tutelas, la dirección de la enseñanza pública, etc., todo lo cual dependía de él. Tratábase de elegir en su lugar otro hombre más activo, de ideas modernas, capaz de obtener los elementos necesarios para el « gobierno propio », y desechar el espíritu de casta que desnaturalizaba su carácter. Si se sabía emplear bien las fuerzas concentradas, la rica provincia de Kachine podía servir de ejemplo al resto de Rusia, y las nuevas elecciones tendrían así gran importancia.

En lugar de Snetkof se elegiría á Swiagesky, ó mejor aún á Newedowsky, hombre eminente, en otro tiempo profesor, y amigo íntimo de Sergio Ivanitch.

Los Estados provinciales se abrieron después de haber pronunciado un discurso el gobernador, invitando á la nobleza á no considerar las elecciones sino bajo el punto de vista del bien público y de la fidelidad al monarca. El discurso fué muy bien acogido; los delegados de la nobleza rodearon al gobernador cuando salió de la sala, y después todos fueron á la Catedral para prestar juramento. El servicio religioso impresionaba siempre á Levine, que se conmovió al oir á aquella multitud de ancianos y jóvenes repetir solemnemente las fórmulas del juramento.

Transcurrieron varios días en reuniones y debates relativos á un sistema de contabilidad que el partido de Sergio Ivanitch reprobaba, censurando al mariscal agriamente. Levine acabó por preguntar á su hermano si se sospechaba que Snetkof hubiera abusado de la confianza cometiendo dilapidaciones.

—De ningún modo; es un hombre muy digno, pero es

preciso poner término á esa manera patriarcal de dirigir los negocios.

La sesión celebrada para elegir mariscales de distrito fué tempestuosa, terminando por la reelección de Swiagesky, quien con este motivo obsequió el mismo día á sus favorecedores con un banquete.

XXVII

La elección principal, la de mariscal de la provincia, no se efectuó hasta el sexto día; la multitud se agolpaba en las dos salas, arreciando los debates bajo el retrato del emperador.

Los delegados de la nobleza se habían dividido en dos grupos, los antiguos y los nuevos; entre los primeros veíanse sólo uniformes que habían pasado de moda, cortos de talle y oprimidos, como si sus poseedores se hubieran desarrollado mucho, notándose algunos de marina y de caballería de muy antigua fecha; los nuevos delegados llevaban, por el contrario, uniformes de moda y chaleco blanco, distinguiéndose también varios de corte.

Levine había seguido á su hermano á la pequeña sala donde se fumaba delante del *buffet,* procurando seguir la conversación de que Kosnichef era el alma, y de comprender por qué dos mariscales de distrito hostiles á Snetkof se empeñaban en que presentase su candidatura. Oblonsky, con traje de chambelán, se unió al grupo después de haber almorzado.

—Somos dueños de la situación—dijo, arreglándose las patillas, después de escuchar á Swiagesky y de confirmar sus palabras;—y si Swiagesky interviene, será pura afectación.

Todo el mundo parecía comprender, excepto Levine, que no entendía una palabra; para ilustrarse cogióse del brazo de Arcadievitch, y manifestóle su asombro por el hecho de que varios distritos hostiles exigieran al anciano mariscal que presentase su candidatura.

—¡Oh *sancta simplicitas!*—exclamó Oblonsky.—No comprendes que, estando adoptadas nuestras medidas, es preciso que Snetkof se presente, porque si desistiera el partido antiguo, elegiría un candidato, burlando así nuestras combina-

ciones? El distrito de Swiagesky hace la oposición, habrá votaciones, y nos aprovecharemos para proponer candidato elegido por nosotros.

Levine comprendió sólo á medias, y hubiera continuado sus preguntas si no hubiesen llamado su atención los clamores que partían de la sala grande.

XXVIII

La discusión parecía muy viva bajo el retrato del emperador; pero Levine no distinguió más que la voz dulce del anciano mariscal, la de Kosnichef, y el tono agrio de un diputado de la nobleza. Para contestar á este último y calmar la agitación general, Sergio pidió al secretario que se leyera el texto mismo de la ley, de la cual se dió lectura, á fin de probar al público que en caso de divergencia de opiniones se debía apelar á la votación.

Un caballero muy grueso, oprimido en su uniforme, acercóse á la mesa y gritó:

—¡Á votar, á votar, nada de discusiones!

Esto era pedir la misma cosa, pero con un carácter de hostilidad que hizo crecer de punto el clamoreo; el mariscal reclamó el silencio, sin poder dominar la gritería; y así los semblantes como las palabras revelaban la mayor excitación. Levine comprendió, con ayuda de su hermano, que se trataba de hacer valer los derechos de elector de un delegado que estaba, según decían, bajo la acción de una causa. Un voto de menos no era lo bastante para derrotar á la mayoría, y por eso se demostraba tanta agitación. Levine, penosamente impresionado al ver cómo se dejaban llevar de sentimientos rencorosos hombres á quienes apreciaba, prefirió á este triste espectáculo ir á ver los criados que servían el *buffet* en la pequeña sala, y ya iba á trabar conversación con el dueño, cuando fueron á llamarle para votar.

Al entrar en la sala grande entregáronle una bola blanca, y se le empujó hacia la mesa donde Swiagesky, con aire importante é irónico, presidía la votación. Levine, desconcertado, y no sabiendo qué hacer con su bola, preguntóle á media voz:

—¿Qué debo hacer?

La pregunta era intempestiva, y como los presentes la oyesen, Swiagesky contestó con acento severo:

—Lo que le dicten á usted sus convicciones.

Levine, sonrojado y confuso, depositó su voto á la casualidad.

Los *nuevos* ganaron la causa; el anciano mariscal presentó su candidatura, pronunció un discurso muy conmovido, y después de ser aclamado por sus partidarios, retiróse con las lágrimas en los ojos. Levine, de pie junto á la puerta de la sala, le vió pasar al parecer con deseos de salir cuanto antes; la víspera había ido á verle para tratar del asunto de la tutela, y recordaba el aire digno y respetable del anciano, en su gran casa de aspecto señorial con sus antiguos muebles, sus viejos servidores y su anciana mujer, que llevaba gorro y un chal turco. Este mismo hombre era el que ahora, ostentando varias condecoraciones, huía como fiera acosada por los perros.

—Espero que se quedará usted con nosotros—dijo Levine, sólo por decir algo agradable.

—Lo dudo—contestó el mariscal, dirigiendo una mirada á su alrededor;—soy ya muy viejo y hay muchos jóvenes que pueden sustituirme.

Y desapareció por una puertecilla.

XXIX

La sala, larga y estrecha, donde estaba el *buffet*, llenábase de gente, y la agitación iba en aumento, pues se acercaba el instante decisivo; los jefes de las fracciones políticas, que sabían á qué atenerse respecto al número de votantes, eran los más animados; los otros procuraban distraerse, y preparábanse para la lucha comiendo, fumando y paseando.

Levine no fumaba ni tenía apetito, y á fin de evitar el encuentro con sus amigos, entre los cuales acababa de ver á Wronsky, con su uniforme de ayudante del emperador, refugióse junto á una ventana, desde la cual podía examinar los grupos que se formaban, y prestar oído á cuanto se decía á

su alrededor. En medio de aquella multitud reconoció, aunque vestía el antiguo uniforme de general de estado mayor, al anciano propietario de bigote gris que en otro tiempo viera en casa de Swiagesky; sus miradas se encontraron, y saludáronse cordialmente.

—¡Cuánto me alegro ver á usted!—dijo el anciano;—recuerdo muy bien que tuve el gusto de encontrarle en casa de Nicolás Ivanitch.

—¿Qué tal van los asuntos del campo?

—Siempre con pérdida—contestó el anciano con aire de convencimiento, como si este resultado fuese el único que pudiera admitir.—¿Y usted, cómo es que toma parte en nuestro *golpe de Estado?* Toda Rusia parece haberse citado; tenemos aquí hasta chambelanes, y tal vez ministros—añadió, señalando á Oblonsky, cuya elevada estatura llamaba la atención.

—Confieso á usted—replicó Levine—que no comprendo mucho la importancia de estas elecciones de la nobleza.

El anciano miró con asombro á su interlocutor.

—Pero ¿qué ha de comprender, ni qué importancia puede tener todo esto? Aquí no hay más que una institución en decadencia, que se prolonga por la fuerza de la inercia; vea usted todos esos uniformes; han venido jueces de paz y empleados, pero no caballeros.

—¿Pues por qué viene usted á esas asambleas?

—Por costumbre, para mantener relaciones, y por una especie de obligación moral, aunque también media una cuestión de interés propio: mi yerno necesita que le empujen un poco, y he de ayudarle para que obtenga un destino... ¿Pero por qué vienen aquí personajes como esos?—añadió, señalando á un orador, cuyo tono áspero había llamado la atención de Levine durante los debates que precedieran á la votación.

—Es una nueva generación de caballeros.

—En cuanto á nuevos, seguramente lo son; pero ¿se puede considerar como caballeros á los que atacan los derechos de la nobleza?

—Puesto que se trata de una institución en desuso, según usted dice...

—Hay instituciones antiguas que deben ser respetadas y

tratadas con toda consideración. No valemos tal vez gran cosa, pero hemos durado mil años. Supongamos que se traza un nuevo jardín: ¿cortaría usted el árbol secular que se halla en su terreno, sólo porque tarda más que los otros en cubrirse de follaje? No; trazará usted sus modernos cuadros de flores de modo que la añosa encina quede intacta. ¿Y qué tal van los asuntos de usted?

—No del todo bien; cuando más, me dan el cinco por ciento.

—Sin contar el trabajo, que seguramente merece una remuneración. Otro tanto le podría decir á usted; y yo me contentaría siempre con el cinco por ciento.

—Siendo así, no sé por qué perseveramos.

—Supongo que por costumbre. Yo, por ejemplo, sabiendo de antemano que mi hijo único será un sabio, y no un agricultor, me obstino á pesar de todo; y hasta he formado otra huerta este año.

—Diríase que nos creemos obligados á llenar algún deber con la tierra, pues por mi parte hace ya mucho tiempo que no me hago ilusiones sobre mi trabajo.

—Tengo por vecino un mercader—dijo el anciano;—el otro día fué á verme, recorrimos la granja y el jardín, y después de haberlo admirado todo me dijo: «El dominio de usted me parece muy bien ordenado; pero no comprendo por qué no corta de raíz los tilos de su jardín, pues agotan la tierra, y la madera se vendería muy bien. Yo lo haría desde luego.»

—No lo dudo—dijo Levine sonriendo—pues ya conozco ese razonamiento; con el importe de la madera vendida, compraría ganado, ó bien un espacio de tierra para arrendarle á los campesinos. Así haría una pequeña fortuna, mientras que nosotros nos contentamos con guardar nuestra tierra intacta á fin de legarla á los hijos.

—Me han dicho que se ha casado usted.

—Sí—contestó Levine con orgullosa satisfacción.—¿No le parece á usted admirable que nos encariñemos así con la tierra, como las vestales de la antigüedad con el fuego sagrado?

El anciano sonrió.

—Nadie como nuestro amigo Swiagesky y el conde Wronsky, que pretenden ocuparse de la industria agrícola, aunque

esto no les ha servido hasta ahora más que para comerse su capital.

—¿Por qué no habríamos de hacer nosotros lo que aconsejaba el mercader?—preguntó Levine, á quien había llamado la atención esta idea.

—Á causa de nuestra manía de mantener el fuego sagrado, como usted dice: este es un instinto de casta, y los campesinos tienen el suyo. El buen labrador se obstinará en arrendar el mayor espacio de tierra posible, y buena ó mala, se labrará de todos modos.

—Todos nos parecemos—dijo Levine.—Me alegro mucho de haberle encontrado á usted—añadió al ver que Swiagesky se acercaba.

—Nos hemos encontrado por primera vez desde el día en que trabamos conocimiento en casa de usted—dijo el anciano, dirigiéndose á Swiagesky.

—Sin duda habrá usted venido á murmurar del nuevo orden de cosas—repuso Swiagesky sonriendo.

—Preciso es desahogarse de una manera ú otra.

XXX

Swiagesky se cogió del brazo de Levine y acercóse con él á un grupo de amigos, entre los cuales era imposible evitar el encuentro con Wronsky, que de pie junto á Oblonsky y Kosnichef veía á los recién venidos acercarse.

—Celebro ver á usted por aquí—dijo el conde, ofreciendo su mano á Levine;— creo que ya nos hemos visto en casa de la princesa Cherbatzky.

—Recuerdo muy bien nuestro encuentro—contestó Levine, que con el rostro purpúreo se volvió hacia su hermano para hablarle.

Wronsky sonrió, y dirigióse á Swiagesky sin manifestar el menor deseo de proseguir su conversación con Levine; pero éste, arrepentido de su grosería, buscaba medio de repararla.

—¿Cómo marcha el asunto?—preguntó á su hermano

—Snetkof parece vacilar.

—¿Qué candidatura propondrán si desiste?

—La que se quiera—contestó Swiagesky.

—¿La de usted, tal vez?

—Ciertamente no—dijo Nicolás Ivanitch, dirigiendo una inquieta mirada al personaje de voz áspera que estaba junto á Kosnichef.

—Si no es la de usted, será la de Newedowsky—continuó Levine, echando de ver que se aventuraba en un terreno peligroso.

—De ningún modo—repuso el personaje desagradable, que resultó ser el mismo Newedowsky, á quien Swiagesky se apresuró á presentar á Levine.

Siguióse una pausa, durante la cual Wronsky miró distraídamente á Levine; y para dirigirle una palabra insignificante, preguntóle cómo era que viviendo siempre en el campo, no desempeñaba el cargo de juez de paz.

—Porque estas autoridades me parecen una institución absurda—contestó Levine.

—Yo hubiera creído lo contrario—repuso Wronsky con asombro.

—¿De qué sirven los jueces de paz? Durante ocho años no los he visto juzgar bien una sola vez.

Y citó muy inoportunamente algunos hechos.

—No te comprendo—dijo Sergio Ivanitch, cuando después de este diálogo salieron de la sala para ir á votar.—Careces completamente de tacto político; te veo en buena inteligencia con nuestro adversario Snetkof, y ahora te haces un enemigo del conde Wronsky. No creas que necesito la amistad de este último, pues acabo de rehusar la invitación que me ha hecho para ir á comer á su casa; pero es inútil hostigarle para que sea nuestro adversario. Por otra parte has dirigido preguntas indiscretas á Newedowsky...

—Todo esto es para mí un embrollo, al que no doy ninguna importancia—contestó Levine con expresión sombría.

—Así lo creo; pero el caso es que cuando tú intervienes, lo echas á perder todo.

Levine se calló, y los dos entraron en la sala grande.

El anciano mariscal había resuelto presentar su candidatura aunque dudara del éxito, pues sabia que un distrito le haría oposición.

En el primer escrutinio obtuvo una gran mayoría, y recibió las felicitaciones de todos, siendo aclamado por la multitud.

—Ya hemos concluído—dijo Levine á su hermano.

—Nada de eso; ahora comienza—replicó Sergio sonriendo: —el candidato de la oposición puede alcanzar más votos.

No se le había ocurrido á Levine semejante cosa, y así es que la respuesta de su hermano le produjo una especie de melancolía; creyéndose del todo inútil é insignificante, volvió á la pequeña sala para comer alguna cosa, y á fin de no mezclarse con la multitud, fué á visitar las tribunas. Estaban llenas de damas, oficiales, profesores y abogados; y Levine oyó elogiar la elocuencia de Sergio, pero en vano trató de comprender lo que tanto excitaba á toda aquella gente. Aburrido ya y contristado, bajó la escalera con el propósito de marcharse, cuando fueron á buscarle otra vez para votar. El candidato que se oponía á Snetkof era aquel mismo Newedowsky cuya negativa le había parecido tan categórica; él fué quien ganó la votación, con gran contento de los unos y entusiasmo de los otros; mientras que el anciano mariscal disimulaba á duras penas su despecho. Cuando Newedowsky se presentó en la sala, acogiéronle con las mismas aclamaciones con que fué saludado antes el gobernador, y hasta el anciano mariscal.

XXXI

Wronsky obsequió con una gran comida al nuevo elegido y á sus favorecedores.

Al asistir á las elecciones, el conde había querido asegurar su independencia á los ojos de Ana, complacer á Swiagesky, y llenar los deberes que se imponía como propietario de importancia ; pero sin presentir el apasionado interés que tomaría en las elecciones, y el éxito con que desempeñaría su papel. Había conseguido por lo pronto atraerse la simpatía general, y no se engañaba al creer que inspiraba ya confianza. Esta súbita influencia era debida en parte á la hermosa casa que ocupaba en la ciudad, cedida por un antiguo compañero suyo, entonces director del banco de Kachine, á su excelente

cocinero, á su compañerismo con el gobernador, y sobre todo á sus modales sencillos y afables, con que se atrajo las simpatías, á pesar de su reputación y altivez. Los que hablaron con él aquel día, excepto Levine, atribuyéronle el triunfo de Newedowsky; y experimentó cierto orgullo al pensar que dentro de tres años, si estaba casado, nada le impediría presentarse de por sí á las elecciones. En la mesa del banquete colocó á su derecha al gobernador, como hombre á quien respetaba la nobleza, de la cual había merecido los sufragios por su discurso, pero que para Wronsky no era más que Maslof Katka, un compañero del cuerpo de pajes, á quien trataba como protegido; y á su izquierda sentóse Newedowsky, joven de fisonomía impenetrable y expresión desdeñosa, que fué objeto de toda clase de consideraciones.

Á pesar de su derrota parcial, Swiagesky estaba muy satisfecho de que su partido hubiese triunfado, y refirió con mucho gracejo, durante la comida, diversos incidentes de las elecciones, en las que el anciano mariscal había hecho un papel tan ridículo. Oblonsky, muy contento al ver la satisfacción general, estaba de broma, y así es que, cuando después de la comida se expidieron telegramas á todas partes, también quiso enviar uno á Dolly «para complacer á todos», según dijo á sus amigos; pero Dolly, al recibir el parte, lamentó con un suspiro el rublo que le costaba, comprendiendo que su esposo había comido bien, porque era una de sus debilidades *servirse del telégrafo* después de un banquete.

Se brindó con vinos excelentes que no tenían nada de ruso; dióse al nuevo mariscal el tratamiento de *excelencia*, tratamiento que, á pesar de su aire indiferente, le agradó sin duda tanto como á la casada joven le gusta que la llamen *señora*. No se olvidó beber á la salud de «nuestro amable anfitrión» y á la del gobernador.

Jamás hubiera esperado Wronsky verse en provincia como centro de tan distinguida reunión.

Hacia el fin del banquete redobló la alegría, y el gobernador rogó al conde que asistiera á un concierto organizado por su esposa en provecho de *nuestros hermanos* (era antes de la guerra de Servia).

—Se bailará después—dijo—y verás á nuestra *beldad*, que es notable.

—No es mi cuerda—contestó Wronsky sonriendo;—pero en fin, iré.

En el momento en que se encendían los cigarros, al levantarse los convidados de la mesa, el ayuda de cámara de Wronsky se le acercó, llevando una carta en una bandeja.



—Un mensajero la trae del campo—dijo.

El billete era de Ana, y antes de abrirle, Wronsky adivinó su contenido; habíase obligado á estar de vuelta el viernes, pero aún se hallaba ausente el sábado, á causa de haberse prolongado las elecciones; la carta debía estar llena de quejas, y sin duda se había cruzado con la que envió la víspera

para explicar su retraso. El contenido del billete fué más penoso aún de lo que esperaba; la niña estaba muy enferma, y el médico temía una inflamación.

«Aquí sola—decía—pierdo la cabeza, pues la princesa Bárbara, en vez de auxiliar, es un estorbo. Te esperaba anteanoche, y te envío un mensajero para saber lo qué ha sido de ti. Si no hubiese temido ser desagradable, hubiera ido yo misma. Da una contestación cualquiera, á fin de que yo sepa lo que debo hacer.»

¡La niña estaba gravemente enferma, y Ana había querido ir ella misma!

El contraste de este amor exigente con la divertida reunión que era preciso abandonar, produjo en Wronsky una impresión desagradable; pero marchó aquella misma noche en el primer tren.

XXXII

Antes de que Wronsky marchara á las elecciones, Ana se había prometido hacer los mayores esfuerzos para soportar estoicamente la separación; pero la mirada fría é imperiosa con que el conde la anunció que se ausentaba, hirió su amor propio, y sus resoluciones se debilitaron. Una vez sola, comenzó á comentar aquella mirada y explicósela de una manera humillante. «Sin duda tiene derecho para ausentarse cuando le parezca, y á decir verdad, todos los derechos; mientras que yo no tengo ninguno, pero es poco generoso demostrármelo de esa manera, y mucho menos con la dura mirada que me ha dirigido... Mi falta es bien leve... mas en otro tiempo no me miraba así, y esto prueba que su amor se ha enfriado.»

Á fin de distraerse, acumuló las ocupaciones en que pasaba sus días, y por la noche tomaba morfina. En medio de sus pensamientos, parecióle que el divorcio era un medio de impedir que Wronsky la abandonara, porque el divorcio implicaba el matrimonio, y en su consecuencia resolvió no resistir ya más sobre este punto, como lo había hecho hasta entonces, la primera vez que Wronsky la hablara sobre el particular.

Cinco días pasaron así: para matar el tiempo, Ana paseaba

con la princesa, visitaba el hospital, y sobre todo leía; pero llegado el sexto día, y al ver que Wronsky no regresaba, debilitáronse sus fuerzas; y la niña enfermó, aunque demasiado ligeramente para que la inquietud distrajese á la madre, la cual no podía, por otra parte, fingir sentimientos que no experimentaba.

En la noche del sexto día, el temor de que Wronsky la abandonase fué tan vivo, que quiso marchar, pero contentóse con la carta que envió por medio de un mensajero. Á la mañana siguiente sintió ya haber procedido con tanta ligereza, al recibir una misiva de Wronsky, en la cual éste explicaba su tardanza; y al punto apoderóse de ella el temor de volver á verle. ¿Cómo soportaría ella la severidad de su mirada cuando supiese que su hija no había estado seriamente enferma? Á pesar de todo, su regreso era una dicha; tal vez echara de menos su libertad, pareciéndole pesada su cadena; pero estaría allí y podría verle de continuo.

Sentada junto á la lámpara, leía una obra nueva de Taine, escuchando el silbido del viento y los más leves rumores, para espiar la llegada del conde; y después de engañarse varias veces, oyó al fin con toda claridad la voz del cochero y el ruido del vehículo al entrar en el zaguán. Ana se levantó, pero no atreviéndose á bajar, como lo había hecho ya dos veces, detúvose, ruborizada, confusa é inquieta por la acogida que se le haría. Habíanse desvanecido ya todas sus anteriores susceptibilidades; ya no temía más que el descontento de Wronsky, y enojada al recordar que la niña estaba muy bien, teníala mala voluntad por haberse restablecido tan pronto. Sin embargo, al pensar que iba á ver al conde, ya no se acordó de nada más, y cuando oyó su voz, corrió alborozada al encuentro de su amante.

—¿Cómo está Anita?—preguntó Wronsky desde abajo, al ver á Ana bajar rápidamente, mientras le quitaban las botas.

—Mucho mejor.

—¿Y tú?

Ana le cogió ambas manos y atrájole hacia sí sin separar de él la vista.

—Me alegro mucho—replicó el conde fríamente, fijando su atención en el vestido de Ana, y comprendiendo que se lo había puesto sólo para recibirle.

Estas atenciones le agradaban, pero habíanle gustado hacía ya demasiado tiempo; y por eso se reflejó en su semblante la expresión de severidad que Ana temía.

—¿Cómo sigues?—preguntó Wronsky besando la mano de su amante después de limpiarse la barba, húmeda por el frío.

«Tanto peor—pensó Ana;—con tal que él esté aquí, todo me es igual, pues cuando yo me hallo á su lado no se atreve á dejar de amarme.»

La noche se pasó alegremente en compañía de la princesa, que se quejaba de que Ana tomase morfina.

—No puedo prescindir—dijo Ana—porque mis pensamientos me impiden conciliar el sueño; cuando él está aquí, no la tomo casi nunca.

Wronsky refirió los diversos episodios de la elección, y Ana supo interrogarle hábilmente para que hablara de la buena acogida que había merecido; á su vez contó cuanto había ocurrido en ausencia de Wronsky, y sólo le dijo cosas que pudieran agradarle.

Cuando estuvieron solos, Ana quiso borrar la impresión desagradable producida por su carta, y más segura de sí misma, dijo:

—Confiesa que te ha desagradado mi carta, y que no has creído en mis palabras.

—Es verdad—contestó Wronsky;—tu misiva era extraña; me decías que Anita te inquietaba, y sin embargo, querías ir tú misma.

Ana comprendió que Wronsky, á pesar de su ternura, no perdonaba.

—Una y otra cosa eran verdad.

—No lo dudo.

—Sí, lo dudas; y veo que estás incomodado.

—Nada de eso; pero me contraría que tú no quieras reconocer deberes...

—¿Qué deberes, el de ir al concierto?

—No hablemos más.

—¿Por qué no hablar?

—Quiero decir que puede haber deberes imperiosos; así, por ejemplo, me será preciso ir á Moscou para evacuar algunas diligencias... Pero, Ana, ¿por qué irritarte de ese modo cuando sabes que no puedo vivir sin ti?

—Pues te advertiré—repuso Ana, cambiando súbitamente de tono—que si llegas un día para marcharte al siguiente, y si te cansa esta vida...

—Ana, no seas cruel; ya sabes que estoy dispuesto á sacrificártelo todo.

—Cuando vayas á Moscou—continuó Ana sin escuchar—no me quedaré sola aquí; vivamos solos, ó separémonos.

—Yo no deseo otra cosa más que vivir contigo; pero es indispensable...

—¿El divorcio? Pues voy á escribir; conozco que no puedo vivir de esta manera. Iré contigo á Moscou.

—Dices eso con aire de amenaza, pero yo no deseo otra cosa—replicó Wronsky sonriendo.

La mirada del conde al pronunciar estas palabras afectuosas era glacial como la de un hombre á quien la persecución exaspera, y parecía decir: ¡Qué desgracia!—Ana la comprendió, y nunca pudo olvidar la impresión que experimentó en aquel instante.

Sin pérdida de tiempo, Ana escribió á Karenine, pidiéndole el divorcio, y á fines de Noviembre, después de separarse de la princesa, que debía ir á San Petersburgo, marchó á Moscou para establecerse allí con Wronsky.





SÉTIMA PARTE.

I

Los Levine estaban en Moscou hacía dos meses, y había pasado ya el término fijado por las autoridades competentes para el alumbramiento de Kitty, sin que nada hiciese presagiar un desenlace próximo, lo cual comenzaba á producir cierta inquietud. Mientras que Levine veía acercarse con terror el momento fatal, Kitty conservaba toda su calma; aquella criatura tan esperada existía ya para ella, y hasta manifestaba ya su independencia, haciéndola sufrir á veces; pero este dolor extraño y desconocido hacía asomar la sonrisa á sus labios, y sentía nacer en su corazón un nuevo amor. Nunca le había parecido su felicidad tan completa; jamás los suyos la habían mimado tanto; y de consiguiente, ¿por qué

apresuraría con sus votos el término de una situación que le era tan dulce? La única circunstancia enojosa en su nueva vida era el cambio sobrevenido en el carácter de su esposo; siempre estaba inquieto, sombrío y agitado, sin ocuparse en nada; no parecía el mismo hombre que conoció antes, ocupado siempre útilmente en el campo, y cuya tranquila dignidad admiraba tanto como sus sentimientos hospitalarios. Kitty no reconocía ya á Levine, y su transformación inspirábale un sentimiento de lástima, que ella era la única en experimentar, pues reconocía que en su marido nada excitaba la conmiseración; cuando se entretenía en estudiar el efecto que producía en la sociedad, exponíase á despertar los celos de su esposo; pero aunque censurase á Levine su incapacidad para acomodarse á una nueva existencia, Kitty reconocía que Moscou no le proporcionaba muchos recursos. ¿Qué ocupaciones le era dable encontrar allí? No le gustaba el juego ni la compañía de hombres vividores como Arcadievitch, de lo cual daba gracias al cielo; el continuo trato con la sociedad no le agradaba tampoco; para divertirse le habría sido necesario visitar á las damas, y por lo tanto, nada le quedaba fuera del monótono círculo de su familia. Había pensado en terminar su libro, para lo cual comenzó á buscar datos en las bibliotecas públicas; pero confesó á Kitty que no reconocía ya el interés de su trabajo; y por otra parte no se juzgaba en estado de hacer nada formal.

Las condiciones particulares de su vida en Moscou tuvieron, en cambio, un resultado inesperado, el de poner término á sus disputas; el temor que ambos tuvieron de ver reproducirse escenas de celos no se confirmó, ni aun á causa de un incidente imprevisto, cual fué el encuentro con Wronsky. Kitty, acompañada de su padre, le halló un día en casa de su madrina la princesa Borissowna, y al ver aquellas facciones tan conocidas en otro tiempo, sintió latir su corazón, tiñéndose sus mejillas de un vivo carmín; pero su emoción no duró más de un segundo. El anciano príncipe se apresuró á entablar un animado diálogo con Wronsky, y antes de que le terminaran, Kitty hubiera podido sostener la conversación sin que su sonrisa ni el sonido de su voz pudieran prestarse á la crítica de su esposo ausente.

Cambió algunas palabras con Wronsky, sonrió cuando éste

tituló á la asamblea de Kachine «nuestro parlamento», para demostrar que comprendía la broma, y no volvió la cabeza hasta que el conde se levantó para marcharse; entonces correspondió á su saludo sencilla y políticamente.

El anciano príncipe no hizo observación alguna, al salir, sobre aquel encuentro; pero Kitty comprendió que estaba contento de ella, y agradecióle su silencio. También ella estaba satisfecha de haber podido dominar sus sentimientos, hasta el punto de ver á Wronsky con indiferencia.

—He sentido que no estuvieses allí—dijo á su esposo, al hablarle de aquella entrevista—ó por lo menos me habría agradado que hubieses podido verme por el agujero de la cerradura, pues delante de ti me hubiera sonrojado mucho más, siéndome tal vez imposible conservar mi aplomo. ¡Mira cómo me ruborizo ahora!

Levine, al principio más sonrojado que ella, y escuchándola con expresión sombría, calmóse ante la mirada sincera de su mujer, é hízola algunas preguntas como ella deseaba. Levine declaró que en lo futuro no se conduciría tan torpemente como en las elecciones, ni huiría tampoco de Wronsky.

—Es muy penoso—dijo—temer la presencia de un hombre y considerarle como enemigo.

II

—No olvides hacer una visita á los Bohl—dijo Kitty á su esposo cuando antes de salir entró en su cuarto á las once de la mañana.—Ya sé que comerás en el club con papá, pero ¿qué harás antes?

—Voy á casa de Katavasof.

—¿Por qué tan temprano?

—Me ha prometido presentarme á un sabio de San Petersburgo, Metrof, con quien quiero hablar sobre mi libro.

—¿Y después?

—Al tribunal para un asunto de mi hermana.

—¿No irás al concierto?

—¿Qué quieres que haga allí solo?

—Te ruego que vayas, pues oirás dos composiciones nuevas que te gustarán.

—En todo caso volveré después de comer para verte.

—Ponte la levita para ir á casa de los Bohl.

—¿Lo crees necesario?

—Ciertamente; lo mismo hizo el conde para venir á vernos.

—He perdido de tal modo la costumbre de las visitas, que tengo cortedad; siempre me parece que me van á preguntar con qué derecho se introduce en la casa un extranjero como yo que no va para tratar de negocios.

Kitty soltó la carcajada.

—Bien hacías visitas cuando eras soltero.

—Es verdad, pero mi confusión era la misma.—Y besando la mano de su esposa, iba á retirarse, cuando ésta le detuvo.

—Kostia—le dijo—ya sabes que sólo me quedan cincuenta rublos; y me parece que no hago gastos inútiles—añadió al notar que el semblante de su esposo se oscurecía.—El dinero desaparece tan pronto, que sin duda nuestro sistema es vicioso por algún concepto.

—De ningún modo—contestó Levine con una tosecita seca que en él era indicio de contrariedad.—Ahora iré al Banco; y por otra parte he escrito al intendente para que venda el trigo y cobre por adelantado el alquiler del molino. No faltará el dinero.

—Á veces me arrepiento de haber escuchado á mamá, pues os canso á todos y se gasta mucho. ¿Por qué no nos habremos quedado en el campo donde estábamos tan bien?

—Yo no me arrepiento de nada de lo que he hecho desde que me casé.

—¿De veras?—preguntó Kitty, mirando fijamente á su marido.—Á propósito, ¿sabes que la posición de Dolly no es ya sostenible? Ayer hablamos con mamá y Arsenio (el esposo de su hermana Natalia), y han acordado que tú hables seriamente á Estéfano, porque papá no hará nada.

—Estoy dispuesto á ello; pero ¿qué quieres que hagamos nosotros? De todos modos iré á casa de los Lvof, y tal vez entonces vaya al concierto con Natalia.

El anciano Kousma, que hacía las funciones de mayordomo, anunció á su amo que uno de los caballos cojeaba. Al instalarse en Moscou, Levine había procurado montar una cuadra conveniente que no le costase mucho; pero hubo de reconocer que los caballos alquilados eran más baratos, y

optó por ellos, porque estaba decidido á suprimir todo exceso de gasto. El primer billete de cien rublos invertido fué el único que le causó pesar: tratábase de comprar libreas á los criados, y al pensar que aquel dinero le representaba el salario de dos trabajadores al año ó de trescientos diarios, preguntó si las libreas eran indispensables; pero el asombro de la princesa y de Kitty al oir esto le cerró la boca. El segundo billete de cien rublos (para la compra de las provisiones necesarias con motivo de darse una gran comida de familia) no le costó tanto, aunque calculaba mentalmente el número de medidas de avena que aquel dinero representaba.

Después de esto, los billetes desaparecieron como por encanto; pero Levine no se preguntó ya si el placer que compraba con su dinero era proporcionado á las molestias que ocasionaba; olvidó sus principios fijos sobre el deber de vender el trigo al más subido precio que fuera posible; y ni aun pensó que los gastos que hacía le llenarían de deudas muy pronto.

Tener dinero en el Banco para atender á las necesidades diarias de la casa fué en adelante todo su afán; hasta entonces no le había escaseado, pero la demanda de Kitty acababa de turbarle. ¿Cómo adquiriría dinero más tarde? Sumido en estas reflexiones dirigióse á casa de Katavasof.

III

Levine se había relacionado íntimamente con su antiguo compañero de Universidad, cuyo juicio correcto admiraba, aunque atribuyéndole cierta pobreza de imaginación; y el profesor, por su parte, censuraba en Levine la falta de lógica en sus razonamientos; pero no le desagradaba discutir con él, y habíale persuadido á leerle una parte de su obra. Habiéndole llamado la atención algunas consideraciones, propuso á Levine presentarle á un sabio eminente, el profesor Metrof, que estaba de paso en Moscou, y á quien había hablado de los trabajos de su amigo.

La presentación se hizo muy cordialmente aquel mismo día: Metrof, hombre amable y benévolo, comenzó por abor-

dar la cuestión del día, que era la sublevación del Montenegro; habló de la situación política y citó algunas palabras significativas pronunciadas por el emperador, á las cuales Katavasof opuso otras de un sentido diametralmente opuesto, dejando á Levine en libertad de elegir entre las dos versiones.

—Este caballero—dijo después—es autor de un trabajo sobre economía rural, cuya idea fundamental me agrada mucho en mi calidad de naturalista; tiene en cuenta el medio en que el hombre vive y se desarrolla, no le considera sino dentro de las leyes zoológicas, y le estudia en sus relaciones con la naturaleza.

—Esto es muy interesante—dijo Metrof.

—Mi objeto era simplemente escribir un libro sobre agronomía—dijo Levine sonrojándose;—mas á pesar mío, al estudiar el instrumento principal, el trabajador, he llegado á conclusiones muy imprevistas.

Y Levine desarrolló sus ideas, tanteando con prudencia el terreno, pues sabía que Metrof profesaba opiniones opuestas á la enseñanza político-económica del momento, y dudaba del grado de simpatía que iba á merecer.

—¿En qué difiere Rusia de los demás pueblos bajo el punto de vista del trabajador, según usted?—preguntó.—¿Es bajo el punto, que usted califica de zoológico, ó por el que se refiere á las condiciones materiales en que se halla?

Esta manera de plantear la cuestión demostraba á Levine una absoluta divergencia de ideas; pero siguió exponiendo su tesis, la cual consistía en demostrar que el pueblo ruso no puede tener con la tierra las mismas relaciones que los demás de Europa, por el hecho de que se reconoce por instinto predestinado á colonizar espacios aún incultos.

—Es fácil engañarse sobre los destinos generales de un pueblo, haciendo deducciones prematuras—observó Metrof, interrumpiendo á Levine;—y en cuanto á la situación del trabajador, siempre dependerá de sus relaciones con la tierra y el capital.

Y sin dar á Levine tiempo para replicar, explicóle en qué diferían sus propias opiniones de las aceptadas generalmente. Levine no entendió nada, ni trató de comprender; pues para él, Metrof, así como todos los economistas, no estudiaba la

situación del pueblo ruso sino bajo el punto de vista del capital, del salario y de la renta; convenía en que esta última era nula para la mayor parte de Rusia, en que el salario consistía en no morirse de hambre, y en que el capital estaba representado solamente por útiles primitivos. Metrof no difería de los demás representantes de la escuela mas que por una nueva teoría sobre el salario, la cual demostró por extenso. Después de haber procurado escuchar é interrumpir para expresar sus ideas personales, probando así hasta qué punto podrían extenderse; Levine acabó por dejar hablar á Metrof, lisonjeado en el fondo de que un hombre tan sabio le tomara por confidente de sus ideas, manifestándole tanta deferencia: ignoraba que el eminente profesor, después de agotar el asunto con sus oyentes habituales, estaba muy satisfecho de encontrar uno nuevo, sin contar que era muy aficionado á tratar de las cuestiones que le preocupaban, porque le parecía que una demostración oral contribuía á dilucidar para el mismo ciertos puntos.

—Vamos á llegar tarde—dijo al fin Katavasof, consultando su reloj.—Tenemos hoy sesión extraordinaria en la Universidad con motivo de jubileo de los cincuenta años de Swinttitch—añadió, dirigiéndose á Levine—y he prometido hablar sobre sus trabajos zoológicos. Ven con nosotros; será interesante.

—Sí, venga usted—dijo Metrof;—y después de la sesión, si tiene á bien pasarse por mi casa para leerme su obra, le escucharé con gusto.

—Es un bosquejo que no vale la pena presentar; pero acompañaré á ustedes.

Cuando llegaron á la Universidad, la sesión había comenzado; seis personas estaban sentadas ante una mesa cubierta con un tapete, y una de ellas leía; Katavasof y Metrof ocuparon sus sitios, y Levine fué á sentarse junto á un estudiante, á quien preguntó qué leían.

—La biografía.

Levine escuchó, y pudo tomar conocimiento de diversas particularidades curiosas sobre la vida del sabio, cuyo recuerdo se celebraba. Después se recitó una poesía; y Katavasof leyó luego con voz sonora una reseña sobre los trabajos de Swinttich. Cuando hubo terminado, Levine, viendo que se

hacía tarde, excusóse con Metrof de no ir á su casa, y se esquivó muy pronto. Durante la sesión había tenido tiempo de reflexionar sobre la inutilidad de relacionarse con el sabio economista; si estaban destinados uno y otro á trabajar con fruto, no podía ser sino prosiguiendo sus estudios cada cual por su lado.

IV

Lvof, el marido de Natalia, á cuya casa fué Levine al salir de la Universidad, acababa de establecerse en Moscou para vigilar la educación de sus hijos; había hecho sus estudios en el extranjero, y pasado su vida en las principales capitales de Europa, donde debió desempeñar funciones diplomáticas. Á pesar de su diferencia de edad y de profesar opiniones muy desemejantes, aquellos dos hombres se apreciaban mucho y eran verdaderos amigos.

Levine encontró á su cuñado en traje de casa, sentado ante un pupitre y con el lente calado en la punta de la nariz; el semblante de Lvof, de expresión joven aún, y al que su cabello rizado y plateado comunicaba cierto aire aristocrático, se iluminó con una sonrisa al ver entrar á Levine sin anunciarse.

—Pensaba enviar á pedir noticias sobre Kitty—dijo.—¿Cómo sigue?—añadió, adelantando un sillón de báscula.—Siéntese ahí y estará más cómodo. ¿Ha leído usted la circular del *Diario de San Petersburgo?* Me parece muy bien.

Levine refirió cuanto le habían dicho sobre los rumores propalados en San Petersburgo; y después de agotar la cuestión política habló de su conversación con Metrof y de la sesión de la Universidad.

—¡Cuánto le envidio á usted sus relaciones con esa sociedad de profesores y de sabios!—dijo Lvof, que le había escuchado con el más vivo interés; pero yo no podría aprovecharme como usted, por falta de tiempo y de suficiente instrucción.

—Permítame poner en duda este último punto—contestó Levine, sonriendo y conmovido ante aquella modestia y sencillez.

—No podría usted imaginarse hasta qué punto creo lo que le digo, ahora que me ocupa la educación de mis hijos. No sólo me es necesario refrescar la memoria, sino también rehacer mis estudios. Usted se reirá...

—Nada de eso; muy por el contrario, usted me sirve de ejemplo para el porvenir, y al ver cómo procede con sus hijos, aprendo lo que deberé hacer con los míos.

—¡Oh! el ejemplo no tiene nada de notable.

—Sí tal, porque jamás he visto niños tan bien educados como los suyos.

Lvof no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción: en aquel momento entró su bella esposa, con traje de paseo, é interrumpió el diálogo.

—No sabía que estuviese usted aquí—dijo á Levine.—¿Cómo sigue Kitty? Ya sabrá usted que cómo hoy con ella.

Los esposos discutieron el plan del día, y Levine ofreció acompañar á su cuñada al concierto. En el momento de salir, recordó el encargo de Kitty respecto á Estéfano.

—Sí, ya sé—repuso Lvof;—la mamá quiere que le prediquemos moral; pero ¿qué puedo decirle yo?

—Pues bien, yo me encargaré—dijo Levine sonriendo;—y corrió á reunirse con su cuñada que le esperaba al pie de la escalera, ostentando las blancas pieles de su abrigo.

V

Aquel día se iban á ejecutar dos nuevas composiciones en el concierto organizado en la sala de la Asamblea: una de ellas era una fantasía sobre el *Rey Lear de la estepa,* y la otra un cuarteto dedicado á la memoria de Bach. Levine tenía grandes deseos de formar su opinión sobre aquellas obras, escritas con un espíritu nuevo, y para no someterse á la influencia de nadie, se apoyó en una columna después de colocar á su cuñada, resuelto á escuchar concienzuda y atentamente. No se distrajo con los ademanes del director de orquesta, ni con el tocado de las damas, y alejóse sobre todo de los aficionados é inteligentes, que tanto hablan en tales casos. De pie, con la mirada fija en el espacio, absorbióse en

una profunda contemplación; pero cuanto más escuchaba la fantasía sobre el *Rey Lear*, más reconocía la imposibilidad de formar una idea clara y precisa: en el momento de desarrollarse, la frase musical se confundía siempre con otra, ó desvanecíase, dejando por única impresión la de una penosa investigación instrumental. Los mejores pasajes no se producían con oportunidad; la alegría, la tristeza, la desesperación, la ternura y el triunfo, sucedíanse con la incoherencia de las impresiones de un loco, para desaparecer de la misma manera.



Cuando la pieza terminó bruscamente, Levine se extrañó

de la fatiga que aquella tensión de espíritu le había causado; experimentó el efecto que pudiera producir en un sordo ver bailar, y al oir los aplausos del auditorio, quiso comparar sus impresiones con las de aquellas personas competentes.

Por todas partes se levantaban ya para reunirse y hablar sobre las dos composiciones durante el entreacto; y entonces fué á buscar á Pestzof, que conversaba con uno de los principales inteligentes.

—Es extraño—decía Pestzof con su voz de bajo.—Buenos días, Constantino Dmitritch.—El pasaje de más colorido—dijo Pestzof, continuando su diálogo—es aquel en que aparece Cordelia, aquel en que la mujer entra en lucha con la fatalidad. ¿No es cierto?

—¿Por qué Cordelia?—preguntó tímidamente Levine, que había olvidado que se trataba del *Rey Lear*.

—Cordelia aparece. ¿No lo ve usted?—repuso Pestzof, indicando el programa á Levine, que no había observado el texto de Shakspeare traducido en ruso é impreso en el dorso del programa.

El entreacto se pasó en discutir los méritos y defectos de las tendencias de Wagner, y como Levine se esforzaba para demostrar que este compositor había hecho mal en invadir el dominio de las otras artes, Pestzof quiso probarle que el arte es *único*, y que para llegar á la suprema grandeza es preciso que todas las manifestaciones se hallen reunidas en un solo grupo.

Levine, cansado de fijar la atención, no escuchó ya la segunda pieza, cuya afectada sencillez fué comparada por Pestzof con una pintura prerafaélica; y apenas terminado el concierto, fué á reunirse con su cuñada. Al salir, después de haber encontrado á varias personas conocidas, vió al conde Bohl, y esto le hizo pensar en la visita que debía hacerle.

—Vaya usted pronto—dijo Natalia, á la cual confió su olvido, y á quien debía acompañar á una sesión pública de un comité slavo.—Tal vez la condesa no reciba, y en tal caso volverá usted á reunirse conmigo.

VI

—¿Se recibe hoy?—preguntó Levine, entrando en el vestíbulo de la casa Bohl.

—Sí, señor—contestó el conserje, apresurándose á despojar de su abrigo al visitante.

—¡Qué fastidio!—pensó Levine, que daba vueltas á su sombrero entre las manos, dejando escapar un suspiro.—¿Qué voy á decirles? ¿Para qué he venido aquí?

En el primer salón encontró á la condesa, que con acento severo daba órdenes á un criado; pero la expresión de su rostro se dulcificó al ver á Levine, á quien rogó que pasase á un gabinete, donde sus dos hijas hablaban con un oficial superior. Constantino entró, saludó, sentóse junto á un canapé y colocó su sombrero entre las rodillas.

—¿Cómo sigue su esposa?—preguntó una de las jóvenes.—¿Viene usted del concierto? Nosotras no hemos podido ir.

La condesa se presentó á poco, sentóse en el canapé, y volviendose hacia Levine, hízole las mismas preguntas sobre la salud de Kitty y el concierto, añadiendo, para variar, algunos detalles sobre la muerte de una amiga.

—¿Ha estado usted ayer en la Ópera?

—Sí.

—La Lucca estuvo sublime.

Y así continuó la conversación, hasta que el oficial, levantándose al fin, saludó y salió.

Levine hizo ademán de seguir el ejemplo; pero una mirada de asombro de la condesa le contuvo. Volvió á sentarse, renegando en su interior del papel ridículo que hacía, é inútilmente buscó un asunto de conversación.

—¿Irá usted á la sesión del Comité?—preguntó la condesa;—dicen que ha de ser interesante.

—He prometido ir allá á buscar á mi cuñada.

Nuevo silencio, durante el cual las tres damas cambiaron una mirada.

«Ya debe ser tiempo de marcharme»—pensó Levine, levantándose de pronto. Las señoras no le retuvieron esta vez,

estrecháronle la mano y le encargaron *mil cosas* para Kitty.

Al ponerle el abrigo, el conserje le preguntó cuáles eran las señas de su casa, y apuntólas gravemente en un magnífico libro encuadernado.

«En el fondo, todo me es igual—pensó Levine;—pero ¡Dios mío, qué estúpido parece el que visita, y qué inútil y ridículo es todo esto!»

Y fué á buscar á su cuñada, condújola á su casa, encontró á Kitty sin novedad, y se fué al club, donde debía reunirse con su suegro.

VII

Levine no había vuelto á poner los pies en el club desde la época en que, después de haber terminado sus estudios, pasó un invierno en Moscou; pero sus recuerdos se despertaron ante el gran pórtico, en el fondo del vasto patio circular, cuando vió al conserje abrirle la puerta de entrada saludando, é invitarle á despojarse de su abrigo antes de subir al piso primero. Así como en otro tiempo, experimentó una especie de bienestar, con la satisfacción de verse en tan buena compañía.

—Ya hacía mucho tiempo que no teníamos el gusto de ver á usted por aquí—dijo el segundo conserje, que recibió á Levine en la parte superior de la escalera y que conocía á todos los socios del club, así como á sus familias. —El príncipe le escribió á usted ayer; Arcadievitch no ha llegado aún.

Al entrar Levine en el comedor, halló las mesas casi del todo ocupadas, y vió entre los convidados varias caras conocidas; allí estaban el anciano príncipe, Swiagesky, Sergio Ivanitch y Wronsky; y todos, jóvenes y viejos, parecían haber dejado sus preocupaciones en el guarda-ropa para no pensar más que en las dulzuras de la vida.

—Vienes tarde—dijo el anciano príncipe dando á su yerno la mano por encima del hombro. —¿Cómo está Kitty?—añadió, mientras se introducía una punta de la servilleta en un ojal del chaleco.

—Está bien, y hoy come con sus dos hermanas.

—Tanto mejor; vé pronto á tomar asiento á la mesa, si quieres encontrar sitio—añadió el príncipe.

—Por aquí, Levine—gritó una voz jovial desde el fondo de la sala.

Era Tourovtzine, que estaba sentado junto á un joven oficial y reservaba dos sitios, uno para Oblonsky y el otro para Levine; éste ocupó con gusto una de las sillas y fué presentado al oficial.

—Este Estéfano se retarda siempre.

—Ya viene.

—¿Acabas de llegar, verdad?—dijo Oblonsky á Levine cuando estuvo á su lado.—Vamos á tomar una copita de aguardiente.

Y antes de dar principio á la comida, los dos amigos se acercaron á una mesa de grandes dimensiones, donde se veía un variado surtido de licores; Arcadievitch pidió uno especial, que un criado se apresuró á presentarle.

Después de la sopa se sirvió el champaña; Levine tenía apetito, y bebió y comió con gran placer, divirtiéndose mucho con las conversaciones de sus comensales. Refiriéronse anécdotas un poco ligeras, los brindis recíprocos menudearon, y las botellas iban desapareciendo rápidamente; se habló de caballos y de carreras, y elogióse el trotón de Wronsky, Atlas, que acababa de ganar un premio.

—Y he aquí al feliz propietario—dijo Arcadievitch hacia el fin de la comida, inclinándose para ofrecer la mano á Wronsky, á quien acompañaba un coronel de la Guardia, de gigantesca estatura; Wronsky se inclinó hacia Oblonsky y díjole algunas palabras al oído, alargando después su mano á Levine con una sonrisa.

—Me alegro mucho encontrar á usted—le dijo;—le busqué en toda la ciudad después de las elecciones, pero ya había desaparecido.

—Es verdad; marché el mismo día. Hablábamos del caballo de usted, y le doy la enhorabuena por su triunfo.

—¿No tiene usted también caballos de carrera?

—Yo, no; mi padre poseía una yeguada, y sólo por tradición entiendo de ellos.

—¿Dónde has comido?—preguntó Oblonsky.

—En la segunda mesa, detrás de las columnas.

—Le han agobiado de felicitaciones; es muy bonito ganar un segundo premio imperial — dijo el coronel gigantesco.— ¡Ah! si yo pudiese tener la misma suerte en el juego!

—Es Yavshine—dijo Tourovtzine á Levine, al ver al gigante dirigirse hacia la sala llamada *infernal*.

Wronsky se sentó á la mesa; y bajo la influencia del vino y de la atmósfera sociable del club, Levine habló cordialmente con él, muy satisfecho de no sentir odio contra su antiguo rival; hasta hizo una alusión al encuentro de Wronsky con su esposa en casa de la princesa María Borisowna.

—¡Qué mujer! — exclamó Arcadievitch.

Y refirió sobre la anciana señora una anécdota que hizo reir á todo el mundo, particularmente á Wronsky.

—Si hemos acabado, señores, salgamos—dijo Oblonsky.

VIII

Levine salió del comedor muy contento, y encontró á su cuñado en la sala contigua.

—¿Qué dices de este templo de la indolencia?—preguntó el anciano príncipe, cogiéndose del brazo de su yerno.—Vamos á dar una vuelta.

—No deseo otra cosa, porque esto me interesa.

Hablando, y saludando á sus amigos al paso, los dos atravesaron las salas donde se jugaba á los naipes ó al ajedrez, y pronto llegaron al billar, en el que un grupo de jugadores rodeaba una mesa llena de botellas de champaña; después dirigieron una mirada á la sala infernal, donde vieron á Yavshine; y por último visitaron el gabinete de lectura, y otra habitación á que el príncipe daba el nombre de «sala de los sabios,» donde sólo hallaron tres caballeros discutiendo sobre política.

—Príncipe, le esperan á usted — díjole uno de sus compañeros de juego, que le buscaba por todas partes.

Una vez solo, Levine, recordando las conversaciones sobre política oídas aquella mañana, no quiso escuchar la de aquellos tres señores, y alejóse en busca de Tourovtzine y de Oblonsky, con los cuales no se aburría.

Encontrólos en la sala de billar, donde Arcadievitch y Wronsky hablaban junto á la puerta.

Levine oyó que el último decía: «No es que ella se aburra, pero esa indecisión la enerva;» y quiso alejarse, pero Arcadievitch le llamó.

—No te vayas, Levine—le dijo, con los ojos húmedos, como los tenía siempre después de llorar ó de enternecerse: aquel día era lo uno y lo otro.

—Es mi mejor amigo—dijo, dirigiéndose á Wronsky—y como también me une contigo una sincera amistad, quisiera que os apreciáseis, porque sois dignos uno de otro.

—Ya no nos falta más que abrazarnos—contestó Wronsky alegremente, ofreciendo á Levine una mano que éste estrechó con la mayor cordialidad.

—Quedo muy complacido—dijo.

—Yo también—repuso Wronsky.

Á pesar de esta mutua satisfacción, ninguno de los dos supo decir más.

—¡Trae champaña!—gritó Oblonsky á un criado.

Y volviéndose hacia Wronsky, añadió:

—Ya sabes que Levine no conoce á Ana, y por lo tanto quiero presentarle.

—Se alegrará mucho—replicó Wronsky.—Yo os hubiera rogado que fuéramos ahora mismo, pero estoy inquieto por Yavshine, y quiero vigilarle.

—¿Está perdiendo?

—Todo cuánto posee; yo solo tengo alguna influencia en él, y de consiguiente voy á buscarle.

Y Wronsky se alejó para reunirse con su amigo.

—¿Por qué no hemos de ir á casa de Ana sin él?—preguntó Arcadievitch, cogiendo del brazo á Levine cuando estuvieron solos.—Hace mucho tiempo que he prometido presentarte. ¿Qué piensas hacer esta noche?

—Nada de particular; vamos allá, si lo deseas.

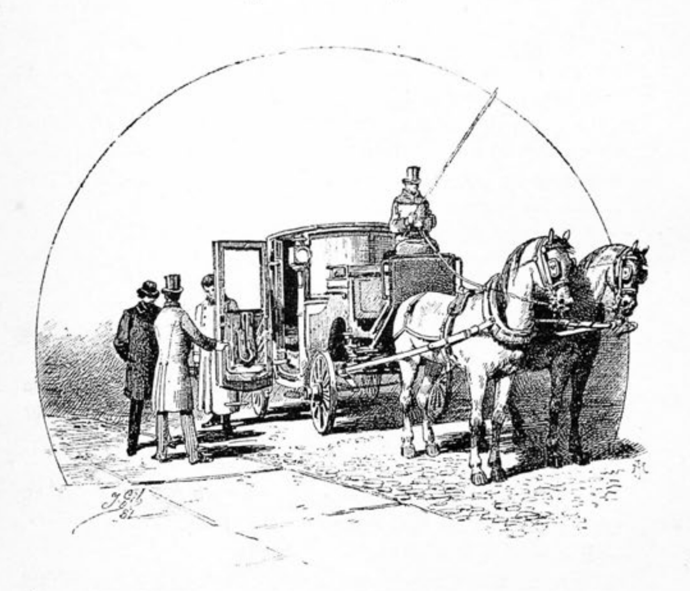
—Muy bien. Manda acercar el coche—dijo Oblonsky á un lacayo.

Y los dos salieron del billar.

IX

—¡El coche del príncipe Oblonsky!—gritó el conserje con voz estentórea.

El vehículo avanzó, y los dos amigos tomaron asiento. La



impresión de bienestar físico y moral que Levine experimentaba al entrar en el club, persistió mientras estuvieron en el patio; pero los gritos de los cocheros en la calle, y la muestra de color rojo de una taberna, le volvieron á la realidad, y preguntóse si haría bien en ir á casa de Ana. Arcadievitch, como si adivinase lo que su amigo pensaba, cortó sus meditaciones.

—¡Cuánto me agradará que la conozcas! Ya sabes que Dolly lo desea hace largo tiempo; Lvof la visita también; y aunque se trate de mi hermana, no puedo menos de recono-

cer su gran superioridad; es una mujer notable, mas por desgracia se halla en una situación muy crítica.

—¿Por qué?

—Negociamos un divorcio, en el que su esposo consiente, pero surgen dificultades á causa del niño, y hace tres meses que el asunto está paralizado. Cuando se decrete el divorcio se casará con Wronsky, y su posición será entonces tan regular como la tuya ó la mía.

—¿En qué consisten esas dificultades?

—Sería muy largo de contar. De todos modos, ya hace tres meses que está en Moscou, donde todo el mundo la conoce, y no ve á más mujer que á Dolly, porque no quiere imponerse á nadie. ¿Creerías tú que esa necia de princesa Bárbara la ha dicho que dejaba de visitarla por *conveniencia?* Cualquiera otra mujer se juzgaría perdida; pero ya verás qué digna es su conducta, y qué bien sabe arreglarse.

—¡Á la izquierda, frente á la iglesia!—gritó Oblonsky al cochero, asomándose por la puertezuela y echando hacia atrás sus pieles, á pesar de los doce grados de frío.

—¿No tiene una niña?—preguntó Levine.

—Ciertamente que sí; pero no se ocupa sólo de ella; también ejercita su inteligencia escribiendo. Sonríes, y haces mal, pues lo que Ana escribe está destinado á la juventud; nadie sabe esto más que yo, pues yo fuí quien enseñó el manuscrito al editor Varkouef. Como este último es también escritor, puede juzgar, y en su concepto, lo que ha leído es notable. Ana se ha encargado también de una niña inglesa y de su familia.

—¿Por filantropía?

—No se ha de buscar el ridículo. Esa familia es la de un profesor de equitación inglés, muy hábil en su oficio, á quien Wronsky ocupó en otro tiempo; el infeliz, entregado á la bebida, abandonó mujer é hijos, y Ana se ha interesado por esa desgraciada.

El coche penetró en aquel momento en un patio; Arcadievitch llamó á una puerta, y sin preguntar si se recibía, despojóse de sus pieles. Levine, cada vez más inquieto sobre la conveniencia de lo que hacía, imitó á su amigo, y al mirarse en un espejo, observó que estaba rojo como la grana. Un criado los recibió en el primer piso, é interrogado familiar-

mente por Arcadievitch, contestó que la señora estaba en el gabinete del conde con el editor Varkouef.

Cruzaron un pequeño comedor, entrando después en una habitación débilmente iluminada, en una de cuyas paredes se veía el retrato de una mujer de formas opulentas, cabello negro y mirada pensadora: Levine quedó fascinado, y pensó que no podía existir en realidad semejante hermosura: era el retrato de Ana, hecho por Mikhaïlof en Italia.

—Me alegro mucho...—dijo una voz que se dirigía evidentemente al recién venido: era Ana, que, oculta en parte por unas macetas, levantábase para recibir á los visitantes.

Y en la semi-oscuridad de la habitación, Levine reconoció el original del retrato, con un traje sencillo que no se prestaba á la ostentación de la belleza; pero que tenía el soberano encanto, tan bien comprendido del artista.

X

Ana se adelantó hacia Levine sin disimular el placer que le producía la visita, y con la soltura y sencillez de una mujer de buen tono, ofrecióle su pequeña mano, le presentó á Varkouef y díjole el nombre de la niña sentada allí junto á la mesa.

—Celebro mucho conocer á usted—le dijo—porque hace largo tiempo que ya no es un extraño para mí, gracias á Estéfano y á la esposa de usted. Jamás olvidaré la impresión que Kitty me produjo; yo no podría compararla sino con una hermosa flor, y hace poco he sabido que muy pronto será madre.

Ana hablaba sin apresurarse, mirando sucesivamente á su hermano y á Levine, y tratando á este último como si le hubiese conocido desde la infancia.

Arcadievitch preguntó si se podía fumar.

—Para eso nos hemos refugiado en el gabinete de Alejo—contestó Ana, presentando una cigarrera de concha á Levine después de tomar un cigarrillo de papel.

—¿Cómo te sientes hoy?—preguntó Estéfano.

—Bastante bien, aunque un pocó nerviosa, como siempre.

—¿No te parece hermoso?—preguntó Arcadievitch, observando la admiración de Levine al contemplar el retrato.

—No he visto nada más perfecto.

—Ni de tanto parecido—añadió Varkouef.

El rostro de Ana pareció iluminarse cuando, para comparar el retrato con el original, Levine la miró atentamente; este último se sonrojó, y para ocultar su turbación, preguntó á la señora de Karenine cuándo había visto á Dolly.

—Antes de ayer, muy enfadada contra los profesores de Grisha, á quienes acusa de injustos. Ahora hablaba con el señor Varkouef de los cuadros de Votchenko. ¿Los conoce usted?

—Sí—contestó Levine; y la conversación se empeñó sobre las nuevas escuelas de pintura y las ilustraciones que un artista francés acababa de hacer para la Biblia. Ana hablaba con muy buen criterio, sin ninguna pretensión, y á Levine le agradó tomar parte en la conversación; y como Varkouef censurase ei realismo exagerado de la pintura francesa, Levine observó que este realismo era una reacción, pues jamás se había extremado tanto como en Francia la convención en el arte.

—No se ha de mentir ante la poesía—dijo.

Y quedó muy satisfecho al ver que Ana se reía y aprobaba.

—Lo que dice usted—añadió esta última—caracteriza también á la literatura, y tal vez suceda siempre así; se comienza por soñar tipos imaginarios, un ideal de convención; pero hechas las combinaciones, estos tipos parecen desagradables y fríos, y se vuelve á caer en lo natural.

—Justamente—repuso Varkouef.

—¿Con que vienes del club?—preguntó Ana á su hermano, inclinándose hacia él para hablarle en voz baja.

«¡Qué mujer!»—pensó Levine, absorto en la contemplación de aquella fisonomía movible, que tan pronto expresaba la curiosidad, la cólera y la altivez; mientras que Ana hablaba con Estéfano. Pero su emoción fué pasajera, y cerrando á medias los ojos, como para concentrar sus recuerdos, volvióse hacia la pequeña inglesa, á la cual dijo en inglés:

—Hazme el favor de mandar que sirvan el té en la sala.

La niña salió.

—¿Cómo se ha portado en los exámenes?—preguntó Arcadievitch.

—Perfectamente; es una joven de mucha disposición.

—Acabarás por preferirla á tu hija.

—¡Vaya una ocurrencia! ¿Se pueden comparar estos dos afectos? Amo á mi hija de una manera, y á esa niña de otra.

—¡Ah! si Ana quisiera aplicar en provecho de los niños rusos la centésima parte de actividad que consagra á esa pequeña inglesa, ¡qué útiles serían sus servicios!

—¿Qué quiere usted? Esto no se impone; el conde Alejo Kyrilovitch me ha recomendado mucho visitar las escuelas en el campo, y jamás pude interesarme en ellas. Ustedes hablan de energía; pero la base de ésta es el amor, y el amor no se da como se quiere. Me sería muy difícil deciros porqué he tomado cariño á esta niña inglesa, pues no lo sé.

Y miró á Levine como para demostrarle que sólo hablaba con el objeto de obtener su aprobación, aunque segura de que los dos se comprendían.

—Soy en un todo del parecer de usted—dijo Levine;—no se puede poner el corazón en esas cuestiones escolares, y he aquí porqué las instituciones filantrópicas son generalmente letra muerta.

—Sí—repuso Ana después de una pausa;—jamás he sentido nada, al ver un colegio de niñas; sin duda no tengo el corazón bastante grande, ni aun ahora, cuando tanto necesito ocupación.

Y aunque hablaba con su hermano, fijó una triste mirada en Levine, á quien dijo después de una pausa:

—Tiene usted fama de no ser muy buen ciudadano; pero siempre le he defendido á usted.

—¿De qué modo?

—Según eran los ataques. Si á ustedes les parece—añadió, tomando de la mesa un libro encuadernado—vamos á tomar el té.

—Déme usted eso—dijo Varkouef, señalando el libro.

—No; vale poca cosa.

—Ya se lo he dicho—murmuró Arcadievitch, señalando á Levine.

—Has hecho mal—replicó Ana,—pues mis escritos se parecen á esas pequeñas obras hechas por los prisioneros á fuerza de paciencia.

Mientras que Arcadievitch ofrecía el brazo á su hermana

para pasar al salón, Levine dirigió una última mirada al maravilloso retrato, y un sentimiento de ternura y compasión se apoderó de él. Ana dejó á los hombres pasar delante y quedóse detrás para conversar con Estéfano. ¿De qué le hablaría? ¿Del divorcio y de Wronsky? Levine, pensando en esto, no oyó nada de lo que le dijo Varkouef sobre el libro escrito por la señora de Karenine.

Durante el té, hablóse sobre las cuestiones más interesantes, y todo cuanto se decía, interesaba al parecer muy particularmente á Levine. Al oir á Ana, admiraba su inteligencia, su instrucción, su buen criterio, y trataba de penetrar en los repliegues de su vida íntima. Aunque tan rápido para juzgar, y tan severo en otro tiempo, sólo pensaba en excusarla, y la idea de que no era feliz y de que Wronsky no la comprendía, oprimióle el corazón.

Eran ya más de las once cuando Arcadievitch se levantó para marcharse; Varkouef se había retirado ya antes; Levine dejó su silla con sentimiento, pareciéndole que sólo había estado allí un instante.

—Adiós—le dijo Ana, reteniendo una de sus manos entre las suyas, con una mirada que le turbó.—Me alegro que se haya roto al fin el hielo que nos separaba; diga usted á su esposa que la amo como en otro tiempo, y si no puede perdonarme mi situación, desearé, por lo menos, que jamás la comprenda ella. Para perdonar es preciso haber sufrido, y que Dios la preserve de ello.

—Se lo diré—contestó Levine sonrojándose.

XI

«¡Encantadora é infeliz mujer!»—pensó Levine cuando estuvo en la calle y sintió el aire helado de la noche.

—¿Qué te había dicho yo?—le preguntó Arcadievitch.—¿No tenía razón?

—Sí—contestó Levine con aire pensativo;—esa mujer es verdaderamente notable, y la seducción que ejerce no es debida sólo á su talento; compréndese que tiene corazón; pero inspira lástima.

—Á Dios gracias, confío que todo se arreglará; pero sirva

esto para demostrarte que es preciso desconfiar de los juicios temerarios. Adiós, pues no vamos por el mismo camino.

Levine entró en su casa subyugado por el encanto de Ana, tratando de recordar los menores incidentes de la tertulia, y persuadido de que comprendía á aquella mujer superior.

Al abrir la puerta, Kousma dijo á su amo que Catalina Alexandrovna seguía bien, y que sus hermanas acababan de salir; al mismo tiempo entrególe dos cartas, que Levine leyó al punto: la una era de su intendente, que no encontraba comprador para el trigo á un precio razonable, y la otra de su hermana, la cual le daba quejas por haber descuidado el asunto de la tutela.

«Pues venderemos más barato—pensó Levine, resolviendo ligeramente la primera cuestión;—y en cuanto á mi hermana, tiene razón de quejarse; pero el tiempo pasa tan rápidamente, que no he hallado medio de ir al tribunal hoy.»

Levine se prometió ocuparse del asunto el día siguiente, y al encaminarse á la habitación de su mujer, pensó en sus ocupaciones de aquel día. ¿Qué había hecho más que hablar y siempre hablar? Ninguno de los asuntos tratados le hubiera hecho perder el tiempo en el campo; sólo tenían importancia allí, y aunque aquellas conversaciones no tuviesen nada de reprensible, sentía como un remordimiento en el fondo del corazón al recordar su ternura de mala ley con Ana.

Kitty estaba triste y meditabunda; la comida de las tres hermanas había sido alegre, pero como Levine no volvía, la noche les pareció más larga.

—¿Qué ha sido de ti?—le preguntó al observar en sus ojos un brillo sospechoso, pero absteniéndose de indicar nada que pudiese contener su expansión.

—He encontrado á Wronsky en el club, y me alegro mucho; todo ha pasado naturalmente y en adelante no habrá hostilidad entre nosotros, aunque mi intención no sea buscar su compañía.

Al decir estas palabras, se sonrojó, pues *para no buscar su compañía*, había ido á casa de Ana al salir del club.

—Nos quejamos de las tendencias del pueblo á la embriaguez, pero yo creo que los hombres de mundo no beben menos ni se limitan tampoco á emborracharse los días de fiesta.

Á Kitty le interesaba mucho más averiguar porqué su ma-

rido se sonrojaba, que no discutir sobre las tendencias á la embriaguez, y por lo tanto continuó sus preguntas.

—¿Qué has hecho después de comer?

—Estéfano se empeñó en que le acompañase á casa de Ana Arcadievna—contestó Levine, sonrojándose cada vez más, y no dudando ya que su visita era poco conveniente.

Los ojos de Kitty brillaron como un relámpago, pero contúvose y exclamó sencillamente:

—¡Ah!

—Supongo que no te enojarás, pues Arcadievitch me lo rogó con mucha insistencia, y yo sabía que Dolly lo deseaba igualmente.

—¡Oh no!—contestó Kitty con una mirada que no presagiaba nada bueno.

—Es una mujer encantadora que debemos compadecer—continuó Levine; y refirió los detalles sobre la vida de Ana, repitiendo á su esposa las últimas palabras que le había dirigido para que las transmitiera á Kitty.

—¿De quién has recibido una carta?—preguntó.

Levine se lo dijo, y engañado por la aparente calma de Kitty, pasó á su gabinete para desnudarse; pero cuando volvió, su esposa, que no se había movido, miróle acercarse y comenzó á llorar.

—¿Qué ocurre?—preguntó inquieto, aunque comprendía la causa de aquel llanto.

—Tú te has enamorado de esa espantosa mujer—dijo Kitty; —lo he conocido en tus ojos; te ha hechizado y no podía ser de otro modo. Has estado en el club, has bebido en demasía y después de esto ¿dónde habías de ir sino á casa de una mujer como ella? No; esto no puede durar así, y mañana mismo nos marcharemos.

Mucho tuvo que hacer Levine para dulcificar á su esposa, y no lo consiguió sino prometiendo no volver más á casa de Ana, cuya perniciosa influencia, agregada á un exceso de la bebida, había turbado su razón. Lo que confesó con más sinceridad fué el mal efecto que le producía aquella vida ociosa que se pasaba en correr, beber y charlar. Los cónyuges hablaron hasta las altas horas de la noche, y al fin conciliaron el sueño á las tres de la mañana, suficientemente reconciliados.

XII

Después de haberse despedido de sus visitantes, Ana comenzó á pasear por las habitaciones, sin ocultarse que hacía algún tiempo, sus relaciones con los hombres tomaban cierto carácter de coquetería casi involuntaria, y confesábase que había hecho lo posible por trastornar la cabeza á Levine; pero aunque éste le hubiese agradado y encontrara cierta analogía secreta entre él y Wronsky, á pesar de ciertos contrastes exteriores, no era en él en quien pensaba: perseguíala otra idea.

« Puesto que ejerzo una atracción tan sensible en un hombre casado, enamorado de su esposa, ¿por qué—se preguntaba—no la tengo yo para él? ¿Por qué se muestra tan frío? Aún me ama, pero alguna cosa nos divide. No ha vuelto en toda la noche, bajo el pretexto de vigilar á Yavshine, como si éste fuera algún niño. No miente, sin embargo; lo que se propone es probarme que quiere conservar su independencia, pero como yo no la discuto, no necesitaba hacer eso. ¿No podrá comprender el horror de mi vida presente, y esta larga expectativa de un desenlace que no llega? ¡Siempre sin respuesta! ¿Qué puedo hacer yo entretanto? ¡Nada; sólo reprimirme, tascar el freno y forjarme distracciones! ¡Esos ingleses, esas lecturas y ese libro no son sino tentativas para aturdirme, como la morfina que tomo por la noche! ¡Sólo su amor me salvaría! »—murmuró; y sus ojos se llenaron de lágrimas al pensar en su suerte.

En aquel momento resonó un campanillazo bien conocido, y Ana, enjugándose los ojos, fingió la mayor serenidad y fué á sentarse junto á la lámpara con un libro en la mano; quería manifestar su descontento, pero no dar á conocer su dolor; era preciso que Wronsky no se permitiese compadecerla; y de este modo ella misma provocaba la lucha, aunque acusaba á su amante de querer empeñarla. Wronsky entró, muy contento y animado, acercóse á ella y la preguntó alegremente si se había aburrido.

—¡Oh! no; ya he perdido la costumbre. Arcadievitch y Levine han venido á verme.

—Ya lo sabía. ¿Te agrada Levine?—preguntó Wronsky sentándose al lado de Ana.

—Mucho; hace un momento que acaban de salir. ¿Qué has hecho de Yavshine?

—¡Qué terrible pasión la del juego! Ganaba ya diez y siete mil rublos, y había conseguido llevármele, cuando se me escapó de pronto y ahora lo está perdiendo todo.

—¿Entonces, por qué vigilarle?—preguntó Ana levantando la cabeza bruscamente y fijando su atención en la mirada de hielo de Wronsky.—Después de haber dicho á Estéfano que te quedabas con tu amigo para impedirle jugar, ¿acabas al fin por abandonarle?

—En primer lugar, yo no he encargado á Estéfano que te dijera nada; en segundo, no acostumbro mentir—contestó Wronsky con fría resolución;—y por último, he hecho lo que convenía hacer. Ana, Ana—añadió después de una pausa,—¿á qué vienen esas recriminaciones?—Y alargó hacia ella su mano abierta, esperando que la estrechase; pero un mal espíritu aconsejó á Ana no dar la suya.

—Seguramente—dijo—has hecho lo que te parecía mejor; no lo dudo, pero no era necesario insistir en ello.

Y al ver que Wronsky retiraba su mano con aire resuelto, añadió:

—Esta es una cuestión de tenacidad por tu parte, y sólo se trata de saber quién de los dos vencerá. ¡Si tú supieras hasta qué punto me creo estar en el borde de un abismo y me espanto de mí misma cuando manifiestas ese carácter hostil, no me le darías á conocer!

Y entristecida al pensar en su suerte, volvió la cabeza para ocultar sus lágrimas.

—¿Pero á qué viene todo eso?—dijo Wronsky atemorizado al ver aquella desesperación é inclinándose hacia ella para coger su mano y besarla.—¿Puedes acusarme porque busco distracciones fuera? ¿No huyo de la compañía de mujeres?

—¡No faltaría más sino que la buscases!

—Vamos, dime lo que necesitas para ser feliz; estoy dispuesto á todo para evitarte una pena—añadió al verla tan entristecida.

—No, no es nada—repuso Ana;—la soledad y mis nervios me ponen así; no se hable más del asunto. Cuéntame

lo que ha ocurrido en las carreras—añadió procurando disimular el orgullo que experimentaba por haber humillado á Wronsky;—pues aún no me has dicho nada.

Wronsky pidió de cenar y mientras comía repitió los incidentes de las carreras; pero por la inflexión de su voz y su mirada cada vez más fría, Ana comprendió que le hacía pagar su reciente victoria, y que no le perdonaría nunca las palabras «me espanto de mí misma y creo estar en el borde de un abismo.» Esta era un arma peligrosa de que no convenía servirse ya; Ana reconoció que entre ellos se interponía un espíritu de lucha que no podía dominar, asi como tampoco Wronsky.

XIII

Algunos meses antes, Levine no hubiera creído posible dormir tranquilamente después de un día como el que acababa de pasar; pero no es difícil acostumbrarse á todo, particularmente cuando se ve á los demás hacer lo mismo. Durmió, pues, pacíficamente, sin cuidarse de los gastos exagerados, del tiempo perdido, de sus excesos en el club, de su absurda intimidad con un hombre que en otro tiempo estuvo enamorado de Kitty y de su intempestiva visita á Ana, que, bien mirado, no era más que una mujer perdida. El ruido de una puerta que se abría le despertó sobresaltado; Kitty no estaba en el lecho, y detrás del biombo que dividía la habitación vió luz.

—¿Qué ocurre, Kitty?—preguntó.—¿Eres tú?

—No es nada—contestó Kitty presentándose con una bujía en la mano y sonriendo significativamente;—me siento un poco indispuesta.

—¿Cómo, comienza ya eso?—exclamó Levine ya atemorizado, buscando su ropa para vestirse cuanto antes.

—No, eso no es nada; ya pasó—dijo Kitty reteniendo á su esposo con ambas manos. Y acercándose al lecho, apagó la luz y acostóse otra vez. Levine estaba tan cansado, que á pesar del temor que experimentó al ver á su mujer aparecer con una luz, volvió á dormirse muy pronto, sin cuidarse

de los pensamientos que debían cruzar por la mente de su querida esposa mientras permanecía echada á su lado esperando el momento más solemne en la vida de una mujer. Á eso de las siete, Kitty, luchando entre el temor de despertar á su marido y el deseo de hablarle, acabó por apoyar su mano en el hombro de Levine.

—Kostia—le dijo;—no temas nada, pero me parece que sería mejor ir á buscar á Lisaveta Petrovna. Así diciendo, volvió á encender la bujía, y Levine la vió sentada en el lecho esforzándose para hacer media.

—Te ruego que no te espantes—le dijo al ver la expresión de terror de su esposo;—yo no temo nada. Y cogiéndole la mano, oprimióla contra su corazón y sus labios.

Levine saltó del lecho, púsose la bata, y sin apartar la vista de su esposa, dirigióse á sí propio las más amargas reprensiones al recordar la escena de la víspera. Aquel rostro querido, aquella mirada, aquella expresión encantadora que amaba tanto, apareciéronsele bajo una nueva luz; jamás aquella alma cándida y transparente se le había revelado así; y en su desesperación por verse obligado á salir en aquel momento, no se cansaba de contemplar aquellas facciones animadas de una alegre resolución.

También Kitty le miraba, pero de pronto se fruncieron sus cejas, atrajo á su esposo hacia ella, y oprimióse contra su pecho como angustiada por un vivo dolor. El primer pensamiento de Levine ante aquel sufrimiento mudo, fué creerse otra vez culpable; pero la tierna mirada de Kitty le tranquilizó, y lejos de acusarle, parecía expresar que le amaba más; hubiérase dicho que en medio de sus quejas se enorgullecía de aquel padecimiento; y Levine comprendió que su esposa llegaba á una elevación de sentimientos que él no podía comprender.

—Vamos—dijo Kitty al cabo de un momento;—ahora no sufro ya, y puedes ir á buscar á Lisaveta Petrovna; ya he enviado un recado á mamá.

Con gran asombro suyo, Levine observó que su esposa recobraba ánimo después de llamar á su doncella. Cuando entró en la habitación, después de haberse vestido apresuradamente, vió á Kitty andar de un lado á otro y dando sus órdenes para que arreglasen las cosas.

—Voy á casa del doctor—dijo—y ya he dado orden para que avisen á la comadrona. ¿No se necesita nada más? ¡Ah! sí, Dolly.

Kitty le miraba sin escuchar, é hízole una señal con la mano.

—Sí, sí—repuso;—ya puedes ir. Y mientras cruzaba la sala creyó oir una queja.

«¡Señor, exclamó cogiéndose la cabeza con ambas manos y saliendo precipitadamente, apiadaos de nosotros, perdonadnos, socorrednos!

Y Levine el incrédulo, sin conocer ya el excepticismo y la duda, invocó á Aquel que tenía en su poder su alma y su amor.

El caballo no estaba enganchado aún, y para no perder tiempo ni distraer su atención, mandó al cochero seguirle tan pronto como pudiera.

En la esquina de la calle vió un pequeño trineo que llegaba al trote de un escuálido caballo, y el cual conducía á Lisaveta Petrovna que llevaba la cabeza casi oculta por un chal.

«¡Gracias á Dios!»—murmuró al divisar á la comadrona, cuyo rostro tenía en aquel momento una expresión grave. Y corrió á su encuentro deteniéndola al paso.

—¿No hace más que dos horas?—preguntó la comadrona—Pues entonces no dé usted mucha prisa al doctor, y no se olvide de comprar un poco de opio en la botica.

—¿Cree usted que saldrá bien?—preguntó con ansiedad.—¡Dios me ampare! Y viendo llegar á su cochero, saltó al vehículo y dirigióse á casa el doctor.

XIV

Aún dormía el doctor, y el criado, que se ocupaba en limpiar las lámparas, dijo que su señor se había acostado muy tarde y no se atrevía por lo tanto á interrumpir su sueño.

Levine, turbado al principio, resolvió ir á la botica, prometiéndose permanecer tranquilo; pero sin omitir nada para llevar consigo al doctor. En la farmacia comenzaron por rehusarle el opio, con tanta indiferencia, como la que mostró

el criado del médico para despertar á su amo; pero Levine insistió, citó el nombre del doctor que le enviaba, y de la comadrona, y al fin obtuvo el medicamento. Apurada la paciencia, arrancó el frasco de manos del farmacéutico, que le ponía su etiqueta, le envolvía y ataba con una calma insoportable.

El doctor dormía siempre, y esta vez el criado sacudía la alfombra. Resuelto á conservar su sangre fría, Levine sacó un billete de diez rublos de su cartera, y poniéndole en la mano del inflexible servidor, aseguróle que Pedro Dmitritch no le reñiría, pues había prometido ir á la casa á cualquiera hora del día ó de la noche. ¡Cuánta importancia tenía á sus ojos ahora aquel Pedro Dmitritch tan insignificante de ordinario!

El criado, á quien aquellos argumentos convencieron, abrió entonces la puerta de una sala de espera, y muy pronto se oyó al doctor toser en la habitación contigua, y contestar que iba á levantarse. Aún no habían transcurrido tres minutos cuando Levine, fuera de sí, llamaba á la puerta de la alcoba.

—¡En nombre del cielo, Pedro Dmitritch, dispénseme usted, porque mi mujer sufre hace ya más de dos horas!

—Ya voy, ya voy—contestó el doctor, con una voz que indicaba que se sonreía.

«Esa gente no tiene corazón—pensó Levine, al oir que el doctor se arreglaba;—puede lavarse y peinarse tranquilamente cuando en este momento se agita tal vez una cuestión de vida ó muerte.»

—¡Buenos días, Constantino Dmitritch—dijo el doctor, entrando tranquilamente en el salón.—¿Qué ocurre?

Levine hizo entonces un relato circunstanciado sobre lo que pasaba, con una infinidad de detalles inútiles, interrumpiéndose á cada momento para instarle á que le acompañase á su casa; y por eso consideró como una burla la proposición que éste le hizo de tomar una taza de café.

—Ya comprendo de qué se trata—dijo el doctor con una sonrisa, y puede usted creer que la cosa no es urgente.—Nosotros los maridos hacemos un papel muy ridículo en tales casos; el esposo de una de mis clientes se suele refugiar en la cuadra.

—¿Pero cree usted que saldrá bien?

—Así lo espero.

—¿Vendrá usted pronto?—preguntó Levine, viendo al criado entrar con una bandeja.

—Dentro de media hora.

—¡En nombre del cielo!

—Pues bien, déjeme usted tomar café, y voy en seguida.

Mas al ver al doctor dar principio á su almuerzo con la mayor cachaza, Levine no pudo contenerse más tiempo.

—Yo me voy—dijo;—júreme usted que vendrá de aquí á un cuarto de hora.

—Concédame usted media hora.

—¿Palabra de honor?

—Sí.

Levine encontró junto á la puerta á la princesa, que acudía también presurosa, y ambos se dirigieron á la habitación de Kitty después de haberse abrazado con lágrimas en los ojos.

Desde que Levine había comprendido la situación, al despertarse, resuelto á sostener el valor de su mujer, habíase prometido reprimir sus impresiones y los impulsos de su corazón; é ignorando la duración posible de aquella prueba, habíase fijado como término máximo cinco horas, durante las cuales proponíase conservar toda su firmeza; pero cuando volvió al cabo de una hora y encontró á Kitty padeciendo siempre, acosóle el temor de no poder resistir, é invocó al cielo para no desfallecer. Transcurrieron cinco horas, sin que el estado variase, y el terror de Levine aumentó con los padecimientos de su esposa: poco á poco, las condiciones habituales de la vida desaparecieron para él; la noción del tiempo dejó de existir, y según que su mujer se cogía á él con fuerza, ó le rechazaba profiriendo un gemido, los minutos le parecían horas ó las horas minutos. Cuando la comadrona pidió luz, sorprendióle que hubiese llegado ya la noche. ¿Cómo había pasado aquel día? No hubiera podido decirlo: unas veces se vió junto á Kitty, agitada y quejándose, y después serena y casi risueña; otras, hallábase al lado de la princesa, dominada por su emoción, con sus rizos grises descompuestos y mordiéndose los labios para no llorar; también había visto á Dolly, al doctor fumando cigarrillos, á la comadrona con su expresión grave, aunque tranquila, y al anciano príncipe paseando por el comedor con aire sombrío. Las en-

tradas, las salidas, todo se confundía en su pensamiento; la princesa y Dolly estaban con él en la habitación de Kitty, y de pronto todos iban al salón, donde estaba la mesa puesta para tomar algún refrigerio. Enviábasele á varios recados; y después arreglaba varias sillas y divanes, donde debía pasar la noche según le dijeron. De pronto le ordenaban que fuera á preguntar alguna cosa al doctor, y éste le contestaba, hablándole después de los imperdonables desórdenes de la *Douma* (1). ¿Cómo había sucedido todo esto? ¿Por qué la princesa le cogía de la mano con aire compasivo? ¿Por qué Dolly trataba de hacerle comer, procurando inducirle á ello con sus razonamientos? ¿Por qué el doctor le ofrecía píldoras, mirándole gravemente?

Levine se hallaba en el mismo estado moral que un año antes junto al lecho de muerte de Nicolás; la ansiedad del dolor futuro, así como la esperanza de la dicha, transportábale sobre el nivel habitual de la existencia, elevándole á grandes alturas, desde donde descubría cimas que las dominaban; y su alma llamaba á Dios con la misma sencillez é igual confianza que cuando era niño.

Durante aquellas largas horas, parecióle que su vida se duplicaba; una mitad de ella pasábase al pie del lecho de Kitty, y la otra en su despacho, donde hablaba de cosas indiferentes, dominándole siempre un sentimiento de culpabilidad cuando oía algún gemido; levantábase entonces y corría hacia su esposa, recordando de pronto que nada podía hacer, aunque deseaba ayudarla y sostenerla.

XV

Las bujías se consumían en sus candeleros, y Levine, sentado junto al doctor, oíale discurrir sobre el charlatanismo de los magnetizadores, cuando de pronto resonó un grito que no tenía nada de humano; Constantino quedó inmóvil, mirando con expresión de terror al médico, que inclinando la

(1) Municipalidad.

cabeza como para oir mejor, sonrió con aire de aprobación. Levine se había acostumbrado ya á no extrañar nada, y pensó que el grito no tenía nada de extraordinario; mas para explicársele entró de puntillas en la alcoba de la paciente. Evidentemente ocurría alguna cosa nueva: lo reconoció por la expresión grave del rostro pálido de la comadrona, que no separaba la vista de Kitty; esta última volvió la cabeza, y con su mano húmeda cogió la de su esposo y oprimióla sobre la frente.

—Quédate, quédate—le dijo—ya no tengo miedo... Mamá, quítame los pendientes.—¿Se acabará esto pronto, Lisaveta Petrovna?

Mientras hablaba, su semblante se desfiguró de repente, y Kitty profirió otro grito espantoso.

Levine se llevó ambas manos á la cabeza, y huyó de la habitación.

—No es nada, todo va bien—le murmuró Dolly al oído; pero era inútil hablarle; creíalo perdido todo; y apoyado en el marco de la puerta, preguntábase si era Kitty la que había podido gritar así; pensaba en la criatura con horror, y sin rogar á Dios por la vida de su mujer, pedíale que pusiera fin á sus horribles padecimientos.

—¿Qué significa eso, doctor?—preguntóle cogiéndole del brazo.

—Es el fin—contestó el médico con una expresión tan grave que Levine creyó que su esposa se moría.—Y no sabiendo ya qué hacer, volvió á la alcoba de la paciente, á la cual no reconoció; tal era la descomposición de sus facciones. De repente cesaron los gritos, cosa que pareció á Levine increíble; siguiéronse varias idas y venidas; cuchicheábase á su alrededor; y al fin la voz de Kitty murmuró con indefinible expresión de contento: «¡Ya se acabó!» Levine levantó la cabeza; su esposa le miraba, tratando de sonreir, y su belleza era en aquel momento sobrenatural.

Las cuerdas demasiado tendidas se rompieron, y saliendo del mundo misterioso y terrible donde se había agitado durante veintidós horas, Levine, volviendo á la realidad de una luminosa dicha, comenzó á llorar y á sollozar con tal fuerza que no pudo decir una sola palabra. De rodillas, junto á su esposa, besaba su mano, mientras que al pie del lecho agitá-

base entre los brazos de la comadrona, como la luz vacilante de una pequeña lámpara, la débil llama de aquel sér humano que entraba en el mundo con derechos para existir.

«Vive, vive; no hay que temer nada; y es un niño»—oyó decir Levine; mientras que con mano temblorosa, Lisaveta Petrovna friccionaba la espalda del recién nacido.

—¿Es cierto, mamá?—preguntó Kitty.

La princesa contestó con un sollozo.

Como para desvanecer la menor duda de la madre, una voz se elevó en medio del silencio general; esta voz era un grito particular, resuelto, casi impertinente, proferido por aquel nuevo sér humano.

Algunos momentos antes, Levine hubiera creído sin vacilar, si alguien se lo hubiese dicho, que Kitty había muerto, que sus hijos eran ángeles, y que todos se hallaban en presencia de Dios; y aun ahora que volvía á la realidad, hubo de hacer un prodigioso esfuerzo para admitir que su esposa vivía, y que aquella criatura era su hijo. Inmensa felicidad era para Constantino ver á Kitty salvada; mas ¿para qué se quería aquel niño, y de dónde venía? Pasó mucho tiempo antes de que pudiese acostumbrarse á esta idea.

XVI

El anciano príncipe, Sergio Ivanitch y Estéfano Arcadievitch se hallaron reunidos al día siguiente en casa de Levine á eso de las diez, para enterarse del estado de Kitty. Constantino se creía separado de la víspera por un intervalo de cien años; oía á los demás conversar, y esforzábase para descender hasta ellos desde las alturas en que creía hallarse. Hablando de cosas indiferentes, pensaba en su esposa y en su hijo, á cuya existencia no daba crédito aún; la misión de la mujer en la vida tenía para él gran importancia desde que se casó, y ahora ocupaba á sus ojos el más alto lugar.

— Pregunta si puedo entrar — dijo el anciano príncipe, al ver á Levine saltar de la silla para ir á ver á su esposa.

Kitty no dormía; bien arreglada en su lecho, tenía las manos puestas sobre la colcha y hablaba en voz baja con su ma-

dre; su mirada brilló al ver á Levine, y aunque tenía la calma sobrenatural que se observa en la muerte, reconocíase que entraba en una nueva vida. La emoción de Levine fué tan viva, que volvió la cabeza.

—¿Has dormido poco?—preguntó á su marido;—yo he dormitado y me siento bien.

La expresión de su rostro cambió súbitamente al oir el vagido de la criatura.

—Démele usted para enseñarle á su padre—dijo á la comadrona.

—Ahora le enseñaremos, cuando esté arreglado—contestó Lisaveta, fajando el niño al pie de la cama.

Levine miró á la criatura, esforzándose inútilmente para reconocerse sentimientos paternales; compadecióse al ver á la comadrona revolver con ligereza aquellos miembros raquíticos, é hizo un ademán para detenerla.

—No tenga usted cuidado—dijo la mujer sonriendo—no le haré mal.

Y después de arreglar la criatura convenientemente, presentóla con orgullo diciendo:

—¡Es un hermoso niño!

Pero con su rostro rojizo, sus ojos prolongados y su cabeza vacilante, el hermoso niño no produjo en Levine más que un sentimiento de compasión y de disgusto. Esperaba otra cosa, y volvió la cabeza, mientras que la comadrona le dejaba en brazos de Kitty, la cual comenzó á reir de pronto al ver que la criatura tomaba el pecho.

—Ya basta—dijo la comadrona un momento después; pero Kitty no quiso dejar á su hijo, que se durmió junto á ella.

—Mírale ahora—dijo volviendo el niño hacia su padre, en el instante en que su expresión era más cómica, porque iba á estornudar.

Levine, muy enternecido, estaba á punto de llorar, y abrazando á su esposa, salió de la habitación. ¡Cuán diferentes eran los sentimientos que le inspiraba aquella criatura, de aquellos que él había previsto! No estaba orgulloso ni se creía feliz; sólo experimentaba un sentimiento de compasión profunda, un temor tan vivo de que aquel pobre niño sufriese, que al verle estornudar no pudo reprimir un exceso de alegría imbécil.

XVII

Los asuntos de Arcadievitch atravesaban por una fase muy crítica; Estéfano había gastado las dos terceras partes del dinero obtenido de la venta de la madera, y el traficante no quería adelantar nada; por la primera vez de su vida, Dolly rehusó firmar un recibo, para cobrar con descuento la suma del último plazo, y manifestóse resuelta á conservar en lo sucesivo todos los derechos sobre su fortuna personal.

La situación comenzaba á ser enojosa; pero Arcadievitch lo atribuía sólo á su escaso sueldo, y al ver á varios de sus compañeros desempeñando destinos muy bien remunerados, acusábase de indolencia, persuadido de que suya era la culpa si se le había olvidado. En su consecuencia comenzó á buscar alguna buena colocación bien retribuída, y hacia fines del invierno creyó haberla encontrado. Era uno de esos destinos como los que se encuentran ahora, que producía de mil á cincuenta mil rublos anuales, y para el cual necesitábanse aptitudes tan diversas, y al mismo tiempo tan extraordinaria actividad, que no siendo fácil hallar un hombre bastante bien dotado para desempeñarle, contentábanse con una persona honrada. Arcadievitch lo era en toda la extensión de la palabra, según la sociedad moscovita, pues en Moscou la honradez tiene dos formas: consiste en saber hacer frente con habilidad á los hombres que se hallan en las esferas gubernamentales, y en no defraudar las esperanzas del prójimo.

Oblonsky podía desempeñar este destino sin dejar el que ya tenía, y obtener así un aumento de sueldo de siete á diez mil rublos; pero todo dependía de la buena voluntad de dos ministros, de una dama y de dos israelitas á quienes debía visitar como solicitante en San Petersburgo, después de poner en juego las influencias de que disponía en Moscou. Como había prometido también á Ana hablar con Karenine acerca del divorcio, valióse de sus mañas para obtener de Dolly cincuenta rublos y marchó á la capital.

Recibido por Karenine, hubo de comenzar por someterse á escuchar los detalles sobre un proyecto de reforma para me-

jorar el estado de la hacienda rusa, esperando que Alexandrovitch concluyera por hablar á su vez sobre sus asuntos personales y los de Ana.

—Está muy bien—dijo, cuando Karenine, interrumpiendo su lectura, se quitó el lente para mirar á su cuñado con aire interrogador;— me parecen muy bien los detalles, pero ¿no es



en definitiva la libertad el principio predominante de nuestra época?

—El nuevo principio que yo expongo abraza igualmente el de la libertad—contestó Alexandrovitch, volviendo á calarse el lente para indicar en su manuscrito un párrafo más terminante—pues si yo reclamo el sistema proteccionista, no es para la ventaja de los menos, sino para el bien de todos, así de las clases bajas como de las superiores. Esto es lo que no se quiere comprender—añadió, mirando á Oblonsky por en-

cima del lente—porque todos se absorben en sus intereses personales y se contentan fácilmente con frases huecas.

Arcadievitch sabía ya que Karenine llegaba al término de sus demostraciones cuando interpelaba á *los* que se oponían á las reformas elaboradas por él; por eso no trató de salvar el principio de la libertad, y esperó á que Alexandrovitch acabase de hablar.

—Á propósito—dijo después de una pausa—te agradeceré que si encuentras á Pomorsky le digas dos palabras en mi favor; quisiera que se me nombrase vocal de la comisión de las agencias reunidas del Crédito mutuo y de los Caminos de hierro del sud.

Arcadievitch sabía indicar sin equivocarse el cargo á que aspiraba.

—¿Para qué quieres esa plaza?—preguntó Karenine, temiendo una contradicción con sus planes de reforma: las funciones de aquella comisión eran tan complicadas, y los proyectos de reforma de Karenine tan vastos, qne á primera vista no era posible formar idea.

—Ese destino produce nueve mil rublos—dijo Arcadievitch—y mis medios...

—¡Nueve mil rublos!—repitió Karenine, recordando que uno de los puntos que trataba en su proyecto era la economía.—Esos sueldos exagerados son, según lo demuestro en mi escrito, una prueba de lo defectuoso que es nuestro sistema económico.

—Un director de banco—repuso Arcadievitch—percibe diez mil rublos, y un ingeniero cobra hasta veinte mil, sin que esto se considere como una canongía.

—En mi opinión, esos sueldos se deben considerar bajo el mismo punto de vista que el precio de una mercancía, y se han de someter por consiguiente á las mismas leyes de ofrecimiento y demanda. Ahora bien, si yo veo que dos ingenieros igualmente capaces, que han hecho los mismos estudios, reciben, el uno cuarenta mil rublos y el otro sólo dos mil; y si por otra parte veo que un empleado, sin poseer ningún conocimiento especial, llega á ser director de un banco con un sueldo exorbitante, deduciré que aquí hay un vicio económico de la más desastrosa influencia para el servicio del estado.

—Convendrás, no obstante, en que es esencial que esos destinos se desempeñen por hombres *honrados*—repuso Arcadievitch, recalcando en esta última palabra.

—Ese es un mérito negativo—contestó Alexandrovitch, insensible á la significación moscovita de esta palabra.

—De todos modos, ten la bondad de hablar á Pomorsky.

—Con mucho gusto, pero me parece que Bolgarine ha de tener más influencia.

—Bolgarine está bien dispuesto—apresuróse á decir Oblonsky ruborizándose al recordar con cierto disgusto la conferencia que había solicitado de aquel israelita en la misma mañana, y la antesala que le había sido preciso hacer, él, príncipe de Oblonsky, descendiente de Rurick, para ser recibido, después de una larga espera, con una cortesía obsequiosa que disimulaba mal el triunfo de Bolgarine al verse solicitado por un príncipe.

Había recibido casi una negativa, pero sólo la recordaba en aquel momento, gracias á los esfuerzos que hizo por olvidar el incidente, que le hacía ruborizarse á pesar suyo.

XVIII

—Sólo me falta ahora pedirte una cosa, y bien puedes adivinar cuál es—dijo Arcadievitch, desechando los recuerdos desagradables de su pensamiento;—se trata de Ana...

El semblante de Karenine tomó un aspecto de rigidez cadavérica al oir este nombre.

—¿Qué quieres ahora de mí?—preguntó, dando media vuelta en su sillón y cerrando el lente.

—Una decisión cualquiera, Alexandrovitch; me dirijo á ti, no como á... (iba á decir esposo engañado, pero se contuvo para pronunciar, muy poco oportunamente, las palabras hombre de estado); hablo al cristiano, al hombre de corazón, y pido compasión para ella.

—¿En qué sentido?—preguntó Karenine dulcemente.

—Tendrías lástima si la vieras; su situación es cruel.

—Yo creía—dijo de pronto Karenine con acento penetrante—que Ana Arcadievna había obtenido cuanto deseaba.

—No recriminemos, Alexandrovitch, pues el pasado no nos pertenece; lo que ella espera ahora es el divorcio.

—Yo había creído comprender que en caso de quedarme con mi hijo, Ana Arcadievna rehusaría el divorcio; y mi silencio equivalía, por lo tanto, á una respuesta, pues considero esa cuestión como juzgada—repuso Karenine, animándose cada vez más.

—No te alteres, por favor—dijo Arcadievitch, tocando la rodilla á su cuñado;—recapitulemos más bien. En el momento de vuestra separación, y con una generosidad sin ejemplo, tú la dejabas tu hijo, aceptando el divorcio; y entonces ella, reconociéndose demasiado culpable hacia ti, á la vez que humillada, no aceptó; pero el porvenir la hizo ver que se había creado una situación intolerable.

—La situación de Ana Arcadievna no me interesa en nada—dijo Karenine, elevando las cejas.

—Permíteme que no lo crea—contestó Oblonsky con dulzura;—pero aun admitiendo que haya merecido sufrir, según tu opinión, el hecho es que todos somos desgraciados, y por eso te suplico que te compadezcas, tanto más cuanto que sus padecimientos no aprovechan á nadie.

—Á decir verdad, no parece sino que yo soy el culpable.

—Nada de eso—dijo Arcadievitch, tocando esta vez el brazo de Karenine, como si esperase dulcificarle con estos ademanes;—yo quiero hacerte comprender simplemente que no puedes perder nada al contribuir á que su posición se determine con claridad. Por otra parte, lo has prometido; permíteme arreglar el asunto, y no tendrás que molestarte en lo más mínimo.

—Ya dí mi consentimiento antes, y he podido pensar que Ana Arcadievna tendría á su vez la generosidad de comprender... (los labios temblorosos de Karenine apenas pudieron pronunciar estas palabras).

—Ya no pide el niño; sólo pide un medio de salir del atolladero en que se halla; el divorcio ha llegado á ser para ella una cuestión de vida ó muerte, y tal vez se hubiera sometido antes si no hubiese tenido confianza en tu promesa, y si, durante los seis meses que se halla en Moscou, no viviera poseída de la fiebre de la ansiedad. Su situación es la de un condenado á muerte que hubiera tenido la cuerda al cuello

todo ese tiempo, sin saber si debe esperar el perdón ó el golpe final. Compadécete de ella, y en cuanto á los escrúpulos...

—No hablo de eso—interrumpió Karenine con disgusto;—pero tal vez haya prometido más de lo que puedo cumplir.

—¿Quiere decir esto que rehusas?

—Yo no rehuso nunca lo posible, pero pido tiempo para reflexionar; tú te precias de ser libre-pensador; pero yo, que soy creyente, no puedo eludir la ley cristiana en una cuestión tan grave.

—¿No admite nuestra Iglesia el divorcio?—preguntó Arcadievitch, saltando de su silla.

—No en este sentido.

—¡Alexandrovitch—exclamó Oblonsky después de una pausa—ya no te reconozco! ¿Eres tú quien decía en otro tiempo que después de la capa se debe dar el vestido? Y ahora...

—Te agradeceré que pongas término á esta conversación—dijo Karenine, levantándose de pronto y temblando de pies á cabeza.

—Dispénsame si te aflijo—contestó Oblonsky confuso, y ofreciendo la mano á su interlocutor;—mas érame preciso desempeñar mi comisión.

Karenine puso su mano en la de Arcadievitch, y díjole después de reflexionar un momento:

—Recibirás mi contestación definitiva pasado mañana; es preciso que yo busque el mejor medio.

XIX

Arcadievitch iba á salir, cuando el ayuda de cámara anunció á Sergio Alexeivitch.

—¿Qué significa esto?—preguntóse Oblonsky.—¡Pues si es Sergio! Yo creía que era algún director del departamento; ahora recuerdo que Ana me rogó que le viera.

Y representósele la expresión tímida y triste con que Ana le dijo: «Le verás y podrás saber qué hace, dónde está y quién le cuida. Y acuérdate, Estéfano, que si fuera posible, con el divorcio...»

Arcadievitch comprendió el gran deseo de Ana de encargarse del niño; pero después de la conversación que acababa de tener con su cuñado, ya no se debía pensar en ello. Sin embargo, no se alegró menos de ver á Sergio, aunque Karenine le advirtió al punto que no se debía hablar á Sergio de su madre.

—Ha estado gravemente enfermo después de la última entrevista con Ana Arcadievna, y hemos temido un instante por su vida. Ahora está ya fuerte, gracias á los baños de mar, y siguiendo el consejo del doctor, va al colegio. La compañía con los muchachos de su edad produce en él una influencia benéfica, y ahora está muy contento y trabaja bien.

—¡Pero ya no es un niño; es verdaderamente un hombre! —exclamó Arcadievitch, al ver entrar á un muchacho robusto y hermoso, que vestía el traje de los escolares, y que, sin ninguna timidez, corrió hacia su padre.

Sergio saludó á su tío como á una persona extraña, y al reconocerle después, volvióse y presentó sus notas á Karenine.

—Está bien—dijo éste,—puedes ir á jugar.

—Ha crecido, pero está más flaco y ya no tiene su expresión infantil—observó Arcadievitch sonriendo.—¿Te acuerdas de mí?—añadió dirigiéndose al chico.

—Sí, tío—contestó Sergio, saliendo de la habitación apresuradamente.

Hacía ya un año que Sergio había visto por última vez á su madre; poco á poco dejó de pensar en ella, y á esto contribuyó mucho su reunión con muchachos de la misma edad; si alguna vez evocaba este recuerdo, rechazábale como indigno de un hombre, y al observar que nadie le hablaba de su madre, dedujo que se había indispuesto con su padre, y que debía acostumbrarse á la idea de permanecer con éste. Sin embargo, al ver á su tío se turbó, y temiendo recaer en una sensibilidad que tenía motivos para temer, prefirió no acordarse del pasado. Arcadievitch le encontró jugando en la escalera, al salir del despacho de Karenine, y el niño se mostró más comunicativo entonces; contestó con alegría á varias preguntas sobre sus lecciones, sus juegos y sus amiguitos; y Estéfano, admirando su expresiva mirada, tan semejante á la de Ana, no pudo menos de preguntarle:

—¿Te acuerdas de tu madre?

—No—contestó el niño sonrojándose; y su tío no consiguió hacerle hablar más.

Cuando el preceptor encontró á Sergio en la escalera, media hora después, no pudo reconocer si lloraba ó estaba enojado.

—¿Te has hecho daño?—le preguntó.

—Si me hubiera hecho daño, nadie lo notaría—contestó el niño.

—¿Pues qué tienes?

—Nada; déjeme usted. ¿Por qué no me dejan en paz? ¿Qué puede importarle á nadie que yo me acuerde ú olvide?

Y el niño parecía desafiar al mundo entero.

XX

Estéfano Arcadievitch no consagró exclusivamente su estancia en San Petersburgo á evacuar sus diligencias; iba, según él solía decir, á «remozarse», pues Moscou, á pesar de sus cafés cantantes y de sus tran-vías, no dejaba de ser una especie de pantano, en el cual todos se encenagaban moralmente. El resultado forzoso de una permanencia demasiado continua en aquellas aguas estancadas era debilitarse de cuerpo y espíritu; hasta el mismo Oblonsky tenía allí un carácter más adusto, disputaba con su esposa, preocupábase de su salud y de la educación de los niños, así como de los menores detalles del servicio, y hasta inquietábase por sus deudas.

Apenas ponía los pies en San Petersburgo, tomaba gusto á la vida, olvidando sus enojos. ¡Entendíase allí de una manera tan diferente la existencia y los deberes para con la familia! El príncipe Tchetchensky le había contado, con la mayor naturalidad del mundo que, teniendo dos mujeres, le parecía muy ventajoso introducir á su hijo legítimo en su familia de corazón, á fin de no reconocerle derechos. ¿Se hubiera comprendido esto en Moscou? En San Petersburgo no se apuraban por los niños como lo hacía Lvof; iban á la escuela ó al colegio, y no se invertían los papeles al concederles un lugar

indebido en la familia. ¡En qué condiciones tan diferentes se prestaba allí también el servicio del Estado! Era fácil crearse relaciones, buscar protección y hacer carrera.

Arcadievitch había encontrado á uno de sus amigos, Bortniansky, cuya posición era cada vez más brillante, y á quien habló de la plaza que solicitaba.

—¡Vaya una ocurrencia que has tenido en apelar á esa gente!—le contestó—esos negocios son siempre feos.

—Necesito dinero, y es necesario buscar con qué vivir.

—¿Pues no vives?

—Sí, pero con deudas.

—¿Tienes muchas?—preguntó Bortniansky con expresión de simpatía.

—¡Oh! sí. ¡Veinte mil rublos!

Bortniansky soltó la carcajada.

—¡Feliz mortal!—exclamó—yo tengo millón y medio de deudas, y no poseo ni un cuarto, lo cual no me impide vivir, como puedes ver.

Este ejemplo se confirmaba con otros muchos.

¡Y cómo se rejuvenecían todos en San Petersburgo! Arcadievitch experimentaba el mismo sentimiento que su tío, el príncipe Pedro, en el extranjero.

«No sabemos vivir aquí—decía aquel joven de sesenta años;—en Baden me siento renacer, me divierto en la comida, las mujeres me interesan y estoy fuerte y vigoroso. Cuando vuelvo á Rusia y me encuentro con mi esposa, soy hombre al agua, y ya no me quito nunca la bata. ¡Adiós las bellas, ya soy viejo y debo pensar en mi salvación! Para rehacerme, debo volver á París.»

Al día siguiente de su entrevista con Karenine, Arcadievitch fué á ver á Betsy Tverskoï, con la que mantenía relaciones bastante extrañas. Había tomado la costumbre de hacerle el amor riendo y de dirigirla frases bastante ligeras; pero aquel día, bajo la influencia del aire de San Petersburgo, condújose tan libremente, que se alegró cuando la princesa Miagkaïa interrumpió la conversación, que comenzaba á molestarle y no era del agrado de Betsy.

—¡Ah! al fin se deja usted ver—exclamó la robusta princesa al entrar.—¿Qué hace su pobre hermana? Desde que algunas mujeres que son cien veces peores que ella le arrojan la

piedra, yo la absuelvo completamente. ¿Por qué no me anunció Wronsky su paso por San Petersburgo? Yo hubiera acom-



pañado á Ana á todas partes. Ofrézcala mis afectos y hábleme usted de ella.

—Su posición es muy penosa...—comenzó á decir Arcadievitch; pero la princesa, prosiguiendo su idea, le interrumpió.

—Ha hecho tanto mejor—dijo—cuanto que era para dejar plantado á ese imbécil—dispense usted la expresión—á su señor cuñado, á quien se quiere hacer pasar por un águila. Yo he protestado siempre, y desde que se ha puesto en relaciones con la condesa Lidia se me da la razón; pero me enoja opinar como todo el mundo.

—Tal vez me explicará usted un enigma: ayer, cuando hablábamos del divorcio, mi cuñado me dijo que no podía darme contestación sin reflexionar antes, y esta mañana he recibido una invitación de Lidia para ir á su casa esta noche.

—Eso es—exclamó la princesa;—consultarán con Landau.

—¿Quién es Landau?

—¡Cómo! ¿No lo sabe usted? Es el famoso Julio Landau, el *sonámbulo*. ¡He aquí lo que se gana viviendo en provincia! Landau era un dependiente de comercio en París; cierto día fué á casa de un médico, se durmió en la sala de consultas, y durante su sueño dió sabios consejos á los presentes. La esposa de Youri Milidinsky le llamó con motivo de tener á su marido enfermo; pero á mí me parece que no le ha hecho ningún bien, porque el paciente sigue tan enfermo como antes, lo cual no impide que ambos cónyuges estén prendados de Landau, pues le llevan por todas partes, y al fin le han traído á Rusia. Como era natural, le han acosado inmediatamente, y ahora trata con todo el mundo, tanto más cuanto que, habiendo curado á la princesa Bessoubof, ésta le adoptó por agradecimiento.

—¿Cómo se entiende?

—He dicho que le *adoptó*, pues ya no se llama Landau, sino conde Bessoubof. Lidia, á quien aprecio, dicho sea de paso, aunque tenga la cabeza trastornada, ha sabido atraerse á Landau, y ni ella ni Karenine hacen cosa alguna sin consultarle antes. La suerte de Ana está, pues, en manos de Landau, conde de Bessoubof.

XXI

Después de tomar parte en una excelente comida en casa de Bortniansky, seguida de algunas copas de coñac, Arcadievitch fué á casa de la condesa Lidia un poco después de la hora prefijada.

—¿Tiene visitas la condesa?—preguntó al criado al ver el bien conocido paletó de Karenine junto á un singular abrigo con broches.

—Ahí están el señor de Karenine y el conde Bessoubof—contestó el criado.

«La princesa Miagkaïa tenía razón—pensó Oblonsky al subir la escalera;—es preciso conservar la amistad de esa mujer, pues tiene mucha influencia y podría decir dos palabras á Pomorsky.

Aún no había llegado la noche, pero ya estaban corridas las persianas en el saloncito de la condesa Lidia, y esta última, sentada ante una mesita junto á la lámpara, conversaba con Karenine; mientras que un hombre pálido y flaco, de piernas raquíticas, aspecto afeminado, con el cabello muy largo y hermosos ojos, vivos y brillantes, permanecía en la extremidad de la habitación examinando los cuadros. Oblonsky, después de saludar á la dueña de la casa, volvióse involuntariamente para examinar aquel singular personaje.

—Señor Landau—dijo la condesa con una dulzura que llamó la atención de Arcadievitch.

Landau se acercó al punto, apoyó su mano húmeda en la de Oblonsky, después de ser presentado por la condesa, y volvió á examinar los retratos: Lidia y Karenine cambiaron una mirada.

—Me alegro mucho verle á usted hoy—dijo la condesa á Oblonsky señalándole una silla.—Ya observará—añadió á media voz—que le he presentado á ese caballero bajo el nombre de Landau; pero debo advertirle que se llama conde Bessoubof, título que por cierto no le agrada.

—Me han dicho que había curado á la princesa Bessoubof.

—Sí; hoy ha venido á verme—repuso la condesa dirigién-

dose á Karenine—y me ha inspirado lástima; esta separación es para ella un golpe terrible.

—¿Es cosa resuelta la marcha?

—Sí, va á París, porque ha oído una voz—dijo Lidia mirando á Oblonsky.

—¡Una voz!—repitió Arcadievitch, comprendiendo que era preciso tener la mayor prudencia en una sociedad donde se producían tan extraños incidentes.

—Le conozco á usted hace mucho tiempo — continuó la condesa después de una pausa.—Los amigos de nuestros amigos lo son también nuestros; mas para ser verdaderamente amigo, es preciso darse cuenta de lo que pasa en el alma de aquellos á quienes se ama, y yo temo que en este punto no se avenga usted con Karenine. ¿Comprende usted lo que quiero decir?—preguntó fijando en Arcadievitch la mirada de sus hermosos ojos.

—Comprendo en parte que la posición de Alexandrovitch... —contestó Oblonsky que no comprendía una palabra y deseaba mantenerse en las generalidades.

—¡Oh! no hablo de los cambios exteriores—dijo gravemente la condesa dirigiendo una tierna mirada á Karenine que se había levantado para ir á reunirse con Landau;—el alma es la que ha cambiado, y temo que no haya usted reflexionado suficientemente sobre el alcance de esta transformación.

—Siempre hemos sido amigos, y puedo figurarme ahora en términos generales...—dijo Oblonsky contestando á la mirada profunda de la condesa con otra muy cariñosa, sin dejar de reflexionar sobre cuál de los dos ministros podría servirle más eficazmente.

—Esa transformación no podría oponerse á su amor al prójimo; lejos de ello, la eleva y la purifica, pero temo que usted no me comprenda.

—No del todo, condesa; su desgracia...

—Sí, su desgracia ha llegado á ser la causa de su dicha, puesto que su corazón se ha despertado para Él—repuso la condesa tratando de penetrar con su mirada en el alma de su interlocutor.

«Creo que podría rogarla que hablase con los dos»—pensó Oblonsky.

—Ciertamente, condesa—repuso;—pero estas son cuestiones íntimas que nadie osa abordar.

—Al contrario; debemos ayudarnos unos á otros.

—Sin duda alguna; mas las diferencias de convicción—replicó Oblonsky con una sonrisa melosa—y por otra parte...

—Creo que va á dormir—dijo Alexandrovitch acercándose á la condesa para hablarle en voz baja.

Arcadievitch se volvió: Landau estaba sentado cerca de la ventana, con el brazo apoyado en un sillón y la cabeza inclinada; al ver que todos le miraban, levantóla y sonrió con expresión infantil.

—No haga usted caso—dijo la condesa adelantando una silla para Karenine;—he observado que los moscovitas, sobre todo los hombres, eran muy indiferentes en materia de religión.

—Yo hubiera creído lo contrario, condesa—replicó Oblonsky.

—Aun usted misma—dijo Alexandrovitch con su sonrisa de expresión fatigada—me parece pertenecer á la categoría de los indiferentes.

—¿Es posible serlo?—exclamó Lidia.

—Yo me limito más bien á esperar—repuso Arcadievitch con su más amable sonrisa;—mi hora no ha llegado aún.

Karenine y la condesa se miraron.

—No podemos conocer nunca cuál es nuestra hora, ni creernos tampoco preparados cuando llega—dijo Alexandrovitch;—la gracia no toca siempre al más digno: tenemos la prueba en Saúl.

—Todavía no—murmuró la condesa siguiendo con la vista los movimientos del francés que se había acercado.

—¿Me permiten ustedes escuchar?—preguntó Landau.

—Ciertamente; puede tomar asiento—dijo la condesa con acento de ternura.

—Lo esencial es no cerrar los ojos á la luz—continuó Alexandrovitch.

—¡Qué felicidad se experimenta al sentir *su* presencia constante en nuestra alma!

—Desgraciadamente, se puede ser incapaz de elevarse á semejante estado—dijo Arcadievitch, convencido de que las alturas religiosas no eran su fuerte, pero temiendo indisponerse con una persona que podía hablar á Pomorsky.

—¿Quiere usted decir que el pecado nos lo impide? Semejante idea es falsa; el pecado no existe para aquel que cree.

—Sí, pero ¿no es letra muerta la fe sin las obras?—preguntó Arcadievitch recordando esta frase de su catecismo.

—¡He aquí el famoso pasaje de la epístola de Santiago que tanto daño ha hecho!—exclamó Karenine mirando á la condesa como para recordarle frecuentes discusiones sobre este punto. ¡Cuántas almas no habrá alejado de la fe!

—Nuestros monjes son los que pretenden salvarse por las obras, los ayunos, las abstinencias, etcétera—dijo la condesa con expresión de soberano desprecio.

—Cristo nos salva por la fe al morir por nosotros—repuso Karenine.

—¿Comprende usted el inglés?—preguntó Lidia levantándose para ir á coger un folleto al ver que se le contestaba afirmativamente.

—Voy á leer á ustedes este folleto, titulado: «Salvación y felicidad.» Es muy corto—añadió sentándose de nuevo;—pero ya verán cómo es la felicidad sobrehumana que llena el alma creyente; no conociendo la soledad, el hombre no es ya desgraciado. ¿Han oído ustedes hablar de María Sanine y de su desgracia? ¡Perdió á su hijo único! Y después de encontrar su senda, su desesperación se trocó en consuelo, y dió gracias á Dios por la muerte de su hijo. ¡Tal es la felicidad que resulta de la fe!

—¡Oh! sí—murmuró Arcadievitch, muy satisfecho de poder callarse durante la lectura y no comprometer así sus asuntos. «Mejor será no pedir hoy nada»—pensó.

—Esto le aburrirá á usted—dijo la condesa á Landau;—puesto que no sabe el inglés.

—¡Oh! también lo comprenderé—contestó éste con una sonrisa.

Alexandrovitch y la condesa se miraron, y dióse principio á la lectura.

XXII

Arcadievitch estaba muy perplejo; después de la monótona vida moscovita, la de San Petersburgo presentaba contrastes

tan vivos, que casi le aturdían; gustábale la variedad, pero hubiérala preferido más conforme con sus costumbres; parecíale haberse extraviado en aquella atmósfera del todo extraña; y mientras escuchaba la lectura, y al ver que Landau fijaba en él la vista obstinadamente, experimentó cierta pesadez en la cabeza. Los más diversos pensamientos cruzaban por su mente bajo la mirada del francés, que le pareció á la vez cándido y astuto. «María Sanine es feliz por haber perdido á su hijo... ¡Ah! si pudiese fumar!... Para salvarse, basta creer... Los monjes no entienden esto, pero la condesa lo sabe bien... ¿Por qué duele la cabeza? ¿Será por efecto del coñac, ó por la extrañeza de esta reunión? Yo no he hecho nada incongruente hasta aquí; pero no me atreveré á pedir cosa alguna hoy. Preténdese que la condesa obliga á recitar oraciones, mas esto sería demasiado ridículo. ¡Qué tonterías está leyendo? Pero tiene un acento excelente. ¿Por qué llamarán á este francés Landau Bessoubof?» Al llegar aquí, y como sintiese en la mandíbula un movimiento que iba á convertirse en bostezo, disimuló este incidente arreglando sus patillas, y entonces acometióle el temor de dormirse y tal vez de roncar. De pronto oyó á la condesa decir «ya duerme», y estremecióse como un culpable; mas estas palabras se referían por fortuna á Landau, que dormía profundamente, lo cual regocijó mucho á la condesa.

—Amigo mío—dijo, llamando así á Karenine en el entusiasmo del momento—déle usted la mano... ¡chist! no haga usted ruido—dijo á un criado que entraba por tercera vez en la sala con un mensaje.

Landau dormía, ó fingía dormir, con la cabeza apoyada en el respaldo de su sillón, y haciendo ligeros ademanes, con una mano puesta sobre las rodillas, cual si hubiera querido coger alguna cosa. Alexandrovitch puso su mano en la del durmiente; mientras que Oblonsky, completamente despierto, miraba sucesivamente á uno y otro, pareciéndole que sus ideas se embrollaban cada vez más.

—Que salga la persona que ha llegado la última, la que pide alguna cosa...—murmuró el francés sin abrir los ojos.

—Suplico me dispense, pero ya lo oye usted—dijo la condesa;—puede volver á las diez, ó mejor aún mañana.

—¡Que salga!—repitió el francés con impaciencia.

—¿Lo dice por mí, no es cierto?—preguntó Oblonsky, aburrido ya, y como se le contestara con una señal afirmativa, salió presuroso de la estancia y bajó corriendo á la calle cual si huyese de una casa apestada. Para recobrar su equilibrio mental, habló y bromeó con un cochero, hízose conducir al teatro francés, y terminó la noche en el restaurant bebiendo champaña; mas á pesar de sus esfuerzos, el recuerdo de aquella reunión le oprimía.

Al volver á casa de su tío Oblonsky, donde se había alojado, encontró un billete de Betsy, invitándole á ir á continuar la conversación interrumpida por la mañana, lo cual le hizo torcer el gesto. Un ruido de pasos en la escalera le llamó la atención, y al salir de su cuarto para ver qué ocurría, vió á su tío tan rejuvenecido por su viaje al extranjero, que le llevaban completamente ebrio.

Contra su costumbre, Oblonsky no durmió fácilmente; lo que había visto y oído durante el día le perturbaba; pero la reunión de la condesa excedía á todo lo demás en extravagancia.

Al día siguiente recibió de Karenine una negativa categórica respecto al divorcio, y comprendió que esta decisión era obra del francés y de las palabras que había pronunciado durante su sueño, verdadero ó fingido.

XXIII

Nada complica tanto los detalles de la vida como la falta de acuerdo entre esposos; á veces se ven familias que sufren por esto enojosas consecuencias, hasta el punto de permanecer largos años en un lugar desagradable é incómodo, á causa de las dificultades que podría suscitar la más ligera resolución que deba tomarse.

Wronsky y Ana se hallaban en este caso: los árboles de los bulevares habían tenido tiempo de cubrirse de hojas, y éstas de convertirse en polvo, sin que hubieran pensado salir de Moscou, aunque la residencia en este punto les era odiosa. Sin embargo, no existía entre ellos ninguna causa grave de mala inteligencia, fuera de esa irritación latente que impulsa-

ba á Ana á pedir de continuo una explicación, mientras que Wronsky oponía una reserva glacial. La acritud iba en aumento diariamente: Ana consideraba el amor como objeto único de la vida de su amante, á quien no comprendía sino bajo este punto de vista; pero aquella necesidad de amar inherente á la naturaleza del conde, debía concentrarse sólo en ella; de no ser así, suponíale infiel, y en la ceguedad producida por los celos, atribuía la culpa á todas las mujeres. Tan pronto temía las relaciones ordinarias accesibles á Wronsky en su calidad de célibe, como desconfiaba de las damas del mundo, y particularmente de toda joven, con quien su amante podría unirse en caso de rompimiento. Este temor se había despertado en su espíritu por una confidencia imprudente del conde, que vituperó, cierto día de abandono, la falta de tacto de su madre al proponerle que se casara con la joven princesa Sarokine. Los celos condujeron á Ana á multiplicar las quejas contra aquel á quien adoraba en el fondo: hízole responsable de su prolongada permanencia en Moscou, de la incertidumbre en que vivía, y sobre todo de la dolorosa separación de su hijo. Wronsky, por su parte, descontento de la falsa posición en que Ana se había empeñado en mantenerse, acusábala de haber agravado más las dificultades de todas maneras. Si sobrevenía algún momento de ternura, ya muy raro, Ana no se calmaba, y sólo veía en el conde la confirmación ofensiva de su derecho.

El día comenzaba á declinar y Wronsky asistía á una comida de jóvenes; mientras que Ana se había refugiado en su despacho para esperarle, porque allí la molestaba menos el ruido de la calle.

Andaba de un lado á otro de la habitación, repasando en su memoria el asunto de la última disputa, y extrañando ella misma que una causa tan frívola hubiera producido una escena tan penosa. Al tratarse de la protegida de Ana, Wronsky había ridiculizado los gimnasios de mujeres, pretendiendo después que las ciencias naturales serían de poca utilidad para aquella niña. Ana había aplicado al punto esta crítica á sus propias ocupaciones, y á fin de picar á Wronsky, á su vez, le contestó:

—«No contaba seguramente con su simpatía, pero creíame con derecho para esperar algo mejor de su delicadeza.»

El conde se había sonrojado, permitiéndose algunas palabras para zaherir más á su amante:

«Confesaré que no me explico tanta afición á esa niña; á mí me desagrada, y no veo en todo esto más que una afectación.»

Estas palabras, duras é injustas, atacaban á los laboriosos esfuerzos de Ana para ocuparse en alguna cosa y poder soportar mejor su posición.

«Es una lástima—replicó Ana, saliendo de la habitación, que los sentimientos groseros y materiales sean los únicos accesibles para usted.»

Esta discusión no se continuó, pero ambos comprendieron que no la olvidarían. Sin embargo, un día entero pasado en la soledad hizo reflexionar á Ana, que no pudiendo resistir la frialdad de su amante, resolvió acusarse á sí propia á fin de conseguir á toda costa una reconciliación.

«Mis absurdos celos—se dijo—me hacen irritable; obtenido mi perdón, nos iremos al campo, y allí me calmaré. Bien conozco que al acusarme de afectar ternura con una extraña, me censura de no amar á mi hija; pero ¿qué sabe él del amor que un niño puede inspirar? ¿Piensa por ventura lo que vale el sacrificio que por él hice al renunciar á Sergio? Si trata de ofenderme es porque ya no me ama, y prefiere otra...» Pero deteniéndose en esta pendiente fatal, esforzóse para salir del círculo de ideas que la enloquecían, y dió orden de subir los cofres, á fin de comenzar los preparativos de marcha. Wronsky volvió á las diez.

XXIV

—¿Cómo ha ido en la comida?—preguntó Ana, saliendo al encuentro del conde con aire conciliador.

—Poco más ó menos como siempre—contestó Wronsky, observando al punto aquella favorable disposición de espíritu.—¡Hola, ya empaquetan!—exclamó al ver los cofres.—Me parece bien.

—Sí—contestó Ana—más vale marcharnos; el paseo de esta mañana me ha hecho desear el campo otra vez; y por otra parte, nada tenemos que hacer aquí.

—No deseo otra cosa; haz servir el té, mientras voy á mudarme; al instante vuelvo.

La aprobación relativa á la marcha se había dado con un tono de superioridad ofensivo; hubiérase dicho que el conde hablaba á una niña mimada á quien dispensase sus caprichos; y al pensar esto, despertóse otra vez en el corazón de Ana la necesidad de luchar. ¿Por qué se humillaría ante aquella arrogancia? Contúvose, sin embargo, y cuando Wronsky volvió, refirióle con calma los incidentes del día y sus planes de viaje.

—Creo que es una inspiración—dijo;—al menos pondré término á esta eterna ansiedad; quiero mirar con indiferencia la cuestión del divorcio. ¿No eres de mi parecer?

—Ciertamente—contestó Wronsky, observando con inquietud la emoción de Ana.

—Cuéntame á tu vez—dijo ésta—lo que ha pasado en vuestra comida.

—Ha sido muy buena—repuso el conde, citando los nombres de los convidados;—después hemos ido á ver las regatas; y como siempre se halla en Moscou medio de ponerse en ridículo, nos han enseñado á la profesora de natación de la reina de Suecia.

—¡Cómo! ¿Y ha nadado delante de vosotros?—preguntó Ana, cuya frente se oscureció de pronto.

—Sí, y con un espantoso traje rojo; estaba horrible. ¿Qué día nos vamos?

—¿Se podrá imaginar cosa más estúpida? ¿Hay algo de especial en su manera de nadar?

—Nada de eso; era verdaderamente absurdo. ¿Has fijado ya el día de la marcha? ¿Cuándo será?

Ana movió la cabeza como para desechar una idea tenaz.

—Cuanto antes mejor; temo no estar dispuesta para mañana, pero sí para el día siguiente.

—Pasado mañana es domingo, y deberé ir á ver á mi madre.

Wronsky se turbó involuntariamente al observar la mirada recelosa de Ana fija en él, y esta turbación aumentó la desconfianza de aquélla. Olvidando á la profesora de natación de la reina de Suecia, Ana no se preocupó ya más que de la princesa Sarokine, que habitaba en los alrededores de Moscou con la anciana condesa.

—¿No puedes ir mañana?—preguntó.

—Es imposible, pues debo exigir á mi madre que firme una procuración, y recoger el dinero que debe darme.

—Pues entonces no nos marcharemos.

—¿Por qué?

—El domingo ó nunca.

—¡Pero esto no tiene sentido común!—exclamó Wronsky con asombro.

—Para ti, porque sólo piensas en tus cosas, y no quieres comprender lo que sufro en esta casa. Juana era la única persona que me inspiraba interés; y has hallado medio de acusarme de hipocresía respecto á ella, diciéndome que afecto sentimientos que no tienen nada de natural. Quisiera saber lo que puede ser natural en mi género de vida.

Ana se atemorizó de su violencia, y no tenía, sin embargo, suficiente dominio sobre sí para resistir á la tentación de echarle en cara sus errores.

—Tú no me has entendido—replicó Wronsky;—he querido decir que esa repentina ternura no me agradaba.

—No es cierto; y para aquel que se precia de su rectitud...

—No tengo costumbre de preciarme ni de mentir—repuso Wronsky, reprimiendo la cólera que rugía ya en su interior; —y siento mucho que no respetes...

—El respeto se ha inventado para disimular la falta de amor; y de consiguiente, si no me amas ya, sería más leal que me lo confesases.

—¡Vamos, esto es intolerable!—gritó casi el conde, acercándose á Ana bruscamente;—mi paciencia tiene límites, y no veo por qué has de ponerla á prueba—añadió, conteniendo las amargas palabras que estaba á punto de pronunciar.

—¿Qué quieres decir con eso?—preguntó Ana al observar la mirada de odio de su amante.

—Yo soy quien preguntaría qué pretende usted de mí.

—¿Qué puedo yo pretender sino que no se me abandone, como tiene usted intención de hacerlo? Por lo demás, la cuestión es secundaria: quiero ser amada, y si usted no me ama ya, hemos concluído.

Así diciendo, se dirigió hacia la puerta.

—Espera—dijo Wronsky, reteniéndola por el brazo.—¿De

qué se trata entre nosotros? Yo pido sólo que no nos marchemos hasta de aquí á tres días, y tú contestas que miento y que soy un mal hombre.

—Sí, y lo repito; un hombre que me echa en cara los sacrificios que hizo por mí (era una alusión á pasadas quejas), es más que malo, es un hombre sin corazón.

—Decididamente se me acaba la paciencia—dijo Wronsky.

Y la dejó salir.

Ana entró en su habitación con paso vacilante, y dejóse caer en una silla.

«Me odia—murmuró—es positivo; y ama á otra; esto es más evidente; todo ha concluído, es preciso huir; pero ¿cómo?»

Los pensamientos más contradictorios cruzaron por su mente. ¿Dónde ir? ¿Á casa de su tía, que la había educado? ¿Á casa de Dolly, ó simplemente al extranjero? ¿Sería definitivo este rompimiento? ¿Qué hacía Wronsky en su gabinete? ¿Qué dirían Alexandrovitch y la sociedad de San Petersburgo? De pronto germinó en su mente una idea que no podía formular; recordó unas palabras que había dicho á su esposo después de su enfermedad: «¡Por qué no habré muerto!» Y al punto estas palabras despertaron el sentimiento que en otra época expresaran. «¡Morir, sí; es el único medio de verme libre de todo; mi vergüenza, la deshonra de Karenine y de Sergio; todo se borra con mi muerte; entonces me llorará, se acordará de mí y me amará!» Una sonrisa de enternecimiento entreabrió sus labios; mientras retiraba maquinalmente las sortijas de sus dedos.

—Ana—dijo á su lado una voz, que oyó sin volver la cabeza;—estoy dispuesto á todo; marchemos pasado mañana.

Wronsky había entrado muy despacio, y hablábale afectuosamente.

—¿Qué contestas?—añadió.

—Haz como quieras—contestó Ana.

Y no pudiendo reprimir sus lágrimas, comenzó á llorar.

—¡Abandóname!—murmuró en medio de sus sollozos;—me iré, y aún haré más! ¿Qué soy yo? Una mujer perdida, una carga para ti. No quiero atormentarte más. Tú amas á otra, y yo te dejaré libre.

Wronsky la suplicó que se calmase, jurando que no ha-

—¿Por qué? ¿qué necesidad tienes del divorcio si el amor existe?

«¡Siempre el amor!» pensó Wronsky, haciendo una mueca.

—Ya sabes—contestó—que si lo deseo es por tu causa y por los niños.

—Ya no habrá más niños.

—Tanto peor; y lo siento.

—No piensas más que en los niños y no en mí—replicó Ana, olvidando que su amante acababa de decir «por tu causa y por los niños», y descontenta por aquel deseo de tener familia que parecía demostrar indiferencia por su hermosura.

—Al contrario—repuso el conde;—pienso en ti, porque estoy persuadido de que tu irritabilidad consiste principalmente en lo falso de tu posición.

—No comprendo que mi situación pueda ser causa de mi irritabilidad—dijo Ana, pareciéndole ver que un juez terrible la condenaba por los ojos de Wronsky;—esta situación parece muy clara, puesto que me hallo completamente en tu poder.

—Sí; pero desconfías de mi libertad.

—¡Oh! en cuanto á eso, puedes estar tranquilo—contestó Ana llenándose la taza de café y observando, por los ademanes del conde y su manera de comer, hasta qué punto se le irritaban los nervios.—No me preocupan mucho los proyectos de matrimonio de tu madre.

—No hablemos de ella.

—Sí tal, y puedes creer que una mujer sin corazón, bien sea joven ó vieja, me interesa muy poco.

—Ana, te ruego que respetes á mi madre.

—Una mujer que no comprende en qué consiste el honor para su hijo, no tiene corazón.

—Te vuelvo á rogar que no hables de mi madre de una manera tan irrespetuosa—repitió el conde levantando la voz y fijando en su amante una mirada severa.

Ana la sostuvo sin contestar; y recordando las caricias de la víspera pensó: «¡Qué caricias tan triviales!»

—Tú no amas á tu madre—dijo en alta voz;—esas son frases y siempre frases.

—En tal caso, es preciso...

—Es preciso adoptar una resolución; y en cuanto á mí, ya sé lo que me resta hacer—replicó Ana disponiéndose á salir

de la habitación; pero en el mismo instante abrióse la puerta para dar paso á Yavshine.

Ana se detuvo al punto y dióle los buenos días. ¿Por qué disimulaba así ante un extranjero que más pronto ó más tarde debía saberlo todo? Ni ella misma hubiera podido explicarlo; pero el caso es que volvió á sentarse y preguntó tranquilamente:

—¿Le han pagado á usted su dinero? (Sabía que Yavshine acababa de ganar una considerable suma al juego).

—Lo recibiré probablemente hoy—contestó el gigante, observando que había llegado en momento poco oportuno.—¿Cuándo se van ustedes?

—Creo que pasado mañana—dijo Wronsky.

—¿No se compadece usted nunca de sus desgraciados adversarios?—preguntó Ana dirigiéndose siempre al jugador.

—Es una cosa en que nunca he pensado, Ana Arcadievna; toda mi fortuna está aquí—añadió, enseñando su bolsillo;—rico ahora, puedo ser pobre al salir esta noche del club. El que juega conmigo, me ganaría de buena gana hasta la camisa, y esta lucha es la que constituye el placer.

—Pero, y si fuera usted casado ¿qué diría su esposa?

—Por lo mismo no pienso casarme—contestó Yavshine riendo de la mejor gana.

—¿Y no se ha enamorado usted nunca?

—¡Santo cielo, no pocas veces! Pero siempre hallé medio de no faltar á mi partida de juego.

En aquel instante entró un aficionado á caballos, que iba á tratar de un negocio con el conde, y Ana salió del comedor.

Antes de marcharse, Wronsky entró en la habitación de su amante y aparentó buscar alguna cosa en la mesa; Ana hizo como si no le viera, pero avergonzada de este disimulo, preguntóle en francés qué buscaba.

—El certificado de origen del caballo que acabo de vender—contestó Wronsky con un tono que significaba más claramente que con palabras: «no tengo tiempo de entrar en explicaciones que no conducirían á nada.» «No soy culpable—pensó;—tanto peor para ella si quiere castigarme.» Sin embargo, al salir de la habitación parecióle que le llamaba.

—¿Qué quieres, Ana?—preguntó.

—Nada—contestó ésta fríamente.

«Tanto peor»—pensó Wronsky.

Y al pasar por delante de un espejo vió reflejado en él un semblante tan alterado, que tuvo intención de retroceder para consolar á su amante, pero ya estaba lejos.

El conde pasó todo el día fuera de casa, y cuando volvió, la doncella le dijo que Ana Arcadievna tenía jaqueca y deseaba no se la molestase.

XXVI

Jamás había transcurrido hasta entonces un solo día sin efectuarse la reconciliación; pero esta vez su disputa se asemejaba á un rompimiento. Para que Wronsky se alejase como lo había hecho, á pesar de la desesperación en que la dejaba, era preciso que la aborreciese por estar enamorado de otra. Las crueles palabras del conde acudían á la memoria de Ana, y al reflexionar sobre ellas atribuía á su amante expresiones de que era incapaz; parecíale que Wronsky quería decir:

«Yo no la retengo á usted, y puede marcharse cuando guste; si no tiene empeño en el divorcio, es porque piensa volver con su esposo; y si necesita dinero, puede indicar la suma.

«Aun ayer jurábame que á nadie amaba más que á mí... Es un hombre honrado y sincero. ¿No me he desesperado ya muchas veces?»

Excepto una visita de dos horas que Ana hizo á la familia de su protegida, todo el día lo pasó en alternativas de dudas y esperanza: Cansada de aguardar toda la tarde, acabó por volver á su habitación, recomendando á Annouchka dijese que estaba indispuesta cuando preguntaran por ella. «Si viene, á pesar de todo—pensó—es que aún me ama; de lo contrario, esto habrá concluído y ya sé lo que me resta hacer.»

En aquel momento oyó el ruido de un coche, el sonido de la campanilla cuando el conde entró, y el coloquio de éste con la doncella; después sus pasos se alejaron, en dirección á su gabinete, y Ana comprendió que todo había terminado. La muerte le pareció entonces el único medio de castigar á Wronsky, de triunfar de él y reconquistar su amor; la mar-



cha ó el divorcio no tenían importancia; lo esencial era el castigo.

Ana cogió su frasquito de opio y echó en el vaso la dosis acostumbrada. ¡Qué fácil le hubiera sido acabar de una vez bebiendo el todo! Echada, con los ojos abiertos, seguía en el techo la sombra de la bujía que acababa de consumirse en su candelero, y cuya vacilante luz confundíase por momentos con la sombra del biombo que dividía la habitación.

¿Qué pensaría el conde cuando ella hubiese desaparecido? ¡Cuántos remordimientos no experimentaría! «¿Cómo he podido hablarle con tanta dureza — se dirá — separarme de ella sin dirigirle una palabra de cariño? ¡Ahora ya no existe, y nos ha abandonado para siempre!» De repente la sombra del biombo pareció vacilar y llegar al techo, y todas las demás confundiéronse en una oscuridad completa. «¡La muerte!» pensó con espanto; y fué tan profundo el terror que se apoderó de ella, que buscando los fósforos con temblorosa mano, permaneció inmóvil algún tiempo, tratando de coordinar sus ideas sin saber dónde se hallaba. Y cuando comprendió que aún vivía, copiosas lágrimas bañaron su rostro. «¡No, no, todo antes que la muerte! ¡Le amo y él me ama también; estos malos días pasarán!» Y para huir de sus terrores, cogió la bujía y fué á refugiarse en el gabinete de Wronsky.

El conde dormía tranquilamente, y Ana le contempló largo rato, llorando en fuerza de su enternecimiento; pero guardóse muy bien de despertarle, por temor de que fijase en ella su mirada glacial, y porque no hubiera podido resistir á la necesidad de justificarse y acusarle. Volvió á su habitación, tomó doble dosis de opio, y al fin quedó dormida, pero con un sueño pesado que no borró el recuerdo de sus padecimientos. Por la mañana tuvo una pesadilla espantosa: así como en otro tiempo, parecíale ver un hombre de aspecto repugnante, que pronunciaba palabras ininteligibles, removiendo alguna cosa, la cual le inspiró tanto más terror cuanto que aquel extraño individuo la agitaba sobre su cabeza (la de Ana) sin advertir al parecer su presencia: un sudor frío inundó su frente.

Al despertar, acudiéronle á la memoria los incidentes de la víspera.

«¿Qué ha ocurrido para despertarme así? — pensó; — una

disputa; no es la primera. He mandado á decir que tenía jaqueca y no habrá querido molestarme; á esto se reduce todo. Mañana marcharemos; es preciso verle, hablarle y apresurar la partida.»

Apenas levantada, dirigióse al gabinete de Wronsky; pero al cruzar por la sala, el ruido de un coche que se detenía á la puerta llamó su atención é indújola á mirar por la ventana. Era un cupé; una joven con sombrero claro, inclinada sobre la portezuela, daba órdenes á un lacayo; este último llamó á la puerta y habló en el vestíbulo; después subió alguno, y Ana oyó á Wronsky bajar la escalera corriendo; vióle salir con la cabeza descubierta hasta el zaguán, acercarse en seguida al coche, tomar un paquete de manos de la joven y hablarla sonriendo. El coche se alejó, y Wronsky subió rápidamente.

Esta breve escena disipó de pronto la especie de entorpecimiento que parecía embargar el alma de Ana, y las impresiones de la víspera laceraron su corazón más dolorosamente que nunca. ¿Cómo había podido rebajarse hasta el punto de permanecer un día más bajo el techo de aquella casa?

Entró en el gabinete del conde para declararle la resolución que había tomado.

—La princesa Sarokine y su hija me han traído el dinero y los papeles de mi madre, que no pudieron darme ayer—dijo Wronsky tranquilamente, sin observar al parecer la expresión sombría y trágica del semblante de Ana. —¿Cómo te sientes hoy?

De pie, en medio de la habitación, Ana le miró fijamente, mientras él seguía leyendo su carta, con el ceño fruncido después de observar su expresión.

Ana, sin abrir la boca, dió media vuelta y salió de la estancia; Wronsky podía retenerla aún, pero la dejó pasar del umbral de la puerta.

—Á propósito—gritó en el momento en que iba á desaparecer;—¿nos vamos decididamente mañana?

—Usted, si quiere, pero no yo—replicó.

—Ana, la vida es imposible en estas condiciones.

—Usted, si quiere, pero no yo—volvió á repetir Ana.

—Esto es intolerable.

—Usted... usted se arrepentirá—añadió Ana, saliendo de la habitación.

Atemorizado por el tono con que había pronunciado estas últimas palabras, el primer impulso de Wronsky fue seguir á su amante; pero reflexionó un momento, volvió á sentarse, é irritado por aquella amenaza inoportuna, murmuró, apretando los dientes: «He apelado á todos los medios, ya no me queda más camino que la indiferencia.» Vistióse al punto y salió para ir á casa de su madre á fin de que firmara la procuración.

Ana le oyó salir de su gabinete y del comedor, y detenerse en la antecámara para dar algunas órdenes relativas al caballo que acababa de comprar; oyó también el ruido del coche que se adelantaba hasta la puerta; alguien subió la escalera precipitadamente, y por la ventana pudo ver que Wronsky tomaba de manos de su ayuda de cámara un par de guantes, olvidados sin duda, diciendo algunas palabras al cochero; después, recostándose en el carruaje, sin mirar á la ventana, cruzó las piernas, según su costumbre; y el coche desapareció al doblar la esquina de la calle.

XXVII

«¡Se ha marchado; todo ha concluído!» se dijo Ana, inmóvil en el mismo sitio. Y como se apoderase de ella la misma impresión de horror que experimentara durante su pesadilla, tuvo miedo de estar sola, y después de llamar corrió al encuentro del criado.

—Procure usted averiguar—le dijo—dónde ha ido el conde.

—Á las caballerizas, y ha dado orden para que se advierta á la señora que iba á enviar la carretela á fin de que estuviese á su disposición.

—Está bien; voy á escribir dos palabras y las llevará usted inmediatamente á las caballerizas.

Sentóse y escribió:

«Soy culpable; pero en nombre de Dios vuelve y nos explicaremos; tengo miedo.»

Selló su carta, entrególa al criado, y temiendo siempre estar sola, fué á ver á su hija.

«¡Ya no le reconozco! ¿Dónde están sus ojos azules y su tímida sonrisa?»—pensó al ver la hermosa niña de ojos negros en vez de Sergio, que en la confusión de sus ideas esperaba encontrar.

La niña, sentada junto á una mesa, jugaba con un tapón, y volviendo la cabeza miró á su madre, que sentándose á su lado le quitó aquél de las manos para hacerle dar vueltas. La risa sonora de la niña y el movimiento de las cejas recordaban de tal modo á Wronsky, que Ana no pudo resistir más, y levantándose bruscamente, huyó de la habitación. «¿Es posible que todo haya concluído?—pensó.—Ya volverá; pero ¿cómo podrá explicarme su animación y su sonrisa al hablarla? Lo aceptaré todo; de lo contrario, no veo más que un remedio, y no quiero apelar á él.» Aún no habían transcurrido doce minutos, cuando se dijo: «Ya habrá recibido mi carta; debe venir de un momento á otro. ¿Y si no volviese? Es imposible. Debo evitar que me vea con los ojos llorosos, y voy á lavarme. ¿Y mi cabello?» Llevóse las manos á la cabeza, y reconoció que se había peinado sin saberlo. «¿Qué es esto?—se preguntó después al ver en un espejo su rostro alterado y el brillo singular de sus ojos.—¡Soy yo!» Y Ana creyó sentir en sus hombros los recientes besos de su amante, estremecióse y puso una mano sobre sus labios. «¿Me volveré loca?» preguntóse con espanto. Y huyó á la habitación donde Annouchka arreglaba su vestido.

—¡Annouchka!—exclamó, no sabiendo qué decir.

—¿Quiere usted ir á casa de Daría Alexandrovna?—preguntó la buena mujer, como para sugerirle una idea.

«Quince minutos para ir y otros tantos para volver—pensó, consultando su reloj;—debe llegar de un momento á otro. Pero ¡cómo ha podido abandonarme así!» Acercóse á la ventana; ocurriósele que se había engañado en su cálculo, y volvió á contar los minutos desde el momento de la marcha.

En el momento en que se proponía ir á consultar el péndulo de la sala, un coche se detuvo á la puerta; era la carretela; pero nadie subió, y Ana oyó voces en el vestíbulo.

—El señor conde había marchado ya á la estación de Nijni dijo el criado, presentándose y devolviendo la carta á su ama.

—Pues que la lleven inmediatamente al conde, para dár-

sela en casa de su madre, y que me traigan cuanto antes la contestación.

«¿Qué será de mí entre tanto? Iré á casa de Dolly, para no volverme loca. ¡Ah! aún podré servirme del telégrafo!»

Y escribió el telegrama siguiente:

«Necesito hablar á usted á toda costa; vuelva pronto.»

Un momento después comenzó á vestirse, y puesto ya el sombrero, detúvose delante de Annouchka, cuyos ojillos grises expresaban una viva simpatía.

—Amiga Annouchka, ¿qué haré?—murmuró Ana, dejándose caer en una silla y exhalando un gemido.

—Es preciso no agitarse así, Ana Arcadievna; vaya usted á dar un paseo para distraerse, y esto pasará.

—Sí, voy á salir; si durante mi ausencia trajesen algún telegrama, envíamele al punto á casa de Daría Alexandrovna—dijo Ana, procurando dominarse;—pero volveré muy pronto.

«Debo evitar las reflexiones—pensó, escuchando atemorizada los latidos de su propio corazón;—es preciso salir, y sobre todo abandonar esta casa.»

Y bajando presurosa, subió vivamente al coche.

—¡Á casa de la princesa Oblonsky!—dijo con voz sonora.

XXVIII

El tiempo estaba sereno; pero una menuda lluvia, que había caído por la mañana, hacía brillar aún á los rayos del sol los tejados de las casas, las piedras de las aceras y el cuero de los trineos: eran las tres de la tarde, la hora más animada del día.

Ana, suavemente mecida en su carretela, tirada por dos trotones grises, juzgó de una manera distinta su situación al repasar al aire libre los incidentes de los últimos días. La idea de la muerte no la espantó ya tanto, y al mismo tiempo no le pareció tan inevitable; pero echóse en cara la humillación á que se había sometido. «¿Por qué acusarme como lo he hecho?—se preguntó.—¿No puedo vivir sin él?» Y dejando esta pregunta sin contestar, comenzó á leer las muestras de las tiendas. «Sí—continuó,—quiero confesar todo á Dolly;

ella no quiere á Wronsky, y será duro decírselo todo; pero lo haré; me ama, y seguiré su consejo. No permitiré que se me trate como á una niña.» Al pasar por delante de una tienda, leyó en la muestra *Philipof*, é interrumpiendo el hilo de sus ideas, se dijo: «Aseguran que este fabricante envía sus géneros á San Petersburgo; el agua de Moscou es mejor, y los pozos de Miatichtchy...» Esto la hizo recordar que había pasado por aquella localidad en otro tiempo, al dirigirse en peregrinación con su tía al convento de Troïtza. «En aquella época se iba en coche. ¿Era yo verdaderamente aquella de las manos coloradas? ¡Cuántas cosas que entonces consideraba como sueños de felicidad irrealizables, me parecen míseras ahora! ¡Ningún poder humano me podría volver á la inocencia de entonces! ¡Quién me hubiera dicho que iba á envilecerme así!... Mi carta será para él un triunfo... ¡Dios mío, qué mal huele la pintura de esa tienda! ¿Por qué ese continuo empeño de construir y pintar?

De pronto saludóla un transeúnte, que era el marido de Annouchka. «Nuestros parásitos, como dice Wronsky. ¿Y por qué los nuestros?... ¡Ah! si se pudiese arrancar el pasado con sus raíces! Pero esto es imposible; cuando más, se puede aparentar que se olvida.» Al recordar su pasado con Alexandrovitch, vió, sin embargo, que había dejado de pensar en él fácilmente. «Dolly no me dará la razón—se dijo—puesto que es el segundo hombre de quien me separo. ¿Pretenderé yo tenerla?» Al dirigirse esta pregunta sintió deseos de llorar.

«¿Hablarán de amor esas jóvenes que se ríen? Sin duda no saben qué cosa tan triste es... He ahí unos niños que juegan á los caballos... ¡Querido Sergio, aunque lo perdiese todo, no te volvería á encontrar! ¡Oh! si Wronsky no viene, todo se ha perdido... tal vez se le haya escapado el tren y le encontraré en casa... ¿Me humillaré todavía? No, voy á entrar en casa de Dolly, y le diré que soy desgraciada, que sufro, que lo he merecido; pero que me ayude... ¡Oh! este coche con sus caballos le pertenece; horror me da ya servirme de él... muy pronto no volveré á verlos más!»

Atormentándose de esta manera, Ana llegó á casa de Dolly y subió rápidamente la escalera.

—¿Hay gente?—preguntó en la antecámara.

—Ahí está Catalina Alexandrovna Levine — contestó el criado.

« Kitty, esa Kitty de quien Wronsky estaba enamorado— pensó Ana—y con la cual siente no haberse unido, al paso que deplora el día en que me conoció.»

Las dos hermanas hablaban sobre el niño de Kitty cuando les anunciaron la llegada de Ana: sólo Dolly salió á recibirla en el salón.

—¿No te marchas aún?—la preguntó;—hoy mismo pensaba ir á tu casa, pues he recibido carta de Estéfano.

—Y nosotros un telegrama—contestó Ana, volviéndose para ver si Kitty venía.

—Me dice que no comprende nada de lo que Alexandrovitch quiere; pero no volverá sin obtener una contestación definitiva.

—¿Tienes gente?

—Sí, Kitty—contestó Dolly algo confusa;—ha ido á la habitación de los niños; ya sabrás que ha salido del paso.

—Sí. ¿Puedes enseñarme la carta de Estéfano?

—Seguramente; voy á buscarla... Alexandrovitch no rehusa; lejos de ello, Estéfano tiene esperanzas—dijo Dolly, deteniéndose en el umbral de la puerta.

—No espero ni deseo nada. «¿Creerá Kitty rebajarse si me habla?—preguntóse Ana cuando estuvo sola;—tal vez tenga razón; pero ella, que se enamoró de Wronsky, no tiene derecho para darme lecciones. Bien sé que una mujer honrada no puede recibirme; por él lo he sacrificado todo, y esta es mi recompensa. ¡Ah! cómo le odio! ¿Por qué habré venido aquí? Aún estoy peor que en mi casa.» En aquel momento oyó las voces de las dos hermanas en la habitación contigua. «¿Y qué voy á decir á Kitty? Kitty se regocijará de mi desgracia... Si tengo empeño en verla es para demostrarla que soy insensible á todo, y que lo desprecio todo.»

Dolly entró con la carta; Ana la leyó rápidamente y devolviósela.

—Ya lo sabía—dijo;—pero no me importa.

—¿Por qué? Pues yo tengo esperanzas—repuso Dolly, observando á su amiga con atención: jamás la había visto en semejante disposición de espíritu.

—¿Qué día marchas?—preguntóla.

Ana cerró los ojos á medias y no contestó.

—¿Tiene Kitty miedo de mí?—preguntó después de una pausa, dirigiendo una mirada hacia la puerta.

—¡Qué ocurrencia! Es que está dando el pecho ahora al niño y no sabe arreglarse bien... ahora vendrá—dijo Dolly, á quien se le resistía la mentira.—¡Mira, ahí la tienes!

Kitty, efectivamente, no quería presentarse, al saber que era Ana la que estaba allí, pero Dolly consiguió convencerla, y haciendo un esfuerzo entró en el salón; acercóse á Ana ruborizándose y presentóle la mano.

—Me alegro de ver á usted—dijo con acento conmovido.

Y todas sus prevenciones contra aquella mala mujer desvaneciéronse al contemplar el hermoso y simpático rostro de Ana.

—Me habría parecido natural que hubiera usted rehusado verme—dijo Ana,—pues ya estoy hecha á todo. Me han dicho que ha estado usted enferma, y efectivamente la veo algo cambiada.

Kitty atribuyó el tono seco de Ana al disgusto que le producía su falsa situación, y no pudo menos de experimentar un sentimiento compasivo.

Hablaron de la enfermedad de Kitty, de su niño y de Estéfano; pero el espíritu de Ana estaba visiblemente en otra parte.

—He venido á despedirme—dijo á Dolly levantándose.

—¿Cuándo marchas?

Sin contestar, Ana se volvió hacia Kitty y díjole sonriendo:

—Me alegro mucho de haber vuelto á verla, pues he oído hablar con frecuencia de usted aun á su mismo esposo. Sin duda sabrá usted ya que vino á verme; y por cierto que me agradó mucho—añadió con maligna intención.—¿Dónde está?

—En el campo—contestó Kitty ruborizándose.

—Déle usted las más afectuosas expresiones de mi parte, y no lo olvide.

—Así lo haré—dijo Kitty cándidamente, mirando á su interlocutora con aire compasivo.

—Adiós, Dolly—dijo Ana, abrazando á su amiga.

—Es tan seductora como antes—observó Kitty á su hermana, cuando ésta volvió á la habitación, después de despe-

dirse en la puerta.—¡ Y qué hermosa es! Sin embargo, veo en ella algo particular, que entristece sin saber por qué.

—Á mí me parece que no se halla hoy en su estado normal; creí que iba á llorar en el recibimiento.

XXIX

Cuando estuvo otra vez en su coche, Ana se juzgó más desgraciada que nunca. Su entrevista con Kitty despertaba dolorosamente en ella el sentimiento de su decadencia moral, y esto la hacía sufrir más aún. Sin saber lo que decía, mandó al cochero volver á casa.

«Me han mirado como á una mujer extraña é incomprensible...—se dijo.—¿Qué podrán decir esos dos que van por ahí? —pensó, al ver dos transeúntes que hablaban animadamente. —¿Pretenderán acaso comunicarse lo que sienten? No se puede participar á otro lo que se piensa. ¡Y yo que me proponía confesarme á Dolly! Mejor ha sido callar, pues en el fondo se hubiera regocijado de mi desgracia, aunque disimulándolo; le parecería justo verme expiar la felicidad que me envidió. ¿Y Kitty? Ésta se hubiera alegrado más aún, pues lo he leído en su corazón; me odia porque agradé á su marido, y á sus ojos soy una mujer inmoral, á quien desprecia. ¡Ah! si yo hubiese sido lo que ella piensa, ¡con qué facilidad hubiera hecho perder el juicio á su esposo! Confieso que he tenido intención de hacerlo.—He ahí un hombre prendado de su persona, pensó, al ver un hombre grueso y rollizo que la saludaba, y que después echó de ver que la había tomado por otra. Lo mismo me conoce ese que los demás. ¿Me conozco yo acaso á mí misma? Yo no conozco más que los *apetitos*, como dicen los franceses... Esos pilletes codician los malos helados, se dijo, al ver dos chicos detenidos delante de una tienda de refrescos; á todos nos gustan las golosinas, y á falta de confites se desean helados de esa especie, como Kitty, que no pudiendo casarse con Wronsky se contentó con Levine; esa mujer me aborrece y tiene celos de mí, y por mi parte la envidio. Así va el mundo.—¡ Calla, Futkin, peluquero; á mí me peina Futkin... Le haría reir con esta observa-

ción, si tuviese yo alguien á quien hacer reir.—Ahora tocan á vísperas; ese mercader hace la señal de la cruz con tanta precipitación, que se diría que le falta el tiempo para repetirla suficientes veces. ¿Para qué esas iglesias, esas campanas y esas mentiras? Para disimular que todos nos odiamos, como esos dos cocheros que ahora se injurian. Yavshine tiene razón al decir: «Quiere mi camisa y yo la suya.»

Absorta en sus pensamientos, y olvidando un instante su dolor, quedó sorprendida cuando el coche se detuvo: el conserje, saliendo á su encuentro, hízola volver á la realidad.

—¿Se ha recibido contestación?—preguntó.

—Voy á informarme—dijo el conserje.

Un momento después volvió con un telegrama en su sobre. Ana leyó lo siguiente:

«No puedo volver antes de las diez.

WRONSKY.»

—¿Y el mensajero?

—Aún no ha vuelto.

En el alma de Ana despertóse al punto un deseo de venganza, y subió la escalera corriendo. «Iré yo misma á buscarle, pensó, antes de marcharme para siempre, y le diré claramente lo que es. ¡Oh! ¡jamás he odiado á nadie tanto como á ese hombre!» Y al ver un sombrero del conde en el recibimiento, hizo un ademán de repugnancia. No reflexionaba que el telegrama era la contestación al suyo, y no al mensaje enviado por un expreso, que Wronsky no podía haber recibido aún. «Ahora estará en casa de su madre, hablando alegremente, sin pensar en lo que yo sufro...» Y queriendo desechar los terribles pensamientos que la acometían en aquella casa, cuyas paredes parecíale que iban á desplomarse sobre su cabeza, murmuró: «Es preciso marchar cuanto antes; pero ¿dónde ir? Tomaré el camino de hierro para perseguirle y humillarle...» Consultando el Indicador, vió que el tren de la noche salía á las 8 y 2 minutos. «Aún llegaré á tiempo»—se dijo.

Mandó enganchar caballos de refresco, y puso en un pequeño saco de viaje los objetos indispensables para una ausencia de algunos días. Resuelta á no volver á la casa, proyectaba mil planes distintos, y al fin resolvió continuar su

viaje por la vía férrea de Nijni, después de la escena que tendría lugar en la estación ó en casa de la condesa, para detenerse en la primera ciudad.

Se acababa de servir la comida; pero el alimento le inspiraba horror; volvió á subir al coche tan pronto como los caballos estuvieron enganchados, irritada al ver que los sirvientes se agitaban á su alrededor.

—No te necesito, Pedro—dijo al lacayo.

—¿Quién tomará el billete?

—Pues bien, ven si quieres; á mí me es igual—contestó con acento de enojo.

Pedro saltó á la trasera y dió al cochero orden de dirigirse á la estación de Nijni.

XXX

«¡Ya se aclaran mis ideas!—se dijo Ana, cuando se halló otra vez en el coche.—¿En qué pensaba yo últimamente? ¡Ah! ya me acuerdo: en las reflexiones de Yavshine sobre la lucha por la existencia y el odio que une á los hombres.... ¿Vais en busca de placer?—preguntó, interpelando mentalmente á unos alegres jóvenes que en un coche de cuatro caballos iban al parecer á divertirse al campo.—¡No escaparéis de vosotros mismos! ¡El conde Wronsky y yo hemos tratado también de divertirnos, para reconocer después cuán inferiores eran nuestros placeres á los supremos goces á que aspirábamos!» Y por la primera vez, Ana consideró sus relaciones con Wronsky bajo esa luz brillante que de repente le revelaba la vida. «¿Qué ha buscado en mí? ¡Las satisfacciones de la vanidad más bien que las del amor!» Y recordando las palabras del conde y su aspecto sumiso en el primer tiempo de sus relaciones, confirmóse en su idea. «Buscaba ante todo—pensó—un triunfo; me amaba, pero principalmente, por vanidad; ahora que ya no está orgulloso de mí, todo concluyó; después de tomar de mí todo cuanto podía, y no teniendo ya de qué vanagloriarse, no soy ya para él sino una carga, y sólo se cuida de guardarme exteriormente las debidas consideraciones. Tal vez me ame aún; pero ¿cómo? Se-

guramente será para él un alivio verse libre de mí. Mientras que mi amor es cada día más apasionado y egoísta, el suyo se extingue poco á poco, y he aquí por qué ya no vamos bien; yo quiero atraerle y él se empeña en huir; hasta el momento de comenzar nuestras relaciones íbamos uno al encuentro de otro; ahora vamos en sentido contrario. Me acusa de ser ridículamente celosa, y yo lo creo también así; pero la verdad es que mi amor no está ya satisfecho.» Ana cambió de sitio en el coche, moviendo los labios, como si tratase de hablar. «Si yo pudiera, procuraría ser para él una amiga razonable en vez de una querida apasionada; pero no me es posible esta transformación. Segura estoy de que no me engaña, y de que no está enamorado de Kitty ni de la princesa Sarokine; pero ¿qué me importa, si mi amor le fatiga y no siente ya por mí lo que yo por él? Casi preferiría su odio. pues allí donde cesa el amor, comienza el disgusto; esto es lo que me sucede...

»¿Qué barrio será éste? Montañas y casas, y siempre casas habitadas por gente que se aborrece...

»¿Cómo podría yo volver á ser feliz? Supongamos que Karenine consiente en el divorcio, me devuelve á Sergio y me caso con Wronsky.» Al pensar en su marido, Ana creyó verle ante sí, con su mirada apagada, sus manos de gruesas venas y sus dedos crujientes; y sólo el recuerdo de sus relaciones de otro tiempo la hizo estremecerse de horror. «Admitamos que me caso. ¿Me respetará por eso Kitty? ¿Y no se preguntará Sergio por qué tengo dos maridos? ¿Cambiará Wronsky para mí? ¿Puede haber aún entre él y yo relaciones que me hagan feliz? No; la excisión entre nosotros es demasiado profunda; yo soy causa de su desgracia, y él de la mía, y esto no cambiará.—He ahí unos muchachos que vuelven de la escuela... ¡Pobre Sergio!... Creí amarle, y mi cariño para él me enternecía; pero he vivido sin él, cambiando su amor por el de otro, y mientras esa pasión me satisfizo, no me he quejado del cambio.» Ana se alegraba casi de poder analizar sus sentimientos con esta implacable claridad.

—¿Se ha de tomar el billete para Obiralowka?—preguntó Pedro, al divisar la estación.

Ana no comprendió apenas la pregunta; sus pensamientos estaban en otra parte, y había olvidado á qué iba allí.

—Sí—contestó al fin, entregando su bolsillo y apeándose con su pequeño saco en la mano.

Mientras atravesaba entre la multitud para dirigirse á la sala de espera, recordó los detalles de su situación, y un momento después, sentada en un ancho diván circular, aguardando la llegada del tren, repasó en su memoria los diversos planes en que se podía fijar; luego reflexionó sobre el momento en que llegaría á la estación, el billete que escribiría á Wronsky, y lo que le diría al entrar en casa de la anciana condesa, donde tal vez en aquel momento se lamentaba de las amarguras de la vida. La idea de que aún hubiera podido ser feliz cruzó también por su pensamiento... ¡ Qué duro era amar y aborrecer á la vez ! ¡ Cómo latía en aquel instante su pobre corazón !

XXXI

De repente resonó un campanillazo, y algunos jóvenes alegres, de aspecto vulgar, pasaron por delante de Ana ; Pedro acompañó á su señora hasta el wagón ; los hombres agrupados junto á la puerta enmudecieron al verla pasar, y uno de ellos murmuró algunas palabras al oído de su vecino, sin duda una grosería. Ana tomó asiento en un coche de primera, y Pedro se quitó el sombrero, con una sonrisa idiota, en señal de despedida, y alejóse. El conductor cerró la portezuela ; una dama ridículamente vestida corría por el andén con una niña que reía afectadamente.

« Esa criatura es grotesca, y pretenciosa ya »—pensó Ana. Y para no ver á nadie, fué á sentarse en el lado opuesto.

Un hombrecillo sucio, que llevaba una gorra muy raída, por cuyos lados asomaban algunos mechones de cabello desgreñado, pasó por delante de la ventanilla é inclinóse sobre la vía.

« Yo he visto esa figura en alguna parte »—pensó Ana ;—y de pronto, recordando su pesadilla, retrocedió con espanto hacia la puerta del coche, que el conductor abría para dar paso á un caballero y á una señora.

—¿ Desea usted salir ?—preguntó el conductor.

Ana no contestó, y nadie pudo observar bajo el velo su expresión de terror. Sentóse al punto, y la pareja se colocó en frente, examinando con discreción, aunque con curiosidad, los detalles de su traje. El marido pidió permiso para fumar, y habiéndole obtenido, dijo á su mujer, en francés, que más necesidad tenía aún de hablar; después hicieron algunas observaciones estúpidas con objeto de llamar la atención de Ana, para trabar conversación con ella.

Aquella pareja debía aborrecerse, según Ana, porque era imposible que semejantes monstruos se amasen.

El ruido, los gritos y las carcajadas que resonaron después de la segunda señal de la campanilla, indujeron casi á Ana á taparse los oídos; apenas se hizo la tercera, la locomotora silbó, púsose el tren en movimiento, y el caballero que estaba sentado frente á Ana hizo la señal de la cruz. «¿Á qué vendrá eso?»—pensó aquella, observando á su vecino;—y volvió la cabeza con ademán de enojo para mirar los wagones y las paredes de la estación, que parecían pasar por delante de la ventanilla; el movimiento comenzó á ser más rápido; los rayos del sol poniente llegaron hasta el coche, y comenzó á soplar una ligera brisa.

Ana, olvidando sus compañeros de viaje, respiró el aire fresco y prosiguió el curso de sus reflexiones.

«¿En qué pensaba yo?—se dijo;—en que mi vida, de cualquier modo que me la represente, no puede ser más que dolor; todos estamos destinados á sufrir, y sólo buscamos un medio para disimularlo; aunque la verdad nos salta á la vista.»

«El hombre está dotado de razón para rechazar lo que le molesta ó desagrada»—dijo en francés la señora que iba en el coche.

Estas palabras respondían al pensamiento de Ana.

«Rechazar lo que molesta»—repitió.—Y bastóle fijar una mirada en el hombre que tenía enfrente, y en su cara mitad para comprender que esta última debía considerarse como un sér incomprensible, y que su marido, sin disuardirla de ello, aprovechábase para engañarla.

Al llegar á la estación, trató de evitar el contacto con toda aquella gente ruidosa, y permaneció en el andén, preguntándose qué haría. En aquel momento, parecíale todo de difícil

ejecución; empujada por uno y otro lado, y observada con curiosidad por todos, no sabía dónde refugiarse; pero al fin ocurriósele detener á un empleado para preguntarle si no había ido á la estación el cochero del conde Wronsky con un mensaje.

—¿El conde Wronsky? Hace muy poco han venido á buscar á la princesa Sarokine y á su hija. ¿Cómo es ese cochero?

En el mismo instante, Ana vió avanzar hacia ella á su enviado, el cochero Miguel, que llevaba un caftán nuevo, y en la mano una carta, manifestando en su rostro orgullosa satisfacción por haber cumplido su encargo.

Ana rasgó el sobre, y su corazón se oprimió al leer lo siguiente:

«Siento que su carta no me haya alcanzado en Moscou: volveré á las diez.

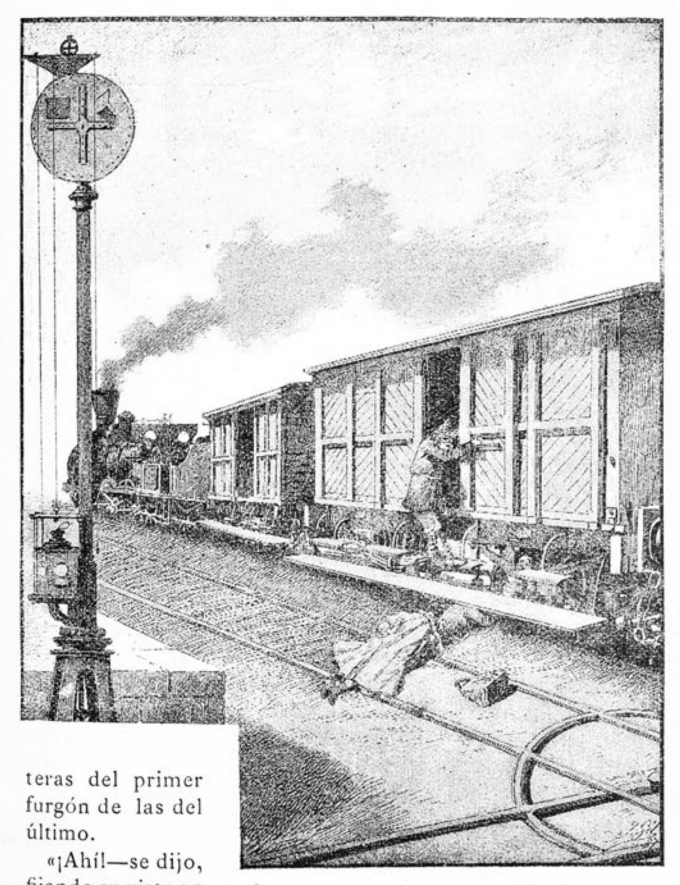
»Wronsky.»

«Eso es; ya me lo esperaba»—murmuró Ana con sarcástica sonrisa.

—Ya puedes volverte á casa—dijo al joven cochero, pronunciando estas palabras lenta y dulcemente.—Su corazón latía de tal modo, que apenas la dejaba hablar. «No—pensó—no consentiré que me hagas sufrir más.» Y siguió avanzando por el andén.

—¿Á dónde huir, Dios mío?—preguntóse, al ver que la observaban varias personas, á quienes su traje y hermosura llamaban sin duda la atención.—Un empleado la preguntó si esperaba el tren, y un vendedor ambulante no separaba de ella la vista. Llegada á la extremidad del andén se detuvo; unas señoras y sus niños hablaban con un caballero, á quien sin duda habían ido á buscar, y también volvieron la cabeza para mirar á Ana cuando pasó. Esta última apresuró el paso; en aquel instante acercábase un tren de mercancías, haciendo retemblar las paredes de la estación; y repentinamente acordóse del hombre destrozado por la locomotora el día en que encontró á Wronsky por primera vez en Moscou: entonces comprendió lo que debía hacer. Ligera y rápidamente franqueó los escalones que desde la bomba, colocada en la extremidad del andén, conducían hasta los rails, y adelantóse

al encuentro del tren; con singular frialdad examinó la rueda grande de la locomotora, las cadenas y los ejes, tratando de medir con la vista la distancia que separaba las ruedas delan-



teras del primer furgón de las del último.

«¡Ahí!—se dijo, fijando su vista en la sombra proyectada por el tren en la arena mezclada de carbón que cubría las traviesas.—¡Ahí quedará castigado, y yo me veré libre de todos y de mí misma!»

El saquito rojo, que no pudo desprender fácilmente de su brazo, la hizo perder el momento de arrojarse bajo el primer furgón. Esperó el segundo, y entonces experimentó una impresión semejante á la que en otro tiempo sentía al sumergirse en el río para bañarse, é hizo la señal de la cruz. Este ademán familiar despertó en su alma una infinidad de recuerdos de la juventud y de la infancia; ante ella brilló la vida un momento con sus fugaces alegrías; pero no separó la vista del tren, y cuando vió el espacio entre dos ruedas arrojó su saquito, inclinó la cabeza, y cruzando los brazos, dejóse caer de rodillas bajo el wagón, como dispuesta á levantarse. Aún le quedó tiempo para tener miedo. «¿Dónde estoy? ¿Por qué?» —pensó Ana, haciendo un esfuerzo para echarse hacia atrás. —Pero una pesada mole, enorme é inflexible, chocando en su cabeza, arrastróla por los hombros.

«¡Perdonadme, Señor!—murmuró, comprendiendo la inutilidad de la lucha.—En aquel momento, un hombrecillo de espesa barba y cabello desgreñado, inclinóse en el estribo del wagón para mirar la vía. Y la luz que para aquella infeliz había iluminado el libro de la vida, con sus tribulaciones, sus falsedades y sus dolores, rasgando en aquel momento las tinieblas, brilló con vivo fulgor, vaciló y extinguióse para siempre.





I

Dos meses habían transcurrido, y aunque el verano estaba muy adelantado, Sergio Ivanitch permanecía aún en Moscou, en vez de hallarse en el campo para pasar las vacaciones según costumbre. Acababa de efectuarse para él un acontecimiento importante, cual era la publicación de un libro sobre las formas gubernamentales en Europa y en Rusia, fruto de un trabajo de seis años. Así la introducción como algunos fragmentos de la obra habíanse dado á luz ya en varias revistas; y por más que aquella no tuviese el atractivo de la novedad, Sergio Ivanitch confiaba en que produciría sensación.

Sin embargo, pasaron dos semanas sin que se produjese agitación alguna en el mundo literario; algunos amigos, hombres de ciencia, hablaron á Kosnichef de su libro por pura política; pero la sociedad propiamente dicha, estaba demasiado preocupada por cuestiones muy diferentes para fijar su

atención en una obra de aquel género; y en cuanto á los diarios, la única crítica que apareció en uno de ellos, era sólo propia para mortificar al autor.

Este artículo no era otra cosa sino una serie de citas hábilmente combinadas, para demostrar que el libro entero, con sus grandes pretensiones, reducíase á un conjunto de frases pomposas, no siempre inteligibles, como lo demostraban los frecuentes interrogantes del crítico.

Sergio Ivanitch, á pesar de su buena fe, no pensó ni un momento en refutar las observaciones; tomaba aquello como una venganza, y recordó haber encontrado al autor del artículo en casa de su librero, donde pudo reconocer su falta de instrucción.

Al descontento producido al ver que pasaba así desapercibido el trabajo de seis años, agregábase para Kosnichef una especie de desaliento ocasionado por la ociosidad que para él seguía al período de agitación que precedió á la publicación de su libro. Por fortuna, la atención pública se preocupaba en aquel momento de la cuestión eslava, con un entusiasmo que parecía comunicarse á los hombres de más talento. Kosnichef tenía demasiado buen sentido para no reconocer que aquel impulso pecaba de pueril en cierto modo, ofreciendo numerosas ocasiones á las personalidades vanidosas para ponerse en evidencia; tampoco se fiaba mucho de los relatos exagerados de los diarios; pero conmovióle el sentimiento unánime de simpatía que todas las clases de la sociedad manifestaban á los servios y á los montenegrinos: esto le llamó la atención.

«El sentimiento nacional—pensaba—podía producirse al fin públicamente.» Y cuando más estudiaba aquel movimiento en su conjunto, más grandiosas le parecían sus proporciones, destinadas á señalar un período en la historia de Rusia. Olvidó su libro y sus decepciones, y consagróse tan completamente á la obra común, que llegó á la mitad del verano sin haber podido librarse del todo de sus nuevas ocupaciones para ir al campo. En su consecuencia resolvió marchar, aunque sólo fuese para quince días, á fin de reposar un poco y asistir al principio de aquel movimiento nacional, que todas las grandes ciudades del imperio esperaban.

Katavasof aprovechó la ocasión para cumplir la promesa

que había hecho á Levine de ir á visitarle, y los dos amigos se pusieron en marcha el mismo día.

II

Las inmediaciones de la estación de Koursk estaban atestadas de coches, que conducían á los voluntarios y á los que les escoltaban; muchas señoras cargadas de ramilletes esperaban á los héroes del día para saludarlos, y la multitud los seguía hasta el interior de la estación.

Entre las damas de que hablamos, hallábase una que conocía á Sergio Ivanitch, y al verle preguntóle en francés si acompañaba á alguno de los voluntarios.

—No, princesa—contestó Sergio;—hoy marcho al campo para visitar á mi hermano, pues necesito descansar un poco. ¿Y usted, no abandona su puesto?

—Preciso será. Dígame usted, ¿es cierto que ya hemos enviado ochocientos?

—Más de mil, si contamos los que no han salido directamente de Moscou.

—Bien lo decía yo—exclamó la dama.—¿Y es verdad que los donativos ascienden ya á cerca de un millón?

—Y más aún, princesa.

—¿Ha leído usted el telegrama? Se ha vuelto á batir á los turcos. Á propósito: ¿Sabe usted que hoy marcha el conde Wronsky?—añadió la princesa con aire triunfante y una sonrisa significativa.

—He oído decir que marchaba, pero ignoraba que fuese hoy.

—Acabo de verle; está aquí con su madre: á decir verdad, no podía hacer nada mejor.

—Seguramente.

Durante esta conversación, la multitud se precipitaba en el salón del *buffet*, donde un caballero, con un vaso en la mano, dirigía á los voluntarios un discurso, el cual terminó bendiciéndolos con voz conmovida en nombre de «nuestra madre Moscou.» La multitud contestaba con vivas, y Sergio Ivanitch y su compañera estuvieron á punto de verse envueltos entre los manifestantes.

—¿Qué dice usted á esto, princesa?—gritó de repente en medio de la muchedumbre la voz de Estéfano Arcadievitch, que se abría paso entre las masas.—¿No le parece que habla muy bien? ¡Bravo! Usted debería decirles también algunas palabras, Sergio Ivanitch—añadió Oblonsky con acento cariñoso, tocando el brazo á Kosnichef.



—No puede ser; me marcho.

—¿Dónde va usted?

—Á casa de mi hermano.

—Entonces verá usted á mi esposa; dígale que me ha visto y que todo va bien; que me han nombrado individuo de la comisión; ya sabe ella lo que es, porque se lo he escrito. Dispénseme usted, princesa; estas son mezquindades de la vida—añadió volviéndose hacia la dama.—Supongo sabrá usted ya que la Miagkaïa envía mil fusiles y doce enfermeras.

—Sí—contesto fríamente Kosnichef.

—¡Qué lástima que se vaya usted! Mañana ofrecemos un banquete de despedida á dos voluntarios, Bartniansky y Weslowsky, que apenas casado se marcha. ¿No le parece á usted que esto es hermoso?

Y sin reparar que no interesaba en nada á sus interlocutores, continuó hablando.

—¿Qué dice usted?—exclamó, cuando la princesa le hubo manifestado que Wronsky marchaba en el primer tren. Y su alegre semblante tomó al punto una marcada expresión de tristeza; pero Arcadievitch olvidó pronto las lágrimas que había vertido sobre el cuerpo inanimado de su hermana, para no ver en Wronsky más que un héroe y un antiguo amigo, á quien fué á buscar al punto.

—Es preciso hacerle justicia á pesar de sus defectos—dijo la princesa cuando Arcadievitch estuvo lejos;—es un eslavo por excelencia; pero creo que no le agrade mucho ver á nuestro amigo. Por más que se diga, compadezco á ese pobre Wronsky; procure usted distraerle un poco en el viaje.

—Seguramente, si encuentro ocasión para ello.

—Es hombre que á mí no me agradó nunca; pero lo que hace ahora basta para dispensarle muchos errores. ¿Sabe usted que costea por sí solo un escuadron?

En aquel momento resonó la campanilla, y la multitud se precipitó hacia las puertas.

—¡Hele aquí!—exclamó la princesa, llamando la atención de Kosnichef sobre Wronsky: este último llevaba un largo paletó y sombrero de anchas alas, y daba el brazo á su madre. Oblonsky los seguía, hablando con mucha animación, y sin duda había anunciado la presencia de Kosnichef, pues el conde le miró y levantó silenciosamente su sombrero, dejando ver una frente envejecida y arrugada por el dolor: un momento después desapareció en el andén.

Los vivas y el himno nacional resonaron hasta que el tren se puso en marcha: un joven voluntario, de elevada estatura y aspecto enfermizo, contestaba al público con ostentación, agitando su gorro de fieltro; detrás de él dos oficiales y un hombre de edad saludaban más modestamente.

III

Después de despedirse de la princesa, Kosnichef entró con Katavasof, que acababa de llegar, en un coche atestado de gente.

El himno nacional resonó de nuevo cuando los voluntarios llegaron á la estación siguiente, y fué contestado con los mismos saludos: estas ovaciones eran harto familiares para Sergio Ivanitch, y conocía demasiado aquella gente para que le inspirase la menor curiosidad; mas para Katavasof, aquellas escenas eran nuevas, é interrogó á su compañero sobre los voluntarios. Sergio Ivanitch le aconsejó que los estudiara en el coche, y así lo hizo.

Los cuatro individuos á quienes se consideraba como principales héroes, hablaban ruidosamente en un ángulo del coche, sabiendo que eran objeto de la atención general; el joven alto levantaba la voz más que los otros, bajo la influencia de copiosas libaciones, y contaba una historia á un oficial que vestía uniforme austriaco; el tercer voluntario, vestido de artillero, estaba sentado junto á ellos en un cofre; y el cuarto dormía. Katavasof supo que el joven enfermizo era un traficante que á la edad de veintidós años había devorado una considerable fortuna, y creía excitar la admiración del mundo al marchar á Servia: era un muchacho mimado, sin salud y lleno de suficiencia, por lo cual produjo muy mala impresión en el profesor.

El segundo no valía mucho más; habíase dedicado sin fruto á diversos oficios, y su ignorancia era completa.

El tercero, por el contrario, agradó á Katavasof á causa de su modestia y dulzura; la presunción y falsa ciencia de sus compañeros le imponían y permanecía silencioso.

—¿Qué va usted á hacer en Servia?—le preguntó el profesor.

—Voy, como todo el mundo, para ver si puedo ser útil.

—Allí faltan artilleros.

—Pues yo he servido muy poco en artillería—repuso.

Y refirió cómo, no habiendo podido sufrir los exámenes, debió retirarse del ejército como subalterno.

La impresión general producida por aquellos personajes era poco favorable; un anciano que vestía uniforme militar y los escuchaba con Katavasof, no parecía más satisfecho que éste, y érale difícil considerar como héroes á aquellos hombres, cuyo valor militar se manifestaba sólo por sus copiosas libaciones.

Sin embargo, habría sido una imprudencia manifestar francamente semejante opinión, y cuando Katavasof preguntó al veterano qué juicio formaba de los voluntarios, éste contestó sonriendo:

—¡Qué quiere usted hacerle; se necesitan hombres!

Katavasof no hizo más preguntas á Sergio Ivanitch sobre el particular, porque no tenía valor para emitir opinión alguna.

Las aclamaciones y los ramos menudearon también en la ciudad siguiente, y se acompañó á los voluntarios como en Moscou; pero el entusiasmo disminuía.

IV

Cuando el tren se detuvo, Sergio Ivanitch, paseando por el andén, cruzó por delante del compartimiento de Wronsky, cuyas cortinillas estaban corridas; pero al volver vió junto á la ventanilla á la anciana condesa, que le llamó al punto.

—Ya ve usted—dijo—que le acompaño á Koursk.

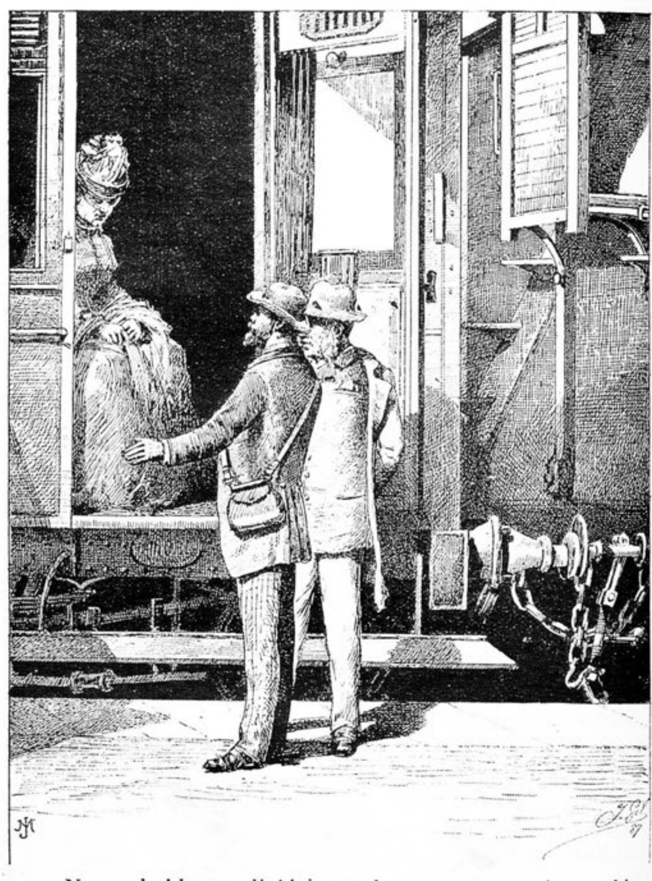
—Ya lo sabía—contestó Kosnichef, deteniéndose junto á la portezuela. Y al ver que Wronsky no estaba en el interior, añadió:—Hace una buena acción.

—¿Qué otro remedio le quedaba después de su desgracia?

—¡Qué horrible suceso!

—¡Dios mío; sólo yo sé lo que he pasado! Pero éntre usted—dijo la anciana, haciendo sitio á Kosnichef.—¡Si supiera usted cuánto he sufrido! Durante seis semanas no habló una sola palabra, y sólo á fuerza de súplicas conseguí que comiera algo. Temíamos que atentase contra su vida, pues ya sabe usted que una vez estuvo á punto de suicidarse por la difunta. Sí—añadió la condesa, cuyo rostro tomó una expresión sombría al evocar este recuerdo—esa mujer murió como había vivido, cobarde y miserablemente.

—No nos toca á nosotros juzgarla, condesa—contestó Sergio con un suspiro;—pero comprendo que habrá usted sufrido mucho.



—¡No me hable usted! Alejo estaba en casa, en mi posesión de los alrededores de Moscou, donde yo paso el verano, cuando le trajeron una carta, á la cual contestó inmediatamente. Nadie dudaba que esa mujer se hallase en la estación. Por la

noche, al subir á mi cuarto, la doncella me dijo que una señora se había arrojado bajo un coche del tren de mercancías; y comprendiendo al punto quién era, mis primeras palabras fueron para recomendar que no se dijese nada al conde; pero ya era tarde. Su cochero acababa de referirle el hecho, pues hallábase aún en la estación cuando ocurrió y pudo verlo todo. Corrí presurosa en busca de mi hijo; estaba como loco, y salió precipitadamente sin pronunciar una palabra. Yo no sé lo que vería, pero al volver parecía un muerto, tanto, que apenas le reconocí. Según el doctor, su postración era completa, y poco después creyó que perdería la razón. Por más que usted diga, esa mujer era mala. ¿Comprende usted una pasión de ese género? ¿Qué ha querido demostrar con su muerte? Ha perturbado la existencia de dos hombres de raro mérito, su esposo y mi hijo, y se ha perdido ella misma.

—¿Qué ha hecho el marido?

—Se ha encargado de la pequeña. En el primer momento, mi hijo consintió en todo, pero ahora se arrepiente de haber abandonado la niña á un extraño. Karenine asistió al entierro, y conseguimos evitar un encuentro entre el esposo y Alejo. Esa muerte es para Alexandrovitch un bien, pero mi pobre hijo, que había sacrificado todo á esa mujer, su madre, su posición, su carrera... ¡concluir así! Por más que diga usted en contrario, ese es el fin de una mujer sin religión. ¡Dios me perdone mis palabras; pero al pensar en el daño que ha hecho á mi hijo, no puedo menos de maldecir su memoria!

—¿Y cómo sigue ahora Wronsky?

—Esa guerra es la que nos ha salvado; yo no la entiendo, y me infunde temor, tanto más cuanto que no la aprueban en San Petersburgo; mas no por eso doy menos gracias á Dios. Este movimiento ha reanimado á mi hijo; su amigo Yavshine es quien le ha hecho entrar en deseos de acompañarle á Servia, aunque él va sólo porque se ha arruinado en el juego. Los preparativos distrajeron bastante á mi hijo, y yo ruego á usted que hable con él, porque está muy triste; y para mayor disgusto tiene un dolor de muelas que rabia. Se alegrará de verle, y si quiere usted decirle algo, le encontrará paseando al otro lado de la vía.

V

Entre los fardos amontonados en el andén, Wronsky andaba de un lado á otro como una fiera en su jaula, en un trecho donde apenas podía dar veinte pasos; con las manos en los bolsillos, pasó por delante de Sergio Ivanitch sin reconocerle al parecer; pero éste no era susceptible, tanto más cuanto que, á su modo de ver, cumplía con una gran misión. Era preciso reanimarle á toda costa, y con esta intención, Kosnichef se acercó al conde, que, fijando en él la vista, detúvose y ofrecióle cordialmente la mano.

—Tal vez hubiera usted preferido no verme—dijo Sergio; —pero dispensará mi insistencia, porque tenía empeño en ofrecerle mis servicios.

—Á nadie vería con más agrado que á usted—contestó Wronsky—aunque la vida tiene muy pocos atractivos para mí.

—Lo comprendo; pero tal vez le fuera útil á usted una carta para Ristitch ó Milán—repuso Kosnichef, admirado de la expresión de sufrimiento que se revelaba en las facciones del conde.

—¡Oh, no!—contestó éste, haciendo un esfuerzo para comprender.—¿Quiere usted que andemos un poco? Sólo la vista de esos furgones me ahoga. Hablaba usted de darme una carta... muchas gracias. ¿La necesito acaso para dejarme matar? Tal vez les convenga más á los turcos...—añadió sonriendo ligeramente, sin que desapareciese de sus ojos la expresión de dolor.

—Le sería más fácil á usted—dijo Sergio—trabar relaciones con hombres preparados para la acción, pero usted obrará como mejor le parezca. De todos modos, quería decirle que aplaudo su decisión, porque podrá usted realzar ante la opinión pública á esos voluntarios tan atacados.

—Mi único mérito—replicó Wronsky—consiste en mi poco amor á la vida; en cuanto á la energía, sé que no me faltará; y es un alivio para mí aplicar á un objeto una existencia que me pesa ya.

—Permítame usted pronosticarle que ahora entra en una nueva vida—repuso Sergio—pues salvar á unos hermanos oprimidos es empresa en la cual se puede vivir ó morir dignamente. Dios le concede á usted el triunfo, devolviendo á su espíritu la calma que necesita.

—Ya no soy más que una ruina—murmuró el conde lentamente, estrechando la mano que le ofrecía Kosnichef.

Molestado por su dolor de muelas, Wronsky guardó silencio, y su vista se fijó maquinalmente en las ruedas de la locomotora, que se deslizaban con lentitud y regularidad; en el mismo instante su dolor físico cesó de pronto ante el recuerdo que en él despertaba la presencia de un hombre á quien no había visto desde su desgracia; y *ella* se le apareció de repente, ó por lo menos, lo que de ella había quedado. Representóse el momento en que, entrando como un loco en la caseta donde la transportaron, cerca de la vía, vió su cuerpo ensangrentado, casi desnudo, expuesto á las miradas de todos; la cabeza estaba intacta, con sus magníficas trenzas y sus ligeros rizos al rededor de las sienes; tenía los ojos medio cerrados; y sus labios entreabiertos, parecían á punto de proferir aún su terrible amenaza, prediciéndole, como en la última entrevista, «que se arrepentiría».

Y esto hizo evocar á Wronsky el recuerdo de su primer encuentro, en la estación también; pensó en la poética belleza y en los encantos de Ana, cuando, llena de vida y juventud, buscaba la felicidad; y continuamente creía ver su irritada imagen, animada de un implacable deseo de venganza; las alegrías del pasado quedaban envenenadas para siempre... un sollozo estremeció todo su sér.

Después de una pausa, el conde, repuesto de su emoción, cambió algunas palabras con Kosnichef sobre el porvenir de la Servia; y como oyesen la señal de marcha, despidiéronse afectuosamente.

VI

Como Sergio Ivanitch no sabía á punto fijo cuándo iba á ponerse en camino, no había anunciado su llegada por tele-

grama, y debió contentarse con un mal vehículo, hallado en la estación, para emprender el viaje; de modo que su compañero y él no llegaron hasta medio día á su destino, cansados y llenos de polvo.

Kitty, sentada en el balcón con su padre y su hermana, reconoció al punto á su cuñado y corrió al encuentro de los viajeros.

—Debería usted avergonzarse de llegar así sin avisarnos—dijo, presentando su frente á Sergio Ivanitch.

—Con esto habremos evitado molestias, pues traigo aquí á mi amigo Miguel Semenitch.

—No me confunda usted con un negro—dijo Katavasof, con una sonrisa;—cuando me haya lavado, ya verá que tengo cara humana.

—Kostia se alegrará mucho; ahora está en la granja, pero no tardará en volver.

—¡Siempre ocupado en sus asuntos, mientras que nosotros no hacemos más que hablar de la guerra de Servia! Tengo curiosidad por saber la opinión de mi amigo en este asunto, pues sin duda no piensa como la generalidad.

—Yo creo que sí—contestó Kitty algo confusa, mirando á Sergio Ivanitch.—Voy á mandar que le busquen. Por lo pronto, tenemos aquí á mi padre, que acaba de regresar del extranjero.

Y Kitty, aprovechándose de la libertad de movimientos de que tanto tiempo había estado privada, apresuróse á instalar á sus huéspedes, envió á buscar á su esposo y corrió en busca del anciano príncipe, que estaba en el terrado.

—Aquí está Sergio Ivanitch—dijo—que ha llegado con el profesor Katavasof.

—¡Qué pesada será con este calor semejante compañía!

—Nada de eso, papá, es un hombre muy amable, y Kostia le aprecia mucho. Baja tú para hacerles un momento compañía—añadió Kitty dirigiéndose á su hermana—y entre tanto voy á buscar al niño, que no ha tomado alimento desde esta mañana y debe estar impaciente. Esos señores han encontrado á Estéfano en la estación.

El lazo que unía á la madre y al niño era tan íntimo aún, que la primera adivinaba las necesidades del segundo sin que éste las expresase.

—Déme usted el niño—dijo á la criada, con tanta impaciencia como la que éste manifestaba ya.

Después de proferir un ligero grito, Mitia, que en su ansia por tomar el pecho no sabía cómo comenzar, la madre y el niño, tranquilos ya, respiraron librèmente, y Kitty sonrió al observar la mirada casi picaresca que su hijo la dirigía, dilatando sus mejillas.

—Créame usted, Catalina Alexandrovna, madrecita mía—dijo la anciana Ágata, que no se quería alejar nunca de la habitación del niño—á mi me conoce la criatura muy bien.

—¡Imposible!—repuso Kitty sonriendo;—si la conociera á usted, me conocería lo mismo á mí.

La joven madre, sin embargo, sabía muy bien hasta qué punto aquella criatura comprendía cosas ignoradas de los otros, y que la misma Kitty no habría conocido á no ser por el tierno infante.

—Ya verá usted cómo me reconoce cuando se despierte—dijo la anciana Ágata.

—Bien, bien, mas ahora déjele usted dormir.

VII

Ágata se alejó de puntillas; mientras la criada, sentada junto á su señora y provista de una rama de abedul, ocupóse en ahuyentar las moscas ocultas en las cortinas de muselina de la cuna.

Mitia, cerrando poco á poco los ojos, hacía con sus redondeados bracitos ademanes que inquietaban á Kitty, deseosa de abrazar á la criatura, y al mismo tiempo de verla dormida.

Sobre su cabeza oía un murmullo de voces, y la risa sonora de Katavasof.

«Vamos—pensó Kitty—ya se animan; pero es enojoso que Kostia no esté aquí; sin duda se habrá retardado con las abejas; á veces me incomoda que vaya tan á menudo, aunque esto le distrae. Ahora está mucho más alegre que en Moscou durante la primavera; me daba miedo verle tan sombrío. ¡Qué hombre tan raro!»

Kitty conocía la causa de la inquietud de su esposo, que se hacía desgraciado por sus continuas dudas; y aunque pensase, con su ingenua fe, que no hay salvación para el incrédulo,



el escepticismo de aquél, cuya alma le era tan querida, no le inquietaba en manera alguna.

«¿Por qué lee—preguntóse—todos esos libros de filosofía donde nada encuentra? Puesto que desea la fe, ¿por qué no la tiene? Reflexiona demasiado, y si se absorbe en meditacio-

nes solitarias, es porque no estamos á su altura. La visita de Katavasof le agradará, porque es muy aficionado á discutir con él...» Los pensamientos de la joven esposa se fijaron entonces en sus huéspedes. «¿Les daremos una sola habitación —se preguntó—ó preferirán estar separados?...» De repente, acosóle el temor de que la lavandera no hubiese llevado la ropa... «¡Con tal que Ágata no haya dado ya la que ha servido!—pensó.—Será preciso asegurarme yo misma.»

Y continuando el hilo de sus pensamientos interrumpidos, se dijo: «Sí, Kostia es incrédulo, pero mejor le quiero así que no semejante á la señora Stahl, ó á mí misma cuando me hallaba en Soden: él no será nunca hipócrita.»

Kitty recordó de pronto un rasgo de bondad de su esposo: algunas semanas antes, Arcadievitch había escrito una carta de arrepentimiento á su esposa, suplicándola que le salvase el honor, vendiendo su tierra de Yergushovo para pagar sus deudas.

Dolly, aunque despreciaba á su marido, se desesperó; pero compadecida de él, se avino á ceder una parte de aquella finca; Kitty recordó la timidez con que Kostia le propuso un medio de ayudar á Dolly sin ofenderla, y que consistía en ceder la parte á que tenían derecho en aquella propiedad.

«¿Puede ser incrédulo—preguntóse Kitty—un hombre que tiene tan buen corazón, y que teme afligir aunque sea á una niña? Nunca piensa más que en nosotros; á Sergio Ivanitch le parece muy natural considerarle como su intendente, lo mismo que su hermana; Dolly y sus hijos no tienen más apoyo que él; y hasta cree de su deber sacrificar su tiempo á los campesinos que sin cesar vienen á consultarle...»

«Sí—añadió mentalmente, tocando con sus labios la mejilla de su hijo antes de entregarle á la criada,—lo mejor que puedes hacer, hijo mío, es parecerte á tu padre.»

VIII

Desde el día en que Levine, junto al lecho de su hermano moribundo, había entrevisto el problema de la vida y de la muerte á la luz de las nuevas convicciones, según él las llamaba, convicciones que desde á los veinte á los treinta y

cuatro años habían reemplazado á las creencias de su infancia, la vida le parecía más terrible aún que la muerte. ¿De dónde venía? ¿Qué significaba? ¿Para qué la recibíamos? El organismo, su aniquilamiento, la indestructibilidad de la materia, las leyes de la conservación y del desarrollo de las fuerzas; todas estas palabras y las teorías científicas que con ellas se relacionan, eran sin duda interesantes bajo el punto de vista intelectual; pero ¿cuál sería su utilidad en el curso de la existencia?

Y Levine, semejante al hombre que en tiempo frío se hubiera despojado de un abrigo de pieles para vestirse de muselina, sintió que estaba desnudo y destinado á perecer miserablemente.

Desde entonces, sin cambiar nada en su vida exterior, y sin tener casi conciencia de ella, no pudo menos de experimentar el terror de su ignorancia, tristemente persuadido de que lo que él llamaba sus *convicciones*, lejos de contribuir á iluminarle, le impedían adquirir los conocimientos que tanto necesitaba.

El matrimonio, sus alegrías y sus nuevos deberes borraron del todo estos pensamientos; pero renováronse con creciente persistencia después del parto de su esposa, cuando estuvo en Moscou sin ninguna ocupación formal.

La cuestión se planteaba para él de este modo: «Si no acepto las explicaciones que el cristianismo me ofrece sobre el problema de mi existencia, ¿dónde encontraré otras?» Y estudiaba sus convicciones científicas tan inútilmente como si hubiera registrado un depósito de armas para buscar alimento.

Involuntaria é inconscientemente, buscaba en sus lecturas, en sus conversaciones y hasta en las personas que le rodeaban, una relación cualquiera con el asunto que le absorbía.

Un hecho le preocupaba muy esencialmente. ¿Por qué los hombres de su sociedad, los más de los cuales habían dejado, como él, la fe por la ciencia, no parecían experimentar ningún padecimiento moral y vivían muy satisfechos y contentos? ¿Sería porque no eran sinceros, ó porque la ciencia respondía más claramente para ellos á esas espinosas cuestiones? Y Levine estudiaba aquellos hombres y los libros que podían contener las soluciones tan deseadas.

Sin embargo, reconoció que había cometido un grave error al participar con sus compañeros de la universidad la idea de que la religión no existía ya; aquellos á quienes más amaba, el anciano príncipe, Lvof, Sergio Ivanitch y Kitty, conservaban la fe de su infancia, esa fe que él mismo tuvo en otro tiempo; las mujeres en general, y todo el pueblo, la conservaban.

Después se convenció de que los materialistas, de cuyas opiniones participaba, no daban á éstas ningún sentido particular, y lejos de explicarse estas cuestiones, sin la solución de las cuales la vida le parecía imposible, dejábanlas para resolver otras que le parecían á él indiferentes, tales como el desarrollo del organismo, la definición mecánica del alma, etc.

Durante la enfermedad de su esposa, Levine experimentó una extraña sensación; aunque incrédulo, había orado, y con fe sincera; pero cuando volvió á la tranquilidad, comprendió que su vida era inaccesible á semejante disposición del alma. ¿En qué momento se le había aparecido la verdad? ¿Podía admitir que se hubiese engañado? Si sus impulsos hacia Dios se convertían en polvo cuando los analizaba fríamente, ¿debía considerarlos por esto como una prueba de debilidad? Esto hubiera sido rebajar sentimientos cuya grandeza apreciaba... Aquella lucha interior pesábale dolorosamente, y se esforzaba para librarse de ella.

IX

Agobiado con estos pensamientos, leía y meditaba; pero el objeto deseado parecía alejarse cada vez más.

Convencido de la inutilidad de buscar en el materialismo contestación á sus dudas, releyó, en el último tiempo de su residencia en Moscou y en el campo, las obras de Platón, Spinoza, Kant, Scheling, Hegel y Schopenhauer, que correspondían á su modo de ver, y cuyas doctrinas comparaba con otras enseñanzas, sobre todo con las teorías materialistas; mas por desgracia apenas buscaba, independientemente de estos guías, la aplicación á cualquier punto dudoso, volvía á caer en las mismas vacilaciones. Los términos *espíritu, voluntad,*

libertad y *sustancia*, sólo tenían sentido para su inteligencia mientras seguía el hilo artificial de las deducciones de aquellos filósofos, quedando entonces cogido en el lazo de sus sutiles distinciones; pero considerada bajo el punto de vista de la vida real, la armazón se derrumbaba, y no veía ya más que un conjunto de palabras sin relación alguna con «aquella cosa», más necesaria en la vida que la razón.

Sergio Ivanitch le aconsejó que leyese á Homiakof; y aunque le disgustaron el rebuscado estilo de este autor, lleno de exageración, y sus marcadas tendencias á la polémica, admiróle ver cómo desarrollaba la idea siguiente: «El hombre no podría llegar solo al conocimiento de Dios, pues la verdadera luz está reservada para una reunión de almas, á las cuales anima el mismo amor para la Iglesia.» Este pensamiento reanimó á Levine... ¡Cuánto más fácil era aceptar la Iglesia establecida, santa é infalible, puesto que tiene á Dios por jefe, con sus enseñanzas sobre la Creación, la Redención, y llegar por ella á Dios; cuánto más fácil era esto, repetimos, que no sondear el impenetrable misterio de la divinidad, para explicarse después la Creación, la Redención, etc.!

¡Mas ay! después de haber leído, á continuación de Homiakof, una historia de la Iglesia escrita por un autor católico, Levine volvió á recaer dolorosamente en sus dudas. La Iglesia griega ortodoxa y la Iglesia católica, ambas infalibles en su esencia, se excluían mutuamente, sin que la teología ofreciese fundamentos más sólidos que la filosofía.

Durante toda aquella primavera, Levine pasó horas crueles.

«Yo no puedo vivir—se decía—sin saber lo que soy y con qué objeto existo: puesto que no puedo adquirir este conocimiento, la vida es para mí imposible.

»En la infinidad del tiempo, de la materia y del espacio fórmase una célula orgánica, que se sostiene un momento y se rompe después... ¡Esta célula soy yo!»

Tan doloroso sofisma era el único, el supremo resultado del trabajo del pensamiento humano durante muchos siglos; era la creencia final en que se basaban las investigaciones más recientes del espíritu científico; era la convicción dominante; y Levine, sin explicarse bien la razón, y simplemente porque esta teoría le pareció más clara, se penetró de ella sin que interviniese su voluntad.

Pero esta conclusión era en su concepto más que un sofisma; vió en ella la obra irrisoria de algún espíritu del mal, y era deber suyo rechazarla.... Amado, feliz, padre de familia, Levine alejó cuidadosamente de su alcance toda clase de arma, como si hubiera temido ceder á la tentación de poner término á su largo suplicio.

Por eso no se mató, y quiso seguir viviendo y luchando.

X

Aunque Levine se hallase mortalmente perturbado por la dificultad de analizar el problema de su existencia, obraba sin vacilar en su vida diaria. Hacia el mes de Junio dió principio á sus trabajos habituales en Pakrofsky: la inspección de las tierras de sus hermanos, sus relaciones con la vecindad y los campesinos, y la cría de las abejas, teníanle muy ocupado. No obstante, el interés que se tomaba en los negocios tenía ahora un límite más reducido; había renunciado á sus miras generales y proyectos, cuya aplicación le causara tantas decepciones, y contentábase con llenar sus nuevos deberes, advirtiéndole un secreto instinto que así obraba mejor. En otro tiempo, la idea de hacer una acción buena y útil producíale de antemano una dulce impresión de alegría; pero la acción en sí misma no realizaba nunca sus esperanzas, y muy pronto comenzaba á dudar de la utilidad de sus empresas; ahora iba directamente al hecho, sin alegría, pero sin vacilación, y los resultados eran satisfactorlos. Ahora trazaba el surco en la tierra tan inconscientemente como el arado. En vez de discutir ciertas condiciones de la vida, aceptábalas como indispensables; vivir lo mismo que sus antecesores, prosiguiendo su obra á fin de legarla á sus hijos, era á los ojos de Levine un deber indiscutible, y no se le ocultaba que para alcanzar este objeto le era preciso ahumar la tierra, labrarla y practicar la siembra, debiéndose hacer todas estas operaciones bajo su vigilancia; sabía igualmente que debía proteger á sus hermanos y á los numerosos campesinos que iban á consultarle y á los niños que se le confiaban; su mujer y Dolly tenían igualmente derecho á que las consolara algunas

horas; y bastábale todo esto para ocupar su existencia, de la cual no comprendía el sentido cuando reflexionaba. Cosa singular, no solamente sus deberes le parecían ahora bien definidos, sino que ya no abrigaba dudas sobre la manera de llenarlos en los casos particulares de la vida cotidiana. Así, por ejemplo, no vacilaba ya en contratar sus jornaleros al precio más arreglado que le era posible, pero tampoco quería hacerlos trabajar por menos de lo que ganaban de costumbre; adelantaba dinero á un campesino para librarle de las garras de los usureros, pero no le perdonaba los atrasos; castigaba severamente los robos en el bosque, pero habría tenido escrúpulo en retener el ganado del campesino cogido *in fraganti;* conservaba y mantenía á los antiguos servidores de edad avanzada, y hacía esperar á los campesinos para ir á dar un abrazo á su esposa al volver á casa después del trabajo, pero no habría ido á ver sus colmenas antes de recibirlos. No profundizaba este código personal, y temía las reflexiones que podían conducirle á dudas sobre sus deberes; pero su conciencia, siempre alerta, era severo juez para sus faltas.

Así vivió, siguiendo la senda trazada por la vida, siempre sin entrever la posibilidad de explicarse el misterio de la existencia, y atormentado por su ignorancia hasta el punto de temer el suicidio.

XI

El día de la llegada de Sergio Ivanitch á Pakrofsky, fué día de emociones para Levine.

Era el tiempo más ocupado del año, aquel que exige un esfuerzo de trabajo y de voluntad, y que no se aprecia lo bastante porque se reproduce periódicamente con resultados muy sencillos. Segar, almacenar el trigo, labrar, batir el grano y sembrar, son trabajos que no admiran á nadie; mas para llevarlos á cabo en el corto espacio de tiempo concedido por la naturaleza, es forzoso que todos trabajen, y que durante tres ó cuatro semanas, cada cual se contente con un pedazo de pan y una cebolla, sometiéndose á dormir muy pocas horas; es preciso que nadie pierda un momento ni de

día ni de noche; y este fenómeno se realiza anualmente en toda Rusia.

Levine hacía como los demás; iba al campo á la primera hora de la mañana; volvía para almorzar con su esposa y su cuñada, y sin perder momento dirigíase á la granja; pero mientras vigilaba á sus trabajadores, hablando con su suegro



y las señoras, preguntábase siempre lo mismo. ¿Qué soy yo? ¿Dónde estoy? ¿Para qué?

De pie, cerca de la granja, miraba el polvo que se producía al batir el trigo, contemplando al mismo tiempo las golondrinas que se refugiaban en el tejado, y los trabajadores que se oprimían en el oscuro interior de la granja.

«¿Por qué todo esto—pensaba—porqué estoy aquí vigilándolos y ellos me dan prueba de su celo? He ahí la vieja Matrona (una jornalera á quien había curado una quemadura

hacía tiempo, y que en aquel instante trabajaba vigorosamente), á quien curé muy bien; pero si no es hoy, de aquí á un año ó dentro de diez, será preciso enterrarla, lo mismo que á esa joven que se la echa de graciosa, á ese caballo que tira del arado, y también á Fedor, que con tanto imperio manda á las mujeres.... Y yo también seguiré el mismo camino.... ¿Por qué? Y maquinalmente consultaba su reloj para señalar su tarea á los trabajadores.

Llegada la hora de comer, Levine dejó á todos dispersarse, y apoyándose en un aparato de moler trigo, trabó conversación con Fedor, dirigiéndole varias preguntas sobre un rico campesino llamado Platón, que rehusaba arrendar su campo, explotado por un labrador el año precedente.

—El precio es muy subido, Constantino Dmitritch—dijo Fedor.

—Bien le pagaba Mitiouck el año último.

—Platón no dará la misma suma—repuso el campesino con tono desdeñoso;—el viejo Platón no quiere desollar á su prójimo, porque se compadece del pobre, y fía en caso necesario.

—¿Y por qué ha de fiar?

—No todos los hombres son iguales; unos viven para su vientre, como Mitiouck, y otros para su alma, para Dios, como el viejo Platón.

—¿Á qué llamas tú vivir para su alma ó para Dios?—preguntó Levine.

—Es muy sencillo: vivir según Dios, según la verdad. Claro es que no todos se parecen. Usted, por ejemplo, Constantino Dmitritch, no perjudicaría al pobre.

—¡Cierto... cierto... adiós!—balbuceó Levine, muy impresionado;—y cogiendo su bastón, dirigióse hacia la casa. «Vivir para Dios, según la verdad.... para su alma.» Estas palabras del campesino hallaban un eco en su corazón, y en su mente se agitaron pensamientos confusos que le parecían fecundos, y que se despertaban de pronto al cabo de mucho tiempo para deslumbrarle con una nueva claridad.

XII

Levine avanzó á largos pasos por el camino, bajo el imperio de una sensación del todo nueva; las palabras del campesino habían producido en su alma el efecto de una chispa eléctrica, y el cúmulo de ideas vagas y oscuras que le habian dominado pareció condensarse para llenar su corazón de inexplicable alegría.

«¡No vivir para sí propio, sino para Dios!... ¿Qué Dios? ¿No es insensato pretender que no debemos vivir para nosotros, es decir, para lo que nos agrada y nos atrae, sino para Dios, á quien nadie comprende ni podría definir?... Sin embargo, estas palabras insensatas, yo las he comprendido, no he dudado de su verdad, y no me parecen falsas ni oscuras... les he dado el mismo sentido que ese aldeano, y tal vez no he comprendido nunca nada tan claramente.

»Fedor pretende que Mitiouck vive para su vientre: ya sé lo que entiende por esto; lo mismo hacemos los demás; pero Fedor añade que es preciso vivir para Dios según la verdad, y esto lo comprendo también... Yo, y millones de hombres, ricos y pobres, sabios y tontos, así en el pasado como en el presente, estamos de acuerdo sobre un punto; y es que se ha de vivir para el «bien.»—Este es el único conocimiento claro y absoluto que poseemos.—El «bien» dejaría de serlo si tuviese una causa, como si tuviera una sanción, una recompensa.....

»Yo sé esto, y todos lo sabemos.

»¡Y yo que buscaba un milagro para convencerme!

»¡Aquí está; yo no le había observado, aunque me estrechaba por todas partes!... ¿Podría ser más grande?

«¿Habré encontrado verdaderamente la solución de mis dudas? ¿Dejaré de sufrir al fin?...» Y Levine avanzó por el camino polvoriento, insensible á la fatiga y al calor, sofocado por la emoción, y sin creer apenas en el sentimiento de tranquilidad que penetraba en su alma. De pronto, desvióse de la línea que seguía para dirigirse al bosque, fué á echarse á la sombra de un árbol, descubrió su frente bañada en sudor, y

observando los movimientos de un insecto que trepaba por el tallo de una planta, entregóse á sus reflexiones.

«Es preciso—pensó—recogerme un poco, resumir mis impresiones y comprender la causa de mi felicidad...

»He creído en otra época que se efectuaba en mi cuerpo, así como en el de ese insecto, una evolución de la materia, según ciertas leyes físicas, químicas y fisiológicas, evolución, lucha incesante que se extiende á todo, á los árboles, á las nubes, á las nebulosas... ; pero ¿á qué conducía esa evolución? ¿Es posible la lucha con lo infinito?... Y me admiraba de no encontrar cosa alguna en esa vía que me revelaba el sentido de la vida, de mis impulsos y admiraciones... Este sentido, no obstante, es tan claro para mí, que constituye el fondo mismo de mi existencia; y cuando Fedor me ha dicho: «Vivir para Dios y su alma», me he regocijado y admirado á la vez al oir su definición. Yo no he descubierto nada...; sólo he reconocido esa fuerza que en otro tiempo me dió la vida y me la devuelve hoy. Estoy libre del error... veo á mi maestro...»

Levine recordó el curso de sus pensamientos durante los dos últimos años, desde el día en que la idea de la muerte cruzó por su espíritu al ver á su hermano enfermo : entonces había comprendido claramente que el hombre, no teniendo más perspectiva que el sufrimiento, la muerte y el olvido eterno, debía, si no se suicidaba, llegar á explicarse el problema de la existencia de manera que no viese en él la cruel ironía de algún genio maléfico ; pero sin conseguir explicarse nada, él no se había dado muerte, habíase casado, y conocía nuevos goces, que le hacían feliz cuando no trataba de profundizar estos pensamientos perturbadores.

«¿Qué probaba esta inconsecuencia? Que vivía bien, pensando mal. Sin saberlo, habíanle sostenido estas verdades de la fe, que su espíritu desconocía antes, comprendiendo ahora cuánto les debía...»

«¿Qué hubiera sido de mí si yo no hubiese sabido que era preciso vivir para Dios y no para la satisfacción de mis necesidades? Habría robado, mentido, asesinado... Ninguno de los goces que la vida me proporciona hubiera existido para mí... Yo buscaba una solución que las reflexiones no pueden hallar, porque no están á la altura del problema; sólo la vida, con el conocimiento innato del bien y del mal, me ofrecía

una respuesta; y este conocimiento no le he adquirido yo, pues no hubiera sabido dónde tomarlo; me ha sido *dado* como todo lo demás. El razonamiento no me habría demostrado que debo amar á mi prójimo en vez de estrangularle.—Si cuando me lo enseñaron en mi infancia lo creí fácilmente, era porque ya lo sabía. La enseñanza de la razón es la lucha por la existencia: esa ley que exige que se arrollen todos los obstáculos para realizar nuestros deseos; la deducción es lógica, mientras que no hay nada menos razonable que amar al prójimo. ¡Oh orgullo, oh necedad!—pensó—astucia del espíritu... sí, astucia y perversidad!»

XIII

Levine recordó una escena ocurrida recientemente entre Dolly y sus hijos, que cierto día se entretenían en hacer confituras, colocando una taza sobre la llama de una luz, y en arrojarse leche á la cara; su madre los sorprendió y riñóles delante de su tío, procurando hacerles comprender que si rompían las tazas les faltarían luego para tomar el té, lo mismo que la leche, si la arrojaban. Á Levine le llamó la atención el excepticismo con que las criaturas escucharon á su madre; los razonamientos de ésta les dejaron fríos, y sólo sintieron verse privados de jugar más. Era evidente que ignoraban el valor de los bienes de que hacían uso, sin comprender que destruían, en cierto modo, su subsistencia.

«Todo eso está muy bien, se dijeron sin duda, pero ¿es tan precioso lo que nos dan? Lo mismo es hoy que mañana; mientras que lo que hacíamos tiene algo de nuevo, como juego inventado por nosotros.» «¿No es así cómo nosotros obramos, se dijo Levine, y particularmente yo, al esforzarme en penetrar por el razonamiento los secretos de la naturaleza y el problema de la vida humana? ¿No es esto lo que hacen los filósofos con sus teorías? ¿No se ve claramente en el desarrollo de cada una de ellas el verdadero sentido de la vida humana, tal como la entiende Fedor el campesino?—Déjese á los niños buscar por sí mismos la subsistencia, y en vez de

hacer travesuras se morirán de hambre... Que nos dejen á nosotros entregados á nuestras ideas y pasiones sin el conocimiento de nuestro Criador, sin el sentimiento del bien y del mal moral... ¿Qué resultados obtendremos?—Si vacilamos en nuestras creencias es porque, semejantes á los niños, nos cansamos de una misma cosa. Yo, cristiano, educado en la ley, colmado de los beneficios del cristianismo, viviendo de ellos sin echarlo de ver, lo mismo que esas criaturas, he tratado de destruir la esencia de la vida...; pero en la hora del sufrimiento me dirijo al Todopoderoso, y comprendo que se me perdonan mis pueriles faltas.

»Sí, la razón no me ha enseñado nada; lo que yo sé se me ha *revelado* por el corazón y sobre todo por la fe en las enseñanzas de la Iglesia...

»¿La Iglesia?—repitió Levine, volviéndose y mirando á lo lejos el ganado que bajaba hacia el río.

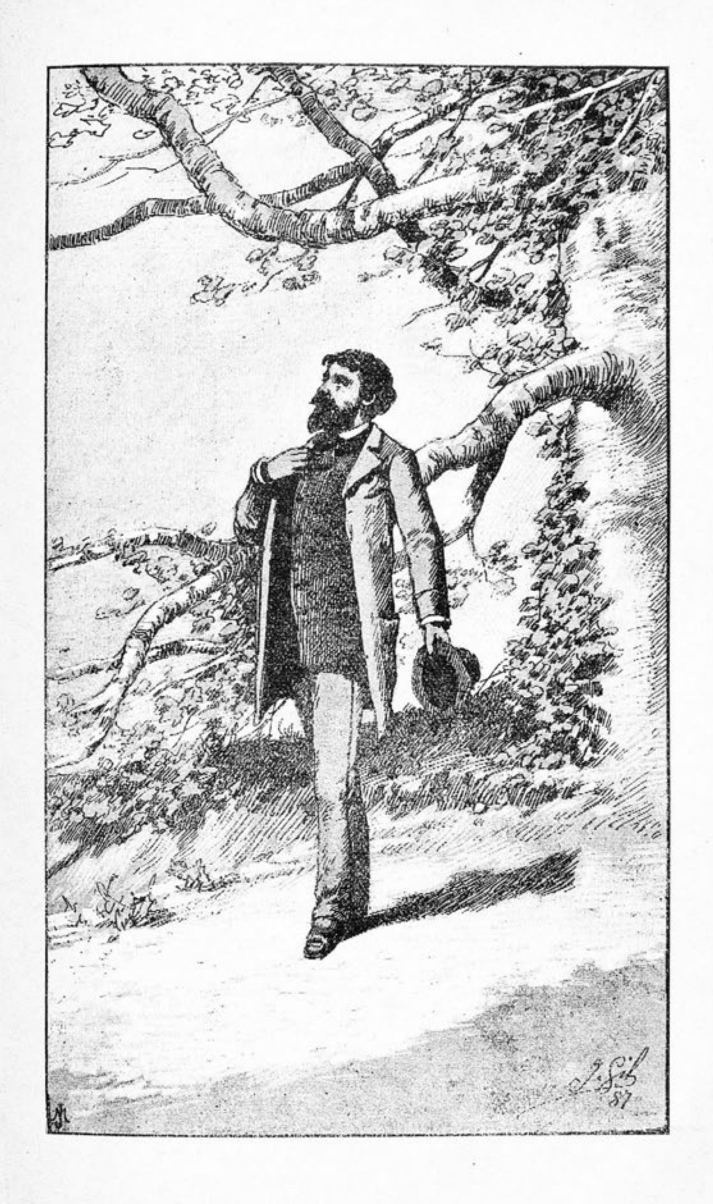
»¿Puedo yo creer verdaderamente en todo lo que la Iglesia enseña? preguntóse para hallar un punto que turbaba su tranquilidad. Y recordó los dogmas que le habían parecido extraños... ¿La creación?... ¿Cómo había llegado á explicarse la existencia?... ¿El diablo, el pecado?... ¿Cómo se había explicado el mal?... ¿La redención?...»

Ninguno de esos dogmas le parecía atacar á los únicos fines del hombre, la fe en Dios, en el bien; todos concurrían, por el contrario, al milagro supremo, el que consiste en permitir á los millones de seres humanos que pueblan la tierra, jóvenes y viejos, aldeanos y emperadores, sabios y tontos, comprender las mismas verdades, para componer esa vida del alma...

Levine contempló el cielo y se dijo: «Bien sé que esa es la inmensidad del espacio y no una bóveda azul que se extiende sobre mi cabeza; pero mis ojos no ven más que la bóveda redondeada, y no distinguen mejor que si mirasen más allá.»

Levine dejó de reflexionar, y escuchó las voces misteriosas que resonaran á su alrededor.

«¿Es verdaderamente la fe?—se preguntó, sin atreverse á creer en su dicha.—¡Dios mío, yo te doy gracias!» Y algunas lágrimas de agradecimiento se deslizaron por sus mejillas.



XIV

Un pequeño trineo, que se divisaba á lo lejos, se aproximó poco después al rebaño; Levine reconoció al cochero, que hablaba con el pastor, y muy pronto oyó el rumor de las ruedas y el relincho de su caballo; pero, sumido en sus meditaciones, no pensó en preguntar quién le buscaba.

—La señora me envía—gritó el cochero desde lejos—para decir á usted que Sergio Ivanitch ha llegado con un desconocido.

Levine tomó asiento en el trineo y empuñó las riendas.

Como si despertara de un sueño, no pudo volver en sí hasta largo rato después; sentado junto al cochero, miraba el caballo, pensando en su hermano y en su esposa, á quienes su larga ausencia debía inquietar, y en el huésped desconocido, preguntándose si sus relaciones con los suyos sufrirían alguna modificación.

«Ya no quiero más frialdad con mi hermano—se decía—ni disputas con Kitty, ni impaciencias con los criados; y seré cordial para mi nuevo huésped.»

Y reteniendo al caballo, que sólo deseaba correr, quiso dirigir alguna palabra bondadosa al cochero, que se mantenía inmóvil á su lado sin saber qué hacer con sus manos ociosas.

—Sírvase usted tomar la izquierda, pues se ha de evitar el choque con un tronco—dijo en aquel momento Iván, tocando las riendas que su amo empuñaba.

—Déjeme usted en paz, y no venga á darme lecciones—contestó Levine, con el enojo que manifestaba siempre cuando intervenían en sus asuntos; y al momento comprendió que su nuevo estado moral no ejercía ninguna influencia en su carácter.

Un poco antes de llegar divisó á Grisha y á Tania que corrían á su encuentro.

—¿Quién ha venido?—gritó.

—Un caballero muy feo, que hace muchos ademanes con los brazos, así—dijo Tania, imitando á Katavasof.

—¿Es joven ó viejo?—preguntó Levine sonriendo.—«¡Con tal que no sea un hombre molesto!»—pensó.

Al doblar un recodo de camino reconoció á Katavasof, que avanzaba á la cabeza de los demás, gesticulando como lo había observado Tania.

Á Katavasof le agradaba hablar de filosofía, como naturalista, y Levine había discutido á menudo con él en Moscou, dejando á veces á su adversario en la ilusión de que le había convencido. En aquel instante recordó una de sus pasadas discusiones y prometióse no expresar ligeramente sus ideas. Lo primero que hizo cuando se reunió con los que iban á buscarle, fué preguntar por su esposa.

—Está en el bosque con Mitia, porque hacía mucho calor en casa—contestó Dolly.

Esto contrarió á Levine, á quien siempre parecía peligroso llevar el niño tan lejos.

—Esa muchacha no sabe ya qué inventar—dijo el anciano príncipe; —siempre anda con su hijo de un lado á otro. Le he recomendado que pruebe también la nevera.

—Se reunirá con nosotros en las colmenas, pues creía que estabas allí—añadió Dolly.

—¿Qué haces de bueno?—preguntó Sergio Ivanitch á su hermano.

—Nada de particular. ¿Y tú? ¿Permanecerás aquí algún tiempo? Te esperábamos mucho antes.

—Estaré unos quince días, porque tengo mucho que hacer en Moscou.

Las miradas de los dos hermanos se cruzaron, y Levine bajó la vista sin saber qué decir: queriendo abstenerse de hablar sobre la guerra de Servia y la cuestión eslava, á fin de no promover debates que pudieran perturbar las relaciones sencillas y cordiales que deseaba conservar con Sergio, pidióle noticias sobre su libro.

Kosnichef sonrió.

—Nadie piensa en él—repuso—y yo menos que los demás. Ya veréis cómo tendremos lluvia, Daría Alexandrovna—añadió, mostrando unas nubes que se amontonaban sobre los árboles.

Levine se acercó á Katavasof.

—Buena idea ha tenido usted en venir—le dijo.

—Lo deseaba hace largo tiempo; vamos á charlar en grande. ¿Ha leído usted Spencer?

— No del todo, porque lo creo inútil.

— ¿ Cómo es eso ? Me extraña usted.

—Quiero decir que no me ayudará más que los otros á resolver ciertas cuestiones. Por lo demás, ya hablaremos del asunto—añadió Levine, admirado de la alegría que expresaba el rostro de Katavasof.

Y temiendo comenzar desde luego el debate, condujo á sus



huéspedes por un angosto sendero, hasta un prado sin segar, y los instaló á la sombra de unos árboles en bancos preparados al efecto. Quiso ir él mismo á buscar pan y miel; al llegar á la inmediación de las colmenas, descolgó de la pared de la cabaña una careta de alambre, cubrióse la cabeza, introdujo las manos en los bolsillos y penetró en el recinto reservado para las abejas, donde se veían las colmenas alineadas en buen orden. Allí, en medio de los insectos que zumbaban, felicitóse de tener un momento para reflexionar y recogerse; y pudo

comprender que la vida real recobraba su imperio, rebajando sus ideas. ¿No había reprendido ya á su cochero, manifestando después frialdad con su hermano, y diciendo cosas inútiles á Katavasof?

«¿Será posible—se preguntó—que mi felicidad no haya sido más que una impresión fugitiva que se desvanecerá sin dejar ningún vestigio?»

Pero al volver en sí, reconoció que sus inspiraciones estaban intactas; evidentemente se había producido un fenómeno en su alma; la vida real, que acababa de tocar, sólo había extendido una nube sobre su calma interior. Así como las abejas, zumbando á su alrededor, le obligaban á defenderse sin atentar contra sus fuerzas físicas, del mismo modo su nueva libertad resistía los ligeros ataques de los incidentes producidos durante las últimas horas.

XV

—Has de saber, Kostia—dijo Dolly, después de dar su parte de pan y miel á cada uno de los niños—que Sergio Ivanitch acaba de viajar con Wronsky, el cual se dirige á Servia.

—No va solo—añadió Katavasof—pues ha organizado un escuadrón á sus expensas.

—¡Eso es lo que le conviene!—contestó Levine.—¿Y envían ustedes todavía voluntarios?—añadió, mirando á su hermano.

Sergio se ocupaba en desprender una abeja cogida en la miel en el fondo de una taza, y no contestó.

—¡Cómo si se envían aún!—exclamó Katavasof.—¡Si nos hubiera usted visto ayer!

—Le agradecería que me explicase á dónde van todos esos héroes y contra quién han de batirse—dijo el anciano príncipe, dirigiéndose á Kosnichef.

—Contra los turcos—contestó éste sonriendo, mientras ponía en libertad á la abeja cogida.

—Pero ¿quién ha declarado la guerra á los turcos? ¿Serán por ventura la condesa Lidia y la señora Stahl?

—Nadie ha declarado la guerra; pero condolidos por los padecimientos de nuestros hermanos, se busca el medio de auxiliarles.

— No es eso lo que admira al príncipe — dijo Levine, tomando el partido de su suegro; — lo que le parece extraño es que algunos particulares, sin autorización alguna de su gobierno, se atrevan á tomar parte en una guerra.

—¿Y por qué los particulares no han de tener ese derecho? —replicó Katavasof.—Explíquenos usted su teoría.

—Hela aquí: hacer la guerra es cosa tan terrible que ningún hombre, sin hablar aquí de cristianos, tiene derecho para asumir la responsabilidad al declararla; esto incumbe á los gobiernos; y hasta los ciudadanos deben renunciar á toda voluntad personal cuando se hace inevitable una declaración de guerra. Fuera de toda ciencia política, el buen sentido basta para indicar que esta es exclusivamente una cuestión de Estado.

Sergio Ivanitch y Kavatasof tenían ya preparadas sus contestaciones.

— En esto se engaña usted — dijo el segundo: — cuando un gobierno no comprende la voluntad de los ciudadanos, la sociedad impone la suya.

— Tú no explicas suficientemente el caso — interrumpió Sergio frunciendo el ceño.—Aquí no se trata de una declaración de guerra, sino de una demostración de simpatía cristiana. Se asesina á nuestros hermanos, y no solamente á los hombres, sino también á las mujeres, á los niños y á los ancianos; y el pueblo ruso, sublevándose contra semejante violencia, corre en auxilio de esa gente para reprimir los horrores. Figúrate que ves á un borracho pegar á una criatura sin defensa en la calle: ¿preguntarás si se ha declarado la guerra para auxiliarla?

—No, pero no asesinaré á mi vez.

—Quizás lo harías.

—No lo sé; acaso matara en el arrebato del momento; pero no veo este impulso en el caso presente.

—Puede ser que tú no lo veas; pero no todo el mundo piensa lo mismo — replicó Sergio con cierto disgusto: — el pueblo conserva la tradición de los hermanos ortodoxos que gimen bajo el yugo del infiel, y se ha despertado.

—Es posible—contestó Levine con tono conciliador;—pero yo no veo nada de ese impulso á mi alrededor, ni experimento nada tampoco, aunque formo parte del pueblo.

—Otro tanto digo yo—añadió el anciano príncipe.—Los diarios que he leído en el extranjero son los que me revelaron el súbito amor de toda Rusia á los hermanos eslavos; yo no había pensado nunca en tal cosa, pues jamás me inspiraron la menor simpatía. Á decir verdad, mi indiferencia me inquietó al principio, y atribuíla á las aguas de Carlsbad; pero desde mi vuelta, veo que no soy el único de mi especie.

—Las opiniones personales importan poco cuando la Rusia entera se pronuncia.

—Pero el pueblo no sabe nada.

—Sí, padre—interrumpió Dolly, ocupada hasta entonces con sus niños, que interesaban mucho al guardián de las abejas.—¿Se acuerda usted lo que pasó el domingo en la iglesia?

—¿Qué sucedió? Los sacerdotes tienen orden de leer al pueblo un escrito del que nadie entiende una palabra; y si los campesinos suspiran durante la lectura, es porque creen estar oyendo el sermón; aquellos que dan alguna moneda se imaginan que se les habla de salvar sus almas, aunque no saben cómo.

—El pueblo no puede ignorar su destino, pues no le falta la intuición, y en momentos como éste la manifiesta—dijo Ivanitch, fijando una serena mirada en el guardián de las abejas, que estaba en medio de ellos y contemplaba á sus amos, sin entender una palabra de la conversación. Sin embargo, como notase que le observaban, creyóse obligado á decir:

—Eso es, seguramente.

—Interrogadle—dijo Levine—y veréis lo que sabe. ¿Has oído hablar de la guerra, Miguel?—añadió, dirigiéndose al criado.—¿Sabes qué os han leído el domingo en la iglesia? ¿Te parece que debemos batirnos por los cristianos?

—¿Qué me ha de parecer? Nuestro emperador Alejandro Nicolaevitch pensará por nosotros; él sabe lo que se ha de hacer. ¿Quieren ustedes que traiga más pan?—preguntó á Dolly al ver que Grisha devoraba una corteza.

—¿Para qué le hemos de interrogar— dijo Sergio—cuando vemos centenares de hombres que abandonan cuanto poseen y se alistan por sí mismos, acudiendo de todos los puntos de Rusia con el mismo objeto? ¿Me dirás que esto no significa nada?

—Esto significa, á mi modo de ver, que entre ochenta millones de hombres no faltarán nunca algunos centenares y hasta miles, que no sirviendo para nada en la vida regular, se lanzan en la primera aventura, bien se trate de seguir á Pugatchef ó de marchar á Servia—repuso Levine con calor.

—No son aventureros los que se consagran á esa obra, sino dignos representantes de la nación—replicó Sergio algo amostazado, como si se tratase de una cuestión personal. —¿Y los donativos? ¿No manifiesta el pueblo así también su voluntad?

—¡Es tan vaga la palabra *pueblo!* Entre mil campesinos, tal vez uno comprenda, pero el resto de los ochenta millones hacen como Miguel; y no solamente no manifiestan su voluntad, sino que no tienen la menor noción de lo que podrían pedir. ¿Á qué llamaremos, pues, voto del pueblo?

XVI

Sergio Ivanitch, hábil en dialéctica, abordó otro lado de la cuestión.

—Es evidente—dijo—que no poseyendo el sufragio universal, no podríamos conocer la opinión del país por vía de aritmética; pero hay otros medios para obtenerla. No hablo de esas corrientes subterráneas que han agitado la masa del pueblo; pero considerando la sociedad en una esfera más reducida, ved hasta qué punto los partidarios más hostiles, en la clase inteligente, se confunden en uno solo cuando se hallan en ese terreno. No hay ya divergencia de opiniones; todos los órganos sociales se expresan lo mismo, y todos comprenden la fuerza elemental que comunica á la nación su impulso.

—Verdad es que los diarios dicen todos la misma cosa—

replicó el príncipe; — pero también las ranas saben gritar antes de la tempestad.

—No veo qué tenga de común la prensa con las ranas, y me erijo en defensor de ella; sólo hablo de la unanimidad de opinión en el mundo inteligente.

—Esta unanimidad tiene su razón de ser—repuso el príncipe.—Ahí tiene usted á mi querido yerno Arcadievitch, á quien se nombra individuo de una comisión cualquiera, con ocho mil rublos de sueldo para no hacer nada; esto no es un secreto para nadie. Pues bien, aunque hombre de buena fe, conseguirá demostrar que la sociedad no puede prescindir de ese cargo. Otro tanto sucede con los diarios; como la guerra hace subir en un doble su precio, sostendrán la cuestión eslava y el instinto nacional.

—Es usted injusto.

—Alfonso Karr estaba en lo cierto cuando antes de la guerra de Francia proponía á los partidarios de ella que formasen parte de la vanguardia y sufriesen el primer fuego.

—Á nuestros redactores les agradaría eso—dijo Katavasof sonriendo.

—Pero después huirían—dijo Dolly.

—Se podría hacerles volver al fuego á latigazos—repuso el príncipe.

—Esto es una broma de gusto dudoso; pero la unanimidad de la prensa es un síntoma feliz que se debe reconocer; los individuos de una sociedad deben cumplir todos con un deber, y los hombres que reflexionan llenan el suyo dando expresión á la opinión pública. Hace veinte años todo el mundo se había callado; hoy se deja oir la voz del pueblo ruso, que quiere vengar á sus hermanos oprimidos; con esto se da un gran paso y una prueba de fuerza.

—El pueblo está seguramente dispuesto á muchos sacrificios cuando se trata de su alma; pero aquí es cuestión de matar turcos—dijo Levine relacionando involuntariamente esta conversación con la de la mañana.

—¿Á qué llama usted su alma?—preguntó Katavasof sonriendo.—Este es un término vago para el naturalista.

—Bien me entiende usted.

—Palabra de honor que no sé lo que es eso—replicó Katavasof soltando la carcajada.

—«No traigo la paz, sino el acero»—dijo Sergio Ivanitch citando un texto que siempre había preocupado á Levine.

—Es cierto—murmuró el guardián siempre de pie entre los que hablaban, como para contestar á una mirada que le dirigieron por casualidad.

—Vamos, le han derrotado á usted, padrecito—exclamó alegremente Katavasof.

Levine se sonrojó, no porque hubiesen refutado sus argumentos, sino por haber cedido á la necesidad de discutir. Convencer á Sergio Ivanitch era imposible, tanto como dejarse convencer por él. ¿Cómo admitir el derecho que se arrogaba un puñado de hombres de representar con los diarios la voluntad de la nación, cuando ésta significaba venganza y asesinato, y cuando toda su certeza se fundaba en los relatos sospechosos de algunos centenares de perdidos que iban en busca de aventuras? Nada confirmaba para él tales asertos; jamás el pueblo consideraba la guerra como un beneficio, fuera cual fuese el objeto de ella. Si la opinión pública pasaba por infalible: ¿por qué la Revolución y la Comuna no llegarían á ser tan legítimas como la guerra en provecho de los eslavos?

Levine hubiera querido expresar estas ideas, pero pensó que la discusión irritaría á su hermano sin conducir á nada, por lo cual llamó la atención de todos sobre el tiempo, que amenazaba lluvia.

XVII

El príncipe y Sergio Ivanitch subieron al trineo, y los demás apresuraron el paso; pero las nubes, bajas y negras, amontonábanse con tal rapidez, que á doscientos pasos de la casa la lluvia se hizo inminente.

Los niños corrían delante gritando, y Dolly trató de seguirlos; los hombres apretaban el paso, sujetando con dificultad sus sombreros; pero en el instante que comenzaron á caer gruesas gotas, se consiguió llegar á la casa.

—¿Dónde está Catalina?—preguntó Levine á la criada, que salía del vestíbulo con varios abrigos y paraguas.

—Creíamos que estaba con ustedes.

—¿Y Mitia?

—Sin duda en el bosque con el aya.

Levine cogió los abrigos y echó á correr.

En aquel corto espacio de tiempo, el cielo se había oscu-



recido como durante un eclipse, y el viento, soplando con violencia, hacía volar las hojas, doblando los árboles, las plantas y las flores; los campos y el bosque desaparecían tras un torrente de lluvia, y todos aquellos á quienes la tempestad acababa de sorprender fuera, corrían en busca de un refugio.

Luchando vigorosamente contra el temporal para preservar sus abrigos, Levine, inclinado hacia adelante, avanzaba pre-

suroso, y ya creía divisar formas blancas detrás de una encina bien conocida, cuando de pronto, una luz deslumbradora inflamó el suelo ante él, mientras que sobre su cabeza la celeste bóveda pareció hundirse de repente.

Apenas abrió los ojos, buscó la encina con la vista, y con gran terror observó que su copa había desaparecido.

«¡El rayo!»—murmuró; y en el mismo instante oyó el ruido del árbol que se desgajaba con estrépito.

«¡Dios mío—murmuró—con tal que no los haya tocado! Y aunque comprendiese la inutilidad de sus palabras, puesto que el mal estaba ya hecho, repitiólas, sin saber qué decía. Dirigióse hacia el sitio donde solía colocarse Kitty, y no la vió; pero en el mismo instante oyó que le llamaban por el lado opuesto: Kitty se había refugiado debajo de un añoso tilo, y allí, inclinada sobre la criatura, así como la criada, preservaban de la lluvia el cochecito en que descansaba.

Levine, cegado por los relámpagos y la lluvia, acabó por divisar al fin el pequeño grupo, y corrió hacia él tan presuroso como se lo permitían sus botas llenas de agua.

—¡Vivos, loado sea Dios! ¡Es posible que pueda cometerse semejante imprudencia!—gritó furioso á su esposa, que le miraba con el rostro lleno de agua.

—Te aseguro que no tengo yo la culpa; íbamos á marchar cuando....

—Puesto que estáis sanos y salvos, demos gracias á Dios... ya no sé lo que me digo.

Levine entregó el niño á la criada, y dando el brazo á su mujer, se la llevó presuroso, estrechando suavemente su mano, pues se arrepentía de haberla reñido.

XVIII

Á pesar de la decepción que experimentara al reconocer que su regeneración moral no modificaba favorablemente su carácter, Levine no estuvo por eso menos satisfecho durante todo el día. Katavasof se atrajo las simpatías de las damas por su agudo ingenio, y como Sergio Ivanitch le excitaba, hablólas de sus estudios sobre las costumbres de las moscas, machos y hembras, y su género de vida en las habitaciones.

Kosnichef, por su parte, volvió á tratar de la cuestión eslava, desarrollándola de una manera interesante. El día, en fin, terminó del modo más agradable, sin discusiones enojosas, y como la temperatura había refrescado, resolvióse no salir de casa.

Kitty, obligada á ir á cuidar á su hijo, para bañarle como de costumbre, retiróse con sentimiento, y pocos minutos después trajéronle el recado á Levine que su esposa le llamaba. Éste, muy inquieto, levantóse al punto, aunque escuchaba con mucho interés á su hermano, que hablaba sobre la influencia que la emancipación de cuarenta millones de eslavos podría tener para Rusia.

¿Para qué le llamarían, puesto que esto no se hacía nunca sino en casos de urgencia? Su inquietud se disipó cuando, al hallarse solo un momento, pensó en su íntima felicidad; cruzó el terrado y vió dos estrellas que brillaban en el firmamento.

«Sí—se dijo, mirando al cielo—recuerdo haber pensado que había una ilusión en esa bóveda que contemplaba; pero ¿cuál era la idea que no completé en mi espíritu?...» Al entrar en la habitación del niño la recordó.

«¿Por qué si la principal prueba de la existencia de Dios es la revelación que á todos nos da del bien y del mal, se habrá de limitar ésta á la Iglesia cristiana? ¿Y esos millones de budistas y de musulmanes que buscan igualmente el bien?...» La contestación á esta pregunta debía existir por fuerza; pero no pudo formularla al pronto.

Kitty, con las mangas recogidas é inclinada sobre la bañera, sostenía con una mano la cabeza del niño, mientras le lavaba con la otra.

—¡Ven pronto!—dijo á Levine al verle;—Ágata tenía razón; nos reconoce.

El suceso era importante; para asegurarse del hecho, sometióse á Mitia á diversas pruebas; hízose subir á la cocinera, á quien jamás habia visto, y el experimento fué concluyente; el niño rehusó mirar á la extraña, sonriendo á su madre y al aya. Levine quedó muy complacido.

—Me alegro ver que comienzas á quererle—dijo Kitty, cuando hubo sentado al niño sobre sus rodillas;—comenzaba á entristecerme cuando decías que te era indiferente.

—No quería decir eso, sino que me ha ocasionado una decepción.

—¿Cómo?

—Esperaba que me revelase un sentimiento nuevo; pero sólo me inspiraba compasión, disgusto y temor; sólo hoy, después de la tempestad, he comprendido que le quería.

Kitty sonrió dulcemente.

—Has tenido mucho miedo, pero yo más aún, y aún le tengo al pensar en el peligro que corríamos. Mañana quiero ver la encina...; y ahora vuelve con tus amigos; me alegro mucho de que estés en buena inteligencia con tu hermano.

XIX

Al separarse de su esposa, Levine prosiguió el curso de sus pensamientos, y en vez de entrar en el salón, apoyóse en la balaustrada del terrado.

Acercábase la noche, y el cielo, puro por la parte del mediodía, seguía tempestuoso por el lado opuesto; de vez en cuando, un relámpago deslumbrador, seguido de un sordo trueno, hacía desaparecer á los ojos de Levine las estrellas y la vía láctea que antes contemplaba, oyendo caer las gotas de lluvia cadenciosamente sobre el follaje de los árboles; y las estrellas reaparecían después poco á poco, y ocupaban su lugar, como si una mano cuidadosa las ajustase al firmamento.

«¿Qué temor me turba?» —preguntóse, comprendiendo que la contestación estaba en su alma aunque no podía definirla.

«Sí, las leyes del bien y del mal, reveladas al mundo, son la prueba evidente é irrecusable de la existencia de Dios; yo reconozco esas leyes en el fondo de mi corazón, y me uno de grado ó por fuerza con aquellos que las acatan como yo: esta reunión de seres humanos, que participan de la misma creencia, se llama la Iglesia. ¿Y los hebreos, los musulmanes y los budistas?—se preguntó, volviendo al dilema que le parecía peligroso.—¿Estarán privados esos millones de hombres del mayor de los beneficios, del único que da un sentido á la vida?

»La cuestión que yo me enuncio, ¿será la de las relaciones de las diversas creencias de la humanidad entera con la Divinidad? ¿Es la revelación de Dios al Universo, con sus planetas y sus nebulosas, la que yo pretendo sondear? ¿Me obstinaré en apelar á la lógica en el momento en que se me revela una sabiduría evidente, aunque inaccesible á la razón?

»Yo sé que las estrellas no andan—se dijo, observando el cambio ocurrido en la posición del astro brillante que acababa de elevarse sobre los abedules;—pero no pudiendo imaginar la rotación de la tierra al ver á las estrellas cambiar de sitio, tengo razón al decir que andan. ¿Habrían comprendido ni calculado nada los astrónomos si hubiesen tomado en consideración los movimientos complicados y diversos de la tierra? ¿No se han basado sus asombrosas conclusiones sobre las distancias, la gravitación y las revoluciones de los cuerpos celestes, en los movimientos aparentes de los astros alrededor de la tierra inmóvil? Millones de hombres han podido observar durante siglos esos mismos movimientos, como yo ahora, y siempre se pueden reconocer. Y así como las conclusiones de los astrónomos hubieran sido falsas si no las hubieran basado en sus observaciones del cielo aparente, con relación á un solo meridiano y á un solo horizonte, de la misma manera todas mis deducciones sobre el conocimiento del bien y del mal carecerían de sentido si no las relacionase con la revelación que me ha hecho el cristianismo, y que siempre podré comprobar en mi alma. Las relaciones de las otras creencias con Dios seguirán siendo para mí insondables, y no tengo derecho para profundizarlas.»

—¿Cómo no has entrado en el salón?—preguntó de pronto la voz de Kitty;—supongo que nada te preocupa ahora—añadió, examinando el rostro de su marido á la claridad de las estrellas: el resplandor de un relámpago le permitió ver su expresión tranquila y feliz.

«Me comprende—pensó, al verla sonreir—y sabe lo que pienso. ¿Deberé decírselo?»

—Te ruego, Kostia—interrumpió Kitty—que vayas á ver si está ya preparada la habitación de Sergio.

—Muy bien, ya voy—contestó Levine, levantándose para abrazarla.

«Más vale callarse—pensó, mientras que su esposa volvía

al salón;—este secreto no tiene importancia más que para mí, y mis palabras no podrían explicarlo. Este sentimiento nuevo no me ha cambiado ni hecho feliz, como lo pensaba; así como para el amor paternal, no ha producido sorpresa ni encanto; pero se ha deslizado en mi alma por el sufrimiento, se ha implantado en ella para siempre, y llámele como quiera, es la fe.

»Seguiré sin duda impacientándome contra mi cochero, discutiendo inútilmente y expresando sin oportunidad mis ideas; entre el santuario de mi alma y la de los otros, incluso la de mi esposa, veré elevarse de continuo una barrera; y haré á Kitty responsable de mis terrores, para arrepentirme después. Continuaré orando, sin poder explicarme por qué; pero mi vida interior ha conquistado su libertad; no estará ya á la merced de los acontecimientos, y cada minuto de mi existencia tendrá un sentido incontestable y profundo, que podré imprimir á cada uno de mis actos: el del bien.»

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO

